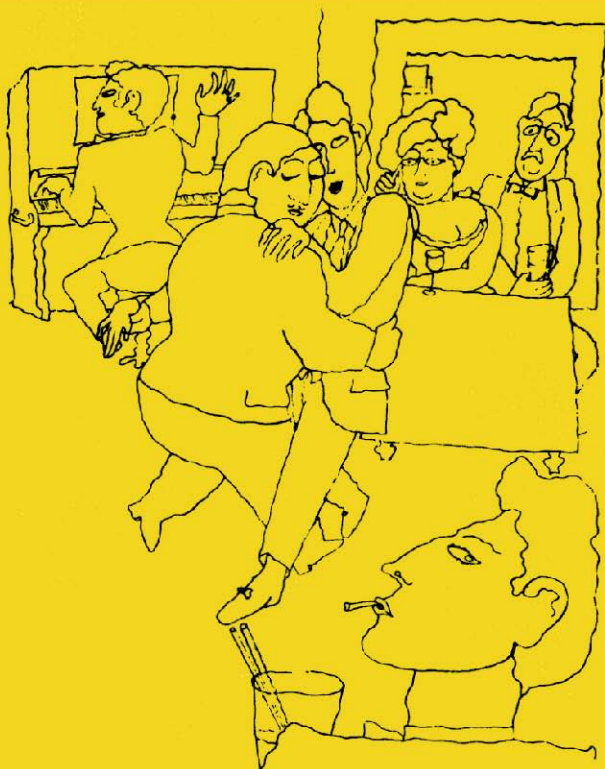


jean genet

# NUESTRA SEÑORA DE LAS FLORES

1





# **Nuestra Señora de las Flores**



# Nuestra Señora de las Flores

de

**Jean Genet**



**Juan Pablos Editor**  
México, D. F., 1973

**NUESTRA SEÑORA DE LAS FLORES**  
de Jean Genet

En francés: Notre-Dame des Fleurs

© Editions Gallimard, Paris, 1951

Traducción: Leonor Tejada

© Juan Pablos Editor, S. A., 1973  
Mexicali 39, México 11, D. F.

Reservados los derechos

Impreso en México

**Sin Maurice Pilorge, cuya muerte no ha terminado de envenenarme la vida, nunca habría escrito este libro. Lo dedico a su memoria.**

**J. G.**





---

Weidmann se les presentó en una edición de las cinco de la tarde, con la cabeza envuelta en lienzos blancos, como religiosa y también aviador herido, derribado en los campos de centeno un día de septiembre semejante a aquel en que se conoció el nombre de Nuestra Señora de las Flores. Su hermoso rostro, multiplicado por las rotativas, se abatió sobre París y sobre Francia, hasta lo más profundo de las aldeas perdidas, en chozas y castillos, revelando a los burgueses entristecidos que a cada momento rozan su vida cotidiana encantadores asesinos,

elevados disimuladamente por alguna escalera de servicio hasta ese sueño suyo que atravesarán, escalera que por ser su cómplice no habrá crujido. Bajo su retrato estallaban sus crímenes como una aurora: homicidio núm. 1, homicidio núm. 2, homicidio núm. 3 y así hasta 6, contando su gloria secreta y preparando su gloria futura.

Un poco antes, el negro Angel Soléil había matado a su querida.

Un poco después, el soldado Maurice Pilorge asesinaba a su amante Escudero para robarle algo menos de mil francos, y a continuación le cercenaban el pescuezo el día que cumplió veinte años mientras —ya lo recordarán— se burlaba del verdugo, furioso, haciéndole un palmo de narices.

Finalmente, un alférez de navío, chiquillo aún, traicionaba porque sí: lo fusilaron. Si escribo este libro es para honrar sus crímenes.

Sólo poco a poco me enteré de ese maravilloso brote de flores sombrías y bellas; uno, por un jirón de periódico; otro, me lo citaba descuidadamente mi abogado; otro más, lo decían, casi lo cantaban los detenidos: su canto se volvía fúnebre, fantástico (un *De Profundis*), al igual que las endechas que cantan por la noche, como esa voz que atraviesa las celdas y llega hasta mí perturbada, desesperada, alterada. Al final de las frases se quiebra, y esa rajadura la hace tan suave que parece sostenida por la música angelical, cosa que me inspira horror porque los ángeles me horrorizan ya que los imagino compuestos así: ni espíritu ni materia, blancos, vaporosos y temibles como el cuerpo traslúcido de los fantasmas.

Esos asesinos, muertos ya, han llegado sin embargo hasta mí, y cada vez que uno de esos astros de luto cae en mi celda, mi corazón palpita fuertemente, mi corazón redobla si es que el redoble significa ese tamborileo que anuncia la capitulación de una ciudad. Y a continuación

llega un fervor que se puede comparar al que me retorció y me dejó grotescamente crispado durante unos cuantos minutos cuando oí pasar por encima de la cárcel el avión alemán y el estallido de la bomba que dejó caer muy cerca. En un abrir y cerrar de ojos vi un niño aislado, llevado en alas de su pájaro de fuego, sembrando la muerte y riendo. Para él solo se desencadenaban sirenas, campanas, los ciento y un cañonazos reservados al Delfín, gritos de temor o de odio. Todas las celdas temblaban, tiritaban, locas de espanto; los detenidos golpeaban las puertas, se revolcaban en el piso, vociferaban, lloraban, blasfemaban y rezaban. Yo vi, digo o creí ver a un niño de dieciocho años en ese avión, y desde el fondo de mi 426 le sonreí, lleno de amor.

No sé si es su rostro, el verdadero, el que salpica las paredes de mi celda con lodo adiamantado, pero no puede ser casualidad que yo haya recortado en las revistas esas hermosas cabezas de ojos vacíos. Digo vacíos porque todos son claros y deben de ser azul cielo, semejantes al filo de las hojas en que se engancha una estrella de luz transparente, azules y vacíos como las ventanas de los edificios en construcción, a través de las cuales se ve el cielo por las ventanas de la fachada opuesta. Como esos cuarteles que por la mañana se abren a los cuatro vientos, que uno cree vacíos y puros cuando hierven de machos peligrosos, derrumbados y revueltos en sus camas. Digo que están vacíos, pero si cierran sus párpados se me antojan más inquietantes que, para la niña núbil que pasa, los tragaluces con barrotes de las cárceles inmensas tras los cuales duerme, sueña, jura y escupe un pueblo de asesinos, que convierte cada celda en el nido sibilante de un nudo de víboras, aunque también algún confesionario encortinado con una polvorienta sarga. Esos ojos, aparentemente, no encierran ningún misterio aparente, como ciertas ciudades cerradas: Lyon, Zurich, y me hipnotizan tanto como los teatros vacíos, las cárceles

despobladas, las maquinarias paradas y los desiertos, porque los desiertos están cerrados y no comunican con el infinito. Los hombres con rostros así espantan cuando he de recorrerlos a tientas, pero ¡qué sorpresa deslumbrante al acercarme con el corazón desvariando y no descubrir en su paisaje, tras el recodo de una callejuela abandonada, nada, nada más que el vacío erguido, sensible y ufano como una espigada digital!

Yo no sé, he dicho ya, si esas cabezas que están ahí son las de mis amigos guillotinado, pero por señales ciertas he reconocido que las del muro son totalmente flexibles, como tiras de cuero de látigo, y tan rígidas como cuchillos de vidrio, sabias como niños doctores y frescas como la miosotis, con cuerpos escogidos para ser poseídos por almas terribles.

Los diarios no llegan bien hasta mi celda, y las páginas más hermosas están saqueadas, sin sus más bellas flores, los chulos, como jardines en mayo. Los grandes chulos inflexibles, estrictos, son sus sexos floridos de los cuales no sé ya si son lirios o si lirios y sexos no son ellos del todo, hasta el punto que por la noche, de rodillas y con la imaginación abrazo sus piernas: tanta rigidez da conmigo en tierra, hace que los confunda, y el recuerdo que doy de buena gana como alimento para mis noches, es el tuyo que cuando lo acariciaba permanecía inerte, estirado; sólo tu verga, desenvainada y blandida, atravesaba mi boca con la aspereza repentinamente perversa de un campanario que revienta una nube negra, de un alfiler para sombreros que pincha un seno. No te movías, no dormías, no soñabas: te habías fugado, inmóvil y pálido, helado, recto, tendido y tieso en la cama como un féretro en el mar y yo sabía que éramos castos mientras, atento, te sentía desaguar dentro de mí, tibio y blanco, por sacudidas breves y repetidas. Quizá estabas jugando a gozar. En la cumbre del momento, un éxtasis tranquilo te iluminaba, rodeando tu cuerpo de bienaventurado un

nimbo sobrenatural como un manto que desgarrabas con la cabeza y los pies.

Y sin embargo, he podido conseguir unas veinte fotografías y las he pegado con miga de pan mascada al dorso del reglamento impreso en cartón que cuelga de la pared. Algunas están pinchadas con hilillos de latón, de los que me trae el contraamaestre para ensartar perlititas de vidrio de colores.

Con esas mismas perlas que les sirven a los detenidos de al lado para confeccionar coronas mortuorias he fabricado, para los más puramente criminales, marcos en forma de estrellas. Por la noche, igual que usted abre su ventana a la calle, vuelvo hacia mí el reverso del reglamento. Sonrisas y muecas, tan inexorables unas como otras, penetran en mí por todos mis agujeros abiertos, su vigor penetra en mí, erigiéndome. Presiden mis rutinas acostumbradas que, con ellos, constituyen toda mi familia y mis únicos amigos.

Tal vez entre los veinte se haya extraviado algún mozo que nada hizo para merecer el encarcelamiento: un campeón o un atleta. Pero si lo he pegado a mi pared es porque, según yo, tenía en la comisura de la boca o en el ángulo de los párpados la señal de los monstruos. La falla de su rostro o de su gesto inmóvil me indica que no es imposible que me amen, porque sólo me aman si son monstruos... y por lo tanto puede decirse que él mismo, ese extraviado, ha sido quien escogió estar aquí. Para servirle de corte y séquito he escogido por aquí y por allá, en la tapa ilustrada de algunas novelas de aventuras, a un joven mestizo mexicano, un gaucho, un jinete caucasiiano, y en las páginas de esas novelas que pasan de mano en mano durante el paseo, los dibujos torpes: perfiles de chulos y de apaches con una colilla humeante, o la silueta de un rufián que se tensa.

De noche los amo, y mi amor les presta vida. De día mis pequeñas tareas. Soy el ama de casa cuidadosa que

evita que una miga de pan o un polvillo de ceniza caigan al suelo. ¡Pero de noche! El temor del vigilante que puede encender de repente la bombilla eléctrica y que mete la cabeza por la ventanilla recortada en la puerta me impone precauciones sórdidas para que el roce de las sábanas no delate mi placer; aunque mi gesto pierde nobleza al realizarse en secreto, aumenta mi voluptuosidad. Paso el tiempo. Bajo la sábana, la mano derecha se detiene para acariciar el rostro ausente, y después el cuerpo todo del tráfuga que he escogido esta noche para hacerme feliz. La mano izquierda cierra los contornos, y después pone sus dedos en forma de órgano hueco que pretende resistir, y finalmente se ofrece, se abre, y un cuerpo vigoroso, un enorme tipazo abandona la pared, avanza, cae sobre mí, me aplasta sobre esa litera manchada ya por más de cien detenidos, mientras yo pienso en esa dicha en que me sumerjo a pesar de que existen Dios y sus Angeles.

Nadie puede decir si llegaré a salir de aquí ni, si de llegar a salir, cuándo será.

Así pues, con ayuda de mis amigos desconocidos, voy a escribir una historia. Mis protagonistas son ellos, pegados a la pared, ellos y yo que estoy aquí encerrado. A medida que vayan ustedes leyendo, los personajes, y también Divina y Culafroy, caerán de la pared a mis páginas como hojas secas, para abonar mi relato. Su muerte ¿tendré que decírcesela? serán para todos la muerte del que, al enterarse de la suya por el fallo del jurado, se limitó a murmurar con su acento del Rhin: "Ya estoy muchísimo más allá" (Weidmann).

Es posible que esta historia no parezca siempre artificial y que, a pesar mío, se reconozca la voz de la sangre: es porque sin querer habré dado con la frente, dentro de mi noche, contra alguna puerta, liberando algún recuerdo angustioso que me agobiaba desde que el

mundo empezó: que me sea perdonado. Este libro sólo pretende ser un fragmento de mi vida interior.

A veces, el guardián de pies de terciopelo me da los buenos días por la ventanilla. Me habla y me dice mucho, sin querer, de los falsarios, mis vecinos; de los incendiarios, de los monederos falsos, de los asesinos, de los intrépidos adolescentes que se revuelcan por el piso gritando: "Mamá ayúdame". Cierra la ventanilla que golpea y me deja a solas con todos esos guapos caballeros que acaba de dejar entrar y que la tibieza de las sábanas, el sopor de la mañana hacen retorcerse en busca de la punta del hilo que ayudará a desenrollar los móviles, el sistema de las complicidades, todo un tinglado feroz y sutil que, entre otras malas pasadas, transformó en blancas muertas a unas cuantas niñas rosadas. También a ellos quiero mezclarlos, piernas y cabezas, con mis amigos de la pared, y con todo ello componer este cuento de niño. Y rehacer a mi gusto, y para encantar mi celda (quiero decir que así mi celda será encantada) la historia de Divina a quien conocí muy poco, la historia de Nuestra Señora de las Flores y, no lo duden, mi propia historia. Media filiación de Nuestra Señora de las Flores: estatura. 1 metro 71, peso, 71 kilos, rostro ovalado, cabellos rubios, ojos azules, cutis de color mate, dentadura perfecta, nariz recta.

Divina murió ayer en medio de un charco tan rojo de su sangre vomitada que al expirar tuvo la ilusión suprema de que aquella sangre era el equivalente visible del agujero negro que un violín destripado, visto donde un juez en medio de un revoltijo de evidencias, mostraba con insistencia tan dramática como Jesús el cáncer dorado en que reluce su Sagrado Corazón llameante. Así pues, ahí está el lado divino de su muerte. El otro lado, el nuestro, debido a esos chorros de sangre vertidos en su camisa y sus sábanas (porque el sol, más punzante que

perverso, se había tendido en su cama sobre las sábanas sangrientas) asemeja su muerte a un asesinato.

Divina ha muerto santa y asesinada... por la tisis.

Es el mes de enero, y también en la cárcel en que esta mañana, durante el paseo, nos hemos deseado, entre presos y a escondidas, un feliz año nuevo, con la misma humildad que sin duda lo hacen entre ellos los criados en la antecocina. El guardián en jefe nos ha dado, como aguinaldo, un cucurucho con veinte gramos de sal de cocina. Son las tres de la tarde. Tras los barrotes llueve desde ayer, y hay viento. Me abandono como si cayera hasta el fondo de un océano, el fondo de un barrio oscuro hecho de casas duras y opacas pero bastante livianas, en la mirada interior del recuerdo, pues la materia del recuerdo es porosa. La buhardilla donde Divina vivió tanto tiempo se encuentra en la cima de una de esas casas. Su amplia ventana permite que la mirada se abalance (y quede encantada) sobre el pequeño cementerio de Montmartre. La escalera que llega hasta arriba representa hoy un papel considerable. Es la antecámara, tan sinuosa como los corredores de las Pirámides, de la tumba provisional de Divina. Ese cavernoso hipogeo se tiende, tan puro como el brazo desnudo de mármol en la tiniebla que devora al ciclista a quien pertenece. Surgida de la calle, la escalera asciende hasta la muerte. Se detiene en el último descansillo como si fuera una estancia. Huele a flores podridas y también, ya, al olor de incienso y cirios. Sube entre las sombras. De piso en piso se reduce y oscurece hasta llegar a no ser, en la cima, más que una ilusión mezclada con cielo azul. Es el descansillo de Divina. Mientras en la calle, bajo el nimbo negro de los paraguas minúsculos y planos que llevan en la mano como ramos, Mimosa I, Mimosa II, Mimosa medio IV, Primera Comunión, Angela, Monseñor, Castañuela, Regina, una multitud, en fin, una letanía larga aún de seres que son nombres estallados, espera, y en la otra mano



llevan, como si fueran paraguas, ramilletes de violetas que extravían, por ejemplo, en un sueño del que saldrá turulata y completamente aturdida de nobleza una de ellas, tal vez Primera Comunión, porque recuerda el artículo, conmovedor como un canto llegado del otro mundo, de nuestro mundo también, que un diario de la noche, perfumado por ello, anunciaba: "La alfombra de terciopelo negro del hotel Crillon, sobre el que reposaba el féretro de plata y ébano que contenía el cuerpo embalsamado de la Princesa de Mónaco, estaba regada de violetas de Parma." Primera Comunión era friolenta; tendió la barbilla como lo hacen las ladies. Después la encogió y se envolvió en los repliegues de una historia inspirada en sus deseos, sin dejar perderse, para ensalsarlos, todos los detalles de su oscura vida, en la cual era a la vez muerta y princesa.

La lluvia facilitaba su fuga.

Había mariquitas llevando coronas de perlas de vidrio, precisamente de las que yo confecciono en mi celda a la que traen el olor del musgo mojado y el recuerdo, en las piedras blancas del cementerio de mi aldea, de las huellas de baba que dejan caracoles y babosas.

Todos, los maricas-ellas y maricas-ellos, maricones, pederastas, invertidos de quienes les estoy hablando, están reunidos al pie de la escalera. Se acurrucan uno y una contra otro y charlan, y pían los maricas-ellas alrededor de los maricas-ellos, erguidos, vertiginosos, inmóviles y silenciosos como ramas. Todos y todas van vestidos de negro: pantalón, saco, abrigo; pero sus rostros, jóvenes o viejos, lisos o rugosos, están divididos en cuartos de colores como un blasón. Llueve. Mezclándose al ruido de la lluvia, se oye:

—¡Pobre Divina!

—¡Te lo imaginas, muchacha! Pero a su edad, era forzoso.

—Ya no se sostenía entera, estaba perdiendo las nalgas.

—¿No ha venido Miñón?

—...hola, tú.

—Oye tú, mírala a ésa...

Como no le gustaba que le pasaran por encima de la cabeza, Divina vivía en el último piso de un edificio aburguesado, en un barrio serio. Al pie de ese edificio era donde chapoteaba la turbamulta correspondiente a una conversación secreteada.

De un momento a otro, la carroza fúnebre arrastrada tal vez por un caballo negro, llegará quizá para recoger los restos de Divina y transportarlos a la iglesia; luego, ahí cerquita, al pequeño cementerio de Montmartre en el que entrarán todos por la avenida Rachel.

Pasó Dios eterno en forma de rufián. Las charlas cesaron. Con la cabeza descubierta y muy elegante, sencillo y sonriente, sencillo y flexible, llegaba Miñón-los-pies-chicos. Flexible, en su porte encerraba la magnificencia pesada del bárbaro que con sus botas embarradas pisa pieles valiosas. Tenía el busto montado en las caderas como un rey sentado en su trono. Basta que lo haya evocado para que mi mano izquierda se meta en el bolsillo roto... Y el recuerdo de Miñón no me abandonará mientras no haya terminado el gesto. Un día se abrió la puerta de mi celda y él apareció en el vano. Creí verlo, durante un parpadeo, tan solemne como un muerto en marcha, engarzado en el espesor, que ustedes sólo pueden imaginar, de los muros de la cárcel. Se me apareció en pie con la gentileza que pudiera haber tenido si hubiera estado tendido, desnudo, en un campo de claveles. Avancé al instante hacia él como si (¿quién lo ha dicho?) me hubiera echado su descarga por la boca hasta el corazón. Penetrando en mí hasta no dejar sitio para mí mismo, de modo que ahora me confundo con pandilleros, dsevalijadores y rufianes, y que la policía, equivocada, me detiene. Durante tres meses hizo con mi cuerpo una fiesta, apaleándome a brazo partido.

Me arrastraba a sus pies, más pisoteado que una arpintera. Desde que se ha ido en libertad hacia sus robos, recuerdo esos gestos suyos tan vivaces que le hacían parecer tallado en un cristal adiamantado, gestos tan vivos que se habría podido sospechar que todos fueran involuntarios, pues me parece imposible que hayan surgido de la reflexión pesada y de la decisión. De él no me queda nada tangible, ¡ay!, como no sea el molde de yeso que la propia Divina había hecho de su verga, gigantesca en la erección. Más que cualquier otra cosa, lo que impresiona de ella es el vigor, y por tanto la belleza, de esa parte que se extiende entre el ano y la punta del pene.

Diré que tenía dedos de encaje, que a cada despertar, con los brazos tendidos como para recibir al Mundo, le daban aspecto de Niño Jesús en su pesebre —con un talón del pie sobre el empeine del otro—, que su atento rostro se ofrecía inclinado al revés hacia el cielo; que en pie tenía costumbre de asumir ese gesto de los brazos con que se ve a Nijinsky en esos viejos retratos en que está vestido con rosas recortadas. Su muñeca, tan flexible como la de un violinista, cuelga, graciosa y desarticulada. Y a veces, en pleno día, se estrangula con su brazo viviente de trágica.

Eso es el retrato casi exacto de Miñón porque —volveremos a verlo— tenía ese genio del gesto que me debe perturbar, y si lo evoco no puedo parar de cantarlo antes de que mi placer liberado me envisque la mano.

Griego, entró en la muerte caminando sobre aire puro. Griego, es decir también fullero. Al pasar —eso se reveló en un movimiento casi imperceptible del busto— dentro de sí mismas, en secreto, Monseñor, las Mimosas, Castañuelas, en fin todas ellas, las mariquitas, imprimieron a sus cuerpos un movimiento de barreno y creyeron abrazarse a aquel tipazo, enredarse a su alrededor. Indiferente y claro pasó como un cuchillo de matarife,

abriéndolas a todas en dos partes que se reunieron silenciosamente, aunque dejando escapar un leve olor a desesperación que nadie pudo descubrir. Miñón subió la escalera de dos en dos, ascenso amplio y certero que puede conducir, después del tejado y por escalones de cielo azul, hasta el cielo. En la buhardilla, menos misteriosa desde que la muerte la había convertido en cripta mortuoria (perdía su sentido equívoco, recobraba con toda su pureza el aspecto gratuito e incoherente que le prestaban esos objetos funerarios y maravillosos, esos objetos de tumbas: guantes blancos, un farolillo, una guerrera de artillero, y finalmente un inventario que enumeraremos más adelante), Ernestina, la madre de Divina, suspiraba entre los velos de su luto, sola. Es vieja. Pero en fin, no se le escapa la maravillosa oportunidad por tan largo tiempo esperada. La muerte de Divina le permite liberarse, mediante una desesperanza exterior, mediante un luto visible formado de lágrimas, flores, crespón, de los cien importantes papeles que la poseían. Se le había escapado de entre los dedos la oportunidad durante una enfermedad que voy a contar, cuando Divina la Juerguista sólo era un chiquillo aldeano llamado Louis Culafroy. Desde su lecho de enfermo contemplaba el cuarto en que un ángel (una vez más la palabra me inquieta, me atrae y me da náuseas. Si tienen alas ¿tendrán dientes? ¿Revolotearán con alas tan pesadas, alas emplumadas, "esas misteriosas alas"? ¿Y perfumados con esa maravilla: su nombre de ángel que cambian al caer?), un ángel, un soldado vestido de azul claro y un negro (porque mis libros no serán más que un pretexto para mostrar a un soldado vestido de azul del cielo, un ángel y un negro fraternales que juegan a los dados o a las tabas en una prisión clara o sombría) llevaban a cabo un conciliábulo en que él no participaba. El ángel, el negro y el soldado llevaban, por turno, los rostros de los chicos de la escuela, compañeros suyos,

y de los campesinos, pero nunca el de Alberto, el pescador de serpientes. Este era el que Culafroy esperaba en su desierto para aplacar su tórrida sed con la boca de carne estrellada. Para consolarse trataba, a pesar de su edad, de desenmarañar lo que pudiera ser una felicidad en que nada fuera suave, un campo puro, desierto y desolado, un campo de azul o de arena, un campo magnético seco, mudo, en que ya no subsistieran ninguna de las dulzuras, ni de los colores y los sonidos. Mucho antes ya, al aparcer en el camino de la aldea una novia vestida de negro pero empacada en un velo de tul blanco, destellante como un joven pastor cubierto de escarcha, como un molinero rubio y empolvado de harina, o como Nuestra Señora de las Flores a quien conocerán más adelante y que yo mismo vi aquí, en mi celda, una mañana cerca de las letrinas —con su rostro adormilado, sonrosado de espuma de jabón y erizado de pelos—, desajustando su visión, reveló a Culafroy que la poesía no es exactamente una melodía de curvas sobre dulzuras, porque el tul se quebraba en facetas abruptas, nítidas, rigurosas, heladas. Era una advertencia.

Esperaba a Alberto y éste no llegaba. Y sin embargo, cada campesino o campesina que entraba tenía en sí algo del pescador de serpientes. Eran como su vanguardia, sus embajadores, sus precursores, que llevaran ante sí algunos de sus dones, preparando su llegada y abriéndole camino. Cantaban aleluya. Uno tenía su andar; otro, su gesto o el color o la pana de su pantalón, o la voz de Alberto; y Culafroy, como todo el que espera, no ponía en duda que finalmente aquellos elementos dispersos acabarían por concordar todos y permitir que un Alberto reconstituido hiciera en su cuarto una entrada solemne, convenida y sorprendente, la misma que hizo en mi celda Miñón-los-pies-chicos, muerto y vivo.

Cuando el cura de la aldea, que vino a enterarse, le

dijo a Faustina: "Señora, es una dicha morir joven", ella contestó:

—Sí, señor Duque —haciendo una reverencia.

El sacerdote la miró.

Ella sonreía a su reflejo invertido en el entarimado que relucía haciendo de ella la reina de espadas, la reina de pernicioso influencia.

—No se encoja de hombros, querido amigo, no estoy loca.

Y no estaba loca.

—Lu Culafroy va a morir dentro de un rato. Lo siento. Va a morir, lo sé.

"Va a morir, lo sé" era la expresión arrancada viva de un libro que le ayudaba a volar, y sangrienta como el ala arrancada a un gorrión (o a un ángel, si es que puede sangrar rojo), y murmurada con espanto por la heroína de aquella novela popular impresa en caracteres menuditos sobre un papel esponjoso —como dicen de la conciencia de los señores malos que pervierten a los niños.

—Entonces, danzo alrededor del canto fúnebre.

Así pues, tenía que morir. Y para que lo patético del acto resultara más virulento, ella misma debería causarle la muerte. Aquí ¿no es cierto? la moral nada tiene que ver, ni el temor a la cárcel ni al infierno. Con exactitud, todo el mecanismo del drama le pasó por la mente a Ernestina y, del mismo modo, a la mía. Ella simularía un suicidio. "Diré que se ha matado". La lógica de Ernestina, que es una lógica teatral, no tiene la menor relación con lo que se llama verosimilitud; ésta es la retractación de razones inconfesables. No nos asombremos, pues, ya que así nos asombraremos mejor.

La presencia, en el fondo de un cajón, de un enorme revólver militar fue suficiente para dictarle su actitud. No es la primera vez que las cosas resultan instigadoras de un acto y deben ser las únicas en cargar con la terrible aunque leve responsabilidad de un crimen. Aquel re-

vólvér se volvía —al parecer— el accesorio indispensable a su gesto. Prolongaba su brazo tendido de heroína, la obsesionaba en fin, puesto que es menester decirlo, con la misma brutalidad que le encendía las mejillas, y con que las toscas manos de Alberto hinchando los bolsillos obsesionaban a las muchachas de la aldea. Pero así, como tampoco yo consentiría en matar como no sea a un grácil adolescente para que un cadáver nazca de su muerte, pero cadáver caliente aún y sombra apta para ser abrazada, lo mismo Ernestina sólo aceptaba matar con la condición de evitar el horror que este mundo no dejaría de suscitar en él (convulsiones, reproches de los ojos consternados de la criatura, sangre y sesos que salpican) y el horror de un más allá angelical. O tal vez para dar al instante mayor ceremonial, se puso sus joyas. Así también yo me daba hace tiempo mis inyecciones de cocaína con una jeringa de cristal cortado en forma de tapón de botella, y me ponía en el dedo un enorme diamante. Al operar así no se percataba de que estaba haciendo de su gesto algo más grave aún, de que lo cambiaba en un gesto excepcional cuya singularidad hacía surgir el peligro de que todo naufragara. Fue lo que sucedió. Gracias a una especie de deslizamiento sin tropiezos, el cuarto descendió hasta confundirse con un suntuoso apartamento cargado de dorados, con las paredes tapizadas de terciopelo granate, pesados muebles de estilo insonorizados por cortinajes de falla roja, y abierto por grandes espejos biselados, alumbrado por lamparones con almendras de cristal. Desde el techo, y este detalle es importante, colgaba un enorme candil. El piso estaba cubierto de tapetes de alta lana, azules y púrpura.

Cuando hizo en París su viaje de bodas, desde la calle y a través de las cortinas de las ventanas, Ernestina había entrevistado una noche aquellos apartamentos magníficos y tibios, y mientras caminaba del brazo de su marido, con buenos modales —todavía con buenos modales— de-

seaba morir en ellos, gardenal y flores, morir de amor por un Caballero Teutón. Luego, después de haber muerto cuatro o cinco veces, el apartamento había quedado libre para un drama más grave aún que su propia muerte.

Lo complicado, lo enredo y ustedes hablan de chiquilladas. Son chiquilladas. Todos los presos son niños, y sólo los niños son tortuosos, inhibidos, claros y confusos. "Lo que falta aún —pensó Ernestina— es que muriera en una ciudad de lujo, en Cannes o Venecia, para que yo pudiera acudir en peregrinación."

Alojarse en un Ritz bañado por ese mar Adriático, siendo esposa o amante de un Dux, y después, con los brazos llenos de flores, subir por un camino en cuesta hasta el cementerio, sentarse en una lápida sencilla, una piedra blanca algo abombada, y acurrucarse toda ella en un dolor perfumado, ¡mimarse!

Sin devolverla a la realidad, porque nunca abandonaba la realidad, el arreglo de los decorados la obligó a sacudir el ensueño. Se fue a buscar el revólver cargado desde hacía mucho por una Providencia llena de atenciones, y cuando lo tuvo en la mano, tan pesado como un falo en acción, comprendió que estaba embarazada de un crimen, encinta de un muerto.

No conocen ustedes ese estado sobrehumano o extralúcido del asesino ciego que tiene en mano el cuchillo, el rifle o el frasquito, o que ha iniciado ya el gesto que empuja hacia el precipicio.

El gesto final de Ernestina pudiera haberse realizado de prisa, pero por cierto, como Culafroy, está haciendo uso de un texto que ignora, que yo inscribo, y cuyo desenlace deberá llegar a su hora. Ernestina sabe todo lo miserablemente literario que se encierra en su acción, pero el hecho de tener que someterse a una pésima literatura la hace más conmovedora aún a sus propios ojos y a los nuestros. En el drama como en toda la vida, evade la belleza orgullosa.



Cada asesinato premeditado está presidido por una ceremonia preparatoria y siempre, después, por una ceremonia propiciatoria. Tanto el sentido de una como de otra le pasa desapercibido a la conciencia del asesino. Todo está en orden: Ernestina tiene justo tiempo para comparecer ante una cámara ardiente. Disparó. La bala fue a quebrar el vidrio de un marco que encerraba un diploma de honor de su difunto marido. El ruido fue espantoso. Atontado por los somníferos, el niño nada oyó. Tampoco Ernestina: había disparado en el apartamiento de terciopelo granate y la bala, al quebrar los espejos biselados, las almendras de cristal, los cristales, el estuco, las estrellas, al desgarrar los tapices, en fin, al destruir la construcción que se derrumbaba, hizo caer, no polvo brillante y sangre, no el cristal del candil y de las almendras, sino una ceniza gris que recayó sobre la cabeza de Ernestina que dio en el suelo.

Recobró el conocimiento en medio de los escombros de su drama. Sus manos, libres ya del revólver que desapareció bajo la cama como un hacha en el fondo de un estanque, como un merodeador en la muralla, sus manos, más ligeras que los pensamientos, revolotearon a su alrededor. Desde entonces, espera.

Así la vio Miñón, ebria de tragedia. Eso lo intimidó pues era hermosa y parecía loca, pero más bien porque era hermosa. El mismo era hermoso; ¿debería temerla? ¡Ay! sé demasiado poco (nada) de las relaciones secretas entre seres bellos que saben que lo son, y nada acerca de los contactos que parecen amistosos pero que quizá encierran odio hacia los guapos mozos. Si se sonríen por nada, sin darse cuenta ¿habrá algo de ternura en su sonrisa, y sentirán oscuramente esa influencia? Miñón hizo sobre el féretro una torpe señal de la cruz. Su incomodidad hizo creer que estaba concentrándose, pero en su incomodidad se encerraba toda su gracia.

La muerte había dejado su huella, que pesa como un

sello de plomo al final de un pergamino, en las cortinas, las paredes y las alfombras. Sobre todo en las cortinas: son sensibles, sienten la muerte y la repiten como los perros. Ladran a la muerte por los pliegues que se entreabren, tenebrosos como la boca y los ojos de las máscaras de Sófocles, o que se hinchan como los párpados de ascetas cristianos. Los postigos estaban cerrados y los cirios encendidos. Miñón, que no reconocía ya la buhardilla en que había vivido con Divina, tuvo gestos contraídos como un joven que va de visita.

¿Su emoción frente al ataúd? Ninguna. Ya no se acordaba de Divina.

Los enterradores llegaron casi en seguida para sacarlo de apuros.

Bajo la lluvia, aquella procesión negra, sembrada de rostros de mil colores como de estrellas, con perfume de afeites y de flores, siguió a la carroza fúnebre. Los paraguas redondos y planos, ondulando sobre la teoría deambulatoria, la tenían en suspenso entre cielo y tierra. Los transeúntes no la vieron, porque había sido alzada, de tan ligera que era, a diez metros del suelo; sólo las criadas y los lacayos podrían haberla visto si, a las diez de la mañana, las primeras no hubieran estado ocupadas en servir el chocolate a sus señoras, y los otros, en abrir la puerta a las primeras visitas. Por cierto que el cortejo era casi invisible a fuerza de velocidad. La carroza tenía alas en los ejes de las ruedas. El cura fue el primero en salir bajo la lluvia cantando el *dies irae*. Levantaba los pliegues de su sotana y de su manto como le enseñaron a hacerlo en el seminario cuando hacía mal tiempo; aunque automático, aquel gesto liberaba en él, de una placenta de nobleza, toda una serie de seres secretos y tristes. Con un pliegue de su capa de terciopelo negro, el mismo terciopelo que sirve para el antifaz de Fantomas y de las Dogaresas, trató de rehuir pero el piso fue el que lo eludió y huyó bajo sus pies, y ya vamos a ver en qué

celada cayó. Impidió a tiempo que la tela disimulara la parte inferior de su rostro. Aquel cura, sépanlo ustedes, era joven y se adivinaba que tenía un vibrante cuerpo de atleta apasionado bajo sus fúnebres envoltorios. Es decir que, en suma, iba disfrazado.

En la iglesia, como todo el servicio fúnebre había constado únicamente de "Haced esto en memoria mía", acercándose al altar sin ruido, había forzado la cerradura del tabernáculo, separado el velo como quien separa a medianoche los cortinones de una alcoba, aguantando la respiración, tomado en manos el copón con precauciones de ratero sin guantes y, en fin, tragado una hostia sospechosa después de romperla.

Desde la iglesia hasta el cementerio había mucho camino, y el texto del breviario se conocía demasiado. Lo único que exudaba encantos era el canto de los muertos y la capa con bordados de plata. El cura caminó entre el lodo como si lo hubiera hecho en un bosque profundo. ¿Qué bosque?, se preguntó. En un país extranjero, un bosque de Bohemia. O mejor aún, de Hungría. Sin duda escogió ese país guiado por la preciosa sospecha de que los húngaros son los únicos asiáticos de Europa. Hunos. Hunis. Atila quema la hierba, sus soldados recalientan entre sus muslos —llenos de brutalidad y colosales como los de Alberto, de Miñón, de Gorgui, y tal vez más— y el flanco de sus caballos la carne cruda que han de comer. Estamos en otoño. Lluve en el bosque húngaro.

Cada rama que debe apartar moja la frente del sacerdote. No se oye más que el ruido de las gotas en las hojas mojadas. Como ha atardecido ya, el bosque se vuelve de minuto en minuto más inquietante. El sacerdote aprieta más contra sus flancos espléndidos el gabán gris, la hopalanda, como su capa de hoy, que lo cubre allá.

En el bosque hay un aserradero: dos jóvenes lo explotan y cazan. Nadie los conoce en esa tierra. El abate sabe, como se saben las cosas que se han visto en sueños

sin aprenderlas, que han dado la vuelta al mundo. Y el cura cantaba aquí el canto de los muertos como lo hubiera cantado allá, en el momento en que se encontró con uno de los extranjeros, el más joven, que tenía el rostro como el carnicero de mi aldea. Volvía de la caza. En la comisura de los labios llevaba una colilla apagada. La palabra "colilla" y el sabor del tabaco chupado hicieron que el espinazo del abate se entiesara, se fuera hacia atrás con tres golpecitos secos que repercutieron vibrando por todos sus músculos hasta el infinito, que se estremeció y eyaculó todo un semen de constelaciones.

Los labios del serrador se posaron en la boca del cura donde hundieron la colilla con un lengüetazo más imperioso que un decreto regio. El sacerdote fue aplastado, mordido, y expiró de amor sobre el musgo henchido de agua. Después de haberlo casi desvestido, el extranjero lo acarició, agradecido, casi enternecido, pensaba el cura; puso en su lugar con un gesto rápido del hombro su mochila cargada con un gato montés, recogió la escopeta y se fue, silbando una canción apache.

El cura rodeaba aquellos mausoleos, las maricas tropezaban en las piedras, se mojaban con las hierbas y se angelicaban entre las tumbas. El monaguillo, niño canijo y tífoso, que no sospechaba en lo más mínimo la aventura que acababa de vivir el cura, le pidió permiso para conservar puesta la cachucha, y el cura dijo que sí. Al caminar hizo con la pierna ese movimiento especial de los bailarines que con una mano en el bolsillo terminan un tango. Dobló ligeramente la pierna que tenía tendida hacia delante y, de puntillas, con un rodillazo forzó la tela de la sotana que ondeó, semejante al bajo de un pantalón de marinero o de gaucho que se contonea. Y entonces comenzó un salmo.

Cuando el cortejo se encontró ante el foso, abierto ya, quizá por aquel enterrador que veía Divina desde su ventana, se bajó el féretro en que la muerta estaba envuelta

en encaje blanco de guipur. El cura bendijo el foso y entregó el hisopo a Miñón, que enrojeció al sentirlo tan pesado (porque había vuelto un poco, después y más allá de Divina, a su raza, prima de la de los jóvenes zíngaros, que no aceptan menearse más que con los pies), luego a los maricas, y por ellos todo el ámbito se convirtió en gorjeo de lindos chillidos y risas incontenibles. Divina se iba como lo hubiera deseado, en una mezcla de fantasía y de abyección.

*Divina está muerta, está muerta y enterrada...  
... está muerta y enterrada.*

Puesto que ha muerto Divina, el poeta puede cantarla, contar su leyenda, la Saga, el dicho de Divina. La Divina-Saga debería danzarse, mimarse con indicaciones sutiles. La imposibilidad de convertirla en ballet me obliga a emplear palabras pesadas, cargadas de ideas exactas, pero trataré de aligerarlas suprimiendo las expresiones triviales, vacuas, huecas, invisibles.

Para mí, que escribo esta historia ¿de qué se trata? Al repetir mi vida siguiéndola corriente arriba, de llenar mi celda con la voluptuosidad de ser lo que por muy poco estuve a punto de ser, y de encontrar de nuevo, para arrojarme en ellos como si fueran negros agujeros, esos instantes en que me extraviaba a través de los compartimientos que se complicaban con trampas, en un cielo subterráneo. De desplazar volúmenes de aire fétido, cortar hilos de los que cuelgan sentimientos en forma de ramos, ver desde un río, no se sabe cuál, lleno de estrellas, reaparecer tal vez un zíngaro que busco, mojado, con cabellos de musgo tocando el violín, diabólicamente birlado por el cortinón de terciopelo escarlata de un cabaret nocturno.

Les hablaré de Divina, según me lo ordena mi humor, mezclando el masculino y el femenino, y si durante el relato tengo que citar a una mujer, ya me las arreglaré,

ya encontraré algún sesgo, una pirueta, para que no haya confusión.

Divina apareció en París para llevar su vida pública unos veinte años antes de morir. Era entonces tan esbelta y viva como lo siguió siendo hasta terminar su vida, convertida en angulosa. Entró a eso de las dos de la mañana donde Graff, en Montmartre. La clientela era de arcilla, barro aún, informe; Divina era de agua clara. En el gran café con sus vidrios cerrados y las cortinas corridas en sus varillas huecas, atestado de gente y naufragando entre el humo, depositó el frescor del escándalo que es el frescor de un viento matutino, la asombrosa dulzura de un ruido de sandalia en la piedra del templo y, así como el viento hace revolotear las hojas, hizo que se volvieran las cabezas, ligeras de repente (cabecitas locas), cabezas de banqueros, comerciantes, gigolós para señoras, camareros, coroneles, espantajos.

Se sentó sola a una mesa y pidió té.

—De China, sobre todo ¿eh? muchacho —dijo.

Sonriente. Para los clientes, tenía una sonrisa atrevida que irritaba. Así se lo dijeron entre meneos de cabeza. Para el poeta y para el lector, esa sonrisa seguirá siendo enigmática.

Aquella noche estaba vestida con una blusita de seda color champaña, un pantalón azul que había robado a un marino, y estaba calzada con sandalias de cuero. En uno de sus dedos, probablemente el meñique, una piedra la engangrenaba como una úlcera. Le llevaron el té, se lo bebió como si estuviera en su casa, a traguitos pequeños (paloma), dejando una y otra vez la taza, con el meñique levantado. Este es su retrato: tiene los cabellos castaños y ondulados; los bucles caen sobre sus ojos y sus mejillas, cualquiera diría que tiene puesto un gato de nueve colas. Su frente es algo redonda y lisa. Sus ojos cantan a pesar de su desesperanza, y su melodía pasa de

los ojos a los dientes infundiéndoles vida, y dientes a todos sus gestos, al menor de sus actos, y saliendo de los ojos ese encanto que, de oleada en oleada, se despliega hasta sus pies descalzos. Tiene el cuerpo fino como el ámbar. Sus piernas pueden cobrar agilidad en cuanto huye de los fantasmas; entonces, la llevan las alas del encanto que tiene en los talones. Es rápida, porque para despistar y dejar los fantasmas atrás, corriendo, tiene que correr más de prisa de lo que su pensamiento piensa. Bebía su té ante treinta pares de ojos que desmentían lo que las bocas despectivas, despechadas, apenadas y marchitas, decían.

Divina era graciosa y sin embargo semejante a todos esos merodeadores de las kermeses, que andan husmeando en busca de visiones extrañas, de visiones de arte, que son buenos perdedores y llevan tras de sí todo el farrago fatal de los magic-city. Al menor movimiento, ya sea que se hagan el nudo de la corbata o sacudan la ceniza de su cigarrillo, están manejando máquinas tragapapeles. Divina anudaba carótidas, las sometía al garrote vil. Su seducción será implacable. Si sólo dependiera de mí, haría de ella un héroe fatal como los que me agradan. Fatal, es decir que decide del destino de todos los que nos miran, fascinados. Le daría caderas de piedra, mejillas lisas y planas, párpados pesados, rodillas paganas tan hermosas que reflejarían la inteligencia desesperada que hay en el rostro de los místicos. La despojaría de todo arnés sentimental. Que consintiera en ser la estatua helada. Pero sé muy bien que el pobre Demiurgo está en la obligación de hacer su criatura a su imagen y semejanza, y que no inventó a Lucifer. En mi celda, poco a poco tendré que entregar mis calosfríos al granito. Permaneceré solo con él por mucho tiempo, y le haré cobrar vida con mi aliento y el olor de mis pedos, solemnes o muy suaves. Me durará todo lo que dure un libro el sacarla de su petrificación, darle poco

a poco mi sufrimiento, liberarla poco a poco del mal y, llevándola de la mano, conducirla hasta la santidad.

El muchacho que la sirvió tuvo ganas de reírse sardónicamente, pero no se atrevió a hacerlo delante de ella, por pudor. En cuanto al gerente, se acercó a su mesa y decidió que, en cuanto hubiera terminado de beber, le pediría que saliera, evitando así que regresara otra noche.

Finalmente, golpeó su nivea frente con un pañuelo florido. Y cruzó las piernas; se vio que llevaba en el tobillo una cadenita cerrada por un mendallón: que encierra cabellos, nosotros lo sabemos. Sonrió a la redonda y cada quien respondió solamente volviéndose hacia el otro lado, pero eso era contestar. El café estaba tan en silencio que se oían distintamente cada uno de los ruidos. Todo el café pensó que la sonrisa de (el coronel: el invertido; los comerciantes: el marica, el banquero y los muchachos, el afeminado, los gigolós, ésa, y así seguido...) era abyecta. Divina no insistió. Sacó de una diminuta bolsita de raso negro con cordones, unas cuantas monedas que dejó sin hacer ruido en la mesa de mármol. El café desapareció y Divina fue convertida en una de esas bestias pintadas en las murallas —quimeras o grifos— porque uno de los clientes, a pesar suyo, murmuró una palabra mágica pensando en ella:

—Pederasca.

Esa noche buscaba pichones por primera vez en Montmartre. No tuvo suerte. Nos llegaba sin previo aviso; los habituados del café no tuvieron tiempo, ni sobre todo sangre fría, para cuidar su reputación y sobre todo a su hembra. Una vez que hubo bebido el té, Divina, indiferente (hubiérase dicho, al verla), meneándose en un vestido de flores y sembrando los ruiditos y lentejuelas de unos volantes invisibles, se marchó. Ahí la tenemos, pues, muy decidida a volver, en alas de una columna de humo,



a su buhardilla en cuya puerta tiene clavada una enorme rosa de tela descolorida.

Su perfume es violento y vulgar. Basta olerlo para saber que le gusta la vulgaridad. Divina tiene un gusto seguro, buen gusto, y lo menos inquietante no es que a ella, la delicada, la ponga siempre la vida en postura vulgar, en contacto con todas las mugres. Ama la vulgaridad porque su más grande amor se lo ha inspirado un gitano de tez oscura. Sobre él, bajo él, cuando le cantaba, con la boca pegada a la suya, canciones endiabladas que atravesaban su cuerpo, aprendió a soportar el encanto de telas vulgares como la seda y los cintajos de oro que les sientan bien a los seres impúdicos. Montmartre ardía. Divina atrevesó sus fuegos multicolores y después, intacta, penetró de nuevo en la oscuridad del terraplén del boulevard de Clichy, noche que protege a los pobres rostros viejos y feos. Eran las tres de la mañana. Caminó un momento hacia Pigalle. Miraba, sonriente, a todo hombre solo, que la cruzara. No se arevían, o tal vez no supiera nada aún de las maniobras habituales: los regresos del cliente, sus vacilaciones, su falta de seguridad tan pronto como se acerca al mocito deseado. Ella estaba cansada y se sentó en un banco; a pesar del cansancio se sintió conquistada, transportada por la tibieza de la noche; se abandonó durante el espacio de una palpitación y tradujo así su emoción: "Las noches están locas por mí, las sultanas. Ellas, Dios mío, me están haciendo señas con los ojos, ¡ah! enredando mis cabellos entre sus dedos (los dedos de la noche, la verga de los hombres). Me acarician la mejilla y me tocan las nalgas." Lo pensó, sin pensar sin embargo elevarse o sumirse en una poesía separada del mundo terrenal. La expresión poética nunca cambiará su estado. Seguirá siendo la buscona preocupada por el dinero.

Hay mañanas en que todos los hombres conocen, con

el cansancio, un acceso de ternura que se la hace erguir. Me ha sucedido, al llegar una aurora, llevar por puro amor sin objeto los labios a la baranda helada de la calle Berthe, otra vez besé mi mano, y otra vez, desbordante de una emoción inaguantable, deseé tragarme a mí mismo volviendo mi boca desmesuradamente abierta por encima de mi cabeza, meter en ella todo mi cuerpo, luego el Universo y no ser más que una bola de cosa comida que poco a poco se aniquilara: es mi modo de considerar el fin del mundo. Divina se ofrecía a la noche para verse devorada de ternura por ella, sin que la vomitara jamás. Tiene hambre. Y no hay nada alrededor. Las tazas están vacías, el terraplén más o menos desierto. Sólo hay pandillas de obreros jóvenes cuya adolescencia desordenada está toda en las agujetas mal amarradas que brincan en sus empeines, al volver del placer, que caminan hasta su vivienda a marchas forzadas. Sus sacos muy apretados en la cintura, colocados como una especie de coraza o de caparazón frágil, protegen la inocencia de sus cuerpos jóvenes; pero por la gracia de su virilidad tan ligera aún como una esperanza, para Divina son inviolables.

No hará nada esta noche. Ha sorprendido tanto que los pichones posibles no recobran aún el aliento. Tendrá que volver a su buhardilla con hambre en las tripas y en el corazón. Se levantó, dispuesta a irse. Acercándose a ella, un hombre vacilante le dio con el codo:

—¡Oh, perdón! —dijo—. Lo siento.

Su aliento apestaba a vino.

—No es nada —contestó el mariquita.

Era Mifión-los-pies-chicos.

Media filiación de Mifión: estatura, 1 m. 75, peso, 75 kilos, rostro ovalado, cabellos rubios, ojos azul verdoso, color mate, dientes perfectos, nariz recta.

También era joven casi tanto como Divina, y me gus-

taría que siguiera siéndolo hasta terminar el libro. Todos los días abren mi puerta los celadores, para que salga de mi celda y vaya hasta el patio a tomar un poco el aire. Durante unos segundos, en corredores y escaleras, me cruzo con ladrones, chulapos cuyo rostro me entra en la cara, cuyo cuerpo áplasta el mío de lejos. Quisiera tenerlos a mano, y sin embargo ninguno de ellos me obliga a suscitar a Miñón-los-pies-chicos.

Cuando la conocí en Fresnes, Divina me habló mucho de él, buscando su recuerdo, la huella de sus pasos por toda la cárcel, pero nunca supe exactamente su rostro, y esta es una oportunidad seductora de confundirlo aquí, en mi mente, con el rostro y la estatura de Roger.

De este curso mi memoria ha conservado poca cosa: una mano cuyo pulgar era demasiado grueso, que juega con una llavecita hueca, y la imagen confusa de un muchacho rubio que pasea Canebière arriba, con una cadencia —sin duda de oro— tensa sobre la bragueta que parece cerrar. Forma parte de un grupo de machos que avanzan hacia mí con la gravedad despiadada de las selvas en marcha. Ahí se inicia mi ensueño en que imaginaba llamarlo Roger, nombre de "muchachito" y sin embargo sólido, de aplomo. Roger estaba de aplomo. Acababa de librarme de la cárcel Chave y me maravillaba no haberlo encontrado ahí. ¿Qué podría cometer yo para hallarme a la altura de su belleza? Necesitaba audacia para admirarlo. De noche me acostaba, porque estaba sin dinero, en los ángulos oscuros de los montones de carbón, en los muelles, y cada noche me lo llevaba conmigo. El recuerdo de su recuerdo dejó el lugar a otros hombres. Desde hace dos días, en mi celda, mezclo nuevamente su vida (inventada) a la mía, en mi ensueño. Quería que me amara y, naturalmente, me ha amado, pero con ese candor que inevitablemente debe mezclarse con perversidad para que me ame. Durante dos días

seguidos he alimentado con su imagen un sueño que generalmente se sacia al cabo de cuatro o cinco horas, cuando lo he cebado con un muchacho por guapo que sea. Ahora estoy agotado de tanto inventar circunstancias en las cuales sabría amarme de más en más. Me han extenuado los viajes inventados, los robos, violaciones, asaltos, encarcelamientos y traiciones en que podríamos estar mezclados, obrando el uno por el otro, para el otro, y nunca para sí ni por sí mismo, en que la aventura fuera nosotros y nadie más. Estoy agotado; mi muñeca sufre calambres. La voluptuosidad de las últimas gotas se ha secado. He vivido con él, de él, entre mis cuatro paredes desnudas, y en dos días, todo lo que se puede vivir en una existencia veinte veces repetida, tan enredada que llega a ser más verdadera que una de verdad. He abandonado el ensueño. Era amado. He abandonado, como abandona un corredor de la Vuelta de Francia, y sin embargo el recuerdo de sus ojos y de la fatiga que revelaban, que deberé recoger en el rostro de otro jovenzuelo que vi al salir de un burdel, con las piernas redondas y la verga bestial, tan sólida que quisiera decir que tiene nudos, y su rostro, lo único visto sin velo, que pide asilo como un caballero andante, ese recuerdo no quiere desaparecer como suele desaparecer el recuerdo de mis compañeros fantaseados. Flota. Es menos riguroso que en el momento de las aventuras, y sin embargo me habita. Algunos detalles se empeñan más obstinadamente en persistir: esa llavecita hueca con la que puede silbar si se le antoja, su dedo pulgar, su chaleco, sus ojos azules. . . Si llego a insistir, surgirá, erigiéndose, y se me introducirá hasta el punto que me quedarán estigmas. No aguanto más. Hago con él un personaje al que sabré martirizar a mi modo: es Miñón-los-pies-chicos. Conservará sus veinte años aun cuando su destino sea convertirse en padre y amante de Nuestra Señora de las Flores.

Le dijo a Divina:

—Lo siento.

Como estaba bebido, Miñón no se fijó en lo extraño de aquel transeúnte de amabilidad agresiva:

—¿Qué hay, compañero?

Divina se detuvo. Una conversación sin más ni más pero peligrosa se entabló, y finalmente todo pasó como había que desearlo. Divina se llevó a Miñón hasta su vivienda en la Calle Caulaincourt. Aquella buhardilla donde ha muerto, desde la que uno ve a sus pies, como al mar el vigía, un cementerio y tumbas. Cipreses que cantan. Fantasmas que dormitan. Todas las mañanas, Divina sacudirá el trapo por la ventana y despedirá a los fantasmas. Con ayuda de un catalejo descubrirá un día a un joven enterrador. “Que Dios me perdone —gritará— hay un litro de vino sobre la tumba.” Ese enterrador envejecerá con ella y la sepultará sin saber nada de ella.

Así pues, subió con Miñón. Luego, en la buhardilla, una vez cerrada la puerta, lo desvistió. Una vez retirados pantalón, saco y camisa, apareció blanco y derrumbado como un alud. Al anoecer se encontraron enredados en las sábanas húmedas y arrugadas.

—¡Te das cuenta de todo esto! Palabra, anoche estaba yo bien pasado ¿eh, chiquito?

Reía sin ganas y miraba la buhardilla. Es un desván. En el piso Divina ha puesto tapetes gastados y tiene clavados en las paredes a los asesinos de las paredes de mi celda, y esos retratos extraordinarios de guapos mozos que se ha robado de los escaparates de los fotógrafos y que en sí llevan todas las señales del poder de las tinieblas.

—¡Todo un aparador!

En la chimenea, un tubo de gardenal colocado sobre una fragatita de madera pintada basta para destacar el cuarto del bloque construido que es el edificio, para suspenderlo como una jaula entre cielo y tierra.

Por el modo que tiene de hablar, de encender y fumar el cigarro, Divina ha comprendido que Miñón es un rufián. Al principio sintió ciertos temores: que le diera de golpes, la desvalijara, la insultara. Después sintió orgullo por haber hecho gozar a un chulo. Sin prever exactamente en qué quedaría la aventura, y más que voluntariamente del modo en que se dirige el pajarillo hacia el hocico de la serpiente, fascinada le dijo "Quédate", y después, vacilante:

—Si quieres.

—No bromees, ¿me quieres?

Miñón se quedó.

En aquella enorme buhardilla montmartresa en que Divina ve por el tragaluz, entre los perifollos de gasa rosa que ella misma ha cosido, sobre un mar azul y tranquilo, bogar blancas cunas, tan cerca que puede distinguir las flores entre las cuales surge un pie cimbrado por el baile, Miñón llevará muy pronto la malla azul noche que usa en sus expediciones, y su llavero cargado de llaves falsas, sus herramientas, y cubrirá el montoncito que forman en el piso con sus guantes de caucho blanco, semejantes a los de ceremonias. Así comenzó su vida común, en aquel cuarto cruzado por los alambres eléctricos del radiador robado, del radio robado, de las lámparas robadas.

Toman el desayuno por la tarde. De día duermen, escuchan la radio. Una vez que ha anochecido se maquillan y salen. De noche, como es costumbre, Divina corretea en la plaza Blanche, y Miñón va al cine. Por mucho tiempo tendrá éxito Divina. Aconsejada por Miñón, y protegida, sabrá a quién desvalijar, a qué magistrado someter al chantaje. Como la cocaína vaporosa hace flotar los contornos de su vida, bogar sus cuerpos, es imposible echarles mano.

Aunque era un golfo, Miñón tenía rostro de claridad.

Era el macho guapo, dulce y violento, nacido para ser chulo, de un porte tan noble que siempre parecía estar desnudo, salvo ese gesto ridículo que me enternecía: redondeaba la espalda apoyándose en un pie, luego en el otro, mientras se quitaba el pantalón y el calzoncillo. Ondearon a Miñón, lo beatificaron también, casi lo canonizaron antes de nacer, en el cálido vientre de su madre. Le hicieron esa clase de bautizo blanco que, una vez muerto, habría de enviarlo al limbo; en suma, una de esas ceremonias breves aunque misteriosas y extremadamente dramáticas en el nudo cerrado que son, suntuosas, a la que fueron convocados los ángeles y movilizados los secuaces de la Divinidad y la Divinidad misma. Miñón sabe todo eso, pero lo sabe apenas, es decir que durante toda su vida, en vez que nadie se lo diga en voz alta e inteligible, parece que alguien le murmura secretos tales. Y ese ondeo del que surgió su vida, durante su vida que se estira, la dora, la envuelve con un nimbo tibio y débil, un poco luminoso, y construye para esa vida de chulo un zócalo con guirnaldas de flores, como un ataúd de señorita adornado con yedra trenzada, un pedestal macizo y liviano a la vez desde el que, ya a los quince años de edad, Miñón mea en esa actitud: piernas apartadas, rodillas algo flexionadas, y chorros más rígidos desde sus dieciocho años. Porque, insistimos al respecto, un nimbo muy dulce lo aísla siempre del contacto demasiado duro de sus propios ángulos vivos. Si dice: "Suelto una perla" o "Ha caído una perlucha", quiere decir que ha tirado un pedo de cierto modo muy suave, que el pedo ha salido sin estruendo. Admiramos que en efecto evoque una perla de oriente mate: esa salida, esa fuga en sordina se nos antojan tan lechosas como la palidez de una perla, o sea algo sordas. Miñón nos aparece por ello como una especie de valioso gigoló, hindú, princesa, bebedora de perlas. El olor que ha deja-

do escapar silenciosamente en la cárcel tiene el color mate de la perla, se enreda a su alrededor, lo nimba de pies a cabeza, lo aísla, pero lo aísla mucho menos que la expresión que su belleza no ha temido expresar: "Suelto una perla" significa que el pedo no hace ruido. Si lo hace, es tosco, y si lo abandona una campana, Miñón dice: —¡Cabaña, se me desmorona el nudo!

Maravillosamente, por la magia de su belleza alta y rubia, Miñón hace surgir una planicie y nos sume en el corazón continentes negros más profunda, más imperiosamente de lo que, para mí, habrá de hacerlo el asesino negro. Miñón añade además:

—Aquí hiede, no puedo seguir al lado de mí mismo...

Total, que lleva su infamia como un estigma con hierro candente, en carne viva, pero ese estigma precioso lo ennoblece tanto como la flor de lis en el hombro de los pillos de antaño. Los ojos amarrotados a fuerza de puñetazos son una vergüenza para los chulos, pero para Miñón:

—Mis dos ramilletes de violetas —dice.

También dice, para decir que le dan ganas de cagar:

—Tengo el puro a flor de labios.

Tiene pocos amigos. Así como la Divina pierde los suyos, él se los vende a los polizontes. Divina no lo sabe aún: él conserva su rostro de traidor para sí solo, porque le gusta traicionar. Cuando se lo encontró Divina, había salido aquella misma mañana de la cárcel donde sólo había pagado la pena mínima por robar y encubrir, después de haber delatado fríamente a sus cómplices y a otros amigos que no lo eran.

Cierta noche, en el momento de liberarlo de la comisaría donde lo habían llevado después de una redada, cuando el inspector le dijo con esa voz arisca que hace pensar que la cosa no irá más allá: "¿No sabes de algún golpe que vayan a dar por ahí? Sólo tienes que trabajar



para nosotros, ya nos arreglaremos”, sintió, como dirían ustedes, una caricia infame pero más dulce aún porque a él le parecía infame. Trató de darse aires desenvueltos y dijo:

—Es arriesgado.

Y sin embargo, se dio cuenta de que había bajado el tono de voz.

—Ahí sí que puedes estar tranquilo conmigo; juego limpio —proseguía el inspector—. Tendrás cien de a uno por servicio.

Miñón aceptó. Le agradaba vender a los demás, porque eso lo inhumanizaba. Inhumanizarme es mi tendencia profunda. Recordaba, en la primera plana de un diario vespertino, la fotografía de ese alférez de navío de quien he hablado, fusilado por haber traicionado. Miñón pensó: “¡Viejo amigo! Hermano.”

Una chiquillada que había nacido muy dentro de sí, lo exaltaba: “Soy un renegado.” Mientras bajaba por la calle Dancourt, embriagado por el esplendor oculto de su abyección como por un tesoro (porque es menester que nos embriague si no queremos que nos mate su intensidad), echó una ojeada a la vitrina de un almacén en la que vio a un Miñón luminoso de orgullo apagado, esplendente de orgullo. Vio a ese Miñón vestido con un traje Príncipe de Gales, con el sombrero flexible inclinado sobre el ojo, los hombros inmóviles —los lleva así al andar para parecerse a Pierrot-du-Topol, y Pierrot lo hace para parecerse a Polo-la-Vache, y Polo para ser igual que Tioui, y así seguido: toda una serie de puros chulos, severamente irreprochables, para desembocar en Miñón-los-pies-chicos, renegado, y parece que por haberse codeado con ellos, por haberles copiado el andar los haya —ustedes dirían: mancillado con su propia abyección; así lo quiero yo para gozar, con su cadena de oro en la muñeca, su corbata flexible como una lengua de fuego y ese calzado extraordinario que sólo llevan los

chulos, de un amarillo muy claro, fino y puntiagudo. Porque poco a poco, y gracias a Divina, Miñón ha cambiado sus ropas que fatigaron meses de encierro en una celda por elegantes trajes de lanilla peinada y ropa interior perfumada. La transformación lo ha encantado porque aún es el niño-chulo. El alma del golfo rezongón se ha quedado con los harapos. Ahora siente en el bolsillo, y lo acaricia con la mano mejor de lo que sentía su cuchillo, un revólver 6/35 cerca de su verga. Pero uno no se viste sólo para sí, y Miñón se viste para la cárcel. Cada vez que compra algo, imagina el efecto que le haría a sus posibles compañeros de Fresnes o de la Santé. ¿Qué creen ustedes que serían? Dos o tres machotes que sin haberlo visto jamás sabrían reconocerlo como uno de sus pares, algunos hombres de rostro cerrado que le tenderían la mano o que, de lejos, cuando las visitas o al volver del paseo, le dirían con la comisura de la boca y una ojeada: "Ciao, Miñón." Pero ante todo, sus compañeros serían unos incautos fáciles de deslumbrar. La cárcel es una especie de Dios, tan bárbara como él, a quien ofrece relojes de oro, plumas fuente, sortijas, pañuelos, bufandas, zapatos. Sueña menos con mostrarse en todo el esplendor de su ropa nueva a una mujer o a sus encuentros diarios y libres, que con entrar en una celda, el sombrero caído sobre el ojo, el cuello de la camisa de seda blanca abierto (al registrarle le han robado la corbata), el raglán inglés desabrochado. Y ya lo miran respetuosamente los pobres prisioneros. Con sólo plantarse allí, los domina. "Vaya carotas que pondrían" se diría, si pudiera pensar sus deseos.

Dos temporadas de cárcel lo han acondicionado haciéndole vivir para ella el resto de sus días. Su destino tiene esa forma y sabe oscuramente que está destinado ineludiblemente a volver allá; tal vez sea desde el día en que leyó estas líneas en la página de un libro de la biblioteca:

*Desconfianza:*

*Primero: Jean Clément, apodo El Pingo*

*Segundo: Robert Martin, apodo el Pedal*

*Tercero: Roger Falgue, apodo Mari*

*El Pingo quiere a Petit-Pré (mundana),*

*Mari a Ferrière y Grandot,*

*El Pedal a Malvoisin.*

El único medio de evitar el horror del horror es abandonarse a él. Así pues, deseó, con un deseo algo voluptuoso, que uno de los nombres fuera el suyo. Luego, en fin, ya sé que le ocurre a uno sentirse cansado de esa actitud tensa y heroica de fuera-de-la-ley, y que se mete uno con la policía para reintegrarse a la humanidad despojada. Divina no sabía nada de ese aspecto de Miñón. De haberlo conocido, lo habría amado más aún, porque en ella el amor es equivalente de la desesperación. De modo que beben té, y Divina sabe que ella lo toma como una paloma bebe agua clara. Como lo bebería, si bebiera, el Espíritu Santo en forma de paloma. Miñón baila la java con las manos en los bolsillos. Si se acuesta, Divina lo lame.

Hablándose de Miñón, Divina se dice, imaginándose juntar las manos:

—Lo adoro. Cuando lo veo acostado, en cueros, me dan ganas de decir misa sobre su pecho.

Miñón ha tardado un poco en acostumbrarse a hablar de ella y en hablarle en femenino. Por fin lo logró, pero no toleró aún que ella le platicara como a una amiga, y poco a poco, finalmente, se abandonó. Divina se atrevió a decirle:

—Eres hermosa —agregó—, como una pija.

El azar de las expediciones nocturnas y diurnas de Miñón acumula en la buhardilla botellas de licores, bufandas de seda, frascos de olor, joyas falsas. Cada objeto

introduce en el cuarto su fascinación de hurto breve como una llamada de los ojos. Miñón roba en los almacenes, en los autos parados; roba a sus escasos amigos; roba donde puede.

Los domingos, Divina y él van a misa. Divina lleva un misal con cierre dorado en la mano derecha. Con la izquierda, enguantada, lleva cerrado el cuello del gabán. Caminan sin ver. Llegan a la Madeleine y se sientan entre las devotas de la sociedad. Creen en los obispos con adornos de oro. La misa maravilla a Divina. No sucede nada que no sea natural. Cada gesto del sacerdote es claro, tiene un sentido exacto, y podría ser ejecutado por cualquiera. Cuando el oficiante, para la consagración, acerca los dos trozos de la hostia partida, los bordes no se pegan de nuevo, y cuando la eleva con sus dos manos, no intenta hacer creer en un milagro: Divina se estremece.

Miñón reza diciendo:

—Madre nuestra que estás en los cielos...

A veces les da la comunión un cura con expresión odiosa, que les mete brutalmente la hostia en la boca.

Miñón va también a misa por el lujo.

De regreso en la buhardilla, se acarician.

Divina ama a su hombre. Le cocina tartas, le pone mantequilla en su pan tostado. Sueña con él hasta cuando va al retrete. Lo adora en cualquier postura.

Una llave silenciosa abre la puerta, y la muralla estalla como un cielo que se desgarras, para mostrar al Hombre semejante al que Miguel Angel pintó desnudo en el Juicio final. Una vez cerrada la puerta con tanta dulzura como si fuera de cristal, Miñón tira su sombrero de fieltro sobre el sofá y su colilla en cualquier parte, pero casi siempre al techo. Divina se lanza al asalto de su hombre, se pega a él, lo lame y lo envuelve; él permanece sólido, inmóvil, como si estuviera en el mar y fuera el monstruo de Andrómeda transformado en roca.

Ya que sus amigos lo rehuyen, Miñón lleva a veces a Divina al "Roxy". Juegan al póker de dados. A Miñón le agrada la elegancia del gesto que sacude los dados. También saborea la gracia de los dedos que lían un cigarrillo, que levantan la capucha de una pluma fuente. No se preocupa por sus segundos ni sus minutos ni sus gotas. Su vida es un cielo subterráneo poblado de bar-men, de chulos, de maricas, de mariposillas de la noche, de damas de espadas, pero su vida es un Cielo. Es un voluptuoso. Conoce todos los cafés de París que tienen el retrete de asiento.

—Pa cagar a gusto, tengo que estar sentao —dice.

Camina kilómetros, llevando cuidadosamente entre sus flancos las ganas de cagar que depositará gravemente en los retretes de mosaico color malva del Terminus-Saint-Lazare.

No sé mucho de sus orígenes. Divina me dijo un día su nombre, debía de ser Paul García. Sin duda nació en uno de esos barrios con olor a excrementos envueltos en un trozo de periódico que se tiran por todas las ventanas, de las que cuelga un corazón de lila.

¡Miñón!

Si menea su cabeza rizada, se ven agitar los anillos de oro que llevaban antaño colgados de las orejas sus antepasados, los merodeadores de la frontera del suburbio. Su patada hacia delante para balancear el bajo del pantalón es la contraparte de ese golpe que daban las mujeres al bajo de su vestido con el talón, al bailar el vals.

Así es como la pareja vive sin tropiezos. La portera, abajo de la escalera, vela por su felicidad. Y al llegar la tarde, los ángeles barren el cuarto y hacen la limpieza. Para Divina, los ángeles son gestos que se hacen sin ella.

¡Cómo me complace hablar de ellos! Legiones de soldados vestidos con el grueso paño azul de Francia o color de río, con sus zapatos reforzados con hierro, martillean el azul del cielo. Lloran los aviones. El mundo entero

llora de terror pánico. Cinco millones de jóvenes de todas las lenguas van a morir por el cañón que se para y descarga. Su carne perfuma ya a los humanos que caen como moscas. La carne, al parecer, desprende solemnidad. Y yo estoy muy a gusto aquí, para pensar en los hermosos muertos de ayer, de hoy, de mañana. Sueño con la buhardilla de los amantes. La primera disputa grave ha sucedido, terminada en gesto de amor. Divina me ha dicho esto de Miñón: que una noche, al despertar, demasiado perezoso para abrir los ojos y oyéndola agitarse por la buhardilla, preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

La madre de Divina, Ernestina, al lavado lo llamaba lavadora, y todos los sábados "hacia la lavadora". Por eso contesta Divina:

—Hago la lavadora.

Pues bien, como donde Miñón no existían bañeras, lo remojaban en una lavadora. Hoy, quizá otro día, pero me parece que es hoy, mientras dormía, en su sueño, entró en una lavadora. Analizarse: él mismo no sabe hacerlo ni se le ocurre, pero es tan sensible a las malas pasadas que nos juega el destino como a los artificios del teatro de terror. Cuando Divina contesta: "Hago la lavadora" él cree que le está diciendo como: "juego a que soy la lavadora". (Podría haber dicho: hago la locomotora.) De repente se siente duro con el sentimiento de haber penetrado a Divina en sueños. El sexo de su sueño penetra en la Divina del sueño de Divina y la posee, en cierto modo, en una orgía espiritual. Y a su mente se le presentan estas frases: "Hasta el corazón, hasta la guardia, hasta los cojones, lleno hasta la garganta".

Miñón se ha enamorado.

Me gustaría jugar a inventar las formas que tiene el amor para sorprender a la gente. Llega como Jesús al corazón de los ardientes, viene igual de taimado, como un ladrón.

Un chulo me ha contado aquí mismo una especie de réplica de la célebre comparación en que las dos rivales conocen a Eros. Me la contaba así:

—¿Qué cómo empecé a emborriscarme? Estaba en chirona. Por la noche había que ponerse en pelotas y quitarse hasta la camisa delante del grillero para mostrar que no metíamos nada de estrangis (ni cuerdas ni limas ni cuchillas). Entonces, yo y el rapazuelo, estábamos los dos en cueros. He mirado de su lado para comprobar si era tan musculoso como decía. No tuve tiempo de verlo bien, nos estábamos helando. El se vistió al vuelo: justo me dio tiempo para ver que estaba estupendo. ¡Ah! todo se me fue al ojo izquierdo: una ducha de rosas. Entonces, amigos míos, me quedé de a ocho. ¡Palabra! Me dio fuerte (al oír eso todos esperan forzosamente que diga: me desmorré). Duró un buen rato, cuatro o cinco días...

Lo demás no nos interesa. El amor emplea las celadas más desleales, las menos nobles, las más extrañas. Explota las coincidencias. ¿No ha sido necesario que un chiquillo metiera los dos dedos en la boca y diera un pitido desgarrador, precisamente cuando mi alma estaba tensa hasta el límite y no esperaba más que esa estridencia para rasgarse de abajo arriba? Pero ¿ha llegado alguna vez el instante en que dos seres se amaran hasta la sangre? "Eres un sol que ha llegado a mi noche. Mi noche es un sol llegado a la tuya." Se da uno con al frente. En pie y de lejos, mi cuerpo pasa a través del tuyo, y el tuyo, de lejos, a través del mío. Creamos el mundo. Todo cambia... ¡y sin saberlo!

Amarse como, antes de separarse, dos jóvenes boxeadores que se pegan (no combaten), se desgarran la camisa el uno al otro y, cuando están desnudos, estupefactos de ser tan bellos, creen estar viéndose en un espejo, quedan boquiabiertos un segundo, sacuden —con la rabia de estar atrapados— sus cabellos enredados, se sonríen, con una sonrisa húmeda, y se abrazan como dos

luchadores de lucha grecorromana, encajan sus músculos en las conexiones exactas que ofrecen los músculos del otro, y se dejan caer hasta que su tibia esperma, salpicando, traza en el cielo una vía láctea en que se inscriben otras constelaciones que yo sé leer: la constelación del Marinero, la del Boxeador, la del Ciclista, la del Violín, la del Espahí, la del Puñal. Y así se dibuja un nuevo mapa del cielo en las paredes de la buhardilla de Divina.

Volviendo de un paseo por el parque Monceau, Divina sube a la buhardilla. Surge tiesa y negra, de un jarrón, una rama de cerezo que sus flores rosadas sostienen en pleno vuelo. En el campo, los campesinos le han enseñado a respetar los árboles frutales, a no considerar sus flores como adornos: nunca más podrá admirarlas. La rama quebrada la ofende como a usted le ofendería el homicidio de una muchacha núbil. Cuenta a Miñón cómo le duele y éste ríe mostrando todos sus dientes. Se burla él, chiquillo de gran ciudad, de los escrúpulos campesinos. Divina, para concluir, consumando el sacrificio y en cierto modo, queriéndolo superar, tal vez también por nerviosismo, rompe las flores. Arañazos. Gritos. Finalmente desorden de amor, porque en cuanto toca a un macho, todos sus gestos de defensa se vuelven caricias. Un puño que se lanzó a dar un puñetazo se posa y se desliza dulcemente. El macho grande es demasiado fuerte para esos débiles maricas. Le bastaba a Seck Gorgui frotar un poco, como quien no quiere la cosa, el bulto que formaba su miembro enorme bajo el pantalón, para que ya no pudieran, unas ni otros, desprenderse de él que las atraía, como un imán atrae las limaduras, hasta su casa y a pesar de él mismo. Divina tendría también ese vigor físico si no temiera los movimientos de la respuesta porque son viriles, y si no tuviera ese pudor de la mueca del rostro y de todo el cuerpo que el esfuerzo impone. Tenía ese pudor y también el pudor de los adjetivos masculinos que se la aplicaban a ella. El calor no



lo hablaba Divina, como tampoco las otras Locuelas, sus compañeras. La habría trastornado tanto como emitir con dientes y labios un silbido de golfillo, meter o dejar las manos en los bolsillos del pantalón (sobre todo echando para atrás el saco desabrochado), o levantarse el pantalón tomándolo del cinturón y con un impulso de los riñones.

Los maricones, allá arriba, tenían su lenguaje aparte. El caló era para los hombres; era el lenguaje viril. Lo mismo que entre los Caribes el idioma de los hombres, se convertía en un atributo sexual secundario. Era semejante a los colores de las plumas de las aves macho, semejante a las ropas de seda abigarrada a que tienen derecho los guerreros de la tribu. Tenía cresta y espolones. Todo el mundo podía entenderlo pero sólo podrían hablarlo los hombres que, al nacer, han recibido como don los gestos, el asiento de las caderas, las piernas y los brazos, los ojos y el pecho, con los que se puede hablar así. Un día, en uno de nuestros bares, cuando Mimosa se atrevó a decir, en una frase: "se las echa de machoso..." los hombres fruncieron el ceño; alguien dijo, como si amenazara:

—La tipeja se las echa de macho.

El caló en boca de sus hombres perturbaba a los mariquitas, pero menos los perturbaban las palabras inventadas propias de esa lengua que las expresiones llegadas del mundo habitual y violadas por los golfos, adaptadas por ellos a sus misteriosas necesidades, pervertidas, desnaturalizadas, arrojadas al arroyo o a su cama. Por ejemplo, decía: "Flexible ¿eh?" y también, "Vete, ya estás curado". Esta última frase, tomada del Evangelio, salía de unos labios que siempre tenían en la comisura unas hebrillas de tabaco mal escupido. Se decía arrastrando las palabras, concluía el relato de una aventura que había terminado bien para ellos.

—Vete... decían los rufianes.

Y también decían, tajantes:

—Corta.

Y luego: "Bajar la mecha". Pero para Miñón la expresión no significaba lo mismo que para Gabriel (el soldado que vendrá, que anuncia ya esta frase que me encanta y que sólo creo que le sienta bien a él: "Yo soy el que planta"). Miñón comprendía: hay que velar; Gabriel pensaba: hay que apagarse. En mi celda, hace un rato, ¿no han dicho los dos bribones: "Hacemos de pajes"? Querían decir que iban a hacer las camas, pero a mí, una idea luminosa me transformó ahí, con las piernas separadas, en un fornido guardián o un palafrenero de palacio que van de pajes del palacio como ciertos jóvenes van de putas.

Al oír esa jactancia Divina se derrumbaba de voluptuosidad, lo mismo que cuando desentrañaba —le parecía estar desabrochando una bragueta, levantando con la mano una camisa— ciertas palabras de jerga con sus sílabas agregadas, como un adorno o un disfraz: catimati, batiitileti.

Ese caló había enviado insidiosamente sus emisarios hasta las aldeas de Francia, y ya Ernestina se había sentido sojuzgada por su encanto.

Se decía para sus adentros: "Una Gata, una buscona, una zurrupia." Se derrumbaba en el sillón y murmuraba esas palabras mientras tragaba el humo pesado de su cigarro. Para ocultar mejor sus ensueños, se encerraba en su cuarto, corría el pestillo y fumaba. Una noche, al entrar, vio entre las sombras brillar el fuego de un cigarrillo. Se asustó como si un revólver la amenazara, pero el susto no duró y se transformó en esperanza. Vencida por la presencia oculta del macho, dio unos pasos y cayó sentada en un sillón, pero el fuego desapareció al mismo tiempo. Al entrar ya había comprendido que veía, en el espejo de luna del armario que había frente a la puerta y aislado por la oscuridad del resto del reflejo, la luz del

cigarrillo que ella traía encendido, dichosa al encenderlo en el corredor oscuro. Puede decirse que su verdadera boda fue aquella noche. Su esposo fue una síntesis de todos los hombres: "Una pajilla".

Otro cigarrillo le jugará otra mala pasada. Pasaba por la calle mayor de la aldea cuando se cruzó con un golfillo, uno de esos veinte rostros que he recortado en las revistas, que pasaba silbando con una colilla en la comisura de su hociquito. Al llegar adonde Ernestina, agachó la cabeza que asumió ese aspecto inclinado de las cabezas que parecen mirar tiernamente, y Ernestina pensó que la estaba mirando con "una impertinencia interesada", pero era porque el viento empujaba hacia sus ojos el humo de su colilla, que le picaba, obligándolo al gesto. Encogió aún más los párpados, retorció la boca y todo pareció ser sonrisa. Ernestina se cimbró con un gesto brusco pronto interrumpido, como resguardado, y la aventura no tuvo consecuencias ya que al mismo instante, aquel golfillo que ni siquiera se había fijado en Ernestina, sintió que su boca sonreía torcidamente y que su ojo guiñaba; con gesto fachendoso se levantó el calzón mostrando así lo que la actitud de su propia cara hacía de él.

Otras expresiones más la transtornaban tanto como pueden emocionarlo a uno, y al mismo tiempo inquietarlo por su extraño acoplamiento, estas palabras: "Montes y maravillas", y más bien ésta: "Una toma de cojones a la tártara", que ella quisiera poder silbar y bailar con música de java. Pensando en su bolsillo; ella misma se decía: "mi profunda".

De visita en casa de una amiga: "Anda, muérdela". "Menudo cojijo tiene." Y pensando en un guapo transeúnte: "Se riza por mí".

No debe pensarse que a ella se debiera el trastorno que a Divina le inspiraba el calor, pues Ernestina nunca se había dejado sorprender. "Hacerse un ovillo", dicho por una linda boca de perdis, bastaba para que la madre y el hijo

lo vieran como un tipo malhumorado, algo lomudo, de cara achatada como un bulldog, el del joven boxeador inglés, Crane, que tengo ahí, entre los otros veinte de la pared.

Miñón palidecía. Ha apaleado a un holandés para robarle, y ahora tiene los bolsillos llenos de florines. La buhardilla conoce la dicha tranquila que proporciona la seguridad. Divina y Miñón duermen de noche. De día preparan su comidita, en cueros, discuten, se les olvida hacer el amor, encienden el radio que chorrea, fuman. Miñón dice mierda, y Divina, para andar cerca, más cerca aún de Santa Catarina de Siena que pasó una noche en la celda de un condenado a muerte, sobre cuya verga apoyaba la cabeza, Divina lee *Detective*. Ahí fuera sopla el viento. La buhardilla está calentada a gusto por un sistema de radiadores eléctricos, estoy dispuesto a proporcionar algo de reposo, inclusive algo de felicidad, a la pareja ideal.

La ventana está entreabierta frente al cementerio.

Son las cinco de la mañana.

Divina oye las campanadas (porque no duerme). En vez de notas que vuelan son golpes, cinco golpes que se desploman en el pavimento, y que con ellos, sobre ese pavimento mojado, derriban a Divina que hace tres años, o cuatro, a esa misma hora, en las calles de un pueblito, buscaba algo de pan entre los desechos de un basurero. Había pasado la noche errando de calle en calle, bajo la niebla, rozando las paredes para mojarse menos, esperando que resonara el ángelus (y la campana llama a misa rezada y Divina revive la angustia de los días sin refugio: los días de la campana) anunciando que están abiertas las iglesias para las solteras, los pecadores de verdad y los vagabundos. En la buhardilla perfumada el ángelus de la mañana hace de ella, nueva y violentamente, el miserable cubierto de andrajos húmedos que viene a escuchar misa y a comulgar para descansar sus pies y sentir menos frío. El cuerpo de Miñón dormido

está caliente y ligado al suyo. Divina cierra los ojos; en el momento en que sus párpados se juntan, separándola del mundo que nace del alba, empieza a llover y la lluvia que comienza desencadena en ella una dicha repentinamente tan perfecta que dice en voz alta con un enorme suspiro: "Soy feliz". Iba a dormirse pero para certificarle mejor su felicidad de mujer casada, vuelven sin amargura los recuerdos de cuando era Culafroy y que, escapada de la casa de lajas, encalló en un pueblito donde en las mañanas doradas, sonrosadas o descoloridas, los vagabundos con alma de muñeca —que al verlos parece inocente— se hablan con gestos que también parecen fraternales. Acaban de levantarse del banco de la plaza de armas donde habían dormido, o acaban de nacer en un pasto del parque. Se confían secretos relacionados con los Asilos, las Cárceles, el Merodeo y la Gendarmería. Apenas si les estorba el lechero. Durante unos cuantos días también Culafroy fue de los suyos. Entonces se alimentó con unos cuantos mendrugos revueltos con cabellos, que había encontrado en las basuras. Una noche, la noche que tuvo más hambre, llegó al punto de querer matar. El suicidio fue su gran preocupación: el canto del gardenal. Algunas crisis lo acercaron tanto a la muerte que me pregunto cómo logró salvarse, qué dique imperceptible —y ¿quién se lo dio?— lo apartó de la orilla. Pero un día, ya se encontraría al alcance de mi mano un frasquito de veneno que sólo habría que llevar hasta la boca, y luego esperar. Esperar en una intolerable angustia el efecto de la increíble acción, y admirar lo maravilloso de una acción tan insensatamente irremediable que lleva tras de sí el fin del mundo, de un gesto que viene después y que tan poco pesa. Nunca me había llamado la atención que la imprudencia más leve —a veces menos que un gesto, un gesto sin terminar que uno quisiera quitar, deshacer volviendo tiempo atrás, tan benigno y tan próximo, en el momen-

to aún, como si todavía pudiera borrarse —¡Imposible!— puede llevar hasta, por ejemplo, la guillotina, hasta el día en que yo mismo, por uno de esos gestos pequeños que salen de uno sin que uno participe, que es imposible anular, he visto mi alma angustiada y sentido la angustia de los infelices a quienes no les queda más recurso que la confesión. Y esperar. Esperar y calmarse, porque la angustia y la desesperación sólo son posibles cuando existe una salida, visible o secreta, confiarse a la muerte como Culafroy que se confiaba antaño a las inasequibles víboras.

Hasta entonces, la presencia de un pomo de veneno o de un cable de alta tensión nunca había coincidido con los periodos de vértigo, pero Culafroy, y ulteriormente Divina; temerán ese momento y esperan encontrarlo muy pronto, escogido por la Fatalidad, para que la muerte surja irremediamente de su decisión o de su cansancio.

Dio por la ciudad paseos al azar de las negras callejas, durante noches sin sueño. Se detenía y miraba por las ventanas los interiores dorados, a través de las cortinas de encaje ilustradas con adornos elaborados: flores, hojas de acanto, amores armados, ciervas de encajes, y los interiores le parecían tallados en altares macizos y tenebrosos, en tabernáculos velados. Delante y a los lados de las ventanas, faroles como cirios montaban guardia de honor en árboles que todavía llevaban hojas y que se desplegaban en ramos de lirios de esmalte, de metal o de tela, en los escalones del altar de una basílica. Finalmente, esas sorpresas de niños vagabundos para quienes el mundo está aprisionado en una red mágica que ellos mismos tejen y anudan alrededor del globo con su dedo del pie, tan ágil y duro como el de Pavlova. Esas clases de niños son invisibles. Un revisor no los distingue en un vagón, ni la policía en el andén, hasta en las cárceles parecen haberse introducido de estrangis co-

mo el tabaco, la tinta para tatuajes, los rayos de sol o de luna, la música de un fonógrafo. El menor de sus gestos les demuestra que un espejo de cristal, que su puño a veces estrella como una telaraña de plata, enjaula al universo de las casas, de las lámparas, de las cunas, de los bautizos: el universo de los humanos. El niño de quien nos estamos ocupando era tan ajeno a todo lo de aquí que de su escapatoria habría de recordar: "Las mujeres enlutadas llevan lindos vestidos". Pero su soledad le permitió enternecerse a causa de miserias chiquitas: una vieja agachada, que la llegada súbita del niño hizo mearse en sus medias de algodón negro; delante de los vidrios de los restaurantes que estallaban de luces, de cristales y de plata, vacíos aún porque los comensales no habían llegado, asistía, estupefacto, a las tragedias que representan los camareros de frac, intercambiando réplicas llenas de ostentación, disputando problemas de precedencia hasta la llegada de la primera pareja elegante que arroja al suelo y destroza todo el drama; pederastas que sólo le daban cincuenta céntimos y huían, llenos de gozo para una semana entera; en las grandes estaciones de bifurcación observaba desde la sala de espera, de noche, las multitudes de rieles recorridos por sombras varoniles que llevaban tristes fanales; le dolieron los pies, los hombros. Tuvo frío.

Divina recuerda esos instantes que son los más dolorosos para el vagabundo: de noche, cuando un coche que va por la carretera lo ilumina de repente y pone en evidencia para ambos, él y el coche, sus pobres andrajos.

Arde el cuerpo de Miñón. Divina está metida en el hueco que forma. No sé si sueña ya o si recuerda: "Una mañana (estaba amaneciendo apenas) he llamado a tu puerta. Ya no podía seguir errando de callejón en callejón, tropezando con los traperos, con las basuras. Buscaba tu lecho siempre oculto entre encajes, el encaje, el océano de encajes, el universo de encajes. Desde lo más

lejano del mundo, un puño de boxeador me lanzó rodando hasta un pequeño albañal". Precisamente tintineaba el ángelus. Ahora se queda dormida bajo el encaje, y sus cuerpos desposados van bogando.

Una mañana, después de una noche en que acaricié demasiado a mi pareja querida, siento que me arranca al sueño el ruido de la cerraja del pestillo descorrido desde fuera por el guardián que viene a buscar la basura. Me levanto y llego titubeando hasta las letrinas, mal espabilado de mi extraño sueño en que pude obtener el *perdón de mi víctima*. Así pues, estaba sumido dentro del horror, hasta la boca. El horror entraba en mí; lo masticaba; estaba lleno de él. El, mi joven víctima, estaba sentado cerca de mí y su pierna desnuda, en vez de cruzar la derecha, pasaba a través del muslo. No dijo nada, pero sabía sin duda alguna que estaba pensando: "Se lo he dicho todo al juez, estás perdonado. Además, soy yo quien preside el tribunal. Puedes confesar. Y tener confianza: estás perdonado." Luego, de acuerdo con lo inmediato que caracteriza los sueños, fue un cadáver pequeño, no mayor que el muñequito del roscón de Reyes ni que un diente arrancado, tendido en una copa de champaña en medio de un paisaje griego de columnas armilladas, truncadas, a cuyo alrededor se enrollaban y flotaban como serpentinatas, largas solitarias blancas, y todo bajo una luz que es propiamente la del ensueño. No sé ya muy bien cuál era mi actitud, pero bien sé que creí lo que me decía. Mi despertar no me borró ese sentimiento de bautizo. Pero entrar nuevamente en contacto con el mundo exacto y sensible de la celda es cosa imposible ya. Me vuelvo a acostar hasta la hora del pan. La atmósfera de la noche, el olor que sube de las letrinas atuzadas, desbordantes de mierda y de agua amarilla, hacen que los recuerdos de la niñez se levanten como una tierra negra bajo la cual horadan topos. Uno provoca al otro



obligándolo a surgir; toda una vida que yo creía subterránea y por siempre enterrada vuelve a la superficie, al aire, al triste sol, que le proporcionan un olor a podrido que me deleita. La reminiscencia que me adolora con mayor eficacia es la de los retretes de la casa de las lajas. Eran mi refugio. La vida, que yo divisaba lejana y neblinosa a través de su sombra y su olor —un olor enternecedor, en que el perfume de los saúcos y de la tierra fértil predominaba, los retretes estaban en el extremo del jardín, junto al seto— la vida me llegaba singularmente dulce, suave, mimosa, ligera o mejor dicho aliada, a salvo de la pesantez. Hablo de esa vida que era las cosas externas a los retretes, todo ese resto del mundo que no era mi pequeño reducto de tablas horadadas por agujerillos de insectos. Me parecía flotar un poco como esos sueños pintados, mientras yo, en mi hoyo, semejante a una larva, reanudaba una existencia nocturna reposada, y a veces me daba la impresión de que me estaba sumiendo lentamente, como en un sueño o en un lago o un seno materno o también un incesto, en el centro espiritual de la tierra. Mis épocas de dicha nunca fueron de una felicidad luminosa, ni mi paz fue jamás lo que los literatos y teólogos llaman “paz celestial”; está bien, porque sentiría un horror inmenso al sentirme designado por Dios con la punta del dedo, distinguido por él; sé muy bien que si estuviera enfermo y me salvara un milagro, no sobreviviría. El milagro es inmundo; la paz que iba yo a buscar en las letrinas, la que voy a buscar en su recuerdo, es una paz suave y tranquilizadora.

A veces llovía; oía el ruido de las gotas que daban contra la lámina del techo; entonces mi bienestar triste, mi deleite taciturno se agravaban con un luto más. Entreabría la puerta, y la visión del jardín mojado, de las verduras azotadas, me desolaba. Me quedaba agachado en aquella celda, subido al asiento de madera, horas enteras, siendo mi alma y mi cuerpo presa del olor y la

sombra, emocionado de un modo misterioso porque la parte más secreta de los seres venía precisamente aquí a revelarse como en un confesionario. El confesionario vacío me reservaba los mismos dulces momentos. Viejas revistas de moda estaban ahí tiradas, ilustradas con grabados en que las mujeres de 1910 llevaban siempre manguito, sombrilla y un vestido de polisón.

Pasó mucho tiempo antes de que supiera explotar el hechizo de esas potencias inferiores, que me arrastraban hacia ellas por los pies, que agitaban a mi alrededor sus alas negras aleteando como pestañas de vampiresa y que sumían en mis ojos sus dedos de boj.

Han dado a la bomba en la celda contigua. Como nuestras dos letrinas comunican, el agua se agita en la mía, una oleada de olor por poco me emborracha, mi verga dura se ha trabado en mi calzoncillo, y al contacto con mi mano liberada tropieza contra la sábana que hace un bulto. ¡Miñón; ¡Divina! Y yo aquí, solo.

A Miñón es a quien quiero ante todo, porque no ponen ustedes en duda que mi destino, falso o verdadero, a veces harapo a veces manto de corte, es lo que pongo en hombros de Divina.

Lenta pero seguramente, quiero despojarla de todo tipo de felicidad para hacer de ella una santa. Ese fuego que la carboniza ha quemado ya pesadas ataduras, y otras nuevas la atan: el amor. Nace una moral que, claro está, no es la moral acostumbrada (está hecha a la medida de Divina), pero de todos modos es una moral, con su Bien y su Mal. Divina no está más allá del bien y del mal, ahí donde ha de vivir el santo. Y yo, más dulce que un ángel malo, la llevo de la mano.

Aquí está un "Divinariana" que he reunido para ustedes. Como quiero mostrar algunos estados tomados de improviso, al lector le tocará sentir la duración, el tiempo que pasa, y reconocer que durante este primer capítulo ella tendrá de veinte a treinta años.

## DIVINARIANA

Divina a Miñón: "Eres mi Enloquecedora".

Divina es humilde. No percibe el lujo más que mediante cierto misterio que de él emana y que ella teme. Tanto los palacios como las guardias de las brujas retienen cautivos esos agresivos encantos que pueden ser liberados mediante uno de nuestros gestos, un mármol, un tapiz, terciopleo, ébano, cristal. En cuanto fue algo rica gracias a un argentino, Divina se adiestró en el lujo. Compró maletas de cuero y acero saturadas de almizcle. Diariamente, siete u ocho veces, tomaba el tren, subía al coche-sala, mandaba que le amontonaran el equipaje en las redes, se instalaba en los mullidos asientos hasta que el tren estaba a punto de salir; entonces, unos segundos antes del silbato, llamaba a uno o dos maleteros, salía de allí, tomaba un coche y daba al chofer las señas de un gran hotel donde permanecía lo que tardaba en instalarse discreta y suntuosamente. Ha hecho esas maniobras de estrella durante una semana entera, y ahora sabe caminar sobre alfombras, hablar a los lacayos, muebles de lujo. Ha domesticado los encantos y colocado el lujo sobre la tierra. Ahora las curvas graves y las volutas del estilo Luis xv en muebles, marcos y maderamen mantienen su vida —que parece desarrollarse con más nobleza, como una escalera de doble caracol— en un aire infinitamente elegante. Pero cuando su coche de alquiler pasa a lo largo de una verja de hierro forjado o describe una curva adorable, es cuando se siente Infanta.

—La muerte no es cosa de poca importancia. Divina teme ya que la solemnidad la tome desprevenida. Quiere morir dignamente. Como aquel subteniente de aviación que iba al combate en uniforme de gala, para que si acaso

la muerte que vuela lo sorprendiera en el aeroplano y lo descubriera, lo fijara de oficial, no de mecánico, Divina lleva siempre consigo el diploma grasiento y gris de su certificado de estudios superiores.

—Es más tonto que un botón... (Mimosa va a decir: de botín).

Divina, dulcemente: de bragueta.

Llevaba constantemente consigo, metido en su manga, un abanico pequeño, de gasa y rubio marfil. Cuando decía alguna palabra que la confundía con esa rapidez de los ilusionistas sacaba el abanico de la manga, lo abría, y de repente se veía esa ala agitada y detrás, oculta, la parte inferior de su rostro. El abanico de Divina: durante toda su vida aleteará levemente a su alrededor. Lo inauguró donde un pollero de la calle Lepic. Divina había bajado con una hermana para escoger un pollo; estaban en el almacén cuando entró el hijo de la casa. Divina cloqueó entonces mirándolo, llamó a la hermana y, metiendo el índice en la rabadilla del pollo atado que había en el mostrador, gritó: "Oh, mire usted, Bella de Bellas", y pronto su abanico revoloteaba hacia sus mejillas ruborosas. Miró nuevamente con ojos húmedos al hijo de la casa.

—Por el bulevar unos guardias han prendido a Divina que estaba algo ebria. Canta el *Veni Creator* con voz aguda. En cada transeúnte nace una parejita de recién casados con velo de tul blanco, que se arrodillan en un reclinatorio cubierto de petit-point; los dos guardias se imaginan padrinos en la boda de una prima. A pesar de lo cual se llevan a Divina hasta la comisaría. A lo largo del camino, ella se frota contra ellos que se sienten endurecer, la aprietan un poco más y tropiezan a propósito para mezclar sus muslos con los de ella. Sus gigantescos sexos viven, golpean suavemente o empujan desesperada y sollozantemente a la puerta del grueso

pantalón de paño azul. Mandan que les abran, como el clero ante la puerta cerrada de la iglesia el día de Ramos. Los mariquitas, jóvenes y viejos, dispersos por el bulevar, al ver que se llevan a Divina a los acordes de ese grave canto nupcial, el *Veni Creator*:

- Van a ponerle grilletes.
- Igual que a un marino.
- Como a un presidiario.
- Como a una parturienta.

Los burgueses pasan, componen una multitud y nada ven, no saben nada, apenas los desplaza insensiblemente, en su tranquilo estado de confianza, esa insignificancia: Divina arrastrada por el brazo, sus hermanas que la acompañan.

Puesta en libertad al día siguiente, ya está por la noche en el mismo puesto del bulevar. Tiene hinchados sus párpados azules:

—Dios mío, hermosas, por poco me desmayo. Los gendarmes me sostuvieron. Estaban todos a mi alrededor dándome aire con sus pañuelos de cuadros. Eran las Santas Mujeres enjugándome el rostro. Mi Divino Rostro: ¡Vuelva en sí, Divina! ¡Vuelva en sí, vuela, vuelva, gritaban! Me cantaban.

“Me llevaron a un sombrío calabozo. En la pared blanca, alguien (¡oh! ese ALGUIEN que ha debido (deber) dibujarlos, voy a buscarlo a través de las apretadas líneas de las pesadas páginas de los folletines, poblados de pajes milagrosamente golfos y guapos. Desato, desabrocho el jubón y las calzas de uno de ellos, que sigue a Juan de las Bandas Negras; lo dejo, con un cruel cortaplumas en la mano, su miembro tieso agarrado en la otra, en pie, frente al muro blanco, y ahí lo tenemos, joven detenido ferozmente virgen. Apoya la mejilla contra el muro. Con un beso lame la superficie vertical y el yeso voraz, atrae a sí su saliva. Luego chaparrones de besos. Todos sus movimientos diseñan los contornos de

un caballero invisible que lo abraza y que la pared inhumana secuestra. Finalmente, aburrido, cansado de aburrirse, abrumado de amor, el paje dibuja...) había dibujado señoras, un corro de ¡ah, sí! hermosas, sueñen y háganse las borrachas para refugiarse allí, lo que me niego a decirles, lo que era alado, hinchado, grueso, grave como los angelitos, unos cipotes espléndidos de rechupete. Alrededor, señoras, de unos cuantos más rectos y más sólidos que los demás, se trepaban clemátidas, campanillas, capuchinas y también machitos tortuosos. ¡Ay, qué columnas! La celda volaba a todo volar: yo estaba loca, loca, loca.”

¡Suaves celdas de la cárcel! Después de la inmundada monstruosidad de mi arresto, de mis distintos arrestos, cada uno de los cuales es siempre el primero, que se me presentó con sus caracteres de irremediable en una visión interior de una velocidad y un destello fulgurantes, fatales, desde que se aprisionaron mis manos en las esposas de acero, brillantes como una joya o como un teorema, la celda de cárcel, que amo ahora como si fuera un vicio, me brindó el consuelo de mí mismo por sí misma.

El olor a cárcel es olor a orina, a formol y a pintura. En todas las cárceles de Europa le he reconocido, he reconocido que ese olor sería finalmente el olor de mi destino.. Cada nueva vez que caigo, busco en las paredes las huellas de mis cautiverios anteriores, es decir de mis anteriores desesperanzas, lamentos y deseos que otro detenido habrá grabado para mí. Exploro la superficie de los muros en busca de la huella fraternal de un amigo. Porque aun cuando nunca he sabido lo que podría ser exactamente la amistad ni las resonancias que les pone en el corazón y tal vez en la piel, la amistad que une a dos hombres en la cárcel, deseo a veces sentir una amistad fraternal, pero siempre hacia un hombre —de mi edad— que fuera guapo, cuya confianza total fuera mía,

que fuera cómplice de mis amores, de mis robos, de mis deseos criminales; aun cuando eso no me informe acerca de esa amistad, del olor, en un amigo ni en otro, de su intimidad secreta, porque para esa coyuntura hago de mí un macho que sabe que no lo es. Espero en la pared la revelación de algún terrible secreto: homicidio, sobre todo homicidio de hombres, o traición a la amistad, o profanación de los Muertos cuya tumba resplandeciente fuera yo. Pero nunca he hallado más que escasas palabras en el yeso arañado con un alfiler, fórmulas de amor o de rebelión, más frecuentemente de resignación: "Jojo de la Bastoche ama a su mujercita por toda la vida", "Mi corazón a su madre, mi verga a las putas, mi cabeza a Deibler", Esas inscripciones rupestres son casi siempre gentiles homenajes a la mujer, o algunas de esas malas estrofas que se saben todos los malvados de Francia entera:

*Cuando blanco sea el carbón  
Para que el hollín no sea negro  
El recuerdo de la prisión  
Se escapará de mi memoria*

¡Y esas flautas pánicas que marcan los días pasados!

Y finalmente esta asombrosa inscripción, labrada en el mármol bajo el pórtico de honor: "Inauguración de la cárcel el 17 de marzo de 1900", que me obliga a imaginar un séquito de señores oficiales que llevan solemnemente, para encarcelarlo, al primer detenido de la cárcel.

—Divina: "Tengo el corazón en la mano, y en la mano un agujero, y la mano en la bolsa, y la bolsa está cerrada, y mi corazón ahí quedó atrapado."

—La bondad de Divina. Su confianza era total, invencible, hacia los hombres de rostros regulares y duros, de cabellos abundantes con un mechón cayéndoles por la frente, y esa confianza parecía concedida al prestigio que

esos rostros tenían para Divina. Se había dejado engañar muchas veces, ella que tenía tan vivo el espíritu crítico. Lo comprendió de repente, o poco a poco, quiso hacer la contrapartida de esa actitud, y el escepticismo intelectual, en pugna con el consentimiento sentimental, venció y se estableció en ella. Pero aun de ese modo sigue siendo engañada porque se encarniza perversamente contra los hombres muy jóvenes hacia quienes se siente atraída. Recibe sus declaraciones con una sonrisa o una palabra irónica que mal oculta su debilidad (debilidad de los maricas ante la hinchazón de las calzas de Gorgui) y sus esfurezos para no ceder ante su belleza carnal (hacérselas pagar) mientras ellos le devuelven esa sonrisa más cruel, como si lanzada por los dientes de Divina rebotara sobre los dientes de ellos, más agudos, más fríos, más glaciales, porque frente a ella misma son más friamente bellos.

Pero, como castigada por haberse portado perversamente con los perversos, Divina vuelve sobre sus pasos, y se humilla ante machos que no comprenden. Pero su bondad va hasta el escrúpulo. Un día, al volver del tribunal en un coche celular —porque ha caído muchas veces, sobre todo por la droga—, le pregunta a un viejo:

—¿Cuánto?

El responde:

—Me han propinado tres anales. ¿Y tú?

Ella sólo tiene marcados dos, pero responde:

—Tres anales.

—Catorce de julio: por doquier azul, blanco y rojo. Divina, por amabilidad con los que han sido despreciados, se viste con todos los demás colores.

Divina y Miñón. Según yo, es la ideal pareja de amantes. Desde mi agujero de olor negro bajo la lana áspera de las cobijas, con la nariz metida en el sudor y los ojos muy abiertos, a solas con ellos, los veo.



Miñón es un gigante, cuyos pies encorvados tapan la mitad del globo, en pie, con las piernas separadas envueltas en un pantalón bombacho de seda azul celeste. La menea. Tan fuerte y calmadamente, que anos y vaginas se ensartan en su miembro como anillos al dedo. La menea. Tan fuerte y calmadamente que su virilidad observada por los cielos tiene la fuerza penetrante de los rubios guerreros que nos dieron por el culo el 14 de junio de 1940, pausada, seriamente, mirando para otro lado, caminando en el polvo y el sol. Pero no son más que la imagen del Miñón tenso, apoyado. Su granito prohíbe que hagan de machos enroscados.

Cierro los ojos. Divina: son mil formas seductoras por la gracia que han salido de mis ojos, de mi boca, de mis codos, de mis rodillas, de qué sé yo dónde. Me dicen: "Jean, qué contenta estaba de vivir en Divina y de convivir con Miñón."

Cierro los ojos. Divina y Miñón. Para Miñón, Divina es apenas un pretexto, una oportunidad. Si pensara en ella, se encogería de hombros para liberarse de su pensamiento, como si el pensamiento fuera un dragón con garras, y lo tuviera aferrado a la espalda. Pero para Divina, Miñón lo es todo. Cuida el sexo de Miñón. Lo acaricia con ternuras exhuberantes y las comparaciones que hacen las personas decentes cuando están en calor —el chiquito, el nene en la cuna, el Jesús del pesebre, el calientito, tu hermanito— sin que ella las formule cobran un sentido total. Su sentimiento las acepta a la letra. La verga de Miñón, sólo ella, es Miñón entero: el objeto de su lujo puro, un objeto de puro lujo. Si Divina consiente en ver en su hombre algo que no sea un sexo caliente y violáceo, es porque puede seguir su rigidez que se comunica hasta el ano, y adivinar que va más adelante por su cuerpo, que es ese cuerpo mismo de Miñón, excitado y terminado por un rostro pálido, extenuado, un rostro con ojos, nariz, boca y mejillas planas, cabellos

ondulados y gotitas de sudor.

Cierro los ojos bajo las cobijas piojosas. Divina ha arreglado, entreabierto el pantalón, ese cuidado misterioso de su hombre. Ha cubierto de lacitos la verga y el vello, ha puesto flores en los ojales de la bragueta. (Miñón sale así de noche, con ella.) Resultado: para Divina, Miñón no es nada más que la delagación magnífica en la tierra, la expresión sensible, en fin el símbolo de un ser (tal vez Dios), de una idea que se ha quedado en un cielo. No comulgan. Divina se puede comparar a María Antonieta que, encarcelada, según cuenta mi Historia de Francia, tuvo que aprender por las buenas o por las malas el caló que florecía en el siglo XVIII, y hablar así. ¡Pobre querida Reina!

Si Divina dice, berreando: "Me han llevado ante la justicia", esas palabras hacen surgir en ella a una vieja condesa Solange, con traje de cola y de encajes, antigua, que los soldados arrastran con sus muñecas atadas, de rodillas sobre las baldosas de un palacio de justicia.

—Desfallezco de amor —dice.

Su vida se detenía, pero a su alrededor la vida seguía su curso, le parecía que ella volvía atrás en el tiempo, y loca de espanto a la idea de —qué rapidez— tocar al principio, a la Causa, comenzaba finalmente un gesto que muy pronto le hacía palpitar el corazón.

Y siempre la bondad de esa loca. Hace una pregunta a un joven asesino que conoceremos más tarde (Nuestra Señora de las Flores). Esa pregunta, por nada, causa tal pesar al asesino que Divina ve cómo se le descompone el rostro de repente. Entonces, muy pronto, corriendo tras la pena que ha causado para alcanzarla y detenerla, tropezando en las sílabas, enredándose en su saliva que la emoción hace semejante a las lágrimas, grita:

—No, no, soy yo.

La amiga del matrimonio es la más loca que conozco por ahí. La Mimosa II. Mimosa la Grande, la Una, está siendo mantenida ahora por un viejo. Tiene su chalet en Saint-Cloud. Como quería a Mimosa II que era por aquel entonces su lechero, le ha dejado su nombre. La II no es bonita, pero ¡qué remedio! Divina la ha invitado a un té de trapos. Viene a la buhardilla a eso de las cinco. Con Divina, se besaron en las mejillas teniendo buen cuidado de que no se rozaran sus cuerpos. Estrechó virilmente la mano de Miñón, y se sienta en el sofá donde se acuesta Divina. Miñón estaba preparando el té; era una de sus coqueterías.

—Qué amable has sido, subir hasta aquí, Mimo; te vemos tan poco.

—Te lo debo, querida. Además me encanta tu cabaña. Parece una casa de cura, con ese jardín allá ¡Qué dulce debe de ser tener a muertos y muertas por vecinos!

Efectivamente, la ventana era muy bella.

El cementerio podía estar bajo la luna. De noche, desde su cama, Divina lo veía claro y profundo, a la luz de la luna. Esa luz era tal que se divisaba muy bien bajo la hierba de las tumbas y bajo los mármoles, la agitación espectral de los muertos. El cementerio, enmarcado así en la ventana, era como un ojo limpio entre dos párpados bien abiertos, o mejor aún, era como un ojo de vidrio azul —esos ojos de ciegos rubios— en el hueco de la mano de un negro. Danzaba, es decir que el viento agitaba la hierba y los cipreses. Danzaba, es decir que era melódico y que su cuerpo se movía como una medusa. Las relaciones de Divina con el cementerio: éste había penetrado en su alma un poco como ciertas frases penetraban en un texto, es decir una letra por acá, una letra por allá. El cementerio en ella estaba presente, ya fuera en el café, en el bulevar, en chirona, bajo las mantas, en las tazas. O también, si ustedes quieren, el cementerio

estaba en ella presente un poco como en Miñón estaba presente ese perro fiel y dulce, sumiso, que daba a veces la mirada del macho el dulzor tonto y triste de la mirada de los perros.

Mimosa se inclina por la ventana, en la bahía de los Difuntos, y busca una tumba con el índice. Cuando la encuentra, chilló:

—¡Ah, bellaca, zorra! ¡Has muerto por fin! Ya estás tiesa, y tiesa bajo el mármol helado. Y yo, yo camino sobre tu alfombra, cochina.

—Estás frapping —murmuró Miñón que estuvo a punto de injuriarla en puta (lenguaje secreto).

—Miñón, tal vez esté loca de amor por ti, terrible Miñón, pero ahí, en la tumba está Carlota. ¡La Carlota está ahí!

Nos reímos porque sabíamos que la Carlota era su abuelo, en el fondo del cementerio, en una concesión perpetua.

—¿Qué tal anda la Luisa? (era el padre de Mimosa) ¿Y la Lucía? (su madre) —preguntó Divina.

—Ah, Divina, no me hables. Están muy demasiado bien. Nunca reventarán, las furcias. Son unas tunantes.

A Miñón le gustaba lo que contaban los maricas. Le gustaba más que nada, siempre que fuera en la intimidad, el modo en que se lo cuentan. Al preparar el té escuchaba con una carabela deslizante en los labios. La sonrisa de Miñón nunca se estancaba. Parecía como si le hiciera parpadear siempre algo de inquietud. Más que de costumbre está intranquilo hoy porque esta noche debe dejar a Divina; Mimosa, dado el evento, le parece terrible, una loba. Divina no sabe nada de lo que se prepara. Se enterará de repente de su abandono y de la perfidia de Mimosa. Porque el asunto se ha resuelto con preseteza. Rogelio, el hombre de Mimosa, se ha ido a la Mili.

—Se va a guerrear, la Rogelio. Va a hacer de Amazona.

Mimosa lo dijo un día delante de Miñón que, en broma, le ofreció sustituir a Rogelio. Pues bien, ella aceptó.

Nuestros maridajes, la ley de nuestras Casas, no se parecen a vuestras Casas. Nos amamos sin amor. No tienen el carácter sacramental. Los maricas son los grandes inmorales. En un abrir y cerrar de ojos, después de seis años de unión, sin creerse ligado, sin pensar hacer mal ni causar daño, Miñón decidió abandonar a Divina. Sin remordimiento, tal vez con un poco de inquietud a la idea que quizá Divina no aceptaría volver a verlo.

En cuanto a Mimosa, basta que se trate de una rival: disfrutará del daño que hace.

Los dos maricas piaban; sus charlas eran algo sin relieve comparado con el juego de sus ojeadas. Sus párpados no aleteaban, sus sienes no se arrugaban; simplemente, el globo de sus ojos se deslizaba de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, rodaba sobre sí mismo, y sus miradas estaban movidas por un sistema de rodamientos de bolas. Ahora, escuchemos cómo cuchichean para que Miñón se aproxime y a su lado, elephantino, haga esfuerzos titánicos para comprender. Mimosa cuchichea:

—Mi buena, cuando Ellas están todavía en el pantalón es cuando me gustan. Una las mira y entonces Ellas se endurecen. ¡Es una locura! ¡una locura! Inician un pliegue que nunca termina, que baja hasta los pies. Cuando tocas, sigues a lo largo del pliegue, sin apoyar, hasta los dedos de los pies. Chiquita, cualquiera diría que la Bella descende. Para eso te recomiendo sobre todo a los marinos.

Miñón apenas sonreía. El sabe. La Bella Gorda de los hombres a él no lo conmueve, pero no le sorprende que conmueva a Divina o a Mimosa.

Mimosa dice a Miñón:

—Estás haciendo de ama de casa. Es para huir de nosotras.

El contesta:

—Estoy haciendo el té.

Como si hubiera comprendido que esa respuesta no lo comprometía bastante, dice además:

—¿No tienes noticias del Rogelio?

—Pues no —dice Mimosa—. Soy la Sola-Sola.

Quería decir también: "Soy la Perseguida". Cuando tienen que expresar un sentimiento que podría provocar la exuberancia del gesto o de la voz, los maricas se limitaban a decir: "Soy la Toda-Toda" en tono confidencial, casi como un murmullo, subrayándolo con un gesto pequeño de la ensortijada mano que aplaca una tormenta invisible. El familiar que en tiempos de la gram Mimo había conocido los gritos desenfrenados de libertad conseguida, los gestos locos de audacia provocada por sentimientos henchidos de deseos que crispaban las bocas, iluminaban los ojos y mostraban los dientes, se preguntaba qué dulzura misteriosa reemplazaba a las pasiones descabelladas. Cuando Divina había comenzado su letanía, sólo se detenía de agotamiento. La primera vez que la oyó, Miñón estupefacto sólo la había mirado. Estaban en el cuarto y le hizo gracia; pero cuando Divina volvió a empezar en la calle, dijo:

—Calla la boca, gachí. No me vas a jorobar delante de los compinches.

La voz resultaba tan fría, tan decidida a los peores sevicios, que Divina reconoció la Voz de su Amo. Se contuvo. Pero ya saben ustedes que no hay nada tan peligroso como la inhibición. Una noche, ante el mostrador de un bar de rufianes de la plaza Clichy (donde por prudencia solía venir Miñón sin ella), Divina pagó las copas y, al recoger el cambio, olvidó dejar la propina para el camarero. Al darse cuenta, sólo tuvo un grito que desgarró espejos y luces, un grito que desvistió a los chulos:

—Dios mío, soy la Loca-Loca.

De diestra y siniestra, con la rapidez despiadada de las

desgracias, dos sopapos la dejaban muda, la achicaban dejándola como lebrela, con la cabeza más baja que lo alto del mostrador. Miñón estaba desencadenado; se veía verde bajo la luz de neón. Dijo: "Largo". Y se quedó bebiendo despacito y hasta la última gota el coñac que le habían servido.

Esos gritos (Miñón dirá: "Se le caen sus gritos" como pensaba: "Se te caen las verduras" o "Estás entrando en carnes") eran una de esas manías que Divina había aprendido de Mimosa I. Cuando se encontraba reunida con otras cuantas en la calle o en un café de maricas, de sus conversaciones, (de sus bocas y de sus manos) escapaban cohetes de flores en medio de las cuales se mantenía con la mayor sencillez del mundo, discutiendo temas fáciles y de tipo casero:

—Yo soy, de seguro, seguro, seguro, la Toda-Desvergonzada.

—Ay, señoras, ¡estoy hecha una ramera!

—Sabes... (la s silbaba tan largo rato que sólo eso se oía), ssssssabes, soy la Consumida de Melancolía.

—Mira, mira, ahí viene la Pavoneante.

—Una de ellas, a quien un inspector interrogaba en el bulevar:

—¿Quién es usted?

—Soy una Conmovedora.

Luego, poco a poco, se habían entendido diciéndose: "Soy la Toda-Toda" y finalmente, "Soy la T'T".

Lo mismo pasaba con los gestos. Divina poseía uno muy grande que, al sacar el pañuelo del bolsillo, describía una curva inmensa antes de llevárselo a los labios. Quien hubiera querido adivinar el gesto de Divina se habría equivocado infaliblemente, porque en ella dos gestos estaban contenidos en uno solo. Había un gesto elaborado, apartado de su meta inicial, y el otro que lo proseguía y lo terminaba injertándose justo donde había cesado el primero. Así pues, al sacar la mano del bolsillo,

Divina había querido estirar el brazo y sacudir su pañuelo de encaje que estaba desplegado en la extremidad. ¿Sacudirlo para un adiós a la nada, o dejar caer un polvo que no tenía, un perfume...? no: era un pretexto. Era necesario ese gesto inmenso para relatar el drama que ahoga: "Estoy sola. Me salve quien pueda." Pero Miñón, aun cuando no había podido destruirlo del todo, había reducido el gesto que, sin vulgarizarse, había llegado al hibridismo convirtiéndose así en algo extraño. Al trastornarlo lo había vuelto devastador. Hablando de esos apremios Mimosa había dicho:

—Nuestros machos han hecho de nosotras el jardín de las tullidas.

Cuando Mimosa salió de la buhardilla, Miñón buscó un pretexto para pelear con Divina y abandonarla: no lo encontró. Eso lo enfureció contra ella; la llamó cerda y se fue.

Aquí está Divina, sola en el mundo. ¿Qué amante le daremos? ¿Ese gitano que ando yo buscando, ese cuyo talle, gracias a los tacos altos de sus zapatos marseleses, parece una guitarra? Alrededor de sus piernas trepa, enroscándose para abrazarle friamente las nalgas, el pantalón de un marinero.

Divina está sola. Conmigo. El mundo entero que monta guardia alrededor de la cárcel de la Santé nada sabe ni quiere saber nada de una celda pequeña, extraviada entre muchas más, tan semejantes todas que a veces yo, que tan bien la conozco, la confundo. El tiempo no me deja respiro: siento cómo pasa. ¿Qué voy a hacer con Divina? Si vuelve Miñón, no tardará mucho antes de irse de nuevo: ha probado el divorcio. Pero Divina necesita traqueteos que la estrechen, la disloquen, la vuelvan a ensamblar, la quiebren para no dejar finalmente de ella más que un poco de esencia que yo quiero encontrar. Por eso el señor Roquelaure (127, calle de Douai, empleado de los Transportes en Común de la Región Pari-



sién), a eso de las siete de la mañana, al ir a buscar la leche y el *Petit Parisien* para él y la señora de Roquelauve, que estaba desenmarañándose los cabellos en la cocina, encontró, en el estrecho corredor de su casa, en el suelo, un abanico que habían pisoteado. El mango de galalita tenía incrustadas esmeraldas de imitación. Dio en el desecho un patada, como un chiquillo, lo empujó así hasta la acera y luego hasta el canalón. Era el abanico de Divina. Aquella misma noche, Divina se había encontrado con Miñón y lo había acompañado sin echarle en cara que hubiera huido. El la escuchaba, silbando y tal vez algo mortificado. Mimosa los sorprendió. Divina se inclinó hasta el suelo para una gran caravana, pero Mimosa, con una voz que por vez primera le sonó varonil a Divina:

—Lárgate, perdida, que te den por el culo.

Ahí estaba el lechero... El hecho no es nuevo; esa segunda naturaleza que, al no resistir, permite que surja la primera en forma de odio fogoso que revienta. No hablaríamos de ello si no se tratara de mostrar la duplicidad del sexo de los maricas. Volveremos a verlo al hablar de Divina.

Así pues, era serio. Miñón, que aquí también aparece de una cobardía soberbia (sostengo que la cobardía es una cualidad activa que, tan pronto como adquiere esa intensidad, esparce algo así como una aurora blanca, un fantasma, alrededor de los bellos adolescentes collones que se mueven en ella en el fondo de un mar), no se dignó tomar partido. Tenía las manos en los bolsillos.

—Ale, mátense —dijo, riendo con sorna.

Esa risa sarcástica que me resuena aún en los oídos, la tuvo un chiquillo de dieciséis años, una noche, enfrente de mí: comprendan por ella lo que es el satanismo. Divina y Mimosa se zurraron. Apoyando su espalda en la pared de una casa, Divina lanzaba pataditas y golpeaba el aire con los puños, de arriba abajo. Mimosa

era más fuerte y pegaba duro. Divina consiguió desprenderse y correr, pero en el momento en que llegaba a la puerta entreabierta de una casa, Mimosa la había alcanzado. La lucha prosiguió en el corredor, a medias voces, a medios golpes. Los inquilinos dormían, la portera no oía nada. Divina pensaba: "La portera no puede oír nada puesto que se llama señora Muller." La calle estaba desierta. Miñón, de pie en la acera, sin sacar las manos de los bolsillos, miraba detenidamente las basuras del tacho que estaba ahí. Finalmente, tomó su decisión y se fue.

—Son demasiado idiotas, esas dos.

Mientras caminaba, pensó: "Si le pone a Divina el ojo morado, le doy en el hocico. Son demasiado aviesos los maricones." Pero volvió con Divina.

Así fue como Divina recobró a su macho y a su amiga Mimosa. Y se reanudó en la buhardilla la vida que había de durar cinco años más. La buhardilla por encima de los muertos. Montmartre de noche. La Locura-Me-Avergüenzo. Nos acercamos a los treinta... Con la cabeza aún bajo las mantas y los dedos en los ojos, el pensamiento errabundo, sólo queda la parte de abajo de mi cuerpo, desprendido de mi cabeza —por los dedos en los ojos— podrida.

Un guardián que pasa, el capellán que entra y no habla de Dios: no los veo, como tampoco sé que estoy en la Santé. Pobre Santé, que tanto se esfuerza por retenerme.

Miñón ama a Divina de día en día más profundamente, es decir cada día más sin saberlo. Palabra por palabra, se encariña. Pero la descuida cada día más. Se queda sola en la buhardilla, ofrece a Dios su amor y su pena. Porque Dios —lo han dicho los jesuitas— escoge mil maneras de penetrar en las almas: el polvo de oro, un cisne, un toro, una paloma ¿quién sabe cuántas más? Tratándose de un gigoló que anda de tazas, tal vez escoja un método que la teología no ha catalogado... tal vez escoja volverse Taza. También se puede uno preguntar cuál sería la for-

ma —si no existieran las Iglesias— que hubiera adoptado la santidad (no digo el camino de la salvación) de Divina y de todos los santos. Sepamos ya que Divina no vive porque le guste. Acepta, ya que no puede remediarlo, la vida que Dios le ha hecho y que la conduce hacia El. Pues bien, Dios no se anda con lujos. Ante su trono místico resulta inútil adoptar posturas plásticas, que tanto complacian al ojo griego. Divina se carboniza. Podría yo, lo mismo que ella a mí, confiar que ese desprecio que soporto sonriendo o riendo a carcajadas, no es aún —¿llegará a serlo algún día?— desprecio del desprecio, sino que para no ser ridículo, para que no me envilezca nada ni nadie, me he puesto a mí mismo por debajo del mismísimo suelo. No podía hacer otra cosa. Si anuncio que soy una vieja puta, nadie puede agregar nada, y con ello desaliento al insulto. No me pueden siquiera escupir al rostro. Y Miñón-los-pies-chicos es semejante a todos ustedes: no puede sino despreciarme. He pasado noche enteras jugando a eso: provocar sollozos, llevarlos hasta los ojos y dejarlos ahí, sin que revienten, de modo que por la mañana tengo los párpados enfermos, de piedra, duros, dolorosos como después de una insolación. Desde los ojos, el sollozo podría haberse derramado en lágrimas, pero ahí se queda, pesando sobre mis párpados como un condenado contra la puerta de un calabozo. En esos momentos es cuando siento particularmente que tengo una pena muy grande. Luego, le toca nacer a otro sollozo, y luego a otro. Me trago todo eso y lo escupo en carcajadas. Entonces mi sonrisa, lo que otros van a llamar mi intrepidez en la desgracia, no es ya más que la necesidad, más fuerte que todo, de que se agite un músculo para liberar una emoción. Finalmente, se conoce lo suficiente la tragedia que se encierra en cierto sentimiento obligado a tomar prestada su expresión al sentimiento contrario, para rehuir a los esbirros. Se disfraza con los oropeles de su rival.

Es cierto que un gran amor terrestre destruiría esa desgracia, pero Miñón no es aún el Elegido. Más adelante vendrá un Soldado para que Divina tenga algo de respiro a través de ese desastre que es su vida. Miñón no es más que un superchero (Divina lo dice: "adorable superchero"), y tiene que seguir siéndolo para que mi relato se conserve. No puede agradarme más que a ese precio. Digo de él como de todos mis amantes contra quienes tropiezo y me pulverizo: "Que lo arrase la indiferencia, que lo petrifique la ciega indiferencia."

Divina repetirá esa frase, para aplicarla a Nuestra Señora de las Flores.

Ese movimiento hace reír de aflicción a Divina. El propio Gabriel contará que un oficial que lo amaba, a falta de algo mejor, lo castigaba.

Nuestra Señora de las Flores hace aquí una solemne entrada por la puerta del crimen, puerta secreta que da a una escalera negra aunque suntuosa. Nuestra Señora sube la escalera como la han subido muchos asesinos, cualquiera de ellos. Tiene dieciséis años cuando llega al descansillo. Llama a la puerta y espera. Le palpita el corazón porque está resuelto. Sabe que se cumple su destino, y como sabe (Nuestra Señora lo sabe o parece saberlo mejor que nadie) que su destino se cumple a cada instante, tiene el puro sentimiento místico de que ese homicidio va a hacer de él, en virtud del bautizo de sangre, Nuestra Señora de las Flores. Está emocionado delante o detrás de esa puerta, como si, novio de guante blanco... Tras la madera, una voz pregunta:

—¿Quién es?

—Soy yo —murmura el adolescente.

La puerta se abre confiadamente, y se cierra tras él.

Matar es fácil, pues el corazón está colocado a la izquierda, justo en frente de la mano armada del matón, y porque el cuello encaja tan bien entre las dos manos

juntas. El cadáver de un anciano, de uno de esos mil ancianos cuyo destino es morir de ese modo, yace sobre la alfombra azul. Nuestra Señora lo ha matado. Asesino. No se dice la palabra, sino que más bien yo escucho con él cómo en su cabeza repiquetean las campanas que deben de ser todas las de porcelana, de vidrio, de agua, de aire. Su cabeza es un seto que canta. El mismo es una boda llena de lazos y cintas que corre cuesta abajo, con el violín por delante y las flores de azahar destacándose sobre la oscuridad de las chaquetas de hombre, por un caminito hondo de abril. El adolescente cree brincar de cañada florida en cañada florida, hasta el jergón en que el viejo escondía su dinero. Le da una y otra vuelta, lo destripa, lo vacía de su lana, porque no hay nada tan difícil de descubrir como el dinero, después de un asesinato cometido a propósito.

—¿Dónde esconde sus monises ese jodido? —dice en voz alta.

Esas palabras no se articulan, pero como sólo se sienten, salen mezcladas en montón de la garganta que las escupe. Es un estertor.

Va de mueble en mueble. Está poniéndose nervioso. Las uñas se le quedan en las ranuras. Arranca telas. Quiere recobrar la sangre fría, se detiene para resollar y (en el silencio) en medio de los objetos que han perdido todo significado, ahora que su usuario habitual no es ya, se siente de repente en un mundo monstruoso, hecho con el alma de los muebles, de las cosas: el pánico se apodera en vivo de él. Se hincha como un globo, se vuelve enorme, capaz de tragarse al mundo y a sí mismo además, y después se desinfla. Quiere escapar... todo lo despaciosamente que pueda. Ya no se acuerda del cuerpo del asesinado ni del dinero perdido ni del tiempo perdido ni del acto perdido. La policía debe estar ahí, agazapada. Largarse pronto. Con el codo le da a un jarrón que hay sobre una cómoda. El jarrón cae y veinte mil francos se

tienden a sus pies, llenos de gracia.

Abrió la puerta sin ansiedad, salió al descansillo, se inclinó y miró, en el fondo de ese pozo silencioso abierto entre los departamentos, una bola de cristal cortado que centellea. Luego bajó, sobre el tapiz nocturno y al aire nocturno, a través de ese silencio que es el de los espacios eternos, de escalón en escalón, hasta la Eternidad.

La calle. Ya la vida no es inmunda. Ligeramente llega hasta un hotelito que resulta ser una casa de citas, y alquila un cuarto. Ahí, para adormecerlo, la noche de verdad, la noche de los astros llega poco a poco, un poco de horror le revuelve el estómago: es ese asco físico del asesino hacia su asesinado que se siente la primera hora, de que muchos hombres me han hablado. Lo acosa a uno ¿verdad? El muerto es vigoroso. Tu muerto está en ti: mezclado con tu sangre, corre por tus venas, rezuma por tus poros y tu corazón vive de él, como se nutren con los cadáveres las flores del cementerio... Sale de ti por tus ojos, tus orejas y tu boca.

Nuestra Señora de las Flores quisiera ver a su fiambre. La noche que ha llegado no trae consigo el miedo. El cuarto huele a putas. Apesta y huele bien.

—Para escapar del horror, hemos dicho, entrégate a él hasta los ojos.

De sí misma, la mano del asesino busca su verga que se para. La acaricia por encima de la sábana, suavemente al principio, con esa ligereza de ave que aletea; después la agarra, la aprieta fuerte; finalmente descarga en la boca desdentada del anciano estrangulado y se queda dormido.

Amar a un asesino. Amar cometer un crimen de connivencia con el joven mestizo de la cubierta de un libro roto. Quiero cantar al asesinato, puesto que amo a los asesinos. Cantarlo sin aderezos. Sin pretender, por ejemplo, que quiero obtener así la redención, aun cuando mucho lo deseo, me gustaría matar. Lo he dicho ya, más

que a un anciano matar a un guapo mozo rubio para que, unidos ya por el vínculo que une al asesino con el asesinado (siendo el uno gracias al otro) me visite, en los días y noches de desesperada melancolía, un gracioso fantasma de quien yo fuera el castillo encantado. Pero que se me salve del horror de parir a un muerto de sesenta años, o que fuera una mujer, joven o vieja. Estoy harto de satisfacer taimadamente mis deseos de matar admirando la pompa imperial de las puestas de sol. Ya se han bañado lo suficiente en ellas mis ojos. Pasemos a mis manos. Pero matar, matarte, Jean. ¿No se tratará acaso de saber cómo me portaría, mirándote morir a mis manos?

Más que en nadie pienso en Pilorge. Su rostro recortado en *Detective* entenebrece el muro con su irradiación helada, hecha con su muerto mexicano, su voluntad de muerto, su juventud muerta y su muerte. Salpica la pared con un destello que sólo puede expresarse mediante la confrontación de esos dos términos que se contrarrestan: luz y tiniebla. La noche sale de sus ojos y se extiende por su rostro que se vuelve semejante a los pinos en noches de tormenta, su rostro semejante a los jardines donde pasaba yo la noche: árboles livianos, la brecha de un muro y verjas, verjas conmovedoras, verjas festoneadas. Y árboles ligeros ¡oh, Pilorge! Tu rostro, como un jardín nocturno solo en los Mundos donde giran los soles. Y sobre él, esa tristeza impalpable como en el jardín los árboles ligeros. Tu rostro es sombrío como si en pleno sol una sombra se hubiera inclinado sobre tu alma. Has debido de sentir un leve frío, tu cuerpo se estremece con un temblor más sutil que la caída, a su alrededor, de un velo de ese tul que llaman "tul ilusión" porque tu rostro está velado por miles de arruguitas microscópicas, finas, ligeras, más pintadas que labradas, como estrelladas.

Ya el asesino me impone respeto. No sólo porque ha conocido una rara experiencia, sino porque se erige co-

mo dios, de repente, sobre un altar, ya sea de tablas que basculan o de aire azulado. Hablo, claro está, del asesino consciente y hasta cínico, del que se atreve por sí mismo a dar muerte sin querer referirse a potencia alguna de ningún género, porque el soldado que mata no empeña su responsabilidad, ni el loco, ni el celoso, ni el que sabe que obtendrá el perdón; sino ese a quien llaman réprobo, que frente a sí mismo vacila aún antes de mirarse en el fondo de un pozo al que, a pies juntillas y en un brinco de una audacia irrisoria, se ha lanzado. Un hombre perdido.

Pilorge, mi chiquitín, mi amigo, mi licor: tu linda cabcita hipócrita ha saltado. Veinte años. Tenías veinte o veintidós años. Y yo tengo... Envidio tu gloria. Lo mismo que se lo hiciste al mexicano, me lo habrías hecho a mí. Durante tus meses en celda, habrías escupido anchos salivazos raspados de tu garganta y de tu nariz, sobre mi memoria. Yo iría con facilidad a la guillotina, puesto que otros lo han hecho, y sobre todo Pilorge, Weidmann, Ange Soleil, Soclay. Por cierto, que no estoy nada seguro de salvarme de ella, porque me he soñado en vidas muy agradables; mi mente, deseosa de complacerme, me ha confeccionado a la medida aventuras gloriosas o encantadoras. Lo que más entristece es que —se me ocurre a veces— la mayoría de esas creaciones se olvidan totalmente a pesar de que componen todo mi concierto espiritual pasado. Ni siquiera sé ya que existieron, y si me sucede ahora soñar con una de esas vidas, creo que es nueva, me embarco sobre mi tema, navego sin recordar que hace diez años me embarqué sobre el mismo y que se hundió, agotado, en el mar del olvido. ¿Qué monstruos prosiguen su vida en mis profundidades? Sus exhalaciones, sus excrementos, su descomposición sirven quizá para que florezca en mi superficie algún horror o belleza que adivino, suscitado por ellos. Reconozco su influencia, el encanto de sus dramas de folletín. Mi mente sigue pro-



ducinedo bellas quimeras, pero hasta hoy ninguna de ellas ha tomado cuerpo. Nunca. Ni una sola vez. Ahora, basta con que emprenda un ensueño: se me seca la garganta, la desesperación me quema los ojos, la vergüenza me hace agachar la cabeza, y el ensueño se quiebra de golpe. Sé que se me escapa una dicha posible, y que se me escapa porque la he soñado.

El abatimiento subsiguiente me convierte en alguien parecido al náufrago que, al ver una vela, se cree salvado y de repente recuerda que el cristal de su catalejo tiene un defecto, algo de vaho: esa vela que había divisado.

Pero entonces, lo que no he soñado nunca sigue siendo asequible, y como nunca he soñado con desgracias, sólo me quedan desgracias por vivir. Y desgracias hasta morir, porque me he soñado muertes espléndidas en la guerra, como héroe, en otras partes cubierto de honores, nunca en el cadalso. Así pues, me queda.

¿Y qué deberé hacer para ganármelo? Todavía casi nada.

Nuestra Señora de las Flores no tenía nada en común con esos asesinos de quienes he estado hablando. Era —si se puede decir— el asesino inocente. Vuelvo a Pilorge, cuyo rostro y cuya muerte me acosan. A los veinte años, para robarle casi nada, mató a Escudero su amante. Ante el tribunal, se burló; cuando el verdugo llegó a despertarlo, se burló de él; si lo hubiera despertado el espíritu pegajoso de sangre calinete y perfumado del mexicano, se habría reído en sus narices; despertado por la sombra de su madre la habría desafiado tiernamente. Así nació Nuestra Señora de mi amor por Pilorge, con la sonrisa en su corazón y en sus dientes blancos, esa sonrisa que no logrará arrebatarse el temor que desorbitaba sus pupilas.

Un día que Miñón, ocioso, encontró en la calle a una mujer de unos cuarenta años, ésta enloqueció súbitamente de amor por él. Odio lo suficiente a las mujeres enamo-

radas de mis amantes para confesar que ésta pulveriza con polvos de arroz blancos su rostro rubicundo. Y esa leve nube la hace parecerse a una pantalla familiar con transparente de etamina rosa. Tiene de una pantalla ese encanto relamido, familiar y acomodado.

Cuando pasó, Miñón iba fumando, y justo se encontró ahí el alma de la mujer, abierta en su dureza por un resquicio de abandono que pica el anzuelo lanzado por los objetos mosquitas-muertas. Basta con que lleve usted mal atada una abertura, que flote un harapo de su dulzura, y ahí está usted, atrapado. En vez de llevar el cigarrillo entre la primera falange del índice y del cordial, Miñón lo estrechaba entre índice y pulgar, cubriéndolo con los demás dedos de la mano como hacen los hombres y hasta los niños al pie de un árbol o de cara a la noche, cuando se agarran la verga para mear. Esa mujer (hablando de ella con Divina decía "la buscona", y Divina "esa mujer") ignoraba la virtud de tal actitud y, partiendo de ciertos detalles, hasta la misma actitud; pero por eso mismo el encanto en ella obró con mayor prontitud. Supo, sin comprender muy bien por qué, que Miñón era un bandido, porque para ella un bandido es sobre todo un macho que se bandeja. Se volvió loca por él. Pero llegaba demasiado tarde: sus formas redondas y su blanda feminidad no actuaban ya sobre Miñón, acostumbrado ahora al duro contacto de una verga tiesa. Al lado de la mujer, permanecía inerte; el abismo lo espantaba. Sin embargo, se esforzó un poquito por sobreponerse a su repugnancia y lograr que se encariñara con él esa mujer, para conseguir dinero de ella. Se mostraba cortésmente atento. Pero llegó el día en que no pudo más y confesó que amaba a un —habría dicho muchacho poco antes, pero ahora debe decir un hombre, porque Divina es un hombre— un hombre, pues. La dama se sintió ultrajada y pronunció la palabra marica. Miñón le propinó un tortazo y se marchó.

Pero no quería quedarse sin postre, ya que Divina era su pitanza, y volvió a esperarla un día a la estación Saint-Lazare, donde bajaba ella al venir diariamente de Versailles.

La estación Saint-Lazare es la estación de las estrellas de cine.

Nuestra Señora de las Flores, vestido aún con el traje de franela gris —ligero, flotante, joven, loco de delgadez y, por no decir más: fantasmal— que llevaba puesto el día del crimen y que llevará puesto el día de su muerte, fue allá a comprar un billete para el Havre. En el momento de entrar al andén, se le cayó la billetera atestada con sus veinte billetes. Sintió que la perdía y se volvió justo a tiempo para ver que la recogía Miñón. Tranquilo y fatal, Miñón la examinó, porque aunque era un auténtico ratero no se sentía cómodo en actitudes originales y copiaba a la vez a los pandilleros marseleses y a los gánsters de Chciago. Esta sencilla observación también nos permite prever la importancia del sueño en el golfo, pero por ella quiero mostrar ante todo, una vez más, que sólo me rodearé de malandrines con personalidades poco notables, sin heroísmo que pudiera conferirles algo de nobleza. Mis amados serán los que usted llamaría: golfos de la peor ralea.

Miñón contó los billetes. Tomó diez para sí, los metió en el bolsillo y tendió el resto a Nuestra Señora, atónito. Se hicieron amigos.

Dejo en libertad al lector para imaginar el diálogo. Que escoja lo que pueda encantarle. Que acepte, por favor, que oyen la voz de la sangre, o que se aman de flechazo, o que Miñón, mediante señales irrefragables e invisibles a simple vista, reconoce al ladrón... Que conciba las inverosimilitudes más alocadas. Que haga derretirse su ser secreto al comunicarse en caló. Que los mezcle de repente en un abrazo súbito o un beso fraternal. Que haga lo que quiera.

Miñón se alegró mucho al encontrar ese dinero, pero carente sin embargo de agilidad mental, sólo pudo decir sin despegar los dientes: "No es cabrón, el compinche." Nuestra Señora estaba furioso. Pero ¿qué iba a hacer? Tenía demasiado la costumbre de Pigalle-Blanche para saber que no debe uno presumir demasiado ante un verdadero macho. Miñón llevaba, bien aparentes, las señales externas del macho. "Hay que bajar la mecha" sintió Nuestra Señora dentro de sí. Así pues, perdió la billetera que Miñón encontró. Ahí va el resto: Miñón llevó a Nuestra Señora de las Flores a casa de un sastre, un zapatero y un sombrerero. Ahí encargó para ambos esas fruslerías que hacen al hombre fuerte y lo dotan de gran encanto: un cinturón de gamuza, un sombrero flexible, una corbata escocesa, etc., y luego se fueron a un hotel de la avenida Wagram. ¡Wagram, batalla ganada por boxeadores!

Vivieron sin hacer nada. Subiendo y bajando los Campos Elíseos, permitían que la intimidad los confundiera. Charlaban acerca de piernas de mujeres; como no eran espirituales, sus observaciones carecían de agudeza. Como su emoción no se desgarraba con ninguna punta, deslizaban naturalmente sobre un fondo estancado de poesía. Eran niños golfos a quienes la suerte proporciona oro, y me divierte tanto ofrecérselo como escuchar a un campeón norteamericano que —¡oh, maravilla!— pronuncia la palabra dólar y habla inglés. Cansados, volvían al hotel y se pasaban largas horas sentados en los enormes sillones de cuero del vestíbulo. Y aún ahí, la intimidad elaboraba su alquimia. Una escalera de mármol solemne conducía a corredores acolchados por tapetes rojos; sobre ellos, uno avanzaba silenciosamente. En una gran misa, en La Madeleine, al ver a los curas caminar sobre alfombras, una vez que el órgano ha callado, Miñón sentía ya que le intranquilizaba ese misterio del sordo y del ciego, la marcha sobre las alfombras que reconoce en el hotel,

y avanzando lentamente sobre el musgo piensa, en su lenguaje de golfo: "Tal vez haya algo." Porque se dicen misas rezadas en el fondo de los pasillos de los grandes hoteles, donde la caoba y el mármol encienden y apagan velas. Un oficio de los muertos y una boda mezclados, de un extremo al otro del año, se desarrollan en secreto. Ahí se desplazan todos como sombras. ¿Será que mi alma de asaltante estático no escatima ninguna oportunidad para entrar en trance? Sentir que se vuela de puntillas, cuando la suela de los humanos se posa, plana. Aquí mismo, y en Fresnes, esos largos pasillos perfumados que se muerden el rabo, me devuelven, a pesar de la dureza exacta, matemática de la pared esa alma de ratero de hotel que quiero ser.

Los clientes encopetados pasaban delante de ellos. Retiraban sus pieles, sus guantes y sombreros, bebían oporto, fumaban Craven y habanos. Un botones se afanaba. Sabían que eran personajes de película. Mezclando así en este sueño sus gestos, Miñón y Nuestra Señora de las Flores tramaban sordamente una amistad fraterna. ¡Qué duro me resulta no acoplarlos mejor, no hacer que Miñón, de un gesto pélvico, roca de inconsciencia y de inocencia, hunda muy lejos, desesperado de gozo, su rabo pesado y liso, tan pulido y caliente como una columna al sol, en la boca abierta en forma de O del adolescente asesino pulverizado de gratitud!

Eso también podría ser, pero no será. Miñón y Nuestra Señora: voy a trazar nuestro destino de un modo tan riguroso que no deje de atormentarse —de un modo muy apagado— por lo que pudiera haber sido todavía y que no será, gracias a mí.

Un día, con toda naturalidad, Nuestra Señora confesó su homicidio. Miñón confesó que tenía a Divina. Nuestra Señora, que lo llamaban Nuestra Señora de las Flores. Les hizo falta a ambos una gran flexibilidad para salir sin desgarrarse de las trampas que se levantaban ante su

estimación mutua. En aquella oportunidad, Miñón fue de una delicadeza encantadora.

Nuestra Señora de las Flores estaba tendido en un sofá. Miñón, sentado al pie, lo miraba confesarse. Ya se había dicho lo del crimen. Miñón fue teatro de un drama sordo y silencioso. Se enfrentaban el temor de la complicidad, la amistad hacia el niño y la afición, el deseo de delatar. Quedaba por confesar el apodo. Finalmente, llegó poco a poco. Mientras salía el hombre misterioso, resultaba tan angustioso mirar la gran belleza del asesino retorcerse, con los bucles inmóviles e inmundos de las serpientes de mármol de su rostro dormido conmovidos y agitados, que Miñón se percató de la gravedad de semejante confesión hasta un punto tal y tan profundamente, que se preguntó si Nuestra Señora no iba a vomitar culos. Tomó entre sus manos una de las del niño, colgante...

—... Comprende, son unos chulos que me llamaron...

Miñón conservaba la mano. Con los ojos, atraía la confesión hacia sí:

—Ya viene, ya viene.

Durante todo el tiempo que duró la operación, no apartó la mirada de los ojos de su amigo. Desde el comienzo hasta el fin, sonrió con una sonrisa inmóvil, fija en su boca, porque sentía que la menor emoción, la menor señal o aliento de su parte, destruirían... Habría quebrado a Nuestra Señora de las Flores.

Cuando el nombre estuvo en el cuarto, se produjo que el asesino, confuso, se abrió, dejando surgir como una Gloria de sus trozos lamentables, un altar sobre el que estaba tendida entre rosas una mujer de carne y de luz.

El altar ondulaba sobre un lodo infame en el cual se hundió: el asesino. Miñón lo atrajo hacia sí y para abrazarlo mejor hizo con él una breve lucha. Me agradaría soñar con ellos en otras muchas posturas si, tan pronto como cierro los ojos, mi sueño obedeciera aún a mi voluntad; pero de día lo trastorna la inquietud por mi pro-

ceso y de noche, los preliminares del sueño desnudan los alrededores míos, destruyen objetos y anécdotas, me dejan a orillas del sueño tan sólo como pude estarlo una noche en medio de un yermo tormentoso y vacío. Miñón, Divina y Nuestra Señora huyen de mí a galope tendido llevándose consigo el consuelo de su sola existencia en mí, pues no se conforman con huir, se aniquilan, se diluyen en la espantosa inconsistencia de mis sueños, o mejor dicho, de mi sueño; se funden en la materia misma de mi sueño y lo componen. Pido socorro a gritos silenciosos, hago señales con los dos brazos de mi alma, más blandos que algas claro está, no a un amigo sólidamente plantado en el suelo, sino a una especie de cristalización de la ternura cuya dureza aparente me hace creer en su eternidad.

Llamo: “¡Sujétame! ¡agárrame!” Me largo para tener un sueño atroz que atravesará la noche de las celdas, la noche de los espíritus, de los condenados, abismos, las bocas de los guardianes, los pechos de los jueces, y terminará dejando que me trague muy muy lentamente, un cocodrilo gigante compuesto de las bocanadas del aire apestoso de la cárcel.

El temor al juicio.

Pesan sobre mis pobres hombres el peso atroz de la justicia en toga y el peso de mi sino.

¿Cuántos agentes, inspectores agobiados —qué bien lo dicen— durante días y noches se han empeñado en desenmarañar un enigma por mí planteado? Y yo creía que el asunto había concluido mientras ellos seguían buscando, ocupándose de mí sin que yo lo supiera, trabajando la materia Genet, el trazo fosforescente de los gestos Genet, afanándose sobre mí en las tinieblas.

¡Qué bien hice al elevar la egoísta masturbación a la dignidad de culto! En cuanto inicio el gesto, una transposición inmundada y sobrenatural desplaza la verdad. Todo en mí se vuelve adorador. La visión exterior de los

accesorios de mi deseo me aísla, muy lejos del mundo.

Placer del solitario, gesto de soledad que te hace bastarte a ti mismo poseyendo íntimamente a los demás que sirven a tu placer sin sospecharlo siquiera, placer que da, aun cuando no duermes, a tus menores gestos ese aspecto de suprema indiferencia por todos y también ese aspecto tan torpe que, si un día acuestas a un muchacho en tu cama, crees haberte golpeado la frente con una losa de granito.

¡Tengo para rato haciendo volar mis dedos! ¡Me va a costar unos diez años! Mi buena y tierna amiga: mi celda. ¡Reducto sólo mío que tanto amo! Si tuviera que vivir en toda libertad en otra ciudad, iría primero a la cárcel para reconocer a los míos, a los de mi raza, y así encontrarte de nuevo.

Ayer me mandó llamar el juez de instrucción. De la Santé al Palais, los vaivenes y el olor del coche celular me habían dado náuseas; me presenté ante el juez más pálido que un cirio.

En cuanto entré en su gabinete, se apoderó de mí la desolación que ponía, a pesar del florecimiento empolvado y secreto de los expedientes criminales, ese violín reventado que también vio Divina. Y de ver ese Cristo, también me abrí a la piedad. Por él y por el hecho de soñar ese sueño en que mi víctima vino a perdonarme. El juez, en efecto, tuvo una sonrisa de bondad. Reconocí la sonrisa de mi víctima en mi sueño y recordé, o volví a comprender, que ella misma debía ser juez en el tribunal que confundí tal vez a propósito con el juez de instrucción, y juez de instrucción: sabiendo que por ella había sido perdonado, tranquilo, seguro, no mediante una certidumbre lograda por la lógica sino por un deseo de paz, de retornar a la vida de los hombres (ese último deseo que hace que Miñón sirva a la policía para encontrar nuevamente su lugar entre los humanos, por el orden servido, y a la vez salir de lo humano por la abyección



exprofesa), seguro de que todo estaba olvidado, hipnotizado por el perdón, confiado, confesé.

El escribano ha registrado la confesión y yo la he firmado.

Mi abogado se sintió estupefacto aterrado. ¿Qué habré hecho yo? ¿Quién me ha engañado? ¿El Cielo? ¿El Cielo, morada de Dios y de su Corte?

He reanudado mis pasos a través de los pasillos subterráneos del Palais para encontrar de nuevo mi celdita negra y helada de la Ratonera. Ariadna en el laberinto. El mundo más vivo, los humanos con la carne más tierna, son de mármol. —Siembro la devastación a mi paso. Con los ojos muertos recorro ciudades y poblaciones petrificadas. Pero no hay salida. Imposible recuperar la confesión, anularla, tirar del hilo del tiempo que lo ha tejido y hacer que se devane y se destruya. ¿Huir? ¿Qué idea! El laberinto es más tortuoso que los considerandos de los jueces. ¿El guardia que me conduce? Un guardia de bronce macizo al que estoy encadenado por la muñeca. Invento muy pronto que puedo seducirlo, arrodillarme a sus pies, poner primero mi frente sobre su muslo, abrir su bragueta azul con devoción... ¿Qué locura! ¿Estoy bueno! ¿Por qué no habré robado en la botica —como deseaba hacerlo— un tubo de estriknina que habría conservado sobre mi cuerpo y ocultado al cateo? Un día, demasiado cansado del país de las Quimeras —el único digno de ser habitado, “siendo tal la nada de las cosas humanas que, salvo el ser existente de por sí mismo, no hay nada bello aparte lo que no es” (Pope)— me habría envenenado, sin vano ornato alrededor del acto. Porque, mis buenos amigos, estoy bueno para la Relegación.

En ciertos momentos, se entiende de repente y por completo el sentido, hasta entonces desaparecido, de ciertas expresiones. Las vive y las murmura uno. Por ejemplo: “Sentí que la tierra se abría bajo mis pies.” Es una frase que he leído y dicho mil veces, sin vivirla. Pero ha bas-

tado que al despertar la pensara durante diez segundos en el instante en que me visitaba el recuerdo de mi arresto (remanente de la pesadilla de esa noche) para que me envuelva lo que partiendo del sueño ha creado la expresión, o mejor dicho me cause ese vacío interior, visceral, que también provocan esos precipicios en que uno cae de noche, con toda certidumbre. La noche pasada me caí de ese modo: no había brazo tendido con misericordia que me quisiera agarrar. Unas rocas podrían tal vez tenderme una mano de piedra, pero justo lo suficientemente lejos de mí para que no la pueda empuñar. Me caía. Y para posponer el choque definitivo —porque sentirme caer me causaba esa embriaguez de la desesperación absoluta vecina de la dicha durante la caída, pero que también era una embriaguez temerosa del despertar, del retorno a las cosas que son, para posponer el choque en el fondo del abismo y el despertar en la cárcel con mi confusión frente al suicidio o al presidio— acumulaba catástrofes, provocaba accidentes a lo largo de la verticalidad del precipicio, conjuraba trabas espantosas a mi punto de llegada. Al día siguiente mismo, la influencia de ese sueño mal disipado me hizo acumular detalles y detalles, todos graves, con la confusa esperanza de que aplazaran el vencimiento. Me iba hundiendo lentamente.

Y sin embargo, de regreso a mi 426, el dulzor de mi obra me hechiza. Los primeros pasos que doy con las manos en las caderas que siento ondear, me hacen sentirme atravesado por Miñón que camina detrás. Y ahí estoy de nuevo en las consoladoras suavidades del hotel que habrá de dejar, porque veinte mil francos no duran eternamente.

Durante su estancia en el hotel, Miñón no había vuelto a la buhardilla. Había dejado a Divina sin saber de él y nuestra hermosa se moría de inquietud. Pensó, pues, en regresar tan pronto como Nuestra Señora y él se quedaron sin dinero. Vestidos ambos como falsos monarcas,

volvieron a la buhardilla donde instalaron para el asesino, con cobijas robadas en automóviles, un lecho sobre la alfombra. Ahí durmió, cerquita de Divina y de Miñón, acostados. Al verlos venir, Divina se creyó olvidada y suplantada. Nada de eso. Veremos más adelante la especie de incesto que anudó a ambos golfos.

Divina trabajó para dos hombres, de los cuales uno era el suyo.

Hasta ahora no había amado más que a hombres más fuertes que ella y ligeramente, por un pelo, mayores que ella, más musculosos. Pero llegó Nuestra Señora de las Flores que tenía carácter físico y moral de flor: se enamoró de él. Algo nuevo, como una especie de sentimiento de poderío fermentó (en el sentido vegetal de germinar) en Divina. Se creyó virilizada. Una loca esperanza la fortaleció, le dio vigor y bríos. Sintió que le crecían músculos y que ella misma surgía de una roca tallada en forma de esclavo de Miguel Angel. Sin mover un músculo, pero bandeándose, luchó en sí como el Laocoonte asíó al monstruo y lo torció. Luego, más audazmente, con sus brazos y piernas de carne quiso boxear, pero muy pronto la abuchearon en el bulevar, porque quería y juzgaba sus movimientos, no por su eficacia combativa, sino según una estética que habría hecho de ella un golfo más o menos finamente formado. Sus movimientos, y más exactamente una toma de cinturón, una puesta en guardia, debían, aun a costa de la victoria, hacer de ella, no el boxeador Divina sino cierto boxeador admirado y, en ocasiones, varios espléndidos boxeadores juntos. Buscó gestos varoniles, que son raras veces gestos varoniles. Silbó, se metió las manos en los bolsillos, y todo ese simulacro fue llevado a cabo con tanta torpeza, que parecía en una sola noche cuatro o cinco personajes a la vez. Ganaba con ello la riqueza de una múltiple personalidad. Corría de la chica al chico, y al pasar de una a otro —porque la actitud era nueva— lo hacía a trom-

picones. Corría tras el muchacho a la pata coja. Empezaba siempre sus gestos de Gran Cabeza de Chorlito, y recordando de repente que debía mostrarse viril para seducir al asesino, los terminaba en forma burlesca, y esa doble fórmula la rodeaba de maravilla, hacía de ella un tímido payaso aburguesado, alguna loca envenenada. Finalmente, para coronar su metamorfosis de hembra en macho duro, imaginó una amistad de hombre a hombre, que la uniría a alguno de esos machos sin defecto, de quien no se pueda decir que tengan gestos ambiguos. Y para mayor seguridad, inventó a Marchetti. Pronto le escogió un tipo físico, porque en su imaginación secreta de muchacha aislada poseía, para sus noches, una reserva de muslos, brazos, torsos, rostros, cabellos, dientes, nuca, rodillas, y sabía ensamblarlos para formar un hombre vivo al que prestaba un alma: siempre la misma para cada una de esas elaboraciones... la que ella hubiera querido para sí. Inventado, Marchetti vivió unas cuantas aventuras con ella, en secreto. Luego, una noche, le dijo que estaba cansada de Nuestra Señora de las Flores y que aceptaba cedérselo. El acuerdo fue rubricado con un apretón de manos varonil. Este es el sueño: Marchetti llega al tugurio, con las manos en los bolsillos:

—Hola, chiquito —le dice a Divina.

Se sienta; hablan entre hombres, de la chamba. Nuestra Señora viene, estrecha la mano de Marchetti, éste lo embroma un poco por su cara de niña. Yo (Divina se habla en secreto) hago como si no los viera. Sólo que estoy ahora segura de que si Nuestra Señora va a hacer las del tercer acto con Marchetti es gracias a mí. (Su apellido es demasiado bonito para ponerle nombre.) Me ocupo tres minutos del cuartucho, me las arreglo para darles la espalda. Me vuelvo y ahí están dándose besitos, y Marchetti ha logrado que le abran la bragueta. El amor comienza.

Divina no se había virilizado: había envejecido. Ahora

la conmovía un adolescente: por eso tuvo la impresión de sentirse vieja, y esa certidumbre se desplegaba en ella como cortinones formados con alas de murciélago. Aquella misma noche, desnuda y sola en su buhardilla, vio con ojos nuevos su cuerpo blanco, sin un sólo pelo, liso, seco, huesudo en algunos sitios. Le dio vergüenza y apagó apresuradamente la lámpara, pues aquel cuerpo era el de marfil del Jesús de una cruz del siglo XVIII, y toda relación, aunque fuera un parecido, que hubiera con la divinidad o su imagen, le repugnaba.

Pero con aquella desolación, un nuevo gozo nació en ella.

El gozo que antecede a los suicidios. Divina temía a su vida cotidiana. Su carne y su alma se estaban agriando. Ha llegado para ella el periodo de los lloros, como quien dice el periodo de las lluvias. En cuanto ha hecho la noche apagando el botón de luz, por nada del mundo daría un paso fuera de la cama donde se cree segura, pero del mismo modo que se cree segura dentro de su cuerpo. Se siente bastante bien protegida por el hecho de que está dentro de su cuerpo. Fuera reina el espanto. Sin embargo, una noche se atrevió a abrir la puerta del cuarto y a dar un paso en el descansillo oscuro. La escalera estaba llena de las quejas de las sirenas que la llamaban desde el fondo. No eran precisamente quejas ni llantos, y tampoco exactamente sirenas, pero era claramente una invitación a la locura o la muerte por la caída. Loca de miedo, volvió a la buhardilla. Era el momento que antecede al timbre de los despertadores. Aunque se le escatimaran los temores, de día conocía otro suplicio: se ruborizaba. Por un sí por un no se convertía en la Toda-Escarlata, la Purpurina, la Eminente. Que no se crea que su oficio la avergonzara. Había sabido demasiado bien, desde muy joven, penetrar de un tirón hasta la desesperación para, a su edad, no haberse tragado toda vergüenza. Divina, que se titulaba a sí misma vieja puta

putañosa, no hacía más que adelantarse a las burlas y los insultos. Pero se ruborizaba por cositas aparentemente anodinas, que nosotros creemos insignificantes, hasta el momento en que, mirándolo mejor, reconocía que el rubor había subido en el instante en que la humillaron por descuido. Una nada humillaba a Divina, de esas humillaciones que, cuanto todavía era Culafroy, la sumían más hondo que la tierra, por el poder único de la palabra. Las palabras recobraban con ella su prestigio de cajas, en suma vacías de todo lo que no sea misterio. Las palabras cerradas, selladas, herméticas que, si se abren, se escapan los sentidos dando brincos que asaltan y dejan turulato. Filtro, que es una palabra de brujería, me ha llevado hasta donde la solterona que hace café lo mezcla con achicoria y filtra; por el poso del café (es un juego de manos) me lleva de nuevo a la brujería. La palabra Mitridato, una mañana, mostró su virtud a Culafroy, y el niño, retrocediendo de siglos en siglos hasta los años mil quinientos, se sumió en la Roma de los Pontífices. Echamos una ojeada a esa época de la vida de Divina. El único veneno que pudo conseguir fue el acónito, y por eso todas las noches, en larga bata de pliegues rígidos, abría la puerta de su dormitorio que estaba a nivel del jardín, pasaba por encima de la baranda del balcón —gesto de enamorado, de ratero, de bailarina, de sonámbulo, de saltimbanqui— y saltaba al huerto limitado por un seto de saúcos, de morera, de espinos, pero donde habían sabido componer, entre los tableros de verduras, bordes de resedas y caléndulas. Culafroy recogía en un bosquejo hojas de acónito Napel, las medía con una regla doble-decímetro, aumentaba cada vez la dosis, las enrollaba y se las tragaba. Pero el veneno tenía la doble virtud de matar y de resucitar de entre los muertos a aquellos a quienes había matado y, pronto, actuaba. Por la boca, el Renacimiento tomaba posesión del niño como el Hombre-Dios de la niña que sacando la lengua, aunque

piadosamente, se traga la hostia. Los Borgia, los Astrólogos, los Pornófragos, los Príncipes, las Abadesas, los Condottieri lo recibían desnudo sobre sus rodillas, duras bajo la seda; él ponía tiernamente la mejilla contra una verga enhiesta, de piedra bajo la seda, de piedra inmovible, como debe estarlo bajo el raso nacarado de su casaca el pecho de los negros del jazz.

Era una alcoba verde, para fiestas que termina la muerte en forma de puñales, de guantes perfumados, de hostia infame. Culafroy, bajo la luna, se convertía en ese mundo de envenenadores, pederastas, buscones, magos, guerreros, cortesanas, y como la naturaleza a su alrededor, el huerto, seguían siendo lo que eran, lo dejaban solo —poseedor y poseído de una época, en su caminar descalzo a la luz de la luna, alrededor de los tableros de coles y lechugas, donde permanecían abandonados un rastrillo y una azada— en plena libertad para levantar y arrastrar brocados con gestos llenos de altanería. Ninguna anécdota surgida de la Historia o de una novela organizaba la masa del ensueño; solamente el murmullo de algunas palabras mágicas espesaba la tiniebla de la que se desprendía un paje o un jinete, buen bandeador, deshecho por una noche pasada entre sábanas de fino lienzo... “*Datura fastuosa*, *Datura stramonium*, *Belladonna*...”

Como el frescor de la noche lo hacía estremecerse al caer sobre su camión blanco, se aproximaba a la ventana abierta de par en par, se escurría bajo la baranda, cerraba nuevamente la ventana y se acostaba en una cama inmensa. Al llegar el día, se transformaba nuevamente en el colegial pálido y tímido, que se dobla bajo el peso de los libros. Pero no se tienen noches embrujadas sin que los días conserven algunas señales, que son para el alma lo que las ojeras en la cara. Ernestina lo vestía con un pantaloncito de jerga azul, lo cubría con una blusa negra de colegial que se abrochaba en la espalda con

botones de porcelana blanca; lo calzaba con zuecos de madera ennegrecidos y medias de algodón negro que ocultaban sus pantorrillas apenas marcadas. No llevaba luto de nadie, y resultaba conmovedor así, vestido de negro. Pertenece a la raza de los niños perseguidos y volcánicos que tienen arrugas precoces. Las emociones devastan los rostros, arrebatan la paz, hinchan los labios, arrugan las frentes, agitan las cejas con sutiles estremecimientos y convulsiones. Los compañeros lo llamaban "Culata" y esa palabra, pronunciada entre juegos, lo sopapeaba. Pero esas clases de niños, como los vagabundos, tienen ocultas truhanerías encantadoras y terribles para conseguir que se abran ante ellos refugios cálidos y confortables donde se bebe vino tinto que emborracha y donde a uno lo aman en secreto. Por el tejado de la escuela del pueblo, como un ladrón perseguido, Culafoy se evadía, y entre los colegiales que nada sospechaban, durante los recreos clandestinos (el niño es el re-creador del Cielo y de la Tierra), se reunía con Juan de las Bandas Negras. Una vez terminada la clase, entraba a la casa más próxima de la escuela, y de ese modo se salvaba de participar en los misterios vudúes de los colegiales liberados, a las cuatro, de maestros y de padres. Su cuarto era un reducto con muebles de caoba y decorado con grabados de colores: eran paisajes otoñales que él no miraba porque no podía descubrir en ellos más rostro que el de tres ninfas verdes. La niñez abandona los mitos convencionales concedidos a una niñez convencional; se burla de las hadas de libros ilustrados, de los monstruos decorativos, y mis propias hadas eran el carnicero esbelto con agudos mostachos, la maestra tísica y el boticario: todo el mundo era hada, es decir que estaba aislado por el halo de una existencia inabordable, inviolable, a través del cual sólo divisaba yo gestos cuya continuidad —y por ende, la lógica con todo su carácter tranquilizador— me pasaba por alto, de los



cuales cada fragmento me planteaba una nueva pregunta, palabra por palabra: me inquietaba.

Culafroy entraba a su cuarto. Al instante está en su Vaticano, pontifice soberano. Coloca su cartapacio atestado de libros y de cuardenos en una silla con asiento de paja, de debajo de la cama saca un cajón donde se acumulan juguetes viejos, albúmes con grabados, rasgados o con las esquinas dobladas o arrancadas, un oso de peluche todo pelado, y de ese lecho de sombras, de esa tumba de glorias todavía humeantes y radiantes, arrebató un violín grisáceo que ha confeccionado él mismo. Su gesto vacilante le hace ruborizarse. Siente esa humillación, más fuerte que la vergüenza verde de un escupitajo en la espalda, que sintió al fabricarlo —mas no al concebirlo— hará apenas ocho días, con la cubierta de cartón del álbum de grabados, un pedazo de mango de escoba y cuatro hilos blancos: las cuerdas. Era un violín plano y gris, un violín en dos dimensiones con únicamente la tabla de armonía y el mango por el cual corrían cuatro hilos blancos, geométricos, rigurosos en su extravagancia, un violín espectro de violín. El arco era una varita de avellano a la que le había raspado la corteza. Cuando por vez primera Cualfroy pidió a su madre que le comprara un violín, ella había rechistado. Estaba echando sal a la sopa. No se había presentado a su imaginación ninguna de estas imágenes: un río, llamas, estandartes con escudos, un tacón Luis XV, un paje con mallas azules, el arma torcida y retorcida del paje, pero la perturbación que le causaba cada una de ellas, una zambullida en un lago de tinta negra, esa perturbación la mantuvo un instante entre vida y muerte, y cuando dos o tres segundos después volvió en sí, un estremecimiento nervioso la agitó haciendo temblar la mano que echaba sal a la sopa. Culafroy no sabía que, por sus formas torturadas, un violín inquietara a su madre sensible, ni que en los sueños de ella se paseaban

muchos en compañía de gatos flexibles, en esquinas de muros, bajo balcones en que malandrines se repartían el botín de la noche, en que otros apaches se enrollan alrededor de un farol, en escaleras que crujen como violines desollados vivos. Ernestina lloró de rabia al no poder matar a su hijo, porque Culafoy no es de lo que se puede matar, o mejor dicho, podemos ver que lo que se mató en él permitió otro nacimiento: las varas, zorros, nalgadas y tortazos pierden su poder, o más bien cambian de virtudes. La palabra violín no se pronunció más. Para estudiar música, o sea para hacer los mismos gestos que ya no sé qué lindo muchacho de una revista, Culafoy fabricó el instrumento, pero ante Ernestina nunca volvió a querer pronunciar la palabra que comenzaba por viol... La fabricación se llevó a cabo de noche, en el mayor secreto. De día, lo escondía en el fondo del cajón de los juguetes viejos; por la noche, lo sacaba. Humillado, aprendía solo a poner sus dedos torpes en los hilos blancos, de acuerdo con los consejos de un viejo método hallado en el desván. Cada estudio silencioso lo agotaba. El chirrido frustratorio que el arco arrancaba de las cuerdas le daba a su alma carne de gallina. Su corazón se estiraba y deshilaba en silencio crispados... espectros de sonidos. Su vejación lo perseguía durante la lección, y estudiaba en un estado de perpetua vergüenza, taimado y humillado como nos sentimos todos por el Año Nuevo. Furtivas y susurradas son nuestras felicitaciones, como deben de serlo, entre ellos, las de los criados orgullosos y las de los leprosos. Puesto que se trata de gestos reservados a los patrones, tenemos a menudo el sentimiento de ponernos sus prendas para recibirnos. Nos molestan, como debe de molestarle el frac sin solapas de seda que lleva puesto el aprendiz maître d'Hôtel. Cierta noche Culafoy tuvo un gesto amplio, desmesurado, de trágico. Un gesto que se salía del cuarto, entraba en la noche y de ahí se proseguía

hasta las estrellas, entre las Osas y más allá de ellas, y después, semejante a una serpiente que se muerde la cola, volvía a la sombra del cuarto y al niño que se ahogaba en él. Tiró del arco desde la punta de la base, lenta, magníficamente; este último desgarrar acabó de serrar su alma: el silencio, la sombra, y la esperanza de separar esos diversos elementos que cayeron, cada uno por su lado, hicieron que se derrumbara así un intento de construcción. Dejó que se abatieran sus brazos, el arco y el violín, y lloró como un niño. Las lágrimas corrían por su carita plana. Sabía, una vez más, que todo era inútil. La red mágica que había intentado roer había vuelto a cerrarse a su alrededor, aislándolo. Vaciado, se aproximó al espejito del tocador y miró su rostro hacia el que sentía esa ternura que se siente por un perrito desprovisto de belleza, cuando ese perro es de uno. La sombra, llegada de quién sabe dónde, se establecía. Culafroy la dejó. Sólo le interesaban el rostro del espejo y sus transformaciones: el globo de los párpados luminosos, la aureola de sombra, la mancha negra de la boca, el índice siempre iluminado que sostenía su cabeza gacha. Y su cabeza gacha, para poderse ver en el espejo, le obligaba a levantar la vista y observarse así de ese modo taimado que tienen los actores de cine: "Podría ser un gran artista." No formuló claramente la idea, pero el esplendor que llevaba en sí le hizo bajar un poco más la cabeza. "El peso del destino" pensó. En el palisandro brillante del tocador, vio una escena fugitiva y semejante por su esencia a otras muchas que frecuentemente lo visitaban: un muchachito estaba agachado bajo la reja de una ventana, en un cuarto oscuro por el cual él mismo se paseaba con las manos en los bolsillos.

Surgían capitales en medio de su infancia arenisca. Capitales como cactáceas bajo los cielos. Cactáceas como soles verdes irradiando rayos agudos, empapados en curare. Su niñez, como un sahara, minúsculo o inmenso

—quién sabe— abrigado por la luz, el perfume y el flujo de encanto personal de un magnolio gigantesco y florido que ascendía por un cielo tan profundo como una gruta, por encima del sol invisible y presente empero. Esa niñez se secaba sobre su arena quemada teniendo, en instantes rápidos como trazos y delgados como ellos, delgados como ese paraíso que se ve entre los párpados de un mongol, un vislumbrar del magnolio invisible y presente; esos instantes eran, en todo, semejantes a los que dice el poeta:

*He visto en el desierto  
Tu cielo abierto...*

Ernestina y su hijo vivían en la única casa de la aldea que, además de la iglesia, tuviera techo de lajas. Era un edificio importante de piedra de cantería, rectangular, dividido en dos partes por un pasillo que se abría como una brecha heroica entre rocas. Ernestina poseía buenas rentas, que su marido le había dejado al suicidarse cuando dio un salto a los verdes fosos del castillo que estaba ahí. Podría haber vivido con lujo, estar servida por varios criados, moverse entre inmensos espejos que subieran desde la alfombra hasta el techo dorado. Se negaba el lujo y la belleza que matan al ensueño. También el amor. Antaño, el amor la había dejado en la tierra y la había sujetado ahí con fuerza de luchador habituado a derribar a los fortachones. A los veinte años, había dado nacimiento a una leyenda: cuando más adelante los campesinos hablen de ella, no podrán evitar el evocar aquel ser de rostro todo vendado, como un rostro de aviador herido, el rostro mismo de Weidmann, excepto ojos y boca, con bandas de gasa, para conservar las gruesas capas de una crema de belleza especial que protegía su cutis contra el tostado del sol y del heno, cuando venía en verano a cortar el heno donde su padre.

Pero como un ácido, había pasado por ella la amargura, corroyendo los dulzores. Ahora temía todo aquello de lo que no se puede hablar sonriendo, de un modo sencillo y familiar. Ese temor bastaba para demostrar el peligro de una recaída en poder de la Tragona (la Belleza). Aun cuando estaban flojas, eran sólidas, las ataduras que la ligaban y la entregaban a potencias cuyo contacto o solamente la proximidad la hacían extraviarse. Eran el arte, la religión y el amor, que están envueltos en sagrado (porque de lo sagrado, que por desgracia se llama espiritual, no se rié uno, ni sonríe: es triste. Si es lo que toca a Dios, ¿será Dios triste? ¿Es pues, Dios, una idea dolorosa? Dios, ¿es mal?), siempre abordados con una cortesía que los protege. La aldea poseía, entre sus accesorios, un viejo castillo feudal rodeado de fosos donde hormigueaban siempre las ranas, un cementerio, la casa de la madre soltera y la propia madre soltera, un puente de tres arcos de piedra sobre tres arcos de agua clara, donde cada mañana pesaba una espesa niebla que terminaba subiendo su telón ante el decorado. El sol la recortaba en jirones, que por un instante vestían a los árboles flacos y negros como hijos de niños zingaros.

Las lajas azules y cortantes, las piedras de granito de la casa, los vidrios de las altas ventanas aislaban del mundo a Culafroy. Los juegos de los muchachos que vivían más allá del río eran juegos desconocidos, complicados por la geometría y las matemáticas. Se jugaban a lo largo de los setos y tenían por atentos espectadores a los machos cabríos y los potros de los prados. Los propios jugadores, niños actores surgidos de la escuela, escapados del pueblo, recobraban su personalidad agreste, se volvían boyeros, buscadores de nidos de mirlos, trepadores, segadores de centeno, ladrones de ciruelas. Si para Culafroy representaban, sin ellos mismos poder desentrañarlo con mucha claridad pero sospecharlo sí, un pueblo de demonios seductores, inconscientemente

Culafroy ejercía sobre ellos un prestigio que le impartía su aislamiento, el refinamiento y la leyenda de Ernestina y el techo de lajas de su casa. Aun odiándolo, no había muchachito que no soñara con él, envidiando el corte de sus cabellos y la elegancia de su cartapacio de cuero. La casa de lajas debía encerrar fabulosas riquezas en medio de las cuales Culafroy tenía el prestigio de moverse lentamente, el privilegio de atreverse a gestos familiares tales como tamborilear en un mueble o patinar sobre el entarimado, en un decorado que ellos consideraban principesco, y sonreír como un delfín, tal vez jugar a los naipes. Culafroy parecía segregarse un secreto regio. Los hijos de los reyes son demasiado frecuentes entre los niños para que los colegiales de la aldea pudieran tomar en serio a éste. Pero consideraron un crimen que divulgara tan claramente un origen que cada uno de ellos guardaba bien oculto dentro de sí mismo, que lesionaba a su Majestad. Porque la idea regia es de este mundo; si no detenta la virtud de las transmisiones carnales, el hombre debe adquirirla y adornarse secretamente con ella para no sentirse demasiado envilecido a sus propios ojos. Se entrecruzaban en la noche los ensueños y desvaríos de los niños, cada cual poseía al otro sin saberlo en forma violenta (se trataba realmente de violaciones), casi total. La aldea que, para su uso propio, re-creaban y en la que, ya lo hemos dicho, eran soberanos los niños, se enredaba en las costumbres nada extrañas para ellos de una aldea de noches extrañas, donde se enterraba de noche a los niños muertos al nacer, donde los llevaban al cementerio sus hermanos, en cajas de abeto estrechas y barnizadas como estuches para violín; en que otros niños corrían por los claros y pegaban su vientre desnudo, pero a salvo de la luz de la luna, contra el tronco de las hayas y de los vigorosos robles, lo mismo que los montañeses adultos de muslos cortos que hinchan hasta reventarlos los calzones de piel,

en un lugar carente de corteza, para recibir sobre la piel tierna de las barriguitas blancas las descargas de la savia en primavera; donde la italiana pasaba espiando a los ancianos, a los enfermos, a los paralíticos, de cuyos ojos recogía el alma, escuchándolos morir (los ancianos mueren como nacen los niños), teniéndolos a su merced, y su merced no era su indulto; una aldea con días no menos extraños que las noches, en que los días de Corpus o de Velaciones, atravesaban cortejos la campiña crispada por el sol de medio día, procesiones compuestas de niñas con cabezas de porcelana, vestidas de blanco y coronadas con flores de tela, de monaguillos que hacían oscilar al viento incensarios cubiertos de cardenillo, de mujeres tiasas en su vestido de seda de aguas negra o verde, de hombres con guantes negros que sostenían un dosel de aspecto oriental empenachado con plumas de avestruz, bajo el cual paseaba el cura con una custodia en la mano. Bajo el sol, entre el centeno, los pinos, la alfalfa y, revolcándose en los estanques, los pies en el cielo.

Eso formó parte de la infancia de Divina; también otras cosas que contaremos más tarde. Habrá que volver con ella.

Digamos ya que nunca sus amores le habían hecho temer la ira de Dios, el desprecio de Jesús ni el asco edulcorado de la Virgen Santa, nunca antes de que Gabriel le hablara de ello, porque tan pronto como reconoció en sí la presencia de semillas de esos temores —ira, desprecio y asco divinos— Divina hizo de sus amores un dios por encima de Dios, de Jesús y de la Santa Virgen, al que éstos se sometían como todo el mundo, mientras que Gabriel, a pesar de su fogoso temperamento que le hace ruborizarse con frecuencia, temía al Infierno porque no amaba a Divina.

¿Y quién más la amaba, como no fuera Miñón?

Nuestra Señora de las Flores sonreía y cantaba. Cantaba como un arpa eólica, una brisa azulada que pasara a través de los hilos de su cuerpo; él no amaba. La policía no sospechaba de él. La indiferencia de ese chiquillo era tan grande que ni siquiera compraba los periódicos: proseguía su melodía.

Divina creía que Miñón había ido al cine, que Nuestra Señora ratero de tiendas, estaba en un gran almacén, pero... Zapatos norteamericanos, sombrero muy flexible, cadena de oro rodeándole la muñeca, Miñón bajaba al atardecer por la escalera de la buhardilla y... Llegó el inevitable soldado. ¿De dónde viene? Tal vez de la calle, de un bar donde Divina estaba sentada. La puerta giratoria, al girar, a cada vuelta, como el mecanismo de un campanario veneciano, presentaba un sólido arquero, un paje flexible, un ejemplar de la Alta Pederastia, uno de esos chulos cuyos antepasados de las tambarrias llevaban argollas en las orejas cuando sostenían a la señorita Adna, y entre cuyas piernas hoy, al ir por el bulevar, salpican y chisporrotean agudos silbatos.

Apareció Gabriel. También yo lo veo bajar por una calle casi vertical, corriendo como aquel perro embrujado que bajó a la aldea por la calle mayor, y que sin duda tropezó con Divina que salía de una tienda donde había estado comprando un cucurucho-sorpresa en el momento en que el timbre de la puerta de vidrios tintineaba doble. Me habría gustado hablarles de los encuentros. Tengo idea de que el instante que los provocaba —o los provoca— se sitúa fuera del tiempo, que el choque salpica las inmediaciones, espacio y tiempo, pero quizás me equivoque porque quiero hablar de los encuentros que provocho yo, que les impongo a los mozos de mi libro. Tal vez pase con esos instantes fijados en el papel lo que con las calles populosas sobre cuya multitud fijo por casualidad la mirada: una dulzura, una ternura las coloca fuera del instante; me siento encantado y, no sé por qué, esa turba-



multa es miel para mis ojos. Me retiro y vuelvo a mirar, pero no encuentro ya dulzura ni ternura. La calle se me antoja opaca como una mañana de insomnio, me vuelve la lucidez, me trae de nuevo la poesía que ese poema había suplantado: algún rostro de adolescente, mal discernido entre ella, había iluminado la multitud para desaparecer después. El sentido del Cielo no me es ajeno ya. Así pues, Divina encontró a Gabriel. Este pasó ante ella, desplegando su espalda como un muro, un farallón. Ese muro no era tan ancho, pero salía de él hacia el mundo con tanta majestad, es decir tanta fuerza serena, que a Divina le pareció de bronce, la muralla de tinieblas desde donde emprende el vuelo un águila negra con las alas desplegadas.

Gabriel era soldado.

El ejército es la sangre encendida que chorrea de las orejas del artillero; es el pequeño cazador alpino crucificado en los esquíes, un espahí sobre su caballo de nube detenido justo a la orilla de la Eternidad, los príncipes enmascarados y los asesinos fraternales de la Legión; es, en las tripulaciones de la Armada, el puente que reemplaza la bragueta del pantalón de los marineros bandeadores para —así dicen para excusarlo todo— que no se enganchen en las jarcias durante las maniobras; finalmente, los propios marineros encantan a las sirenas al enredarse alrededor de los mástiles como las golfas alrededor de los chulos; envolviéndose entre velas, juegan con ellas como lo hace una española con su abanico, riendo a carcajadas o con las dos manos en los bolsillos, erectos sobre la cubierta que los culumpia, silban el verdadero vals de los cuellos azules.

—Y las sirenas ¿se dejan atrapar?

—Sueñan con ese lugar en que termina el parentesco de su cuerpo con el de los marinos. ¿Dónde comienza el misterio? se preguntan. Es entonces cuando cantan.

Gabriel era soldado de infantería y vestía de paño azul

celeste, de textura gruesa y vedijosa. Más adelante, cuando lo hayamos visto mejor y que no se trate tanto de él, haremos un retrato suyo. Naturalmente, Divina lo llama Arcángel. Y además: "mi licor". El deja que lo adoren sin rechistar. Acepta. Por temor a Miñón, sobre todo por temor a causarle pena, Divina no se ha atrevido a llevarse al soldado a la buhardilla. Se encuentra con él por la noche, en el terraplén del bulevar donde él cuenta amablemente la historia de su vida, puesto que no sabe otra cosa. Y Divina dice:

—No me estás contando tu vida, Arcángel, sino un fragmento subterráneo de la mía, que yo misma ignoraba.

Divina dice también: "Te amo como si te tuviera en el vientre", y también:

—No eres mi amigo, eres yo misma. Mi corazón o mi sexo. Una rama mía.

Y emocionado pero sonriendo de orgullo, Gabriel exclama:

—¡Oh! encandilera.

Su sonrisa hacía que espumaran en sus comisuras algunas delicadas burbujas de espuma blanca.

Príncipe Monseñor, con los dedos arqueados en forma de anillo igual que los de un abate que predica, al cruzarlos en la noche arroja a Divina como quien arroja una pestaña: "Anda, pecoreador".

Otros más, a lo largo del bulevar entre Blanche y Pigalle, los bendicen así, consagrando a la pareja.

Divina, que envejece, suda de angustia. Es una pobre mujer que se pregunta: "¿Me querrá? ¡Ah! Haber descubierto un amigo nuevo. Adorarlo de rodillas y que con la mirada me perdone, simplemente. Con artimañas pienso llevarlo hacia el amor." He oído decir que para que los perros te quieran debes mezclar todos los días a su sopa una cucharada de tu orina; Divina lo intenta. Cada vez que invita al Arcángel a cenar, se las arregla para echar un poco de orina suya.

Lograr que la ame. Conducir lentamente al ingenuo hacia ese amor como hacia una ciudad prohibida, una ciudad misteriosa, una Tombuctú negra y blanca, negra y blanca y conmovedora como el rostro del amante en cuya mejilla juguetea la sombra del rostro del otro. Enseñar al Arcángel, obligarlo a aprender el apego del perro. Encontrar al niño inerte y cálido empero, y luego, a fuerza de caricias, sentir que se calienta más, que bajo mis dedos se hincha, se llena, brinca como ya sabe usted qué. ¡Que Divina sea amada!

En el sofá de la buhardilla se retuerce, se revuelve como una virtud creada por la garlopa. Retuerce sus brazos vivientes, enrollados, desenrollados, blancos, estranguladores de sombras. Algún día tenía que llevar allí a Gabriel. Como las cortinas están corridas, se encuentra en una tiniebla tanto más densa porque desde hacía años se enmohecía ahí algo así como un perfume de incienso helado, la sutil esencia de los pedos que habían florecido dentro.

En pijama de seda azul y solapas blancas, Divina estaba tendida en el sofá. Con los cabellos en los ojos, bien afeitada, la nuca pura y el rostro alisado por el agua de calamocho. A pesar de lo cual hizo como si no estuviera aún bien despierta.

—Siéntate.

Con una mano señaló un sitio cerca de ella, al borde del sofá, y tendió la punta de los dedos de la otra.

—¿Qué tal? Todo bien ¿no?

Gabriel tenía puesto el uniforme de paño azul cielo. Sobre la barriga le colgaba el cinturón de cuero mal abrochado.

El paño grueso y el azul tan fino... Divina bandeaba. Más adelante dirá: "Me bandeaba por su calzón". Un paño fino y tan azul la habría conmovido menos que un grueso paño negro, porque es la tela del clero campesino, y la de Ernestina, y el paño gris es la tela de los niños del Hospicio.

—¿No te pica esa lana?

—Tás demente. Llevo camisa y calzoncillo. La lana no toca la piel.

Asombroso ¿verdad, Divina? que con un traje azul cielo se atreva a tener tan negros el cabello y los ojos.

—Toma, hay sherry. Sírvete lo que quieras... y otro vaso para mí.

Sonriete, Gabriel se sirve un vaso de licor. Bebe. Está nuevamente sentado al borde del sofá. Entre ambos hay una especie de incomodidad.

—Oye tú, aquí hace calor. ¿Puedo quitarme la guerrera?

—¡Oh! quítate todo lo que quieras.

Desabrocha el cinturón, retira la guerrera. El ruido del cinturón llena la buhardilla con todo un dormitorio de soldados sudorosos que regresan de las maniobras. Ya he dicho que también Divina está vestida de azul cielo que flota alrededor de su cuerpo. Es rubia, y bajo esa paja su rostro se ve algo arrugado; como dice Mimosa, está achuchadito (Mimosa lo dice con mala intención, para lastimar a Divina), pero a Gabriel le agrada ese rostro. Divina, que quería saber, le pregunta temblando como la llama de un cirio:

—Estoy envejeciendo. Pronto voy a cumplir los treinta.

Gabriel tiene entonces esa delicadeza inconsciente de no halagarla con una mentira diciendo: "No los aparentas", y contesta:

—Pero ¡si es la mejor edad! Se comprende todo mucho mejor.

Y agrega:

—Es la mera edad.

Los ojos y los dientes de Divina brillan y hacen brillar los del soldado:

—Oye tú, eso sí que es grave.

El ríe, pero siente que está molesto.

Ella se siente feliz. Ahora Gabriel está blanco, pegadito a ella de azul pálido: dos ángeles, cansados de volar,

que se habían posado en los hilos de un poste de telégrafos, y que el viento ha derribado hasta el fondo de un foso lleno de ortigas, no serían más castos.

Una noche el Arcángel se convirtió en fauno. Tenía a Divina pegada a sí, cara a cara, y su miembro, de repente tan potente, por debajo de ella, intentaba penetrar. Cuando encontró se curvó un poco y entró. Gabriel había adquirido una destreza tal que era capaz, aun permaneciendo inmóvil, de dar a su verga un estremecimiento semejante al de un caballo que se indigna. Irrumpió con su furor habitual y sintió tan intensamente su potencia que —con nariz y garganta— relinchó de victoria con un ímpetu tal que Divina creyó que Gabriel la penetraba con todo su cuerpo de centauro; se desmayó de amor como una ninfa en el árbol.

Los juegos se repitieron con frecuencia. Los ojos de Divina cobraron nuevos destellos, se volvieron más refulgentes y su piel, más tersa. El Arcángel representaba en serio su papel de jodador. Hasta cantaba *La Marsellesa* porque desde aquel instante tuvo a orgullo ser francés y gallo galo, cosa de la que sólo se enorgullecen los machos. Y luego murió en la guerra. Una noche fue al encuentro de Divina, por el bulevar.

Tengo licencia; la he pedido por ti. Vamos a comer, ahora tengo monises.

Divina alzó la mirada para verle el rostro:

—Entonces ¿tú me quieres, Arcángel?

Gabriel tuvo un gesto malhumorado que hizo oscilar sus hombros:

—Merecerías unos buenos mamporros —dijo, apretando los dientes—. ¿Acaso no lo ves?

Divina cerró los ojos y sonrió; luego, con voz sorda:

—Vete, Arcángel. Vete. Ya te he visto bastante. Me haces demasiado dichosa, Arcángel.

Hablaba como una sonámbula que hablara: rígida, recta, y con una sonrisa fija en la cara.

—Lárgate, porque caería en tus brazos. ¡Oh, Arcángel! Murmuró:

—¡Oh, Arcángel!

Gabriel se fue sonriendo, a largas trancas lentas porque llevaba botas. Murió en la guerra de Francia y los soldados alemanes lo enterraron allí donde cayó, ante la verja de un castillo de Turena. En su tumba pudo sentarse Divina, fumar un Craven con Jimmy.

La reconocemos sentada ahí, con las largas piernas cruzadas, el cigarrillo en la mano, a la altura de su boca. Sonríe, casi feliz.

Al entrar donde Graff, Divina vio a Mimosa que la vio. Se hicieron una leve seña con los dedos, una fruslería desde los dedos:

—Hola, buenas. ¿Y tu Nuestra Señora, hermosa?

—Ni me hables. Se ha ido. La Nuestra Señora se ha ido, ha volado. Se la han llevado los ángeles. Me la han robado, Mimo. Aquí me tienes, Toda Desconsolada. Haz una novena, me voy a meter monja.

—¿Tu Nuestra Señora se fue por pies? Se fue por pijas, tu Nuestra Señora. Es algo espantoso. Es una zorra.

—Olvidémosla, olvidémosla.

Mimosa quiso que Divina se sentara a su mesa. Dijo que estaba libre de pichones para toda la noche:

—Ahora estoy de domingo, ya está. Toma un gin, hermosa.

Divina estaba inquieta. No quería tanto a Nuestra Señora como para sufrir a la idea de que lo denunciaran, en caso de que hubiera dado un golpe, pero recordaba que Mimosa se había tragado su retrato como quien se traga la Eucaristía, y se había mostrado muy ofendida cuando le dijo Nuestra Señora: "Eres la porcallona." Pero sonrió, acercó su sonrisa hasta pegarla al rostro de Mimosa como para besarla, y los rostros estuvieron de repente tan juntos que les pareció asistir a sus esponsa-

les. Los dos maricones se horrorizaron. Sin dejar de sonreír divinamente, Divina murmuró:

—Te aborrezco.

No lo dijo: la frase se formó en su garganta. Y al instante su cara se cerró como un trébol al caer la tarde. Mimosa no entendió nada; Divina siempre había callado la singular comunión de Mimosa, pues temía que si se enteraba Nuestra Señora cambiara de opinión y se fuera a hacerle avances en forma de coqueterías a su rival. Nuestra Señora era más coqueta que un marica.. Era puta como un gicoló. Para sí, Divina se explicaba que quería evitar a Nuestra Señora el pecado de orgullo, porque ya sabemos que a Divina le costaba trabajo ser inmoral y sólo lo lograba a fuerza de rodeos que le causaban mucha pena. Su personaje está enredado con mil sentimientos y sus contrarios que se complican, se desenredan, se anudan, se desatan y crean un revoltijo insensato. Su primer deseo era más o menos esto: “Mimosa no debe enterarse; es una cerda y la aborrezco.” Era un deseo puro, surgido directamente del hecho. Divina, sin embargo, no lo sentía exactamente en esa forma pues los santos del Cielo velaban discretamente, y las santas: no asustaban a Divina por ser terribles, es decir vengadores de los malos pensamientos, sino porque son de yeso, con los pies asentados en encajes, en flores, y que a pesar de ello son omniscientes. Mentalmente se decía: “Nuestra Señora es tan orgulloso... y tan tonto.” Lo cual subentendía la primera cláusula que venía como conclusión natural. Pero su actitud moral le permitía el enunciado. Mediante esfuerzo y desenvoltura, conseguía decir: “No se enterará, la sucia de ella” (Mimosa), pero de este modo todavía disfrazaba su odio bajo con oropes de juego, pues al pensar en Mimosa decía: “Ella”. Si Divina hubiera dicho “El”, habría sido más grave. Ya lo veremos más adelante. Divina no es suficientemente vana para pensar que si Mimosa le ofrecía asiento era

para disfrutar de su presencia. Desconfiada, dijo en voz alta:

—La estoy haciendo de indio sioux.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Mimosa.

Divina soltó la carcajada:

—¡Ah! De verdad, que soy la Muchacha Loca.

Sin duda Roger, el hombre de Mimosa, había olfateado algo sospechoso. Quiso que le explicaran. La experiencia había demostrado a Divina que no tenía con qué enfrentarse a Mimosa II, porque aun cuando no reconocía en qué momento se ejercía la perspicacia de su amiga, había tenido más de una prueba de su fineza detectivesca: "La Mimo, se entera por el aire." Sólo ella era capaz de distinguir lo que el aire le llevaba y sacarle el jugo:

—Entonces ¿te vas? ¿Y te llevas a Nuestra Señora? Eres una mala. Y egoísta.

—Escúchame, angelito. Te veré más tarde. Hoy tengo prisa.

Divina se besó la palma de la mano, sopló encima en dirección a Mimosa (a pesar de su sonrisa, Divina tuvo de repente el rostro de la dama del Larousse que eiembra a todos los vientos el grano del meacamas) y huyó como si se fuera del brazo de un amigo invisible, es decir pesada, cansada y transportada.

Cuando se decía que Nuestra Señora era orgulloso, y que al enterarse de que Mimosa se había tragado su foto, habría estado en mejores disposiciones hacia ella, Divina se equivocaba. Nuestra Señora no es orgulloso. Se habría encogido de hombros sin sonreír siquiera y sólo habría dicho:

—Trabaja duro, esa chiquilla. Y ahora come papel.

Esa indiferencia se debía tal vez al hecho de que Nuestra Señora no sintiera nada, como Mimosa, y no imaginara que se pudiera sentir una emoción al incorporarse a la letra la imagen de un ser deseado, al beberlo por la boca, y se habría sentido incapaz de reconocer en eso



un homenaje a su virilidad o a su belleza. Tengamos por conclusión que no sentía deseo alguno de esa clase. Y sin embargo, ya veremos que la veneración sincera le convenía. En cuanto a Divina, observaremos que un día le había contestado a Mimosa: "Nuestra Señora no será nunca demasiado orgulloso. Quiero hacer de él una estatua de orgullo", pensando: que se petrifique de orgullo y luego, amasado en orgullo. La juventud tierna de Nuestra Señora —porque tenía momentos de dulzura— no satisfacía la necesidad que sentía Divina de verse sometida a una dominación brutal. Las ideas de orgullo y estatua se asociaban con mucha exactitud, y a ellas la idea de tiesura maciza. Pero se ve que el orgullo de Nuestra Señora era sólo un pretexto.

Ya lo he dicho: Miñón—los-pies-chicos no venía ya a la buhardilla, y ni siquiera se reunía con Nuestra Señora en el bosquecillo de las Tullerías. No tenía la menor idea de que Nuestra Señora estuviera al tanto de sus cobardías. En su buhardilla, Divina sólo vivía de té y de pena. Se comía su pena y se la bebía; ese alimento agrio había secado su cuerpo y corroido su espíritu. Ni los cuidados ni los institutos de belleza impedían que estuviera flaca y tuviera piel de cadáver. Llevaba peluca y la fijaba con gran arte, pero el tul de la base se notaba en las sienes: los polvos y la crema ocultaban mal el ajuste con la piel de la frente. Se podía creer que llevaba cabeza artificial. Cuando todavía vivía en la buhardilla, Miñón se habría podido burlar de todos aquellos aparejos de haber sido un chulo cualquiera, pero era un chulo que oía voces. No reía ni sonreía. Era guapo y estaba pegado a su hermosura, pues comprendía que al perderla lo habría perdido todo; los difíciles encantamientos para mantenerla en sí, aunque no lo conmovían, tampoco le arrebataban una sonrisa cruel. Era natural. Tantas viejas amantes se maquillaban frente a él, que sabía que los daños a la belleza se remiendan sin misterio.

En cuartos de citas asistía a hábiles reconstrucciones, sorprendía las vacilaciones de la mujer que sostenía en alto el lápiz labial. Varias veces había ayudado a ponerse la peluca a Divina. Lo hacía con gestos hábiles y, puede decirse así: naturales. Había aprendido a amar a esa Divina. Se impregnó bien de todas las monstruosidades que la componían y las repasó: la piel demasiado blanca y seca, la escualidez, las cavidades de los ojos, las arrugas empolvadas, los cabellos pegados, los dientes de oro. No dejó pasar nada. Se dijo que así era todo y siguió jodiendo todo aquello. Conoció el goce y se sintió bien atrapado. Miñón el vigoroso, hecho todo y siempre de músculos y vellos calientes, se enloqueció por un marica artificial. Las trapacerías de Divina no tenían nada que ver en el asunto. Miñón se abalanzaba sin pensarlo a esa especie de desenfreno. Y poco a poco se fue cansando. Descuidó a Divina y la dejó. Entonces ella tuvo en la buhardilla terribles desesperaciones. Su vejez hacía que se desplazara en un féretro. Llegó a no atreverse ni a un gesto, ni a un ademán; y la gente que se acercó a ella en esa época llegó a decir que se veía apagada. Todavía disfrutaba los placeres de la cama y del pórtico; hacía tazas, pero entonces tenía que pagar a sus amantes. Durante los amores vivía locas angustias, temerosa de que, por ejemplo, un mancebo exaltado le hubiera metido las manos en los cabellos mientras ella estuviera de rodillas, o le hubiera pegado hacia sí muy fuertemente la cabeza, despegándole la peluca. Su placer se complicaba con un montón de minúsculas preocupaciones. Se quedaba en la buhardilla para meneársela. Se pasaba días y noches acostada, con las cortinas tapando la ventana de los muertos, sobre la Bahía de los Difuntos. Tomaba té y comía pastelillos. Después, con la cabeza bajo las sábanas, combinaba complicadas orgías entre dos, tres o cuatro, y en que todos los participantes, de acuerdo, sobre ella, en ella y por ella, lograrían el placer. Encon-

traba el recuerdo de riñones angostos pero vigorosos, riñones de acero que la habían perforado. Sin preocuparse por lo que ellos quisieran, los acoplaba. Aceptaba ser la meta única de todas aquellas bramas, y su mente se tendía para percibir las simultáneamente, extraviadas en una voluptuosidad que acudía de todos lados. Su cuerpo temblaba de pies a cabeza. Sentía pasar a través suyo personalidades que le eran ajenas. Su cuerpo gritaba: "El dios, aquí está el dios." Y recaía, cansadísima. Pronto ese placer se esfumó. Entonces Divina se puso cuerpo de chulo; repentinamente fuerte y musculosa se veía dura como el hierro, con las manos en los bolsillos y silbando. Se veía hacer el acto consigo misma. Finalmente sentía que sus músculos, como cuando su intento viril, crecían y se endurecían en sus muslos, sus omóplatos, sus brazos, y le dolía. También ese fuego se apagó. Se secaba. Ya ni siquiera le salían ojeras.

Fue entonces cuando buscó el recuerdo de Alberto y se satisfizo con él. Era un granuja; la aldea entera desconfiaba de él. Era tosco, brutal y ratero. Las muchachas ponían cara de asco cuando se pronunciaba su nombre delante de ellas, pero sus noches y evasiones súbitas en las horas más duras de trabajo estaban ocupadas con sus muslos vigorosos, sus manos pesadas que siempre hinchaban sus bolsillos y acariciaban sus flancos, permanecían inmóviles o se movían despacio, con precaución, levantando la tela tensa o hinchada del pantalón. Tenía las manos anchas y espesas, con dedos cortos, un pulgar magnífico y un monte de Venus imponente, macizo, esas manos que colgaban de sus brazos como terrones de hierba. Fue una noche de verano cuando los niños, que son los usuales mensajeros de las noticias que trastornan, informaron a la aldea que Alberto pescaba serpientes. "Pescar serpientes, eso sí que le sienta bien" pensaron las viejas. Era una razón de más para mandarlo a las ortigas. Unos sabios pagaban una buena prima por cada

víbora que les entregaran viva. Por error y jugando Alberto atrapó una, la entregó viva y obtuvo la prima prometida. Así creó para sí una ocupación nueva que le agradaba y le hacía enojarse consigo mismo. No era superhombre ni fauno inmoral: era un muchacho de ideas vulgares pero que la voluptuosidad embellecía. Parecía estar gozando continuamente o siempre ebrio. Infaliblemente, Culafroy tenía que encontrarse con él. En verano era cuando merodeaba por los caminos. En cuanto vio su silueta a lo lejos, comprendió que ahí estaban la clave y la meta de su paseo. Alberto estaba inmóvil a orillas del camino, casi metido entre el centeno, como si esperara a alguien, con sus hermosas piernas separadas en la actitud del coloso de Rodas o en la que nos han mostrado, tan hermosos y sólidos bajo sus cascos, los centinelas alemanes. Culafroy lo amó. Al pasar ante él, indiferente y valeroso, el muchacho se sonrojó y bajó la cabeza mientras Alberto lo veía caminar, sonriente. Digamos que tenía entonces dieciocho años, y sin embargo Divina lo ve como un hombre.

Volvió al día siguiente. Alberto estaba allí, estatua o centinela, a orillas del camino. "Hola, buenas" dijo, con una sonrisa que le torcía la boca. (Aquella sonrisa era la particularidad de Alberto, era él mismo. Cualquiera podía tener o adquirir lo lacio de sus cabellos, el color de su piel, sus andares, pero su sonrisa no. Ahora, cuando Divina busca a Alberto desaparecido quiere pintarlo en sí inventando su sonrisa con su propia boca. Da a sus músculos el gesto que cree exacto, que —ella lo cree cuando siente que se retuerce su boca— la hace semejante a Alberto hasta el día en que se le ocurre hacerlo frente al espejo y se percata entonces de que sus muecas no tienen ninguna relación con aquella risa que hemos calificado ya de estrellada.) "Hola" murmuró Culafroy. No se dijeron más, pero desde aquel día tuvo

que acostumbrarse Ernestina a que abandonara la casa de lajas. Y un buen día:

—¿Quieres ver mi mochila?

Alberto mostraba un canastillo de mimbre trenzado, herméticamente cerrado por una correa. Aquel día sólo había dentro una víbora elegante y furiosa.

—¿Abro?

—¡Oh, no, no abra usted! —porque siempre tiene hacia los reptiles esa repulsión todavía más fuerte que él.

Alberto no levantó la tapa, pero puso su mano suave y dura, desgarrada por las zarzas, en la nuca de Cula-froy, que estuvo a punto de arrodillarse. Otro día había tres víboras dentro, retorciéndose. Tenían las cabezas cubiertas con una capucha de cuero duro apretada al cuello por una agujeta.

—Puedes tocarlas, no te harán nada.

Culafroy no se movía. Igual que si hubiera aparecido un fantasma o un ángel del cielo, no habría podido correr, paralizado de espanto. No podía volver la cabeza, porque las serpientes lo fascinaban, y sin embargo se sentía a punto de vomitar.

—¿Qué? ¿tienes mieditis, eh? Anda, dilo, a mí me pasaba lo mismo antes.

No era verdad, pero quería tranquilizar al niño. Alberto metió pausada, calmada, soberanamente la mano en el revoltijo de reptiles y sacó uno, largo y delgado, cuya cola se le pegó, como la cuerda de un látigo pero sin ruido, al brazo desnudo. “Toca”, dijo, y al mismo tiempo llevó la mano del niño al cuerpo escamoso y helado, pero Culafroy apretó el puño y sólo sus falanges entraron en contacto con la serpiente. Eso no era tocar. El frío lo sorprendió; le penetró en la vena y la iniciación se prosiguió. Caían velos, y Culafroy no sabía de delante de qué cuadros graves y anchos que su mirada no iba a poder contemplar detenidamente. Alberto tomó otra serpiente y la dejó en el brazo desnudo de Culafroy

donde se enroscó del mismo modo que lo había hecho el primero.

—¿Ves cómo no te hacen daño?

Alberto, tan sensible como al sentir su verga hincharse, sentía que en el niño subía emoción que lo entiesaba y lo hacía estremecer. Y le nacía amistad insidiosa hacia las serpientes. Y sin embargo, todavía no había tocado ninguna, es decir que ni siquiera las había rozado con el órgano del tacto, la yema de los dedos, ahí donde los dedos se hinchan de la leve protuberancia sensible con que leen los ciegos. Alberto tuvo que abrirle la mano y deslizar dentro de ella el cuerpo helado, lúgubre. Esa fue la revelación: desde ese instante le pareció que un pueblo de serpientes habría podido invadirlo, escalarlo e insinuarse en él sin que sintiera nada más que un gozo amistoso, una especie de ternura mientras la mano soberana de Alberto no había dejado la suya, ni siquiera uno de sus muslos, los suyos, de modo que no era completamente él y nada del todo. Culafroy y Divina, con sus gestos delicados, siempre se verán obligados a amar lo que aborrecen y eso constituye un poco de su santidad puesto que es renunciación.

Alberto le enseñó a recogerlas. Hay que esperar que sea medio día, cuando las serpientes duermen sobre las rocas, al sol. Se aproxima uno muy despacito, las agarra por el cuello, muy cerca de la cabeza, con las dos falanges del índice y el cordial formando gancho, para que no resbalen ni muerdan; después, rápidamente, mientras silban de desesperación, hay que ponerles la capucha en la cabeza, apretar la agujeta y meterlas en la caja. Alberto llevaba puesto un pantalón de pana acanalada, polainas y una camisa gris arremangada hasta los codos. Era hermoso, como lo son todos los machos de este libro, poderosos y flexibles, inconscientes de su gracia. Sus cabellos duros y obstinados que caían sobre los ojos y hasta la boca, solos, habrían sido suficientes para conferirle

un prestigio de corona a los ojos del niño delicado y de cabello rizado. Se solían encontrar por la mañana, a eso de las diez, cerca de una cruz de granito. Hablaban un momento de las muchachas, y se iban. La siega no se había hecho aún. Como todo el mundo consideraba inviolables el centeno y los trigos metálicos, allí encontraban refugio seguro. Entraban en diagonal, reptaban, y de repente se encontraban en mitad del campo. Se tendían allí esperando el medio día. Culafroy jugó primero con el brazo de Alberto; al día siguiente con sus piernas; y el día que siguió aquellos días, con todo lo demás, y ese recuerdo encanta a Divina que se recuerda, hundiendo las mejillas como un muchacho que silba. Alberto violó al niño por todas partes hasta que él mismo se derrumbó de fatiga.

Un día dijo Culafroy:

—Berto, me voy para casa.

—Te vas, entonces, hasta la noche, Lu.

¿Por qué “hasta la noche”? La frase salió con tanta espontaneidad de la boca de Alberto que a Culafroy le pareció natural, y contestó:

—Hasta la noche, Berto.

Y sin embargo la jornada había terminado y sólo se verían hasta el día siguiente, y Alberto lo sabía. Sonrió tontamente pensando que había dejado escapar una frase sin pensarla. Por su parte, Culafroy no entendía exactamente el sentido de esa confesión, ese adiós. La frase lo había trastornado, como sucede con algunos poemas ingenuos cuyo sentido lógico y gramatical sólo se nos revela después de que hemos gozado su encanto. Culafroy se quedó hechizado, de todo a todo. En la casa de lajas era día de lavar. En el tendedero del jardín las sábanas colgadas formaban un laberinto por el que se deslizaban espectros. Era natural que Alberto lo esperara allí. Pero ¿a qué hora? No había especificado nada. El viento agitaba las sábanas blancas como lo hace un brazo

de actriz con un decorado de tela pintada. La noche se volvía densa con su dulzor acostumbrado y constituía una arquitectura rígida de planos largos, asentados en sombra. El paseo de Culafroy comenzó justo cuando la luna esférica y humeante ascendió al cielo. El drama se iba a representar ahí. ¿Vendría Alberto a robar? Necesitaba dinero "para su tipa", decía. Tenía una tipa, así que era un macho de verdad. Para robar, sí, era posible; ya una vez había estado indagando respecto al mobiliario de la casa de lajas. La idea le agradó a Culafroy. Tuvo esperanzas de que Alberto viniera también a eso. La luna subía por el cielo con una solemnidad calculada para impresionar a los humanos insomnes. Mil ruidos que componen el silencio de las noches se estrechaban alrededor del niño, como un coro trágico, con la intensidad de una música de cobre y lo insólito de las casas de crimen y también de las cárceles en que —horror— nunca se oye el ruido de un llavero. Culafroy se paseaba descalzo entre las sábanas. Vivía minutos tan ligeros como minuetos hechos de inquietud y ternura. Se atrevería a dar un paso de baile en puntas, pero las sábanas que formaban paredes colgadas y corredores, las sábanas inmóviles y taimadas como cadáveres, si se unían, podían aprisionarlo y ahogarlo, como hacen las ramas de ciertos árboles de los países cálidos, con los imprudentes salvajes que reposan a su sombra. Si no tocara el suelo más que con un gesto ilógico de su empeine tenso, ese gesto podría hacerle despegar, abandonar la tierra, lanzándolo en medio de los mundos de donde jamás regresaría, en el espacio donde nada podría detenerlo. Posó los pies en el suelo con todas sus suelas, para que lo sostuvieran ahí con mayor seguridad. Porque sabía bailar. Había arrancado este tema de un *Cinémonde*: "Una joven bailarina retratada con su vestido de tul tieso, con los brazos arqueados, la punta, como una punta de lanza, hincada en el suelo." Y más arriba del grabado, este título: "La



graciosa Ketty Ruphlay, de 12 años de edad." Con un asombroso sentido adivinatorio, aquel chiquillo que nunca había visto un bailarín, ni una escena ni un actor, comprendió el artículo de toda una página que trataba de figuras, cabriolas, battus, jetés, tutus, zapatillas, telas, candilejas, ballet. Por el aspecto de la palabra Nijinsky (la subida de la N, la bajada de la j, el salto del bucle de la k y la caída de la y, forma gráfica de un nombre que parece querer diseñar el impulso, con sus recaídas y saltos en el piso, del saltarían que no sabe en qué pie posarse), adivinó la ligereza del artista, como sabrá un día que Verlaine no puede ser sino el nombre de un poeta músico. Aprendió a bailar solo, como solo había aprendido el violín. Danzó pues, como jugaba. Todos sus actos fueron servidos por gestos necesitados, no por el acto sino por una coreografía que transformaba su vida en ballet perpetuo. Pronto aprendió a ponerse en puntas, lo hizo en todas partes: en la leñera al recoger trozos de leña, en el estudio pequeño, al pie del cerezo... Dejaba sus zuecos y danzaba en zapatillas de lana negra sobre la hierba, con las manos aferradas a las ramas bajas. Pobló la campiña con multitud de figurinas que querían ser danzarinas en faldita de tul blanco, y que sin embargo seguían siendo un colegial pálido vestido con bata negra que buscaba setas o collejas. Su temor más grande era que lo vieran, en particular que lo viera Alberto. "Entonces ¿qué le diría?" Reflexionando acerca del tipo de suicidio que podría salvarlo, decidió que se ahorcaría. Volvamos a aquella noche. Se asombraba y se amedrentaba al menor movimiento de las ramas, al menor soplo algo seco. La luna marcó las diez. Entonces sintió la dolorosa inquietud. El niño descubrió los celos en su garganta y su corazón. Ahora estaba seguro de que no vendría Alberto, de que iría a emborracharse; y la idea de la traición de Alberto era tal que se estableció despóticamente en la mente de Culafroy hasta hacerle pro-

nunciar: "Mi desesperación es inmensa." Por lo general, cuando estaba sólo no necesitaba expresar sus pensamientos en voz alta, pero hoy, un sentido íntimo de la tragedia le ordenaba que observara un protocolo extraordinario, entonces pronunció: "Mi desesperación es inmensa." Sorbió pero no lloró. A su alrededor, el decorado había perdido su apariencia de maravilla irreal. Ninguna de las disposiciones había cambiado; seguían siendo las mismas sábanas blancas colgadas de los alambres que se doblaban bajo el peso, el mismo cielo salpicado de chispas, pero el sentido era distinto. El drama que se representaba había llegado a su fase patética, al desenlace: al actor ya sólo la faltaba morir. Cuando escribo que el sentido del decorado no era ya el mismo, no quiero decir que el decorado fuera nunca para Culafroy, más adelante Divina, algo más de lo que hubiera sido para cualquiera, o sea: la ropa tendida en los alambres. El sabía muy bien que estaba prisionero de las sábanas, y le ruego a usted que vea ahí lo maravilloso: prisionero de sábanas familiares pero rígidas, al claro de luna —a diferencia de Ernestina que, gracias a ellas, habría imaginado cortinones de brocado, o los corredores de un palacio de mármol, ella que no podía subir un peldaño sin pensar en la palabra grada y que en las mismas circunstancias no hubiera dejado de sentir una profunda desesperación y de hacer que el decorado cambiara de atribución, transformándolo en una tumba de mármol blanco, exaltándolo en cierto modo con su propio dolor, que era tan bello como una tumba, mientras que para Culafroy nada se había movido, y esa indiferencia del decorado significaba mejor su hostilidad. Cada cosa, cada objeto era el resultado de un milagro cuyo logro lo maravillaba. Y cada gesto también. No entendía su cuarto ni el jardín ni la aldea. No entendía nada, ni siquiera que una piedra fuera una piedra, y ese embobamiento frente a lo que es —decorado que, a fuerza de ser, acaba por no ser ya— lo

dejaba como presa retorcida de emociones primitivas y sencillas: dolor, dicha, orgullo, vergüenza...

Se quedó dormido como en el teatro un pierrot ebrio, derrengado en sus mangas flotantes, en las hierbas y bajo el alumbrado violento de la luna. Al día siguiente no le dijo nada a Alberto. La pesca y el descanso en los centenos fueron lo que eran siempre, a mediodía. Por la noche, Alberto había tenido un instante la idea de ir a merodear por la casa de lajas, con las manos en los bolsillos y silbando (silbaba admirablemente, con estridencias de metal, y su virtuosismo no era el menor de sus atractivos. Aquel silbido era mágico. Hechizaba a las muchachas. Los muchachos lo envidiaban, porque comprendían su poderío. Tal vez encantaba a las serpientes), pero no llegó porque el pueblo le era hostil y sobre todo sí, como un ángel malo, subiera allá de noche. Durmió.

Prosiguieron sus amoríos en medio de las víboras, Divina lo recuerda. Piensa que fue la época más bella de su vida.

Una noche, en el bulevar, se encontró con Seck Gorgui. El negrazo lleno de sol, aunque sólo fuera la sombra del Arcángel Gabriel, buscaba aventura.

Iba vestido con un traje de lanilla lisa que se pegaba a sus hombros y sus muslos, y su chaqueta era más impúdica que la malla demasiado exacta con que Jean Borlin revestía sus huevos redondos. Tenía una corbata de color de rosa, una camisa de seda color crema, sortijas de oro y diamantes, falsos o legítimos (¡qué importa!), en la punta de los dedos unas uñas asombrosas, largas, oscuras y claras a la base como las avellanas de un año. Al instante Divina volvió a ser la Divina de dieciocho años y pensó, aunque algo vaga, inocentemente, que por ser negro y haber nacido en los países cálidos, Gorgui no

podía reconocer su vejez, distinguir sus arrugas ni su peluca. Dijo:

—Hola, conque aquí estás. ¡Qué gusto me da!

Seck reía:

—Sí, muy bien ¿y tú?

Divina se pegaba a él. El aguantaba, erguido, aunque un poco echado hacia atrás, inmóvil y sólido con la postura de un chiquillo con el cartapacio en batalla, que se afirma sobre sus piernas nerviosas para mear contra nada, o también en la postura en que hemos visto a Lu descubrir a Alberto, coloso de Rodas, que es la postura más viril de los centinelas, con los muslos separados, plantados en botas entre las que sube hasta su boca el fusil-bayoneta que estrechan a plenas manos.

—¿Qué ha sido de ti? ¿Sigues tocando el saxo?

—No, se acabó, me divorcio. He dejado a Banjo —explicó.

¡Ah! ¿por qué? Era muy gentil, la Banjo.

Y aquí Divina se sobrepuso a su bondad natural, agregando:

—Tal vez algo repleta, algo redonda, pero en suma tenía tan buen carácter. ¿Y ahora?

Gorgui estaba libre aquella noche. Precisamente andaba de enganche. Necesitaba dinero. Divina soportó el golpe sin rechistar.

—¿Cuánto, Gorgui?

—Cinco luises.

Era algo directo; recibió sus cien francos y se fue con Divina a la buhardilla. Los negros no tienen años. La señorita Adelina podría enseñarnos que cuando quieren contar se enredan en las cuentas porque saben muy bien que han nacido en una época de hambre, o cuando la muerte de los tres jaguares, o por los almendros en flor, y esas circunstancias, cuando se mezclan con los números permiten que uno se extravíe. Gorgui, nuestro negro, era vivo y vigoroso. Un movimiento de sus riñones hacía vi-

brar el cuarto, igual que Village, el asesino negro, en su celda de la cárcel. He querido volver a encontrar en ésta, donde estoy escribiendo, el olor a carroña que esparcía el negro de soberbia fragancia, y gracias a él puedo dar vida, un poco mejor, a Seck Gorgui. Ya he dicho cuánto me gustan los olores. Los fuertes olores de la tierra, de las letrinas, de las caderas de los árabes y sobre todo de mis pedos —que no es el de mi mierda; olor de mi mierda, olor aborrecido— hasta tal punto que aquí mismo me meto entre las mantas y recojo en mi mano enrollada como un cucurucho mis pedos aplastados que me llevo hasta la nariz. Me abren tesoros de dicha enterrados. Aspiro, olisqueo. Los siento, casi sólidos, que bajan por los orificios de mi nariz. Pero el único que me encanta es el olor de mis pedos, y los del mozo más guapo me horro-rizan, inclusive hasta que dude si el olor procede de mí o de otro, para que deje de saborearlo. Así, cuando lo conocí, Clement Village llenaba la celda con un olor más fuerte que la muerte. La soledad es dulce. Y es amarga. Uno cree que la cabeza debería vaciarse de todas las grabaciones pasadas, desgaste precursor de purificación, pero usted comprende bien, al leerme, que no es así. Me sentía exasperado. Parecía que su extraordinaria potencia sexual sería suficiente para calmarme. Era fuerte como el mar. Su irradiación era más apaciguante que un remedio. Su presencia era como un exorcismo. Yo dormía.

Entre sus dedos enrollaba un soldado cuyos ojos no son más que dos calderones dibujados por mi pluma en su rostro liso y sonrosado; mas no puedo ya encontrar un soldado vestido de azul cielo sin imaginarme que lo veo tendido sobre el pecho del negro, y que al instante me fastidie el olor a gasolina que, con el suyo, apestaba la celda. Fue en otra cárcel de Francia donde los pasillos, tan largos como los de los palacios reales con sus líneas rectas, edificaban geometrías por las que se deslizaban prisioneros torcidos con zapatilla de fieltro, minúsculos

a la escala de los corredores. Al pasar delante de cada puerta, leía yo una etiqueta que indicaba la categoría del ocupante. Las primeras decían: "Reclusión", las siguientes: "Relega", otras "T.F." Aquí recibí un choque: el presidio se materializaba ante mis ojos. Dejaba de ser verbo y se transformaba en carne. Nunca llegué al extremo del corredor porque me parecía el fin del mundo, el final de todo, y sin embargo me hacía señas, emitía llamadas que me alcanzaban, y sin duda también llegaré al final del corredor. Creo, aunque sé muy bien que no es cierto, que en las puertas se lee "Muerte", o quizá, lo que es peor, "Pena capital".

En esa cárcel que no he de nombrar, cada detenido tenía un patiecito en que cada ladrillo llevaba un mensaje para un amigo: "B.A.A. del Sebastó — Jaimito del Topol llamado L.V.F. a Julián de la Chapelle", una exhortación, un ex-voto a la madre, o un patíbulo: "Polo del Gyp's Bar es una soplona". También en esa cárcel era donde el alcaide daba como aguinaldo a todos los detenidos un cucurucho de sal gorda.

Cuando entré en la celda, el negrazo estaba pintando de azul a sus soldaditos de plomo, y hasta el más grande era más chiquito que su dedo meñique. Los agarraba por un muslo, igual que antaño Lu-Divina agarraba las ranas, y les aplicaba por todo el cuerpo una capa azul, después los ponía en el suelo donde se secaban en un gran desorden, en una confusión minúscula e irritante que el negro incrementaba acoplándolos en forma lasciva, porque la soledad también agudizaba su lascivia. Me recibió con una sonrisa y un gesto del entrecejo. Volvía de la central de Clairvaux donde había pasado cinco años y, transitorio desde hacía un año, esperaba aquí que lo mandaran al presidio. Había matado a su mujer y luego, después de sentarla en un cojín de seda amarilla con ramitos verdes, la había emparedado dando a la mampostería la forma de un banco. Se sintió triste al enterarse de que yo no

recordaba esa historia que usted leyó en los diarios. Puesto que aquella desgracia había arruinado su vida, que sirva a su gloria, porque hay algo peor que ser Hamlet y no ser príncipe:

—Soy Clemente —dijo—. Clemente Village.

Sus manazas de palma sonrosada torturaban, así me parecía, a los soldaditos de plomo. Su frente redonda y carente de arrugas como la de un niño (frente muliérica, habría dicho Gall) se inclinaba muy cerca de ellos.

—Hago reclutas.

Aprendí a pintarlos. La celda estaba llena de ellos. La mesa, el estante y el piso estaban cubiertos de esos minúsculos guerreros, fríos y duros como cadáveres, a quien el número y su inhumana pequeñez proporcionaban un alma singular. Por la noche, los apartaba yo con el pie; estiraba mi jergón y me quedaba dormido en medio de todos ellos. Como los habitantes de Lilliput, me amarraron, y para liberarme ha ofrecido Divina al Arcángel Gabriel.

De día, el negro y yo trabajábamos en silencio. Y sin embargo, yo estaba seguro de que el día menos pensado me contaría su aventura. No me agrada ese tipo de historias. A pesar mío, pienso en el número de veces que habrá tenido que recitarla el narrador, y me parece que llega a mí como un vestido que uno se pasa hasta... Total, yo tengo mis historias, las que manan de mis ojos. Las cárceles tienen sus historias silenciosas, y los grilletes, y hasta los soldaditos de plomo que están huecos. ¡Huecos! Se rompió el pie de un soldadito de plomo y el muñón mostró un agujero. Esa certidumbre de su vacío interior me encantó y me apesadumbró. En casa había un busto de yeso que representaba a la reina María Antonieta. Durante cinco o seis años viví a su lado sin verlo hasta el día en que, al rompersele milagrosamente el moño, vi que el busto estaba hueco. Tuve que saltar al vacío para percatarme de ello. Así pues ¡qué me importan

esas historias de negros asesinos cuando misterios semejantes: el misterio de la nada y del no, me hacen señas y se revelan, como se revelaron en la aldea a Lu-Divina! La iglesia representaba su papel de cajita de sorpresas. Los oficios habían acostumbrado a Lu a las magnificencias, y cada fiesta religiosa lo perturbaba porque veía surgir de algún escondrijo los candelabros dorados, los lirios de esmalte blanco, los manteles bordados de plata, de la sacristía las casullas verdes, violeta, blancas, negras, de muaré o de terciopelo, las albas, tiesos sobrepelices y hostias nuevas. Resonaban himnos inesperados e inauditos, y entre todo ello el más perturbador, ese *Veni Creator* que se canta en las misas de matrimonio. El encanto del *Veni Creator* era el de las almendras y los botones de azahares de cera, el encanto del tul blanco (a éste se agrega otro encanto, más singularmente detentado por los glaciares, y ya volveremos a hablar de esto), de los brazales con flecos de los niños que hacen su primera comunión, de los calcetines blancos; era lo que no me queda más remedio que llamar: el encanto nupcial. Resulta importante hablar de ello, porque es el que encanta hasta llevarlo al cielo más alto al niño Culafroy. Y no puedo decir por qué.

Sobre el anillo de oro colocado en un lienzo blanco extendido sobre la bandeja que lleva ante los novios, el sacerdote, con su hisopo, da cuatro golpecitos formando una cruz, que dejan en la sortija cuatro gotitas.

El hisopo está siempre húmedo con una gotezuela, igual que el rabo de Alberto que bandeja por la mañana y que acaba de mear.

Las bóvedas y las paredes de la capilla de la Virgen están blanqueadas con cal, y la Virgen tiene un delantal azul como el cuello de los marineros.



Frente a los fieles, el altar está bien arreglado; frente a Dios es un desorden de maderas entre polvo y telarañas.

Las escarcelas de la limosnera está hechas con un re-tazo de seda color de rosa del vestido de la hermana de Alberto. Pero a Culafroy las cosas de la iglesia se le hacen familiares; pronto fue sólo la del pueblo vecino la que pudo componerle aún espectáculos nuevos. Poco a poco se vació de sus dioses que huían al aproximarse el niño. La última pregunta que les hizo obtuvo una respuesta cortante como un sopapo. Era mediodía y el albañil estaba arreglando el pórtico de la capilla. Trepado en la cima de una escalera de dos aguas, no le pareció un arcángel a Culafroy, pues aquel niño no pudo nunca tomar en serio lo maravilloso de los estamperos. El albañil era el albañil. Por cierto, un guapo mozo. Su pantalón de pana diseñaba bien sus nalgas y flotaba alrededor de sus piernas. Por el escote de su camisa entreabierta, su cuello surgía de entre sus vellos duros como un tronco de árbol de entre las hierbas finas del bosque. La puerta de la iglesia estaba abierta. Lu pasó bajo los postes de la escalera, bajó la cabeza y la mirada bajo un cielo habitado por un pantalón de pana acanalda, y se deslizó hasta el coro. El albañil que lo había visto nada dijo: esperaba que el chiquillo le hiciera alguna broma al cura. Los zuecos de Culafroy golpearon las baldosas hasta el lugar en que están cubiertas por una alfombra. Se detuvo bajo la suspensión y se arrodilló muy ceremoniosamente en un reclinatorio forrado de tapiz. Sus arrodillamientos y sus gestos se volvieron una fiel copia de los que efectuaba la hermana de Alberto, todos los domingos en ese mismo reclinatorio. Se adornaba con su belleza. Así pues, los actos sólo tienen valor estético y moral en la medida en que quienes los llevan a cabo están dotados de poder. Todavía me pregunto lo que significa la emoción que se manifiesta en mí ante una canción idiota, al igual que

en el encuentro con una obra maestra reconocida. Ese poder no está delegado en forma suficiente como para que lo sintamos en nosotros, y eso hace soportable el gesto de agacharnos para subir a un auto, porque en el momento de agacharnos, una memoria imperceptible hace de nosotros una estrella o un rey o un truhán (pero siempre un rey) que se agachaba del mismo modo y que vimos en la calle o en la pantalla. Estirarme de puntillas y levantar el brazo derecho para tomar de la pared mi espejito o agarrar mi gamella del estante, es un gesto que me transforma en la princesa de T..., a quien vi un día hacer ese movimiento para poner en su lugar un dibujo que acababa de mostrarme. Los sacerdotes que repiten los gestos simbólicos se sienten penetrados, no por la virtud del símbolo sino por la del primer ejecutante; el sacerdote que enterró a Divina repitiendo en misa los gestos taimados de robos y fracturas se adornaba con gestos, despojos del vencido, de algún saqueador guillotinado.

Así pues en cuanto hubo tomado algunas gotas de la pila de la entrada, las nalgas y los senos duros de Germana se injertaron en Culafroy, como más adelante se injertaron sus músculos y tuvo que llevarlos de acuerdo con la última moda. Luego oró, con la actitud y el murmullo, poniendo el acento en la inclinación de la cabeza y la noble lentitud de la señal de la cruz. Llamadas de sombra acudían de todos los rincones del coro, de todos los sitiales del altar. La lamparita relucía; a medio día, buscaba un hombre. El albañil que silbaba bajo el pórtico era del mundo, de la vida, y Lu, que estaba allí sólo, se sentía dueño del gran bazar. Responder a los llamados del clarín, meterse en la sombra tan plena como un sólido... Se levantó, en silencio, con los zuecos que lo posaban antes que él y que lo llevaban con precauciones infinitas por la alta lana de la alfombra, y el olor a incienso viejo, tan venenoso como el del viejo tabaco de una pipa renegrida, como el hálito de un amante, in-

sensibilizaba los temores que nacían, nuevos y apretados, a cada uno de sus gestos. Se movía con lentitud, con músculos cansados y blandos como los de un buzo, entumecidos por ese olor que hacía retroceder tan bien el instante que a Culafoy no le parecía estar ahí ni hoy. El altar se encontró de repente al alcance de su mano, como si por descuido hubiera dado Lu una zancada de gigante, y adivinó que estaba siendo sacrilego. Las Epístolas estaban tiradas sobre la mesa de piedra. El silencio era un silencio particular, presente, que los ruidos de fuera no llegaban a atacar: se aplastaban contra los gruesos muros de la iglesia como frutas podridas arrojadas por los chiquillos; si se oían, no estorbaban en nada al silencio.

—¡Culá!

El albañil llamaba.

—¡Chitón! No grites dentro de la iglesia.

Las dos réplicas abrieron una grieta inmensa en el edificio del silencio, ese silencio de los chalets asaltados. Los cortinones del tabernáculo estaban mal cerrados y dejaban ver una rendija tan obscena como una bragueta sin abrochar, dejaban salir la llavecita que mantiene cerrada la puerta. La mano de Culafoy estaba sobre la llave, cuando recobró los sentidos para perderlos de nuevo. ¡El milagro! La sangre deberá correr de las hostias si toco una. Las historias de judíos inconsideradamente narradas, de judíos sacrilegos que mordían las Santas Especies, historias de prodigios en que las hostias, caídas de las lenguas de los niños, manchan de sangre losas y manteles, historias de bandoleros simoníacos, han preparado ese corto momento de angustia. No se puede decir que el corazón de Lu palpitará más fuerte, por el contrario —una especie de digital que allí llaman dedo de la Virgen, moderaba su fuerza y su ritmo— ni que le zumbaran los oídos: el silencio salía de ellos. De puntillas, había encontrado la llave. Ya no respiraba. Esperaba que en cualquier momento las estatuas de yeso bajaran de sus nichos

para derribarlo; estaba seguro de que lo harían; para él, ya había sucedido aun antes de suceder. Esperó con la resignación del condenado a muerte: como la sabía inminente, la esperaba en paz. Sólo obraba, pues, después de la realización virtual del acto. El silencio (se elevó al cuadrado, al cubo) estaba a punto de hacer estallar la iglesia, de hacer fuegos artificiales con las cosas de Dios. Ahí estaba el copón; lo había abierto. El acto le resultó tan insólito que tuvo curiosidad por vérselo cometer. El sueño estuvo a punto de derrumbarse. Lu-Culafroy se apoderó de las tres hostias y las dejó caer sobre la alfombra. Bajaron como vacilando, planeando como hojas secas cuando no hay viento. El silencio se abalanzaba hacia el niño, lo empujaba como lo hubiera hecho un tropel de boxeadores, le hacía tocar el piso con los hombros. Dejó escapar el copón que, al caer sobre la lana, da un sonido hueco.

Y se verificó el milagro: no hubo milagro. Dios se había rajado, Dios estaba hueco. Sólo un hueco con cualquier cosa alrededor. Una forma bonita, igual que la cabeza de yeso de María Antonieta, como los soldaditos que eran agujeros con un poco de plomo delgado a su alrededor.

Así vivía yo, en medio de una infinidad de agujeros en forma de hombres. Me acostaba en un jergón tendido en el suelo puesto que sólo había una cama en la que dormía Clemente, y desde abajo lo miraba, estirado, como sobre un banco, sobre la piedra del altar. En toda la noche sólo se movía una vez para ir a la letrina, y llevaba a cabo esa ceremonia en el mayor misterio. En secreto, en silencio. Su historia, ahí va tal como me la contó. Había nacido en la isla de Guadalupe y era bailarín desnudo en el *Caprice viennois*. Vivía con su querida, una holandesa de nombre Sonia, en un pequeño alojamiento de Montmartre. Vivían como hemos visto vivir a Miñón y Divina, es decir una vida magnífica y ligera, que un soplo puede reventar —piensan los burgueses que sienten bien

la poesía de las vidas de creadores de poesía: bailarines negros, boxeadores, prostitutas, soldados, pero que no se percatan de que esas vidas tienen un amarre terrestre puesto que están preñadas de espantos. Hacia el alba de mayo de 1939, hubo entre ellos una de esas escenas frecuentes entre chulos y putas pues la cosecha no era suficiente. Sonia habló de marcharse, él la abofeteó, ella chilló y lo insultó en alemán, pero como el edificio estaba poblado de gente de tacto, nadie oyó. Entonces a ella se le ocurrió buscar su maleta bajo la cama y empezar a llenarla en silencio con sus ropas en desorden. El negrazo se acercó a ella; con las manos en los bolsillos, le dijo:

—Anda, déjalo, Sonia.

Tal vez tuviera un cigarrillo en la boca. Ella seguía llenando la maleta con medias de seda, vestidos, pijamas, toallas.

—Anda, déjalo, Sonia.

Ella seguía llenando. La maleta estaba encima de la cama. Clemente derribó a su querida encima de ella: Sonia se fue para atrás, y el equilibrio perdido puso ante los ojos de él los pies calzados aún con zapatillas de plata. La holandesa dio justo un grito. El negro la había tomado de los tobillos y, levantándola como un maniquí con un gesto vertiginoso, un gesto de sol girando a medias rápidamente sobre sí mismo, le partió la cabeza sobre la cabecera de la camita de cobre. Clemente me contaba el asunto con su hablar dulce de criollo, sin erres, arrastrando el final de las preposiciones.

—Tú compendes, señor Jean. He golpeado ahí su cabeza, su cabeza ahí ha quedado sobre la cama de cobre.

Tenía entre los dedos un soldadito cuyo rostro simétrico sólo expresaba tontería y causaba esa impresión de malestar que proporcionan también los dibujos primitivos, los mismos dibujos que los detenidos graban en las paredes de las cárceles y trazan en los libros de la biblioteca, en sus pechos que van a tatuar y que muestran

perfiles con un ojo de frente. Clemente me dijo, en fin, en qué zozobra lo sumió la continuación del drama: el sol, me contó, penetraba por la ventanita del alojamiento, y que nunca anteriormente había vislumbrado esa cualidad del sol: la malevolencia. Era lo único viviente. Más que un accesorio, el sol era un testigo triunfal, insidioso, importante como un testigo (los testigos son casi siempre de cargo), celoso como las cómicas cuando no tienen el papel estelar. Clemente abrió la ventana, pero entonces le pareció haber confesado públicamente su crimen: la calle entraba en tropel al cuarto, trastornando el orden y el desorden del drama para participar en él. La atmósfera fabulosa se mantuvo un buen rato. El negro se inclinó por la ventana, y en el fondo de la calle vio el mar. No sé si, al tratar de reconstituir el estado de ánimo del criminal que supera el horror desastroso de su acción, no trato en secreto de comprobar cuál será el mejor método (el que mejor conviene a mi naturaleza) para llegado el momento no sucumbir también al horror. Luego, todos los medios para deshacerse de Sonia se le presentaron de golpe, agrupados, abrazados, apretados, ofreciéndose a la elección como un escaparate. No recordaba haber oído hablar de un cadáver emparedado, y sin embargo fue ese medio el que le pareció designado para ser escogido aun antes de hacerlo. "Entonces, he ceado la pueta con llave. He metió la llave en mi bolso, ahí. He quitado la maleta de encima de la cama, he abierto las mantas. He acostao a Sonia. Es cuioso, siñó Jean, tenido a Sonia ahí. La sangre había pegado su mejilla." Entonces comenzó aquella prolongada vida de heroísmo que duró todo un día. Mediante un poderoso esfuerzo de voluntad, se escapó de la vulgaridad manteniendo su mente en una región sobrehumana en la que era dios, creando de golpe un singular universo en que sus acciones escapaban al control moral.

Se sublimó. Se hizo general, sacerdote, sacrificador, oficiante. Había ordenado, vengado, sacrificado, ofrecido: no había matado a Sonia. Empleó ese artificio con un instinto desconcertante para justificar su acto. Los hombres dotados de una imaginación desbocada deben de tener a cambio esa gran facultad poética: negar nuestro universo y sus valores para actuar sobre él con un soberano desahogo. Como quien se sobrepone al horror que le inspiran el agua y el vacío en que va a sumirse por primera vez, respiró hondamente y, resuelto a la mayor frialdad, se hizo ausente e insensible. Una vez realizado lo irremediable, se resignaba y se conformaba con ello, puesto que había que atacar lo irremediable. Como quien se quita un abrigo, se deshizo de su alma cristiana. Santificó sus acciones mediante una gracia que nada debía a un Dios que condena el crimen. Se tapó los ojos de la mente. Durante todo un día, como automáticamente, su cuerpo estuvo a la merced de órdenes que no procedían de aquí abajo. No era el horror del crimen lo que lo espantaba: tenía miedo del cadáver. La muerte blanca lo confundía, mientras que una muerte negra lo habría inquietado menos. Salió, pues, del departamento que cerró con cuidado y se fue, a la primera hora del día, a una cantera donde compró diez kilos de cemento. Bastaba con diez kilos. En un barrio alejado, hacia el bulevar Sebastopol, compró una cuchara de albañil. En la calle había recobrado su alma de hombre, actuaba como un hombre, dando a su actividad un sentido corriente: hacer una pequeña pared. Compró cincuenta ladrillos, que mandó llevar hasta un callejón vecino de su calle y abandonar ahí, en una carretilla alquilada. Ya eran las doce. Meter los ladrillos en el departamento fue bastante complicado. Hizo diez viajes entre la carretilla y su alojamiento, llevando cinco o seis cada vez, ocultos bajo un abrigo. Cuando todo el material estuvo reunido en el cuarto, se encerró en su empíreo. Descubrió a la

muerta; entonces estaba sólo. La colocó contra la pared, cerca de la chimenea, pues había pensado emparedarla de pie, pero el cadáver se había encogido; trató de estirarle las piernas pero tenían la dureza de la madera y su forma definitiva. Los huesos crujieron como fusilería; así pues, la dejó encogida al pie de la pared y comenzó su obra. La obra del genio debe mucho a la colaboración de las circunstancias y del obrero. Una vez terminado el trabajo, Clemente vio que le había dado, maravillosamente exacta, la forma de un banco. Eso le convenía. Trabajaba como sonámbulo, ausente, voluntario; se negó a ver el abismo para salvarse del vértigo-locura, ese mismo vértigo al que, cien páginas más adelante, no resistirá Nuestra Señora de las Flores. Sabía que de haber flaqueado, es decir, de haber abandonado esa actitud severa como una barra de acero a la que se aferraba, se habría hundido. Hundido, es decir que habría acudido a la comisaría y se hubiera puesto a llorar. Lo comprendía y se lo decía mientras trabajaba, mezclando exhortaciones e invocaciones. Durante todo el relato, los soldaditos de plomo corrían, rápidos, entre sus dedazos ligeros. Yo escuchaba con atención. Clemente era hermoso. Ya han leído ustedes en *Paris-Soir* que fue muerto durante la sublevación de Cayena. Pero era hermoso. Tal vez fuera el negro más bello que haya visto jamás. ¡Cómo acariciaré con el recuerdo la imagen que gracias a él voy a componer de Seck Gorgui! Lo quiero igualmente bello, nervioso y vulgar. Tal vez su destino lo embelleciera aún más, como esas canciones triviales que escucho aquí por la noche y que se vuelven conmovedoras porque llegan hasta mí después de haber atravesado celdas y celdas de presidiarios culpables. Su nacimiento lejano, sus danzas de noche, en fin, su crimen, eran elementos que lo envolvían en poesía. Su frente, ya lo he dicho, era redonda y lisa, sus ojos reían, con pestañas largas y curvas. Era dulce y altanero. Con voz de



eunuco, tarareaba viejas canciones de las Islas. Finalmente, yo no sé cómo, lo atrapó la policía.

Los soldaditos proseguían su obra de invasión, y un día el contramaestre trajo al soldadito que estaba de más. Village me dijo, lloriqueando:

—Ya estoy hato, señó Jean. Vea, oto soldadito.

Desde aquel día se volvió más taciturno. Sabía que me odiaba sin que me fuera posible entender por qué, y también sin que por ello nuestras relaciones de compañerismo se alteraran. Comenzó sin embargo a manifestarme su odio, su fastidio, por medio de toda clase de mezquindades contra las que yo no podía hacer nada, de tan invulnerable que era. Una mañana, al despertar, se sertó en la cama, miró el cuarto y lo vio lleno de figurillas tontas tendidas por todas partes, insensibles y burlonas como un pueblo de fetos, como verdugos chinos. La tropa subía, en olas repulsivas, al asalto del gigante. El se sentía zozobrar; se hundía en un mar absurdo y, por el remolino de su desesperación, me arrastraba al naufragio. Agarré un soldado, y había por el suelo y por todas partes, mil, diez mil, cien mil. Aunque tenía ahí el que había recogido, en la palma caliente y cerrada de mi mano, seguía helado, sin aliento. El cuarto tenía azul por todos lados, un lodo azul en un tarro, manchas azules en las paredes, en mis uñas. Azul como el delantal de la Inmaculada Concepción, azul como los esmaltes, azul como un estandarte. Los soldaditos elevaban una oleada que hacía cabecear el cuarto.

—Véame.

Clemente estaba sentado en la cama y dejaba escapar chilliditos agudos. Sus largos brazos se levantaban y recaían, inertes, sobre sus rodillas (así hacen las mujeres). Lloraba. Sus bellos ojos estaban hinchados de lágrimas que corrían hasta su boca: “¡Ay, ay, ay!” Pero yo, aquí, sólo, únicamente recuerdo ese músculo elástico que sumía sin aplicarle la mano, recuerdo ese miembro vivo al

que desearía elevar un templo. Otros fueron atrapados por él. Y Divina en Seck Gorgui, otros en Diop, N'Golo, Smail, Diagne.

Con Gorgui, Divina estuvo pronto por los aires. Jugó con ella como el gato con el ratón. Fue feroz.

Con el rostro apoyado en el pecho negro —tiene la peluca bien pegada— Divina piensa nuevamente en esa lengua tan fuerte cuando la suya es blanda. Todo es blando en Divina. Pues bien, blandura o tiesura son cuestión de tejidos en que la sangre abunda más o menos, y Divina no está anémica. Es ella la blanda. Es decir, que tiene el carácter blando, las mejillas blandas, la lengua blanda, la verga flexible. Todo eso es duro en Gorgui. A Divina le asombra que pueda haber relación entre esas distintas cosas blandas. Puesto que dureza equivale a virilidad... Si Gorgui sólo tuviera una cosa dura... y puesto que es cuestión de tejidos. La explicación se le escapa a Divina que ya sólo piensa: "Yo soy la Toda Blanda."

Gorgui, pues, vivió en la buhardilla que volaba con las alas de las tumbas, en las columnas de los sepulcros. Llevó su ropa, su guitarra y su saxofón. Se pasaba horas enteras tocando de memoria melodías ingenuas. En la ventana los cipreses estaban atentos. Divina no sentía por él ninguna ternura en particular, preparaba su té sin amor, pero como sus economías empezaban a consumirse, volvió a trabajar en la calle, y eso le evitaba aburrirse. Cantaba. A sus labios llegaban melodías informes en que la ternura se mezcla con el énfasis, como en los cantos primitivos que son los únicos que pueden despertar emoción, como ciertas oraciones, salmodias, y lo mismo ciertas actitudes graves, solemnes, impuestas por un código de liturgia primitiva de las que está desterrada la risa pura y blasfematoria, todavía enmugrecidas por los deseos de las divinidades: Sangre, Miedo, Amor. An-

taño, Miñón bebía pernod barato; hoy, Gorgui toma coc-  
teles compuestos de licores costosos, y en cambio come  
poco. Una mañana, tal vez fueran las ocho, Nuestra Se-  
ñora llamó a la puerta de la buhardilla. Divina estaba  
encogida a la sombra, tan aromática como una planicie,  
del negro que dormía lealmente tendido de espaldas. Las  
llamadas a la puerta la despertaron. Ya se sabe que,  
desde algún tiempo a esta parte, llevaba pijama para  
dormir. Gorgui seguía dormido. Ella se arrastró sobre su  
vientre ardiente y desnudo, pasó por encima de él tro-  
pezando con sus muslos húmedos pero firmes, y dijo:

—¿Quién es?

—Soy yo.

—Pero ¿quién?

—¡Ah! mierda. Me reconoces ¿o no? Déjame entrar,  
Divina.

Abrió la puerta; más eficaz que la visión del negro,  
el olor informó a Nuestra Señora.

—Aquí hiede. Tienes un inquilino. No está mal. Oye,  
tengo que acostarme, estoy molido. ¿Queda un sitio?

Gorgui despertaba. Se avergonzó un poco al encon-  
trarse bandeando como sucede por la mañana. Tenía pu-  
dor natural, pero los blancos le habían enseñado el im-  
pudor y, en su furor por parecerse a ellos, los superaba.  
Por temor a cometer un gesto ridículo, no se tapó con  
las mantas. Simplemente le tendió la mano a Nuestra Se-  
ñora, a quien no conocía. Divina los presentó.

—¿Quieres tomar té?

—Si quieres.

Nuestra Señora estaba sentado en la cama. Se acos-  
tumbraba al olor. Mientras Divina preparaba el té, él  
desataba sus zapatos. Las agujetas estaban hechas nudos.  
Se podría pensar que se había calzado y descalzado sin  
luz. Se quitó la chaqueta y la tiró a la alfombra. El agua  
estaba a punto de hervir. Se esforzó por retirar juntos  
calcetines y zapatos, porque le sudaban los pies y tenía

miedo que se oliera en el cuarto. No lo consiguió del todo pero no se olían sus pies. Aguantaba el deseo que tenía de volverse y mirar al negro; pensaba: "¿Voy a tener que dormir al lado de Bola de Nieve? Ojalá y se largue." Divina no estaba muy segura de Gorgui; ignoraba si no era uno de los muchos soplones de la Brigada Mundana; nada preguntó a Nuestra Señora, además de que éste estaba semejante a sí mismo: no tenía cansados los ojos ni las comisuras de la boca, sólo traía algo enredados los cabellos... algunos sobre los ojos. De todos modos, un poco la cara de haber estado de juerga. Esperaba sentado al borde de la cama, con los codos en las rodillas, rascándose las greñas.

—¿Ya se cuece, tu agua?

—Sí, ya hierve.

En la hornillita eléctrica, el agua hervía. Divina la echó al té; preparó tres tazas. Gorgui se había sentado. Despertaba mediante lentas impregnaciones de los objetos y los seres, y primeramente de sí mismo. Se sentía ser. Emitía tímidas ideas: calor, un muchacho desconocido, me bandeó, té, manchas sobre las uñas (la cara de la norteamericana que no quería estrechar la mano de uno de sus amigos), las ocho y diez. No recordaba que le hubiera hablado Divina de aquel muchacho desconocido. Cada vez que lo presentó, Divina dijo siempre: "un amigo", porque el asesino le ha recomendado mucho que no lo llame Nuestra Señora de las Flores delante de ningún desconocido. Después, ya no tiene importancia. Gorgui lo mira una vez más. Ve su perfil un poco vuelto, la parte de atrás de su cabeza. Es la misma cabeza que está pegada en la pared con un alfiler. Pero está mejor al natural, y Nuestra Señora, volviéndose levemente hacia él:

—Oye, compañero, me dejarás un poco de sitio ¿eh? No he pegado el ojo en toda la noche.

—Ah, viejo, puedes, puedes. Yo me levanto.

Ya sabemos que Nuestra Señora nunca presentaba excusas. Parecía, no que se le debiera todo sino que todo había de llegar (y llegaba, en orden), que nada se dirigía a él, ninguna atención especial, ninguna señal de estimación, que todo, finalmente, sucedía según un orden de posibilidad única.

—Oye, Divina, ¿me pasas el calzón? —dijo el negro.

—Espera, vas a tomar el té.

Divina le tendió una taza y otra a Nuestra Señora. Y vuelta a empezar la vida de tres en la buhardilla posada más arriba de los muertos, de las flores cortadas y los enterradores borrachos, los fantasmas taimados desgarrados por el sol. Los fantasmas no son de humo ni de un fluido opaco o traslúcido: son claros como el aire. Los atravesamos de día, sobre todo de día. A veces se dibujan con rasgos de luna sobre nuestros rasgos, en una de nuestras piernas, cruzando sus muslos sobre los nuestros, en uno de nuestros gestos. Divina ha pasado varios días con ese Marchetti de aire límpido, que se fugó con Nuestra Señora, que lo extravió —y lo asesinó casi— de quien Nuestra Señora no siempre atravesaba el fantasma sin llevarse con su gesto jirones chispeantes, insensibles a la mirada de Miñón y de su gran amigo (quería decir tal vez “buen amigo”, un día ha dicho “bello amigo”). Toma un cigarrillo. Pero es Marchetti quien, de un papirotazo perverso, lo saca de la cajetilla. Un poco por aquí y por allí, jirones del fantasma Marchetti se enganchan en Nuestra Señora. Nuestra Señora por ello se vuelve irreconocible. Esos harapos de fantasma se ajustan mal a él. En verdad, parece estar disfrazado, pero como sólo saben hacerlo los niños campesinos pobres cuando llega Carnaval, con enaguas, toquillas, guantes sin dedos, botines de botones y tacones Luis XV, sombreros de ala grande, pañoletas escamoteadas de los armarios de abuelas y hermanas. Poco a poco, pétalo por pétalo, Nuestra Señora deshoja su aven-

tura. ¿Cierta o falsa? Ambas. Con Marchetti, ha saqueado una caja fuerte disimulada en un gabinete. Al cortar el alambre eléctrico que lo conectaba con un timbre en el cuarto del velador, Marchetti (un guapo corso rubio de treinta años, campeón de lucha grecorromana) pone un dedo sobre sus labios y dice:

—Ya está silencio.

Agachados, sin duda sobre una alfombra, habrán buscado la clave y la habrán hallado después de haberse enredado hasta la desesperación en combinaciones que mezclaran su edad, sus cabellos, los rostros muy lisos de sus amores, múltiples y sub-múltiplos. Finalmente, aquel enredijo se organizó en forma de rosetón y la puerta del gabinete se entreabrió. Agarraron trescientos mil francos y un tesoro en joyas falsas. En el coche, camino de Marsella (porque aun cuando no se tenga idea de marcharse, después de semejantes golpes siempre se va hacia un puerto. Los puertos están en el fin del mundo), Marchetti, sin más razón que su nerviosidad golpeó a Nuestra Señora en la sien. Su sortija de oro hizo correr la sangre. Finalmente (Nuestra Señora lo supo más tarde porque Marchetti se lo había confiado a un amigo) su compañero sintió la tentación de pegarle un tiro. En Marsella, una vez efectuado el reparto, Nuestra Señora le confió todo el botín, y Marchetti huyó abandonando al chiquillo.

—Es un cerdo, eh, Divina ¿no crees?

—Estaba locamente enamorado de él —contesta Divina.

—Estás chiflada, anda.

Pero Marchetti era guapísimo. (Nuestra Señora habla del elástico que le moldeaba el torso, como terciopelo; comprende que ahí está encerrado el encanto que subyuga. La mano de hierro en el guante de terciopelo.) Corso rubio con la mirada... azul. La lucha era... gre-

corromana. La sortija... de oro. Por la sien de Nuestra Señora corrió la sangre. En fin, le debía la vida al que, al acabar de asesinarlo, lo resucitaba. Marchetti, por su merced, lo devolvía a la vida. Luego, en la buhardilla, Nuestra Señora se vuelve triste y alegre. Diríase que canta un poema de muerte con música de minueto. Divina escucha; él dice que Marchetti, cuando lo atrapen, será relegado. Partirá para la Relega. Nuestra Señora no sabe exactamente lo que es la Relega, porque sólo ha oído una vez decir a un joven, hablando de los tribunales: "Relegan duro", pero sospecha que será terrible. Para Divina, que conoce las cárceles y sus habitantes pensativos, Marchetti va a prepararse según los ritos, como se lo explica a Nuestra Señora, tal vez como lo hizo un condenado a muerte que cantó en una noche, desde el crepúsculo de la víspera al amanecer del día en que su cabeza rodó entre el salvado, todas las canciones que sabía. Marchetti cantará canciones con la voz de Tino Rossi. Hará su macuto, escogerá los retratos de sus más bellas amantes, abrazará a su madre en el locutorio, y se irá. Después el mar, es decir el islote del diablo, los negros, las fábricas de ron, los cocos, los colonos con un sombrero de jipijapa a la cabeza. ¡La Bella! ¡Marchetti tomará la Bella —la Fuga—! El *será* la Bella. Me entenece pensar en eso y en los bellos músculos sometidos a los músculos de otros brutos; lloraria de ternura. El chulo, el camelador, el verdugo de corazones será la reina del presidio. Sus músculos griegos ¿de qué servirán? Lo llamarán Azulina hasta que llegue un pillo más joven. No, qué va. ¿Y Dios le tendrá lástima? Un decreto no permite ya que los envíen a Cayena. Los relegados permanecerán hasta el final de sus días en las macizas Centrales. Se acabó la suerte, la esperanza de la Bella. Morirán con la nostalgia de esa patria que es su verdadera patria, que no han visto nunca y que se les niega. Tiene treinta años; Marchetti permanecerá entre cuatro paredes blan-

cas hasta el fin de los fines, y para no secarse de tedio, a él le tocará inventar esas vidas imaginarias, nunca logradas, sin esperanza de lograrse jamás; será la muerte de la Esperanza. Vidas acomodadas, cautivas de una celda en forma de dado. Me alegro. Que a su vez ese chulo arrogante y bello conozca los tormentos reservados a los enclenques. Ocupamos nuestras facultades en darnos papeles espléndidos a través de vidas lujosas; inventamos tantas que si una de ellas se realizara por chiripa, no sabríamos gozarla, disfrutarla; porque hemos agotado los deleites secos y retrotraído a nosotros el recuerdo de su ilusión, de las mil posibilidades de gloria y riquezas. Estamos hastiados. Tenemos cuarenta, cincuenta, sesenta años; sólo conocemos esa pequeña miseria vegetativa y estamos hastiados. Te toca a ti, Marchetti. No inventes medios de hacer fortuna, no compres el conocimiento de un camino seguro para el contrabando, no busques trucos nuevos (todos están desgastados, archi-desgastados) para burlarte de los joyeros, engañar a las mozas, dormir a los curas, repartir naipes falsos, porque si no tienes agallas para intentar la evasión posible tendrás que resignarte a tener de repente ese buen golpe (sin entrar en los detalles exactos de lo que pudiera ser): el que te retire para siempre de los negocios, y disfrútalo como puedas, en el fondo de tu mazmorra. Porque os odio de amor.

DIVINARIANA  
(continuación)

A pesar de la abyección en que podéis tenerla, Divina sigue reinando en el bulevar. A una nueva (de quince años tal vez) mal vestida y que con una mirada se burla, un chulo dice empujándola:

—Ella es la Divina, y tú, la porcallona.

Han encontrado a Divina a las ocho de la mañana en

<http://www.esnips.com/web/Abulafia>



el mercado. Con una bolsa de la compra en la mano, regatea el precio de verduras, huevos y violetas.

Esa misma noche, cinco amigas alrededor de la mesa del té:

—Ahí la tenéis, queridas, la Divina se ha casado con Dios. Se levanta al canto del gallo para ir a comulgar, la Toda Arrepentida.

Y el coro de amigas:

—Pietá, pietá por la Divaina.

Al día siguiente:

—Chiquita, anoche hicieron encuerarse a la Divina en la comisaría. Estaba toda arañada. Le habían dado de palos. Su Miñón la zurra.

El coro de amigas:

—¡Ho, ho, ho! La Divina cobra su felpa.

Pues bien, Divina llevaba un cilicio pegado al cuerpo, que ni Miñón ni los pichones sospecharon siquiera.

Alguien le habla a Divina (es un soldado que quiere volver a alistarse):

—¿Qué podría hacer para vivir, si no tengo dinero?

Divina:

—Trabaja.

—No se encuentra trabajo en seguida.

Quiere tentar a Divina, insiste:

—¿Entonces?

Espera que ella responda o piense: "Robar". Pero Divina no se atrevió a contestar porque, pensando en su actitud en un caso semejante, se veía dando de comer a los pajarrillos las migas del hambre y pensaba: "Mendigar".

Divina:

—Hemos visto ciclistas enrollados en las guirnaldas de la canción que van silbando, bajar vertiginosamente por la noche la cuesta celestial de las colinas; los esperába-

mos en el valle donde nos llegan en forma de montoncitos de barro.

Los ciclistas de Divina hacen surgir en mí un espanto antiguo.

Es menester que vuelva en mí a toda costa, que me confíe de modo más directo. Este libro, he querido hacerlo con los elementos traspuestos, sublimados, de mi vida de condenado, y temo que nada diga de mis obsesiones. Aun cuando me esfuerzo por producir un estilo descarnado, que enseñe el hueso, quisiera dirigiros desde el fondo de mi cárcel un libro cargado de flores, de energías níveas, de cintas azules. No hay pasatiempo mejor.

El mundo de los vivos nunca está demasiado lejos de mí. Lo alejo tanto como puedo por todos los medios de que dispongo. El mundo retrocede hasta no ser más que un punto de oro en un cielo tan tenebroso, que el abismo entre nuestro mundo y el otro es tal que, de realidad, sólo me queda nuestra tumba. Entonces en ella comienzo una existencia de verdadero muerto. Corto, podo de más en más esta existencia, restándole todos los hechos, sobre todo los más mínimos, que podrían recordarme más rápidamente que el verdadero mundo está tendido a veinte metros de aquí, al pie de las murallas. Entre los ciudadanos, aparto primeramente los que pudieran recordarme mejor que fueron necesitados por una ocupación social establecida: anudar dos veces mis agujetas, por ejemplo, me recordaría demasiado que cuando estaba en el mundo, lo hacía para que no se soltaran durante los kilómetros de marcha que me concedía. No abrocho mi bragueta. Hacerlo me obligaría a verme nuevamente ante un espejo o al salir de las tazas. Canto lo que nunca hubiera cantado allá, por ejemplo ese espantoso: "Nosotros somos los granujas, los apaches, los búhos..." que, desde que lo canté a los quince años de edad, en la Roquette, me vuelve a la memoria cada vez que vuelvo a entrar en una cárcel. Leo

lo que en ninguna otra parte leería (y lo creo): novelas de Paul Féval. Creo en el mundo de las prisiones, en sus costumbres réprobas. Acepto vivir en ellas como aceptaría, si estuviera muerto, vivir en un cementerio, con tal de vivir en él como muerto verdadero. Pero la diversión no tiene que dedicarse a la diferencia de las ocupaciones, sino a su esencia. No hacer nada limpio ni higiénico: la limpieza y la higiene son del mundo terrestre. Hay que alimentarse con chismes de tribunales. Alimentarse con ensueño. No ser presumido ni adornarse con nuevos adornos que no sean guantes y corbata: sino renunciar a la coquetería. No querer ser bello; querer otra cosa. Emplear otro lenguaje. Y creerse verdaderamente encarcelado por toda la eternidad. Eso es "hacerse una vida": renunciar a los domingos, a las fiestas, al tiempo que haga. No me sentí atónito al descubrir las costumbres de los prisioneros, esas costumbres que hacen de ellos hombres al margen de los vivos: cortar de acuerdo con el largo de las cerillas, fabricar encendedores, disparar de a diez contra un *clop*, dar vueltas en redondo dentro de la celda, etc. Creo que esa vida ya la llevaba yo en secreto hasta entonces, y que me basta entrar en contacto con ella para que desde el exterior me sea revelada en su realidad.

Pero ahora tengo miedo. Los signos me persiguen y yo los persigo pacientemente. Se encarnizan para perderme. ¿Acaso no he visto, al ir al tribunal, a siete marineros que en la terraza de un café interrogaban a los astros a través de siete globos de cerveza rubia, alrededor de una mesita redonda que quizá gire; y luego un muchacho en bicicleta que llevaba un mensaje de un dios a otro dios, sosteniendo entre sus dientes, sujeto por un alambre, un farolillo redondo y encendido cuya llama, al sonrosarlo, le calentaba el rostro? Una maravilla tan pura que ignora que es maravilla. Círculos y globos me obsesionan: naranjas, bolas de billar japonés, linternas vene-

cianas, aros de malabarista, globo redondo del guarda-meta en camiseta. Tendré que establecer, que regular toda una astronomía interna.

¿Miedo? ¿Me puede ocurrir algo peor de lo que me ocurrirá? Aparte el sufrimiento físico, no temo a nada. La moral no se sujeta a mí más que por un hilo. Y sin embargo, tengo miedo. La víspera del juicio ¿acaso no me percaté de que había estado esperando ese momento desde hacía ocho meses, y que nunca pensé en él? Son pocos los instantes en que me salve del horror. Pocos instantes en que no tenga una visión o una percepción horrorizada de los seres y los acontecimientos. Inclusive, y sobre todo, de los que se juzgan generalmente como más hermosos. Ayer, en una de esas estrechas celdas de la Ratonera en que se espera la hora de subir al gabinete del juez de instrucción, estábamos doce, en pie, pegados unos a otros. Yo estaba al fondo, cerca de la letrina y de un joven italiano que relataba riendo aventuras insignificantes. Pero debido a su voz, su acento y su francés, vibraban de patetismo. Lo tomé por un animal metamorfoseado en hombre. Sentía que mediante ese privilegio que yo le creía, podía, en un momento dado, hacer de mí, con sólo desearlo y aunque fuera sin expresarlo, un chacal, un zorro o una gallina pintada. Tal vez me estaría yo hipnotizando ante ese privilegio que le atribuía. En un momento dado intercambié unas réplicas ingenuas y mortales con un niño-rufián. Dijo entre otras cosas: "He despojado a la mujer" y en la estrecha celda se halló repentinamente tan cerca de mí que pensé que me quería amar, y tan feroz que creí que había querido decir: "Despojé a la mujer" como quien dice de un conejo "lo despojé" o sea, "lo despellejé" o como suele decirse "despojarse del hombre viejo que se lleva dentro". Y dijo además: "Así, dice el Director, es usted un coco-loco, y yo le contesto: Entérese de que los coco-locos como yo valen tanto como los coco-locos como usted." Pienso en

la palabra "coco" (huevo) en la boca de los niñitos. Es horrible; el horror maravilloso fue tal que al recordar esos momentos (era a propósito de partidas de dados), me pareció que los dos chiquillos estaban suspendidos en el aire, sin sostén, levantados sus pies del suelo, y que se gritaban sus réplicas en silencio. Creo recordar tan fuertemente que estaban en el aire, que a pesar mío mi inteligencia trata de saber si no tenían a su disposición algún truco que les permitiera levantarse, algún mecanismo oculto, un resorte invisible bajo el piso, en fin, qué sé yo, algo que fuera plausible. Pero como no era posible nada semejante, mi recuerdo está en el horror sagrado del ensueño. Instantes terribles —que trato de vivir— en que no se puede contemplar el propio cuerpo ni el propio corazón sin asco. Por todos lados encuentro un incidente trivial, aparentemente inofensivo, que me sume en el horror más inmundado: como si fuera yo un cadáver perseguido por el cadáver que soy. Es el olor de las letrinas. Es del condenado a muerte esa mano que veo, con su anillo matrimonial, cuando la tiende fuera del pernicho para tomar la gamella de sopa que le entrega el auxiliar: Como él mismo permanece invisible, esa mano es como la mano del dios dé un templo trucado, y esa celda en la cual se mantiene la luz prendida de día y de noche, es el amalgama Espacio-Tiempo de la antecámara de la muerte: en capilla durante cuarenta y cinco veces veinticuatro horas. Es Miñón con los pantalones en la mano, sentado en la letrina de loza blanca. Tiene el rostro crispado. Cuando, colgados un instante, caen esos terrones calientes, una bocanada de olor me advierte que ese héroe rubio estaba relleno de mierda. Y el sueño me traga de repente. Las pulgas que me muerden, sé que son perversas y que me muerden con inteligencia, una inteligencia que al empezar es humana y luego, más que humana.

¿Conoce usted algún veneno-poema que hiciera estallar mi cárcel en un ramo de miosotis? ¿Un arma que matara al joven perfecto que me habita y me obliga a dar asilo a todo un pueblo animal?

Golondrinas anidan bajo sus brazos. Han construido un nido de adobe. Orugas de terciopelo de color tabaco se mezclan con los bucles de sus cabellos. Bajo sus pies un enjambre de abejas, y nidadas de áspides tras de sus ojos. Nada lo conmueve. Nada lo perturba como no sean las ninfas de la primera comunión que sacan la lengua al cura juntando las manos y bajando la vista. Es frío como la nieve, y lo sé taimado. El oro le hace apenas sonreír, pero si sonríe tiene la gracia de los ángeles. ¿Qué gitano sería lo suficientemente rápido para quitármelo de delante con un puñal inevitable? Hace falta vivacidad, buena puntería y una estupenda indiferencia. Y... el asesino ocuparía su lugar. Ha vuelto esta mañana de una jira por los zaquizamíes, habrá visto marineros, golfas, una de ellas ha dejado en su mejilla el rastro de una mano sangrienta. Puede irse muy lejos, pero es fiel como una paloma. La otra noche, una vieja actriz había dejado una camelia en su ojal; quise apachurrarla pero los pétalos cayeron sobre la alfombra (pero ¿qué alfombra? si mi celda está pavimentada con losas planas) en foma de goterones de agua, transparentes y tibios. Ahora apenas me atrevo a mirarlo porque mis ojos atraviesan su carne de cristal, y tantos ángulos duros hacen arcos-iris, que me hacen llorar. Fin.

A usted no le parecerá nada, pero este poema me ha aliviado. Lo he cagado.

Divina:

—A fuerza de decirme que no vivo, acepto ver que la gente ya no me considera.

Aunque las relaciones de Miñón se habían reducido,

debido a sus traiciones, las de Divina se habían incrementado. En su cuadernillo, célebre por lo extraño, en que una página de cada dos estaba emborronada por un revoltijo de volutas a lápiz que intrigaron a Miñón hasta el día en que Divina confesó que esas páginas eran las de los días de cocaína, para cuentas, pagarés, citas, leemos los nombres de las tres Mimosas (una dinastía de Mimosas reinaba sobre Montmartre desde los triunfos de Mimosa la Grande, pavoneante de altos vuelos), la Reina Oriana, Primera Comunión, Picaporte, Sonia, Clarita, Espesada, la Baronesa, Reina de Rumanía (¿por qué la llamarían Reina de Rumanía? Nos dijeron un día que había amado a un rey, que amaba a escondidas al rey de Rumanía a causa del porte de zingaro que le daban sus bigotes y sus cabellos negros. Que por haberse sodomizado por un macho que representaba a diez millones, sentía que corría en ella la picha de diez millones de hombres, mientras que una verga como un mástil la llevaba en medio de los soles), Sulfurosa, Mónica y la Leo. Frecuentaban de noche bares estrechos que no tenían la fresca alegría y el candor de las más turbias tabernas apaches. Nos amábamos allí, con miedo, en esa especie de espanto que nos proporciona el sueño más gracioso. Nuestros amores tienen alegrías tristes y aunque somos más espirituales que los enamorados domingueros a orillas del río, nuestro espíritu atrae desgracias... La risa, aquí, no surge más que del drama; es un grito de dolor. En uno de esos bares: Divina, como todas las noches, ha puesto sobre sus cabellos un tortillito de baronesa hecho con perlas falsas. Se parece al águila coronada de los que estudian heráldica, y los tendones de su cuello resaltan bajo las plumas de su boa. Miñón está frente a ella. Alrededor, en otras mesas, las Mimosas, Antinea, Primera Comunión. Hablan de las buenas amigas ausentes. Entra Judith y ante Divina, se inclina hasta el suelo:

—Muy buenas, señora.

—¡Cabrona! —exclama Divina.

—Die Puppe hat gesprochen —dice un joven alemán.

Divina ríe a carcajadas. La corona de perlas cae al suelo y se rompe. Le dan el pésame con un gozo perverso que proporciona tonalidades ricas: "La Divina destronada. La Gran Decaída... La pobre Emigrada..." Las perlititas ruedan entre el aserrín que cubre el piso, donde son semejantes a las cuentas de vidrio que los buhoneros venden a los chiquillos por casi nada, y éstas son semejantes a las cuentas de vidrio que ensartamos diariamente en kilómetros de alambre con los que, en otras celdas, trenzan coronas mortuorias semejantes a las esparcidas por el cementerio de mi niñez, enroñecidas, quebradas, pulverizadas por el viento y la lluvia, que no conservaban en el extremo de un alambrito ennegrecido más que un angelito de porcelana rosa con alas azules. En el cabaré, todos los maricas de repente se han arrodillado. Sólo los hombres se yerguen, muy rectos. Entonces Divina desgrana su risa como una cascada estridente. Todo el mundo está atento: es su señal. De su boca abierta se saca la dentadura postiza, la coloca en su cabeza y con el corazón en la garganta, pero victoriosa, exclama con voz cambiada y los labios metidos en la boca:

—Caray, ¡mierda, señoras! seguiré siendo reina.

Cuando he dicho que Divina estaba hecha de agua pura, debería haber explicado que había sido tallada en lágrimas. Pero hacer su gesto era poca cosa al lado de la grandeza que le hizo falta para hacer esto: retirar la dentadura postiza de sus cabellos, volver a metérsela en la boca y fijársela.

Para ella, parodiar una coronación real no era poca cosa. Cuando vivía con Ernestina en la casa de lajas:

La nobleza es prestigiosa. El hombre más igualitarista de todos, aun cuando no quiera reconocerlo, siente ese prestigio y se somete a él. Hay dos actitudes posibles frente a ella: la humildad o la arrogancia, las cuales son,



ambas, reconocimiento explícito de su poder. Los títulos son sagrados. Lo sagrado nos rodea y nos subyuga. Es el sometimiento de la carne por la carne. La Iglesia es sagrada. Sus ritos lentos, cargados de oro como galeones españoles, de sentido antiguo muy alejado de la espiritualidad, le dan un imperio terrestre como el de la belleza y el de la nobleza. Culafroy, el de cuerpo liviano, al no poder rehuir ese poder, se abandonaba a él voluptuosamente como lo hubiera hecho al Arte, de haberlo conocido. La nobleza tiene nombres pesados y extranjeros como nombres de serpientes (tan difíciles ya como los nombres de viejas divinidades perdidas), extraños como los signos y los escudos o los animales venerados, tótems de las viejas familias, gritos de guerra, títulos, pieles, esmaltes —escudos que cerraban a la familia con un secreto, como un sello precinta un pergamino, un epitafio, una tumba; encantaba al niño. Su séquito en el tiempo, indistinto y sin embargo certero y presente, de guerreros rudos de quien creía él ser el término, o sea ellos mismos —séquito que no había tenido más razón de ser que llegar a ese resultado: un niño pálido, prisionero de una aldea de cabañas— lo conmovía más que un séquito actual y visible de soldados atezados de quien él hubiera sido jefe. Pero no era noble. Nadie era noble, en la aldea; en todo caso nadie llevaba huellas de serlo. Pero un día, entre los desechos del desván encontró una vieja historia de Capefigue. Mil nombres de caballeros y barones de armas se encontraban asentados allí, pero él sólo vio uno: Picquigny. El apellido de soltera de Ernestina era Picquigny. No cabía la menor duda: era noble. Citamos el fragmento de *Histoire Constitutionnelle et administrative de la France* por M. Capefigue (p. 447): "... Una sesión preparatoria y secreta de los Estados, celebrada por Marcel y los regidores de París. Por cierto, que se celebró como sigue: Jean de Picquigny y otros cuantos hombres armados vinieron al castillo en que estaba

cautivo el rey de Navarra. Jean de Picquigny era gobernador del Artois, y las gentes armadas, burgueses de Amiens, plantaron escaleras al pie de las murallas y sorprendieron a los guardias, a quienes no causaron daño alguno..." Para obtener más detalles respecto a esa familia se leyó toda la *Historia* de Capefigue. Si los hubiera tenido a su disposición, habría registrado bibliotecas y descifrado documentos antiguos; así es como nacen las vocaciones de eruditos, pero no descubrió más que ese islote emergiendo de un mar de apellidos prestigiosos. ¿Y por qué no tendría partícula el apellido de Ernestina? ¿Dónde estaría su escudo de armas? ¿Conocería Ernestina ese fragmento del libro y su propia nobleza? De haber sido menos joven y menos soñador, Culafoy habría observado que la página 447 tenía el ángulo gastado por el sudor de los dedos. El padre de Ernestina conocía el libro; el mismo milagro lo había abierto en la misma página y le había mostrado el nombre. Agradaba a Culafoy que la nobleza fuera de Ernestina más que de él, y en ese rasgo podemos ver ya una señal de su destino. Poder aproximarse, gozar de su intimidad, de sus favores especiales le convenía, como conviene a muchos ser el favorito de un príncipe y no el príncipe mismo, o sacerdote de un dios más que el dios, porque así puede recibir la Gracia. Culafoy no pudo aguantar y relató su descubrimiento, y como no sabía cómo abordar la cosa con Ernestina, le dijo resueltamente:

—Eres noble. He visto tu apellido en una vieja historia de Francia.

Sonreía irónicamente para dar a entender que despreciaba esa aristocracia de la que el maestro de escuela decía suntuosamente la vanidad, cada vez que el estudio nos reportaba a la noche del 4 de agosto. Culafoy creía que el desprecio revela indiferencia. Los niños, y el suyo más que ninguno, intimidaban a Ernestina más o menos como me intimida a mí un sirviente; se sonrojó creyén-

dose adivinada; o se creyó adivinada y enrojeció, yo qué sé. También ella quería ser noble. Había hecho la misma pregunta a su padre, que enrojeció del mismo modo. Aquella *Historia* debía de estar en la familia desde hacía mucho, desempeñando más o menos el papel de un pergamino, y tal vez fuera Ernestina quien, agotada por una imaginación demasiado numerosa que hacía de ella una condesa miserable, una o varias marquesas cargadas con blasones y coronas, la había desterrado al granero, lejos de ella, sí, para salvarse de su magia; pero no sabía que al colocarla por encima de su cabeza jamás podría librarse de ella pues el único medio eficaz habría sido enterrarla en tierra muy feraz, o ahogarla o quemarla. No respondió, pero de haber podido leer dentro de ella, Culafroy habría visto los estragos que causaba allí esa nobleza no reconocida, de la que no estaba segura y que, a sus ojos, la ponía muy por encima de los aldeanos y de los turistas de las ciudades. Describió el blasón, porque ahora conocía la ciencia heráldica. Había ido hasta París para hurgar en el d'Hozier. Había aprendido *Historia*. Lo decimos: los sabios no actúan de otro modo ni por móviles distintos. El filólogo no confiesa (además de que ni siquiera lo sabe) que su afición por la etimología proviene de la poesía (cree, o podría creerlo, porque es una potencia carnal la que lo incita) contenida en la palabra "esclavo" donde encuentra, si quiere, la palabra "clave" y la palabra "rodilla". Es porque se entera un día de que la hembra del escorpión devora al macho que un joven se hace entomólogo, y otro se hace historiador al enterarse de que Federico de Alemania hacía educar niños en la soledad. Ernestina intentó evitar la vergüenza de esta confesión: su codicia de la nobleza, mediante la rápida confidencia de un pecado menos infame. Es una astucia muy vieja: la de las confesiones parciales. Espontáneamente confieso un poco, para poder ocultar mejor lo más grave. El juez de instrucción le ha

dicho a mi abogado que si estaba representando una comedia, lo hacía maravillosamente bien: pero no he representado de un extremo a otro de la instrucción. He multiplicado las faltas de defensa, y fue una suerte. El amanuense pareció creer que estaba simulando la ingenuidad, madre de las torpezas. El juez parecía más bien aceptar mi buena fe. Ambos estaban equivocados. Verdad es que yo señalaba detalles comprometedores, lo que ellos ignoraban al principio. (En varias ocasiones había dicho: "Era de noche", circunstancia que empeoraba mi caso, como me lo ha indicado el juez, pero pensando al mismo tiempo que un delincuente astuto no lo habría confesado: tenía que ser un novato. En el gabinete del juez se me ocurrió decir que "era de noche" porque había cosas de esa misma noche que yo quería ocultar. Ya se me había ocurrido contrarrestar la acusación con un nuevo delito nocturno, pero como no había dejado huella alguna, yo no le prestaba ninguna importancia. Luego la importancia germinó y creció —ignoro por qué— y dije maquinalmente: "de noche", maquinalmente pero insistiendo. Pero en un segundo interrogatorio comprendí de repente que no confundía lo suficiente los hechos y las fechas. Calculé y preví con un rigor que desconcertó al juez. Era demasiada habilidad. Yo no tenía que preocuparme más que de mi asunto: él tenía veinte. El juez, pues, me interrogó —no sobre lo que debería haberme interrogado de haber sido más sagaz o de haber dispuesto de más tiempo, y para lo cual ya habría previsto yo las respuestas— sino respecto a detalles bastantes toscos en los que yo no me había fijado porque no me imaginaba que pudieran ocurrírsele a un juez.) Ernestina no tuvo suficiente tiempo para inventar un crimen: describió el blasón: "Es de plata y de azul de diez piezas, con un león de gules, adornado y lamparado de oro recamando el todo. De cimera, Melusina." Eran las armas de los Lusignan. Culafroy escuchaba aquel espléndido

poema. Ernestina se sabía al dedillo la historia de aquella familia en la que hubo reyes de Jerusalem y príncipes de Chipre. Su castillo bretón, según decían, había sido construido por Melusina, pero Ernestina no se paraba en mientes: era leyenda, y su mente, para edificar lo irreal, quería materiales sólidos. La leyenda es sólo viento. No creía en las hadas, criaturas fabricadas para desviar del camino recto a los soñadores de alegorías audaces, pero sus grandes emociones se las proporcionaba la lectura de una frase histórica: "... La rama de Ultramar... Las armas que cantan..."

Sabía que estaba mintiendo. Tratando de ilustrarse mediante un linaje antiguo, sucumbía al llamado de la noche, de la tierra y de la carne. Buscaba sus raíces. Quería sentir, arrastrándola a sus pies, la fuerza dinástica, que fue brutal, muscular y fecundante. En fin, las figuras heráldicas la ilustraban debidamente.

Se dice que la postura agachada del Moisés de Miguel Angel fue necesaria a causa de la forma recogida del bloque de mármol con que debía trabajar. Desde siempre se presentan a Divina mármoles extraños que le hacen lograr obras maestras. Culafroy, en el jardín público, cuando su fuga, tendrá esa suerte. Iba por los paseos cuando, al llegar al borde de uno de ellos, se dio cuenta de que tendría que volver sobre sus pasos para no pisar el césped. Mientras se miraba andar, se dijo: "Caracoleó" y la palabra coleó, atrapada al vuelo, le hizo ejecutar una vuelta ligera sobre sí mismo. Iba a comenzar una danza de gesticulación contenida, esbozada, toda de intenciones, pero la suela boquiabierto de su zapato se arrastró por la arena y produjo un ruido de una vergonzosa vulgaridad (porque hay que señalar todavía esto: que Culafroy o Divina, cuyos gustos son delicados, o sea amanerados, civiles, en fin —porque en la imaginación nuestros héroes siempre presentan el atractivo que sienten las jóvenes hacia los monstruos— siempre se han encontrado en

situaciones que les repugnaban). Oyó el ruido de la suela. Esa manera de llamarle la atención le hizo agachar la cabeza; tomó naturalmente una actitud de meditación y regresó a pasos lentos. Los paseantes del jardín lo miraron al pasar. Culafroy vio que observaban su palidez, su flacura, sus párpados bajos, pesados y redondos como canicas. Inclino aún más la cabeza, su paso se hizo más lento aún, y tanto, que él mismo fue, entero, la actitud del fervor vocativo y que —no pensó— dijo en un grito murmurado:

—Señor, estoy entre vuestros elegidos:

Durante unos cuantos pasos, Dios se lo llevó hacia su trono.

Divina —volvamos a ella— tenía el codo apoyado en un árbol del bulevar. No había jovenzuelos que no la conocieran. Tres de aquellos hamponcetes se aproximaron a ella. Primero llegaron riendo, no se sabe de qué, tal vez de Divina, luego la saludaron y le pidieron noticias de la chamba. Divina tenía un lápiz, éste se movió maquinalmente sobre sus uñas y diseñó un encaje desigual, luego, más conscientemente, un rombo, una roseta, una hoja de acebo. Los golfos se burlaban de ella. Decían que las pijas debían de hacer daño, que los viejos...; que las mujeres tienen más encanto...; que ellos son machos... y otras cosas que dicen indudablemente sin intención de lastimar pero que a Divina le duelen. Su pesar aumenta. Son hamponzuelos jovencitos, y ella tiene treinta años: podría callarlos de un sopapo. Pero ellos son machos. Muy jóvenes aún, pero de mirada y músculos duros. Y ahí están los tres, espantosamente inflexibles, semejantes a las Parcas. Las mejillas de Divina arden. Finge ocuparse en serio del diseño de sus uñas, y no ocuparse más que de eso: "Esto podría decir —pensó— para hacerles creer que no estoy turbada." Y tendiendo la mano, ofreciendo las uñas a los niños, les dice, sonriente:

—Voy a lanzar una moda. Sí, sí, una moda nueva. Ya veis, que lindo. Las mujeres-nosotras y las mujeres-otras harán dibujar encaje en sus uñas. Mandarán traer artistas de Persia, pintarán miniaturas que habrá que mirar con lupa. ¡Ay, Dios mío!

Los tres golfos quedaron desconcertados y uno de ellos dijo, por todos los demás:

—¡Qué diablo de Divina!

Se fueron.

De ahí y de ese instante data la moda de las uñas adornadas con miniaturas persas.

Divina creía que Miñón estaba en el cine y Nuestra Señora, en un gran almacén. Con zapatos americanos, sombrero muy flexible y pulsera de oro en la muñeca, Miñón, al atardecer, bajaba la escalera. Una vez atravesada la puerta de calle, su rostro perdía sus reflejos de acero azulado, su dureza de estatua. Sus ojos se dulcificaban hasta no ser más que dos orificios por los que pasaba el cielo. Pero siempre se contoneaba al andar. Iba hasta las Tullerías y sentaba en un sillón de hierro.

Llegado de quién sabe dónde, silbando al viento, con el mechón al aire, Nuestra Señora llegaba y se sentaba en otro sillón. Así empezaba:

—¿En dónde estás?

—He ganado la batalla, por fuerza. Así es que estoy en una fiesta. Comprendes, los oficiales dan una fiesta en mi honor, y hay de qué. Entonces, reparto condecoraciones. ¿Y tú?

—Bueno, yo... por ahora sólo soy rey de Hungría, pero tú te las arreglas para que me hagan emperador de Occidente. ¿La cachaste? Está güeno eso, eh, Miñón. Y me quedo con vocé.

—Seguro, barbilindo.

Miñón le pasó el brazo al cuello de Nuestra Señora de las Flores. Iba a besarlo. De repente, de Nuestra Señora brincaron ocho jóvenes salvajes; planos, parecían

desprenderse de él como si hubieran compuesto su espesor, su estructura misma, y saltaban sobre Miñón como para degollarlo. Era una señal. Soltó el cuello de Nuestra Señora, y el jardín estaba tan tranquilo que perdonó. La conversación se reanudó, imperial y real. Nuestra Señora y Miñón enrollaron una con otra sus dos imaginaciones, se enramaban como dos violines que devanan sus melodías, como enrollaba Divina sus mentiras con las de sus clientes hasta el punto de que formaran un matorral más denso que un matorral de lianas en la selva brasileña, donde ni uno ni otro estaba seguro de proseguir su propio tema y no el del otro. Esos juegos se llevaban a cabo conscientemente, no para engañar sino para encantar. Comenzados en la sombra del terraplén o delante de cafés con leche entibiados, se proseguían hasta la recepción de la casa de citas. Ahí dice uno discretamente su nombre y muestra sus papeles, discretamente; pero los clientes se ahogaban siempre en esa agua pura y trapacista que era Divina. Sin proponérselo, desataba la mentira con una palabra o un gesto de su hombro, con un aleteo de pestaña; así causaba una turbación deliciosa, algo como esa emoción que siento al leer una frase, al ver un cuadro, al oír un tema musical, cuando, en fin, reconozco un estado poético. Es la solución elegante, repentina, luminosa y clara de un conflicto en mis profundidades. La prueba me la da esa paz que sucede a mi descubrimiento. Pero ese conflicto es de la especie de los nudos que los marineros llaman nudos de puta.

¿Cómo explicaremos que tenga Divina ahora treinta años y más? Porque tiene que tener mi edad para que apacigüe por fin la necesidad de hablar de sí, sencillamente, como necesito quejarme y tratar de que un lector me ame. Transcurrió un periodo, entre los veinte y los veintisiete años, en que Divina, aun apareciendo de vez en cuando, a intervalos irregulares, entre nosotros, proseguía la existencia complicada, sinuosa, ensortijada de



una muchacha mantenida. Fue el periodo del lujo riguroso. Hizo un viaje en barco por el Mediterráneo y luego más allá, por las islas de la Sonda en un yate blanco, navegó siempre por encima de sí misma y de su amante, un joven norteamericano modestamente orgulloso de su oro. Cuando volvió, al abordar el yate en Venecia, un cineasta se enamoró de ella. Vivieron unos cuantos meses a través de los inmensos salones, adecuados para guardias gigantescos y jinetes montados a caballo, de un palacio destartado.

Después, Viena, en el fondo de un hotel dorado, acurrucada bajo las alas de un águila negra. Dormir allí, en brazos de un milord inglés, en el fondo de un lecho con dosel y cortinajes. Y luego, paseos dentro de una pesada limosina. Regresó a París. Montmartre y las hermanas del lugar. Y nueva partida a un elegante castillo del Renacimiento en compañía de Guy de Roburant. Así pues, fue noble castellana. Recordaba a su madre y a Miñón. Miñón recibía de ella giros, a veces joyas que llevaba una noche y vendía a todo correr para pagar las cenas de los compinches. Luego retornos a París y nuevas partidas, y todo ello en un lujo cálido y dorado. Todo ello en un confort tal que me basta evocarlo de vez en cuando, en sus detalles más deliciosos, para que las vejaciones de mi pobre vida de preso desaparezcan, para que me consuele; que me consuele a la idea de que ese lujo existe. Y, si se me niega, lo evoco con un fervor tan desesperado que a veces (más de una) he llegado a creer que bastaría una nada —un leve desplazamiento, imperceptible, del plano en que vivo— para que ese lujo me rodeara, fuera real y realmente mío, que habría bastado con un leve esfuerzo de mi pensamiento para hacerme descubrir las fórmulas mágicas que abren las compuertas.

Y para Divina invento los departamentos más cómodos en los que yo mismo me revuelco.

Finalmente, cuando regresa, se mezcla más a la vida

de los maricas. Se multiplica en los bares minúsculos. Se sacude, se despeina y cree, en medio de todos nuestros gestos, arrojar, sembrándolos a su alrededor, los pétalos de rosas, rododendros y peonías como las que arrojaban las niñas en la aldea, los días de Corpus. Su gran amiga-enemiga es Mimosa II. Para comprenderla, ahí van unas "Mimosarianas".

A Divina:

—Me gusta que mis amantes sean patizambos, como los jockeys, para pegarlos mejor alrededor de mis muslos cuando me jinetean.

En el *Tavernacle*, los maricas:

Una de ellas, marqués de? . . . :

—Mimosa II ha mandado pintar las armas del conde de A. . . en sus nalgas. Treinta y seis cuarteles de nobleza en el culo; y con tintas de colores.

Divina la ha puesto en contacto con Nuestra Señora de las Flores. Otro día, como es buena chica, le ha mostrado el retrato del asesino, una pequeña foto instantánea.

Mimosa toma la foto, se la pone en la lengua y se la traga.

—La adoro, a tu Nuestra Señora: estoy comulgando.

De Divina a Primera Comunión:

—¿Qué crees? La Divina hace como las grandes trágicas, sabe jugar con sus naipes. Si se le cae la fachada, enseña el perfil, si éste se le va, la espalda. Como Mary Garden, hace ruidito entre bambalinas.

Todos los maricas del *Tavernacle*, y de los bares de alrededor, hablando de Mimosa:

—Es una plaga.

- La Malvada.
- Una perdida, amigas mías, una perdida.
- Una diabla.
- Venenosa.

Divina acepta con ligereza esa vida de candelilla. Se embriaga un poco con alcohol y luces fluorescentes, pero sobre todo con lo espirituoso de los gestos de Todas y con sus palabras retumbantes. “Esta vida a la diablo me enloquece”, y decía “a la diablo” como quien dice un peinado “a la Tito”, un lunar “a la Pompadour” o “té a la rusa”. Pero en la buhardilla, las ausencias de Miñón aumentaban. Pasaba noches enteras sin aparecer. Una calle entera de mujeres, de la calle de la Charbonnière, lo había recuperado, y después una sólo mujer. No lo veremos por mucho tiempo. Había dejado de hurtar en los puestos para dejarse mantener. Su rabo macizo era una maravilla y sus manos de encaje vaciaban la bolsa de la celestina. Luego le tocó a Nuestra Señora desaparecer, pero a él no tardaremos en encontrarlo.

Qué le importaría a Divina, y a mí, el destino de los Marchettis magníficos, de no ser por lo que he sufrido al regreso de mis aventuras en que me engrandecía, y si no recordara a Divina su impotencia. Para empezar, el relato de Nuestra Señora de las Flores adormece el tiempo actual, porque las palabras mismas que emplea el asesino son esas palabras mágicas que golfos tan guapos escupían como otras tantas estrellas, como esos golfos extraordinarios que pronuncian la palabra “dólar” con acento legítimo. Pero, qué decir de uno de los más extraños fenómenos poéticos: que el mundo entero —y el más tremendamente monótono de por sí, el más negro, calcinado, seco hasta el jansenismo, el mundo severo y desnudo de los obreros de las fábricas— esté enredado en maravillas que son las canciones populares perdidas en

el viento, por voces profundamente ricas, doradas, adiamantadas, de lentejuelas o sedosas; y esas canciones tienen frases en las que no puedo pensar sin avergonzarme, si sé que son cantadas por las bocas graves de los obreros, en que se encuentran palabras tales como: sucumbe... ternura... embriaguez... jardín de rosas... villa... gradas de mármol... amantes... bello amor... joyas... corona... oh, mi reina... querida desconocida... salón dorado... bella mundana... cesta florida... tesoro de carne... ocaso dorado... mi corazón te adora... cargado de flores... color de atardecer... exquisita y sonrosada... en fin, palabras de esas que tienen un lujo feroz, palabras que les deben de acuchillar la carne como lo haría un puñal con el mango incrustado de rubíes. Las cantan quizá sin pensarlo mucho, también las silban con las manos en los bolsillos. Y yo, pobre vergonzante, me estremezco al saber que el más duro de todos los obreros se corona, a cada hora del día, con una u otra de esas guirnaldas de flores: reseda y rosas abiertas las voces ricas, doradas, adiamantadas que son otras tantas jóvenes, sencillas o suntuosas, pastoras y princesas. ¡Vean qué guapos son! Todos sus cuerpos arqueados por las máquinas, como una locomotora en su inauguración, se adornan como también se adorna con expresiones conmovedoras el cuerpo sólido de los cien mil golfos que uno encuentra, pues una literatura popular, ligera porque no escrita, ligera y volando de boca en boca, en el viento, dice de ellos: "Hociquito mío", "Chulillo", "Lindo canallita", (obsérvese que el diminutivo cuando se aplica a mí o a uno de los objetos que me son próximos, me trastorna. Que me digan: "Jean, tus pelitos" o "tu dedito" y ya estoy todo revuelto). Indudablemente, esas expresiones tienen una relación melódica con hombres jóvenes, esa belleza cuyo prestigio procede de lo inmundo del ensueño, tan poderosa que de golpe nos hace penetrar en sí misma, y tan espontáneamente, que nos da la sensación

de que la "poseemos" (en los dos sentidos de la palabra: estar llenos de ella y sobreponerse a ella en una visión exterior), de que la poseemos tan absolutamente que ya no queda lugar, en esa posesión absoluta, para una sola pregunta. Ciertos animales, con su mirada, nos hacen poseer así, de golpe, su ser absoluto: serpientes y perros. En un parpadeo "los sabemos" y hasta tal punto que creemos que son ellos los que saben y eso nos proporciona cierta intranquilidad mezclada con horror. Esas expresiones cantan. Y los golfillos, lindos canallitas, fregoncitos, hociquitos dulces, son tan sensibles como un cristal en el meñique, a esas inflexiones musicales que habría que anotar aquí para expresarlas bien, que —lo creo cuando las veo llegar en el cantar de las calles— van a pasar por ellas desapercibidas. Mas al ver que su cuerpo ondula o se crispa, reconozco que han sentido la inflexión y que todo su ser observa la relación.

Esta parte atroz de la niñez de Lu-Divina era la destinada a endulzar su amargura. Porque la vimos en la cárcel cuando se fugó de la casa de lajas. Nada importan los detalles del arresto. Un simple gendarme basta para causarle angustias dignas de un condenado a muerte, angustias que todo hombre ha padecido, como también todo hombre de su vida ha conocido la exaltación de una coronación regia. Los niños que huyen invocan todos el pretexto de que los maltratan; nadie les creería, pero saben adornar tan bien ese pretexto con circunstancias tan nuevas, tan adaptadas a sí mismos, a su nombre y hasta a su rostro, tan singulares, en fin, que todos los recuerdos de las novelas y crónicas de niños robados, secuestrados, mancillados, vendidos, abandonados, violados, violentados y torturados vuelven a galope, y la gente más suspicaz, como jueces, curas y gendarmes, piensa sin decirlo: "Uno nunca sabe", y el humo del azufre que asciende lentamente de las páginas cargadas de las novelas populares los mecen, los alaban, los acarician. Culafroy inventó una

historia de madrastra. Así pues, lo encarcelaron; no por maldad ni dureza de corazón, sino por costumbre. Su calabozo era oscuro y estrecho, y estaba habitado. En un rincón de sombras, un montón de cobijas sucias se agitó y dejó ver una cabecita morena, sucia, encrespada y riente.

—¿Qué hay, compañero?

Culafroy no había conocido nada tan sucio como aquel calabozo, ni nada tan sórdido como aquella cabeza. No contestó: se ahogaba. Sólo la noche, con el entumecimiento que causa, pudo soltarle la lengua, volverlo confiado.

—¿Te has largao de donde tus viejos?

Silencio.

—Oye, compinche, puedes hablar. Conmigo no hay nada que temer. Estamos entre hombres.

Rió y entrecerró sus ojos flacos. Volviéndose entre su paquete de harapos oscuros produjo un ruido de chatarra. ¿Qué había que pensar? Era de noche. Por el tragaluz cerrado lucía el cielo helado, con estrellas que en él se movían libremente. Y el milagro, esa catástrofe de horror, estalló, radiante sin embargo como la solución de un problema de matemáticas pasmosa de exactitud. El golfillo levantó con coquetería sus mantas y pidió:

—Ayúdame a soltarme la pierna ¿quieres?

Tenía una pata de palo sujeta al muñón, cortado por debajo de la rodilla, mediante un sistema de correas y hebillas. Ante todo achaque, Culafroy sentía la misma repulsión que ante los reptiles. El horror se apoderó de él, el mismo horror que lo alejó de las serpientes; pero ya no estaba allí Alberto para comunicarlo con su presencia, su mirada, la imposición de sus anchas manos, esa carga de fe que levanta montañas. El otro chiquillo había soltado las hebillas y liberado el resto del muslo. Mediante un esfuerzo sublime, Lu triunfó. Llevó la mano hacia la madera como si fuera fuego, tiró hacia sí y se encontró con todo el aparato bruscamente estrechado contra su

pecho. Ahora era un miembro viviente, un individuo, lo mismo que un brazo o una pierna desprendidos del tronco por una operación quirúrgica. La pata de palo se pasó la noche en pie, apoyada en un ángulo de la pared. El cojito le pidió a Lu qué cantara, pero recordando a Alberto, Lu contestó que estaba de luto, y esa razón no asombró a uno ni a otro. Culafroy la había dado también para que le sirviera de adorno, para que velos negros lo protegieran contra el frío y el abandono.

—A veces me dan ganas de largarme a Brasil, pero con esta pata chueca, no sería fácil.

Para el cojito, Brasil era una isla más allá de los mares y los soles, en la que hombres de rostros toscos, constituidos como atletas, se agachan por la noche alrededor de hogueras gigantescas como en las alquerías por San Juan, para pelar en tirillas delgadas y rizadas unas naranjas enormes que sostienen con una mano y en la otra su cuchilla, como los antiguos emperadores de los grabados sostienen el cetro y el globo de oro. Esa visión lo tenía tan obseso que dijo: "... soles..." Era la palabra-poema que caía de esa visión y comenzaba a petrificarla; el cubo nocturno de la celda en que giraban como soles (confundidos en una refriega con las piernas de un acróbata vestido con malla azul y ejecutando un gran sol alrededor de una barra fija) las naranjas atraídas por la palabra "Brasil". Entonces Lu, dejando manar un fragmento de pensamiento que caminaba dentro de él desde hacía algún tiempo, pronunció: "¿Qué pide el pueblo?" Era una frase que había murmurado mentalmente una noche en que se vaticinó en la cárcel. Pero ¿se vaticinó en la caoba de la mesa tocador, o mejor dicho, una percepción inconsciente no asociaría el lugar (el dormitorio) y el momento pasado con la palabra y el momento actual (pero entonces ¿qué le traía ese recuerdo del dormitorio?) superponiendo ambas ideas hasta hacerle creer en un vaticinio?

Los niños durmieron. Más adelante fueron confiados a un patronato —o colonia— para Enderezamiento de la Infancia. Al llegar al Reformatorio, metieron a Lu-Divina en una celda, el primer día. Allí se quedó, agachado, un día entero. Prestaba atención a lo que se sospechaba del misterio de los niños malditos (se mandan tatuar en el brazo: "Hijos de la desgracia.") En el patio, con un ritmo muy lento, pies pequeños y sin duda cubiertos de polvo levantaban pesados zuecos. Se adivinaba el corro con las bocas cerradas, de los chiquillos castigados.

Durante una pausa, oyó esto:

—... por la ventana de la cerrajería.

—...

—Es Germán.

—...

—Sí, si lo veo esta noche.

—...

—No digas, eso sí que es chamba.

La voz que oía era sorda —como las linternas de los merodeadores de antaño— y estaba dirigida hacia un sólo punto por una mano abarquillada que indicaba una boca de niño grave. Se dirigía, desde el patio, a un amigo que estaba en una celda y al que Culafoy no podía oír. Tal vez se tratara de un detenido evadido de la casa central, que se hallaba a poca distancia del presidio infantil. Así, el presidio vivía a la sombra de todos aquellos soles esplendentes en sus celdas grises —los hombres— y los chiquillos esperaban que la edad les permitiera ir entre los hombrachones a quienes veneraban, imaginaban atrevidos delante de los grilleros, insolentes y soberbios. Los chiquillos esperaban, pues, en fin, poder cometer crímenes de verdad, como pretexto para ir al infierno.

En el patronato, los demás golfillos representaban con mucha destreza su papel de duendecillos reveladores. Su vocabulario estaba oscurecido por fórmulas de exorcismo,



sus gestos eran de faunos, forestales a la vez que evocadores de callejuelas, zonas de sombra, murallas y cercas escaladas. Entre aquel mundillo, reglamentándolo justo lo suficiente para que sólo se percibiera de él una risotada impúdica, pasaban, transportadas como danzarinas por sus faldas hinchadas, las religiosas. Muy pronto compuso para ellas un ballet grotesco. Según el escenario, salían todas al patio cerrado, y como si aquellas Hermanas Grises guardianas de las noches hiperbóreas se hubieran embriagado con champaña, se agachaban, levantaban los brazos y meneaban la cabeza. En silencio. Y después se organizaban en círculo, giraban como lo hacen las colegialas en corro, y finalmente, como los derviches que giran, daban vueltas sobre sí mismas hasta caerse, muertas de risa, mientras el capellán pasaría dignamente en medio de ellas con la custodia en las manos. El sacrilegio de la danza —el sacrilegio de haberla imaginado— perturbaba a Culafroy, como lo habría perturbado, de haber sido hombre, la violación de una judía.

Muy pronto, a pesar de su tendencia al ensueño despierto o tal vez a causa de esa tendencia, se volvió aparentemente igual a los demás. Si sus camaradas de clase lo habían apartado de sus juegos, se lo debía a la casa de lajas que hacía de él un príncipe. Pero aquí ya no era, para los otros chiquillos, más que un vagabundo al que habían recogido igual que a ellos, un delincuente sin más originalidad, aunque gorda, que la de llegar de lejos. Su aspecto refinadamente cruel, sus gestos exagerados en lo obscuro y lo truhanesco, habían formado de él una imagen tal que los niños cínicos y cándidos lo reconocieron como uno de los suyos, y él, preocupándose concienzudamente por ser hasta el final de la aventura el personaje supuesto, por cortesía, se ajustó a él. No quería decepcionar. Tomó parte en los golpes. Con otros cuantos, pertenecientes a una pequeña brigada cerrada como una pandilla, ayudó a cometer un pequeño robo en el interior del

patronato. La superiora era, decían, de familia ilustre. A quien solicitara algo, solía contestar: "No soy sino la sirva del Señor". Un pedestal tan orgulloso desconcierta. Le preguntó a Lu que por qué había robado, y él sólo supo contestar:

—Porque los demás creían que yo era ladrón.

La Madre Superiora no comprendió nada de aquella delicadeza infantil. Lo declaró hipócrita. Por cierto que Culafroy sentía por aquella religiosa un aborrecimiento que nació en forma extraña: el día de su llegada lo había llamado aparte, a su salita, que era una celda arreglada con coquetería, y le había hablado de la vida cristiana. Lu la escuchó tranquilamente, y llegó a contestarle con una frase que empezaba así: "El día de mi primera comunión..." pero un lapsus le hizo pronunciar: "El día de mi boda..." Fue tal su confusión que perdió el hilo. Tuvo el sentimiento absoluto de haber cometido una incongruencia. Enrojeció, tartamudeó, hizo esfuerzos por subir a la superficie: todo en vano. La Madre Superiora lo miraba y en sus labios estaba lo que ella llamaba su sonrisa de misericordia. Culafroy, espantado por haber causado en sí mismo semejante remolino en un fondo de cieno del que surgía con vestido de cola y raso blanco, coronado con azahares, odiaba a la vieja que había sido causa y testigo de la aventura más bella y taimada. "¡De mi boda!"

Así eran sus noches en el patronato... o colonia. Las cabezas desaparecían bajo las mantas en las hamacas inmovilizadas del dormitorio común. El jefe se ha ido a su cuartito al fondo de la pieza. El silencio se impone durante media hora, el silencio de la jungla lleno de sus pestilencias, de sus monstruos de piedra y como atento a los suspiros contenidos de los tigres. Según el rito, los niños renacen de los muertos. Las cabezas, prudentes como las de las serpientes y también inteligentes, taimadas, venenosas y ponzoñosas, se yerguen, luego los cuerpos

enteros salen de las hamacas sin que los ganchos hagan el menor ruido. El aspecto general —visto desde arriba— del dormitorio no se altera. La astucia de los colonos les hace tirar de las mantas, hincharlas para que parezcan contener cuerpos tendidos. Todo sucede por debajo. Pronto, reptando, los compinches se han reunido. La ciudad suspendida ha quedado desierta. Los bloques de acero golpean los sílex que encienden la yesca de los encendedores, y se prenden cigarros tan delgados como pajillas. Fuman. Tendidos bajo las hamacas, por grupos pequeños, se trazan rigurosos planes de evasión destinados, todos, al fracaso. Los colonos viven. Se saben libres y dueños de la noche, y se organizan en un reino severamente administrado con sus déspotas, su señorío y su plebe. Más arriba de ellos reposan las blancas balancelas abandonadas. La gran ocupación nocturna, la que está hecha para encantar a la noche, es la fabricación de los tatuajes. Mil y mil punzaditas de una fina aguja atraviesan la piel hasta la sangre, y las figuras más extravagantes para uno se extienden en los sitios más inesperados. Cuando el rabino desenrolla lentamente el Torah, un misterio provoca repeluznos en toda la epidermis, y lo mismo cuando uno ve desvestirse a un colono. Todo el azul que hace muecas en una piel blanca reviste de un prestigio oscuro pero potente al niño que recubre, como una columna indiferente y pura se vuelve sacra bajo los tajos de los jeroglíficos. Como un poste tótem. A veces tienen marcados los párpados, las axilas, el hueco de la ingle, las nalgas, el pene y hasta la planta de los pies. Los signos eran bárbaros, llenos de sentido como los signos más bárbaros: pensamientos, arcos, corazones atravesados chorreando sangre, rostros uno sobre otro, estrellas, cuernos de luna, trazos, flechas, golondrinas, serpientes, barcos, puñales triangulares e inscripciones, lemas, advertencias, toda una literatura profética y terrible.

Bajo las hamacas, entre la magia de las ocupaciones,

nacían amores que se espabilaban, morían, con todo el aparato de los amores de siempre: odios, codicias, ternuras, consuelos y venganzas.

Lo que hacía de la colonia un reino diferente del reino de los vivos era el cambio de los símbolos y, en ciertos casos, de los valores. Los colonos tenían un dialecto emparentado al de las cárceles y, por ende, una moral y una política particulares. El régimen gubernativo, mezclado con la religión, era el de la fuerza protectora de la Belleza. Sus leyes son observadas con seriedad: son enemigos de la risa que podría devastarlas. Muestran una extraña aptitud para la actitud trágica. El crimen comienza con la boina mal puesta. Esas leyes no han nacido de decretos abstractos: fueron enseñadas por algún héroe llegado de un cielo de fuerza y Belleza, cuyo temporal y espiritual son verdaderamente de derecho divino. Por cierto que no se salvarán de los destinos de los héroes y en el patio de la colonia se les puede encontrar diariamente, entre los mortales, con el rostro de un cerrajero o un mozo de tahona. El pantalón de los colonos tiene un sólo bolsillo: también eso los aísla del mundo. Un sólo bolsillo, a la izquierda. Todo un sistema social está trastornado por ese mero detalle del atavío. Su pantalón no tiene más que un bolsillo, como el calzón tan pegado del diablo no tiene ninguno; como el de los marineros no tiene bragueta, y no cabe la menor duda de que se sienten humillados como si los hubieran amputado de un atributo sexual viril, de eso precisamente se trata; los bolsillos, que representaban un papel tan grande en la niñez, son para nosotros una señal de superioridad sobre las niñas. En la colonia, como en la marina, es el pantalón, y si eres hombre "defiende tus calzones". Me admira que las personas mayores hayan tenido la audacia de reservar seminarios a la niñez que se prepara para el papel de personaje de ensueño, y que hayan sabido reconocer tan bien los detalles que harían de los niños esos peque-

ños monstruos malvados o graciosos, o ligeros o centelleantes, o turbios o taimados o simples.

Fueron los ropajes de las monjas los que dieron a Culafoy la idea de fugarse. No tuvo más que preparar un acto partiendo de un plan concebido por los ropajes mismos. Las religiosas dejaban su ropa interior colgada noches enteras en un tendedero, guardaban sus medias y sus tocas en un obrador que Culafoy observó bien pronto para ver cuál era la puerta y cómo se abría. Con prudencia de espía, habló de su plan a un chaval espabilado.

—“Si un tipo quisiera...”

—Entonces ¿qué? ¿nos largamos?

—... Geee.

—¿Cres que podríamos ir lejos?

—Seguro. Más lejos que con esto (y mostraba su ridículo uniforme), y además podremos pedir limosna.

No grite usted que es inverosímil. Lo que viene después es falso y nadie tiene obligación de aceptarlo de contado. No presumo de autenticidad. Pero “hay que mentir para ser verdadero”. E inclusive ir más allá ¿De qué verdad quiero hablar? Si es cierto que soy un prisionero que representa (que se representa) escenas de la vida interior, no exigirá usted nada que no sea juego.

Nuestros niños esperaron, pues, una noche favorable para sus nervios, para robarse cada uno una saya, un justillo y una toca; pero como todos los zapatos que encontraron eran demasiado angostos, se quedaron con sus zuecos. Por la ventana del lavabo salieron a la noche negra. Serían las doce. Pronto se vistieron bajo un pórtico; se ayudaron mutuamente y se pusieron cuidadosamente las tocas. Por un instante, la oscuridad se sintió inquieta por estrujamiento de telas, alfileres entre dientes, el susurro de esas palabras: “Apriétame el cordón... Quitate.” En una callejuela, se arrojaron suspiros por una ventana. Aquella toma de velo hizo del pueblo un claustro oscuro, la ciudad muerta, el valle de la Desolación.

Indudablemente, en el patronato tardaron algo en percatarse del robo de las ropas, porque durante el día nada se hizo "para detener a los fugitivos". Estos caminaron aprisa. Los campesinos apenas si se asombraron; más bien los maravilló ver por los caminos a aquellas dos monjitas de rostro grave, una con zuecos, la otra cojeando, apurarse de ese modo, con gestos delicados: dos dedos finos que levantaban tres pliegues de una pesada saya gris. Luego el hambre les crispó el estómago. No se atrevieron a pedir a nadie algo de pan, y como estaban en el camino que lleva a la aldea de Culafroy, sin duda habrían llegado muy pronto de no ser por el perro-lobo de un pastor que se acercó de noche a Pedro, olisqueándolo. El pastor, que era joven y se había criado en el temor de Dios, silbó al perro que no obedeció. Pedro se creyó descubierto. Salió, con el ágil temor pegado a las piernas; corrió cojeando hasta un pino aislado a la orilla del camino, al que trepó. Culafroy tuvo la presencia de ánimo suficiente para trepar a otro árbol, más próximo. Viendo lo cual, el perro se arrodilló *bajo el cielo azul*, en el aire del crepúsculo, y se dijo su oración: "Puesto que las monjas, como las urracas, anidan en los pinos, Señor, concededme el perdón de mis pecados." Luego se santiguó se levantó y fue a reunirse con el rebaño. A su amo el pastor le contó el milagro de los pinos, y todas las aldeas de los alrededores se enteraron aquella misma noche.

Hablaré otra vez de Divina, pero de ella y su buhardilla entre Nuestra Señora, corazón de mármol, y Gorgui. Si fuera mujer, Divina no sería celosa. Sin rencor aceptaría ir, por la noche, a pescar pichones entre los árboles del bulevar. ¿Qué le importaría que sus dos machos pasaran juntos las veladas? Por el contrario, un ambiente familiar, una luz de pantalla la tendría conforme; pero Divina es *también* hombre. Primeramente tiene celos de

Nuestra Señora, joven, guapo y sin malicia. Corre el peligro de obedecer a las simpatías de su nombre: Nuestra Señora, sin malicia y astuto como una inglesa. Puede provocar a Gorgui. Es fácil. Podemos imaginármolos una tarde en el cine, el uno al lado del otro en la noche artificial.

—¿Tienes tu moquero, Seck?

Tan pronto dicho como hecho: su mano se ha dirigido al bolsillo del negro. ¡Oh! gesto fatal. Divina tiene celos de Gorgui. El negro es su hombre, ese golfo de Nuestra Señora es linda y joven. Bajo los árboles del bulevar Divina busca pichones viejos y la desgarran la angustia de dobles celos. Luego, como Divina es hombre, piensa: "Tengo que alimentarlos a los dos *al mismo tiempo*. Soy la esclava." Se vuelve amargada. En el cine, tranquilos como colegiales (pero como alrededor de los colegiales que —basta— agachan juntos la cabeza detrás de la tapa del pupitre, merodea, dispuesto a brincar, un acto pequeño y loco), Nuestra Señora y Gorgui fuman y sólo ven imágenes. Luego irán a tomar una cerveza sin sospechar, y volverán a la buhardilla, pero no antes de que Nuestra Señora haya sembrado por la acera pequeñas cápsulas que Gorgui, bajo sus zapatos con puntas de acero, hace estallar muy divertido; así, lo mismo que entre las pantorrillas de los chulos los silbatos, entre las suyas estallan chispas.

Van a salir los tres de la buhardilla; están listos. Gorgui tiene la llave en la mano. Un cigarrillo en la boca de cada uno. Divina enciende una cerilla de cocina (enciende así cada vez su propia hoguera), prende su cigarrillo, el de Nuestra Señora, y tiende el fósforo a Gorgui:

—No —dice éste—, no tres con la misma: trae mala sombra.

Divina:

—No juegues con esas cosas, no se sabe hasta dónde pueden llegar.

Parece cansada y deja caer el fósforo, ahora flaco y negro como una cigarra. Agrega:

—Se comienza con una superstición pequeña, y luego cae uno en brazos de Dios.

Nuestra Señora piensa: "Eso es, en la cama del cura."

En lo alto de la calle Lepic existe ese pequeño cabaretucho del que he hablado ya: el *Tavernacle*, donde se hacen brujerías, se mezclan brebajes, se consultan las cartas, se interroga el fondo de las tazas, se descifran las líneas de la mano izquierda (cuando se le interroga, el destino muestra tendencia a contestar la verdad, decía Divina en otros tiempos) en que guapos mozos de carnicería se metamorfosean a veces en bellas princesas con vestido de cola. El cabaret es pequeño y de techo bajo, Príncipe-Monseñor gobierna. Se reúnen ahí: Todas, pero principalmente Primera Comunión, Banjo, la Reina de Rumanía, la Ginette, la Sonia, Persephess, Clorinda, la Abadesa, Agnés, Mimosa, Divina. Y sus Señores. Todos los jueves, la puertecita de clavija se cierra a la clientela de burgueses curiosos o excitados. El cabaret queda entregado a las "unas cuantas que son puras". Príncipe-Monseñor (una que decía antaño: "hago llorar a una todas las noches", hablando de las cajas fuertes que forzaba y que la pinza hace chirriar) lanzaba las invitaciones. Estábamos como en casa. Un fonógrafo. Servían tres camareros, con ojos maliciosos, viciosos de vicio alegre. Nuestros hombres juegan al póker y a los dados. Y bailamos. Para venir, es costumbre que nos vistamos de nosotras mismas. Nada más que locas disfrazadas que se frotan contra chulos-niños. En suma, ni una persona mayor. El maquillaje y las luces desfiguran bastante, pero a menudo nos ponemos un antifaz, llevamos un abanico para saborear el placer de adivinarnos por el porte de la pierna, la mirada, la voz, por el placer de equivocarnos,



de hacer que las identidades se traslapen. Sería el lugar soñado para cometer un crimen, que permanecería secreto hasta el punto de que los maricas enloquecidos, presas del pánico (aun cuando muy pronto una de ellas, en un sobresalto de severidad maternal, sabría transformarse en policía rápido y exacto), y los chulones, con el rostro crispado de miedo, las tripas encogidas, pegados a ellas, buscarían en vano quién fue la víctima y quién el asesino.

Para esta noche, Divina ha sacado sus dos vestidos de seda, de la época 1900, que conserva como recuerdo de antiguos carnavales. Uno es negro con bordado de azabaches; se lo pondrá, y a Nuestra Señora le propone el otro.

—Estás de la cabeza... ¿qué dirán los compañeros?

Pero Gorgui insiste, y Nuestra Señora sabe que todos sus compinches van a reírse, que ninguno mostrará sarcasmo: todos lo aprecian. El vestido moldea el cuerpo de Nuestra Señora, desnudo bajo la seda. Se ve bien. Sus piernas se tocan y su piel velluda, algo peluda inclusive, se roza. Se agacha, se vuelve, se mira al espejo. El vestido, que tiene polisón, hace resaltar bien su fondillo evocador de violoncelos. Pongamos una flor de terciopelo en sus cabellos revueltos. Se pone unos zapatos de tacón alto y trabilla de Divina; son de cuero amarillo, pero los volantes de la falda los recubren por completo. Aquella noche se vistieron muy de prisa porque iban al placer verdadero. Divina se puso su vestido de seda negra con una chaquetilla de color de rosa por encima, y llevó un abanico de tul con lentejuelas. Gorgui va de frac y corbata blanca. Se verificó la escena del fósforo apagado. Bajaron la escalera. Taxi. *Le Tabernacle*. El portero, jovencito y guapo hasta lo imposible, les dedica tres ojeadas. Nuestra Señora lo deslumbra. Entran en medio de fuegos artificiales que estallan en volantes de sedas y muselinas que no pueden desprenderse del humo. Bailan

humo. Fuman música. Se bebe de boca en boca. Los compinches aclaman a Nuestra Señora de las Flores. El no había previsto que sus muslos firmes tenderían tanto la tela. No le importa que vean cómo se le para, ¡pero hasta ese punto, frente a los compinches! Querría ocultarse. Se vuelve hacia Gorgui y con un poco de rubor le muestra su vestido hinchado, murmurando:

—Oye, Seck, ayúdame a poner esto a cubierto.

Apenas rie con algo de ironía. Al parecer, tiene los ojos húmedos; Gorgui no sabe si es de broma o de pena; entonces toma al asesino por los hombros, se lo pega al cuerpo, encaja entre sus muslos de coloso el duro saliente que levanta la seda, se lo lleva contra su corazón entre vales y tangos que durarán hasta el amanecer. Divina querría llorar de rabia, desgarrar con uñas y dientes pañuelitos de batista. Luego, qué semejanza de un estado anterior a éste le recuerda a Divina, de repente: “Creo que estaba en España. Unos chiquillos la perseguían gritando “Mariconas” y le tiraban piedras. Se escapó por una vía muerta y se subió a un vagón vacío. Los chiquillos siguieron insultándola desde abajo, arrojando piedras a las portezuelas del vagón. Divina estaba agachada debajo de una banqueta, maldiciendo con todas sus fuerzas al tropel de niños, odiándolos hasta hipar de odio. Su pecho se hinchaba; deseaba un suspiro para no ahogarse con aquel odio. Luego comprendió que no era posible que devorara a los chiquillos, que los desgarrara con sus uñas y dientes como hubiera querido; así pues, los amó. El perdón surgió del exceso de su furor, de su odio, y se sintió apaciguada.” De pura rabia, consiente en amar que se amen el negro y Nuestra Señora. Alrededor de ella está el cuarto de Príncipe-Monseñor. Se ha sentado en un sillón; hay antifaces tirados por la alfombra. Abajo están bailando. Divina acaba de degollar a todo el mundo, y en el espejo del armario ve cómo se crispan sus dedos formando criminales ganchos, como los del vampiro

de Duesseldorf en las tapas de las novelas. Pero se terminaron los valeses, Nuestra Señora, Seck y Divina fueron de los últimos en abandonar el baile. Divina abrió la puerta y con toda naturalidad Nuestra Señora tomó a Gorgui del brazo. La unión, destruida un instante por los adioses, se había reanudado tan bruscamente, deshaciendo las astucias de la vacilación, que Divina sintió en el flanco ese mordisco que produce el desprecio que nos han hecho. Era buena perdedora; así pues, se quedó atrás fingiendo que se ataba la liga. A las cinco de la mañana la calle Lepic bajaba en línea directa hasta el mar, es decir el terraplén del bulevar de Clichy. El alba era gris, con poca seguridad de sí misma, a punto de desplomarse y vomitar. El alba estaba nauseosa cuando el trío se hallaba todavía arriba de la calle. Bajaron. Gorgui había colocado muy convencionalmente su sombrero clac algo ladeado en su cabeza encrespada; la pechera blanca todavía estaba tiesa. Un enorme crisantemo se le marchitaba en el ojal. Su rostro reía. Nuestra Señora iba colgado de su brazo. Bajaron entre dos hileras de tachos de basura llenos de cenizas y de raspaduras de peines... esos tachos que por la mañana reciben las primeras miradas turbias de los juerguistas, esos tachos que van al sesgo.

Si tuviera que poner en escena una obra de teatro en que las mujeres tuvieran algún papel, exigiría que ese papel fuera representado por adolescentes, y avisaría de ello al público mediante un cartel que estaría colgado a la derecha o la izquierda de los decorados durante toda la representación. Nuestra Señora, con su vestido de falla azul pálido bordeado con encaje de valenciana blanca, era algo más que sí mismo: era él mismo y su complemento. Me encantan los disfraces. Los amantes imaginarios de mis noches de preso son a veces un príncipe —pero le obligo a ponerse harapos de pobre— y a veces un golfo a quien presto ropajes regios; mi goce más gran-

de lo disfrutaré quizá cuando juegue a imaginarme heredero de una antigua familia italiana, pero un heredero impostor porque mi verdadero antepasado sería un hermoso vagabundo que caminara descalzo bajo el cielo estrellado y que, por su audacia, habría ocupado el lugar de aquel príncipe Aldini. Me agrada la impostura. Nuestra Señora, pues, bajaba por la calle del modo que sólo las grandes, las muy grandes cortesanas saben bajar, es decir sin demasiada rigidez ni demasiadas ondulaciones, sin patadas a la cola que, indiferente, barría el pavimento gris arrastrando briznas, pajas, un peine roto y una hoja de yaro mustia. El alba se depuraba, Divina seguía, muy rezagada. Rabiaba y los vigilaba. El negro y el asesino disfrazados vacilaban un poco, sosteniéndose el uno al otro. Nuestra Señora cantaba:

*¡Tararabúm, diai! ¡Tararabúm diai!  
¡Tararabúm diai!*

Cantaba riendo. Su rostro claro y liso, con líneas y masas trastornadas por una noche de risas, baile, tumulto, vino y amor (la seda del vestido estaba manchada), se ofrecía el día naciente como al beso helado de un cadáver. Todas las rosas de sus cabellos eran de tela; a pesar de lo cual se habían ajado sobre el alambre, pero aguantaban todavía y componían una jardinera a la que hubieran olvidado cambiarle el agua. Las rosas de tela estaban muertas del todo. Para devolverles algo de firmeza, Nuestra Señora levantaba el brazo desnudo, y aquel asesino tenía justo un gesto apenas más brusco que el de Emilienne d'Alençon al sostenerse el moño. Por cierto, se parecía a Emilienne d'Alençon. El polisón de aquel vestido azul (lo que llamaban culo falso) enternecía, y hasta se le caía un poco la baba, al gran negro glorioso. Divina los miraba bajar hacia la playa. Nuestra Señora cantaba en medio de los tachos de basura. Piense

usted en alguna Eugenia Buffet rubia, vestida de seda, cantando por la mañana en los patios, del brazo de un negro de frac. Se asombra uno de que ninguna de las ventanas de la calle se haya abierto ante el rostro adormilado de alguna marchanta de mantequilla y huevos, o el de su compadre. Esa gente no sabe nunca lo que sucede al pie de sus ventanas, y más vale: se morirían de pena. La mano blanca (uñas de luto) de Nuestra Señora estaba aplicada al antebrazo de Seck Gorgui. Los dos brazos se rozaban en un contacto tan delicado (algo tendría que ver en ello el cine) que al verlo sólo se podía pensar en la mirada de las madonas de Rafael, que tal vez sólo sea tan casta por lo que su nombre representa de pureza, pues ilumina la mirada del pequeño Tobías. La calle Lepic bajaba a pico. El negro de frac sonreía como hace sonreír el champaña, con ese aire de estar en la fiesta o sea, ausente. Nuestra Señora cantaba:

*¡Tararabúm, diai! ¡Tararabúm diai!  
¡Tararabúm diai!*

Hacia fresco. El frío de la mañana de París le heló los hombros haciendo correr un estremecimiento de arriba abajo de su vestido.

—Tienes frío —dijo Gorgui, mirándolo.

—Uno poquito.

Sin que nadie se fijara, el brazo de Seck rodeó los hombros de Nuestra Señora. Detrás de ellos, Divina componía su rostro y sus gestos de modo que al volverse, uno u otro creyeran que estaba ocupada en algún inventario práctico. Pero ninguno de los dos parecía preocuparse por la presencia o la ausencia de Divina. Se oyó un ángelus matutino, el ruido de una cantimplora. Tres obreros pasaron por el bulevar, en bicicleta, con la linterna encendida a pesar de que era de día. Un guardia volvía a su casa donde tal vez encontraría una cama vacía; eso esperaba Divina porque era joven, pero pasó

sin mirarlos. Los tachos olían a fregadero y maritornes; su olor se enganchaba al encaje blanco del vestido de Nuestra Señora y al festón de los volantes del saquito rosado de Divina. Nuestra Señora seguía cantando, y el negro, sonriendo. Bruscamente los tres se encontraron al borde de la desesperación: el camino maravilloso había sido recorrido; ahora ahí estaba el bulevar, plano y vulgar, asfaltado, el bulevar de todo el mundo y tan distinto de ese sendero secreto que acababan de abrirse en el alba borracha de un día, con sus perfumes, sederías, risas, cantares, a través de casas que perdían sus tripas, de las casas abiertas por el frente y donde, prosiguiendo su sueño, quedaban suspendidos ancianos, niños, bribones —Mary Lu-niñas flores—, barmen, tan diferente de esa senda extraviada, digo, que los tres niños se aproximaron a un taxi para evitar el fastidio de un regreso en lugar común. El taxi contaba con ellos. El chofer abrió la portezuela y Nuestra Señora subió primero. Debería haber sido Gorgui, debido a su posición dentro del grupo, quien pasara primero. Hay que pensar que ningún chulo deja pasar a una mujer, menos aún a un maricón, lo que para él se había vuelto Nuestra Señora aquella misma noche; no cabía duda de que Gorgui lo tenía en mucho. Divina enrojeció al oírle decir:

—Pasa, Dania.

Instantáneamente Divina volvió a ser la Divina que había dejado de ser mientras bajaban la calle Lepic, para pensar más aprisa, porque aun sintiéndose “mujer”, pensaba como “hombre”. Podría creerse que al volver así, espontáneamente, a su naturaleza verdadera, Divina fuera un macho maquillado, descabellado con gestos postizos; pero no se trata de ese fenómeno de la lengua materna a la que se recurre en horas graves. Para pensar con precisión, Divina nunca tenía que formular en alta voz y para sí sus pensamientos. Sin duda ya le había sucedido exclamar en voz alta: “Soy una pobre chica”,

pero una vez que lo había sentido, dejaba de sentirlo, y al decirlo ya no lo pensaba. En presencia de Mimosa, por ejemplo, llegaba a pensar como "mujer" acerca de cosas graves pero nunca esenciales. Su feminidad no era sólo una mojiganga. Pero para pensar plenamente como "mujer" le estorbaban sus órganos. Pensar es hacer un acto. Para actuar, hay que apartar la frivolidad y colocar su idea en un zócalo firme. Entonces venía en su auxilio la idea de solidez que asociaba a la idea de virilidad, y en la gramática la encontraba a su alcance. Porque si para definir un estado que sentía, Divina se atrevía a emplear el femenino, no podía hacerlo para definir una acción que ejecutara. Y todos los juicios "mujer" que pronunciaba eran, en realidad, conclusiones poéticas. Así Divina era verdadera sólo entonces. Sería curioso enterarse de a qué correspondían las mujeres en la mente de Divina y particularmente en su vida. Sin duda ella no era mujer (o sea hembra de faldas); sólo se le aproximaba por su sumisión al macho imperioso, y para ella tampoco mujer Ernestina, que era su madre. Pero toda la mujer estaba en una niña que Culafroy había conocido en la aldea. Se llamaba Solange. Durante los días de calor se quedaban agachados en un banco de piedra blanca, dentro de una pequeña extensión de sombra, fina, estrecha como un cintillo, con los pies metidos bajo su delantal para no mojarlos de sol; sentían y pensaban en común bajo la protección del árbol de bolas de nieve. Culafroy estuvo enamorado puesto que cuando Solange entró al convento hizo peregrinaciones. Visitó la roca de Crotto. Aquella piedra de granito servía de éspantajo a las madres de familia que llenaban sus cavidades, para asustarnos, con seres maléficos, marchantes de arena y vendedores de agujetas, alfileres y suertes. La mayoría de los niños no prestaban atención a las historias dictadas por la prudencia de las madres. Únicamente Solange y Culafroy, cuando iban allí —tan a menudo como podían—

sentían en el alma el espanto sagrado. Llegaron allá una noche de verano preñada de tormenta contenida. La roca avanzaba como una proa hacia un mar de mieses rubias con reflejos azules. El cielo descendía sobre la tierra como un polvo azul dentro de un vaso de agua. El cielo visitaba la tierra. Un aire misterioso y místico, imitado de los templos, y que hasta ahora sólo sabía conservarlo un paisaje alejado de la aldea: un estanque habitado por salamandras y enmarcado por bosquecillos de abetos que se idealizaban en el agua verde. Los abetos son árboles asombrosos que he vuelto a ver con frecuencia en los cuadros italianos. Están consagrados a los nacimientos navideños y así participan del encanto de las noches de invierno, los reyes magos, los zingaros músicos y vendedores de tarjetas postales, cánticos y besos recibidos y dados de noche, descalzos en la alfombra. En sus ramas, Culafoy contaba siempre descubrir alguna virgen milagrosa que, para que el milagro fuera completo, sería de yeso a colores. Necesitaba esa esperanza para soportar a la naturaleza. Odiosa naturaleza antipoética, ogresa que se traga toda espiritualidad. Odiosa como voraz es la belleza. La poesía es una visión del mundo que se consigue con un esfuerzo, a veces agotador, de la voluntad tensa, apuntalada. La poesía es voluntaria. No es un abandono, una entrada libre y gratuita para los sentidos; no se confunde con la sensualidad sino que, oponiéndose a ella, nacía por ejemplo los sábados, cuando sacábamos los sillones y las sillas de terciopelo rojo, los espejos dorados y las mesas de caoba, al prado verde cercano para limpiar los cuartos.

Solange estaba en pie sobre la cima más alta de la roca. Se echó levemente hacia atrás, como si aspirara. Abrió la boca para hablar, y calló. Esperaba un trueno o quizá la inspiración, pero ninguno estalló. Transcurrieron unos segundos en un enredo apretado de espanto y gozo. Entonces, con voz impersonal, pronunció:



—Dentro de un año, un hombre se arrojará ahí abajo.

—¿Por qué dentro de un año? ¿Qué hombre?

—Tonto.

Describió al hombre que sería grueso, iría vestido con pantalón gris y cazadora. Culafroy se sintió tan trastornado como si le hubieran informado que un suicidio acababa de cometerse ahí y que un cuerpo caliente aún yacía entre las zarzas, bajo la roca. La emoción penetraba en él por oleadas cortas y ligeras, invasoras, se escapaba por sus pies, manos, cabellos y ojos para perderse en la naturaleza entera a medida que Solange relataba las fases del drama complicado y sabio como debe serlo un drama japonés. Lo hacía muy complacientemente, había escogido el tono de los recitados trágicos en que la voz nunca se encuentra con la tónica.

—Es un hombre que viene de lejos, no se sabe por qué. Debe de ser un traficante en cerdos que vuelve de la feria.

—Pero la carretera está lejos. ¿Por qué viene hasta aquí?

—Para morir, inocente. No se puede uno matar en la carretera.

Se encogió de hombros y meneó la cabeza. Sus hermosos tirabuzones, como látigos con punta de plomo, le golpearon las mejillas. La pequeña pitonisa se había agachado. Parecía, mientras buscaba en la roca las palabras grabadas de la profecía, una gallinota que mueve la arena para encontrar el grano que enseña a sus polluelos. Después de aquello la roca se convirtió en un lugar visitado, encantado. Iban allí como quien va a una tumba. Aquella piedad por un muerto futuro abría en ellos algo así como hambre a uno de esas debilidades que se oponen a la calentura.

Un día pensó Culafroy: "Hace ya nueve meses y Solange volverá en junio. Así pues, estará aquí en julio para ver estallar la tragedia de que ella es autora." Vol-

vió. Inmediatamente comprendió el muchacho que ella formaba parte de un mundo distinto al suyo. No era ya de él. Había conquistado su independencia; ahora aquella niña era como esas obras que han abandonado a su autor hace mucho tiempo: al no ser ya inmediatamente carne de su carne, no tienen el beneficio de su ternura maternal. Solange se había convertido en algo semejante a esos excrementos fríos que depositaba Culafroy al pie del muro del jardín, entre groselleros negros y rojos. Cuando todavía estaban calientes, encontraba todavía por un rato un tierno deleite en su olor, pero los rechazaba con indiferencia —a veces con horror— cuando hacía ya mucho que habían dejado de ser él. Y si Solange no era ya la niña casta, sacada de su costilla, la niña que se metía los cabellos en la boca para mordisquearlos, él mismo se había calcinado al vivir cerca de Alberto. Una operación química se había verificado en él, dando nacimiento a nuevos compuestos. El pasado de uno y otro niños estaba ya relegado entre las viejas lunas. Solange ni Culafroy no volvieron a encontrar los juegos y las palabras del año pasado. Un día fueron hasta los ablandados donde el año anterior se habían verificado su boda, un bautizo de muñecas y un festín de avellanas. Al ver de nuevo el lugar, que las cabras mantenían siempre igual, Culafroy recordó la profecía del Crotto. Quiso hablar de ella con Solange pero a ésta se le había olvidado. Contándolo bien, habían pasado trece meses desde que anunció la muerte del negociante, y no había ocurrido nada. Culafroy veía disiparse otra función sobrenatural. Una medida de desesperación se agregó a la desesperanza que habría de acompañarlo hasta la muerte. No sabía aún que cada acontecimiento de nuestra vida no tiene más importancia que la resonancia que halle en nosotros, más que el grado que nos haga avanzar hacia el ascetismo. Para él, que sólo recibe choques, Solange sobre su roca no

había sentido más inspiración que él. Para hacerse la interesante, había representado un papel; pero entonces, si un misterio se veía anulado de golpe, se erguía otro más denso: "Otros que yo —piensa— pueden jugar a que no son lo que son. Así pues, yo no soy un ser excepcional." Y finalmente, sorprendía una de las facetas del reflejo femenino. Estaba decepcionado, pero más que nada se sentía lleno de otro amor y de un poco de lástima por la niña demasiado pálida, fina y lejana. Alberto había atraído hacia él, como una punta atrae al rayo, todo lo maravilloso del exterior. Culafroy le contó a Solange un poco de lo que fue la pesca de serpientes, y supo, como artista consumado, expresar y a la vez callar la confesión. Solange estaba barriendo la tierra con una rama de avellano. Ciertos niños tienen entre manos atributos, insospechadamente, de brujería, y cuando se es ingenuo se asombra uno de las perturbaciones en las leyes de los animales y las familias. Solange, en otro tiempo, era el hada de las arañas matutinas. —Lástima —dice la crónica. Me interrumpo aquí para observar "esta mañana" una araña que hila en el rincón más oscuro de mi celda. El destino ha llevado astutamente mis miradas hacia ella y su tela. El oráculo se manifiesta. Sólo tengo que inclinarme sin maldecir: "Tú eres tu propio destino, has tejido tu propio sortilegio." Sólo me puede ocurrir una desgracia, es decir la más terrible. Así pues, me he reconciliado con los dioses. Las ciencias adivinatorias no me hacen plantear pregunta alguna, puesto que son divinas. Quisiera volver a Solange, a Divina, a Culafroy, a los seres oscuros y tristes que abandono a veces para irme tras guapos bailarines y golfos; pero esos mismos, sobre todo éstos, están lejos de mí desde que he sufrido el impacto del oráculo. ¿Solange? Como una mujer, escuchó las confidencias de Culafroy. Se sintió molesta un instante y rió, y fue tal esa risa que de sus dientes apretados parecía brincar un

esqueleto que los golpeteara secamente. En medio de la campiña, se sintió prisionera. Acababan de amarrarla. Celosa, la niña. Le costó encontrar saliva suficiente para preguntar: "¿Lo quieres mucho?" y su deglución fue dolorosa, como si hubiera tratado de tragarse un paquete de alfileres. Culafoy vaciló antes de contestar. El Hada corría peligro de olvido. En el momento en que había que hacerlo, cuando la respuesta fue un "sí" suspendido en entero y visible, a punto de estallar, Solange dejó escapar la varita de aveilano y para recogerla se agachó, adoptando una postura ridícula, justo cuando el grito fatal caía, el "sí" nupcial, de modo que se mezcló con el ruido de la arena que ella rascaba. Se oyó apenas, y el choque, para Solange, fue amortiguado. Divina no tuvo ninguna experiencia más de la mujer.

Cerca del taxi, como no tenía más que pensar, volvió a ser Divina. En vez de entrar (ya había tomado entre dos dedos el perifollo de su vestido negro y levantando el pie izquierdo) como la invitaba Gorgui, sentado ya, dio una estridente carcajada, de fiesta o de locura, se volvió hacia el chofer y riéndose en su cara le dijo:

—No, no, con el chofer. Yo siempre subo al lado del chofer.

Y se hizo mimosa:

—¿Está de acuerdo el chofer?

El chofer era un tipo que sabía su oficio (todos los taxistas son proxenetas y traficantes de polvo blanco). El abanico que tenía Divina entre los dedos no se abrió. En verdad, Divina no llevaba abanico para engañar a nadie; le habría mortificado que la confundieran con una de esas horribles hembras tetonas. "¡Oh, esas mujeres, las malvadas, abyectas, mozas para marineros, puercas, sucias. ¡Oh! cuánto odio a esas mujeres", decía.

El chofer abrió la portezuela de su asiento y sonriendo amablemente le dijo a Divina:

—Anda sube ahí, pequeño.

—¡Oh, este chofer...! será... será... será...

Chisporroteos de tafetán punzaron el soberbio muslo del taxista.

El día había despertado del todo cuando llegaron a la buhardilla, pero la oscuridad producida por las cortinas, el olor a té, y más aún, el olor de Gorgui, les hicieron sumirse en una noche maga. Como de costumbre, Divina pasó detrás del biombo para retirar su vestido de luto y ponerse en pijama. Nuestra Señora se sentó en la cama, encendió un cigarro; a sus pies, la masa espumosa de los encajes de su vestido le hacía una especie de zócalo estremecido, y con los codos en las rodillas miró frente a sí el pantalón, el chaleco de raso blanco y los zapatos de charol de Gorgui, que la casualidad había aceptado y organizado instantáneamente, y que tomaban en la alfombra la forma del testimonio que un caballero arruinado deja a eso de las tres de la mañana a orillas del Sena. Gorgui se acostó en cueros. Divina apareció de nuevo con su pijama verde, porque para el dormitorio el verde de las telas sentaba bien a su rostro empolvado con ocre. Nuestra Señora no había terminado aún de fumar.

—¿Te acuestas, Dania?

—Sí, sí, espera, estoy terminando.

Como siempre, contestó como quien contesta desde el fondo de profundos pensamientos. Nuestra Señora no pensaba en nada, y es lo que le daba ese aspecto de saberlo todo de rondón, como por una especie de gracia divina. ¿Sería predilecto del Creador? Tal vez Dios lo hubiera puesto al corriente. Su mirada era más pura (vacía) que la de la du Barry después de una explicación de su regio amante. (Como la Du Barry, en aquel momento, ignoraba que iba en línea recta hacia el ca-

dalso; pero puesto que los literatos explican que los ojos de los niños Jesús están tristes hasta la muerte porque prevén la Pasión de Cristo, yo también tengo derecho a rogar a ustedes que vean, en el fondo de las pupilas de Nuestra Señora, la imagen microscópica, invisible al ojo desnudo, de una guillotina.) Parecía entumecido. Divina pasó la mano por los cabellos de Nuestra Señora de las Flores.

—¿Quieres que te ayude?

Estaba pensando desabrocharle el vestido y quitárselo.

—¡Sí, anda, hazlo!

Nuestra Señora tiró la colilla, la aplastó en la alfombra, y ayudándose con la punta de uno descalzó un pie y luego el otro. Divina desabrochaba la espalda del vestido. Despojaba a Nuestra Señora de las Flores de una parte, de la parte más bonita de su nombre. Nuestra Señora estaba un poco achispado; el último cigarrillo lo mareó. La cabeza le recayó de repente sobre el pecho, como la de los pastores de yeso arrodillados en los troncos de los Nacimientos, cuando se mete una moneda en la raja. Hipaba de sueño y de vino mal digerido. Dejó que le quitaran el vestido sin hacer nada para ayudar y cuando estuvo desnudo, Divina, levantándole los pies, lo hizo caer sobre la cama donde rodó contra Seck. Habitualmente Divina se tendía entre los dos. Bien vio que hoy tendría que conformarse con permanecer en el borde exterior, y los celos que se habían apoderado de ella al bajar la calle Lepic y en el *Tavernacle* le produjeron agruras. Apagó la luz. Las cortinas mal cerradas dejaban penetrar un rayo de luz muy fino que se diluía en polvo rubio. En el cuarto imperaba el claroscuro de las mañanas poéticas. Divina se acostó; inmediatamente atrajo hacia sí a Nuestra Señora cuyo cuerpo parecía deshuesado, sin nervios, de músculos alimentados con manjares lácteos. Sonreía a nada. En fin, tenía la misma sonrisa complaciente que cuando se había divertido sin exceso,

pero Divina sólo vio esa sonrisa en el momento en que tomó entre sus manos la cara que al principio estaba vuelta hacia Gorgui. Este se hallaba tendido de espaldas. El vino y los alcoholes lo habían reblandecido, como habían reblandecido a Nuestra Señora; no dormía. Divina tomó entre sus labios los labios cerrados de Nuestra Señora. Ya se sabe que su aliento era fétido, así pues Divina trataba de abreviar el beso en la boca. Se deslizó hasta el fondo de la cama lamiendo el cuerpo veloso de Nuestra Señora que se despertaba al deseo. Divina sumió su cabeza en el hueco de piernas y vientre del asesino, y esperó. Todas las mañanas era la misma escena, una vez con Nuestra Señora y la vez siguiente con Gorgui. No tuvo que esperar mucho: Nuestra Señora se volvió de repente boca abajo y brutalmente metió su verga blanda aún en la boca entreabierto de Divina. Ella retiró la cabeza y apretó los labios. Furioso, el sexo se volvió de piedra (adelante los condottieri, caballeros, pajes, rufianes y nervis: por debajo del raso que os cubre, a pararse todos contra la mejilla de Divina), quiso forzar la boca cerrada pero tropezó con los ojos, la nariz, la barbilla, resbaló por la mejilla. Era el juego. Finalmente encontró los labios. Gorgui no dormía. Percibía los movimientos por el eco que producían en el fondillo desnudo de Nuestra Señora.

—¡Oh! no abusen, eso no se hace así. Lo están haciendo a solas. Y a mí eso me excita.

Se movió. Divina estaba jugando a ofrecerse y a retirarse. Nuestra Señora jadeaba. Los dos brazos de Divina le rodeaban los flancos, sus manos los acariciaban, los alisaban, pero levemente, para sentir su conmoción, con la yema de los dedos, como cuando quiere uno sentir rodar bajo el párpado el globo del ojo. Sus manos pasaron sobre las nalgas de Nuestra Señora y de repente Divina entendió: Gorgui cabalgaba al asesino rubio y trataba de penetrar en él. Una desesperación profunda,

terrible, inigualable la desprendió del juego de los dos hombres. Nuestra Señora seguía buscando la boca de Divina y encontraba los párpados, los cabellos y, con voz perturbada por el jadeo pero húmeda de sonrisa, dijo:

—¿Estás listo, Seck?

—Sí —dijo el negro.

Su hálito tuvo que levantar los cabellos rubios de Nuestra Señora. Un movimiento furioso se inició más arriba de Divina.

“Es la vida” llegó a pensar Divina. Hubo una pausa, una especie de oscilación. El andamiaje de cuerpos recayó con pena. Divina levantó su cabeza hasta la almohada. Se había quedado sola, abandonada. No estaba ya excitada y por vez primera no sintió la necesidad de ir al retrete para terminar con la mano el amor indicado. Divina se habría consolado sin duda de la afrenta que le hicieron Seck y Nuestra Señora, si esa ofensa no se hubiera cometido en su propia casa. La habría olvidado. Pero el insulto podía volverse crónico puesto que, al parecer, los tres se encontraban instalados para siempre en la buhardilla. Odiaba por igual a Seck y a Nuestra Señora, y sentía muy claramente que ese odio habría cesado si ambos se hubieran separado. Así pues, a ningún precio los conservaría en la buhardilla. “No voy a engordar a esos dos lirones.” Nuestra Señora se le hacía odioso como una rival. Por la noche, cuando todos se hubieron levantado, Gorgui agarró a Nuestra Señora por los hombros y, riendo, lo besó en la nuca. Divina, que estaba preparando té, se hizo la distraída, pero no pudo evitar echar una ojeada a la bragueta de Nuestra Señora. Una nueva crisis de ira se adueñó de ella: se le estaba parando. Ella creía haber echado esa mirada sin que la vieran, pero levantó la cabeza y los ojos justo a tiempo para sorprender la mirada guasona de Nuestra Señora que se la mostraba al negro.



—Por lo menos, podían portarse decentemente —dijo ella.

—No estamos haciendo nada malo —replicó Nuestra Señora.

—¡Ah! ¿te parece?

Pero no quiso aparecer como reprendiendo un entendimiento amoroso, ni siquiera haberlo descubierto. Agregó:

—No se pasan un minuto sin jugar.

—Oye, chiquita, no estamos jugando. Anda, mira.

Y mostraba, agarrándola a plena mano, la joroba bajo la tela palpitante.

—Esto es cosa seria —dijo, riendo.

Gorgui había soltado a Nuestra Señora; estaba cepillándose los zapatos. Bebieron el té. Nunca había tenido Divina la oportunidad, ni siquiera se le había ocurrido, de envidiar el físico de Nuestra Señora de las Flores. Hay razones para creer, sin embargo, que esa envidia existía, sorda, oculta. Recordemos algunos hechos insignificantes que sólo habíamos señalado: Divina negándose un día a prestar su rímmel a Nuestra Señora; su gozo (pronto disimulado) al descubrir el horror de su aliento apesotado. Y sin percatarse de ello, había fijado a la pared con un alfiler, entre todas, la foto más fea de Nuestra Señora. Esta vez le resultó evidente la envidia física cuya amargura es tan grande. Proyectó y ejecutó con el pensamiento espantosas venganzas. Arañaba, desgarraba, mutilaba, acuchillaba, desollaba, arrojaba vitriolo. “Que se vea odiosamente mutilado”, pensaba. Mientras secaba las tazas del té, había procedido a ejecuciones espantosas; una vez que dejó el trapo, fue nuevamente pura, pero no volvía entre los humanos más que siguiendo una sabia progresión. Se revelaba en sus acciones. Para vengarse de un maricón, Divina habría indudablemente acertado un milagro con el martirio de San Sebastián. Habría lanzado unas cuantas flechas —pero con esa gracia que tenía al decir: “Te arrojó una pestaña” o “Te

tiro un autobús". Unas cuantas flechas aisladas, no una salva. Habría definido con flechas el contorno del marica. La habría aprisionado en una jaula de flechas para, finalmente, dejarla clavada. Quiso usar ese método contra Nuestra Señora. Pero es un método que debe aplicarse en público. Aun cuando lo permitía todo en la buhardilla, Nuestra Señora no toleraba que lo embromaran delante de los compinches. Era quisquilloso. Las flechas de Divina tropezaron con granito. Buscó peleas y, naturalmente, las encontró. Un día lo sorprendió en flagrante delito de algo peor que egoísmo. Era en la buhardilla: Divina estaba todavía en la cama. La víspera, Nuestra Señora había comprado una cajetilla de "Craven". Al despertar buscó la cajetilla: sólo quedaban dos cigarrillos. Le dio uno a Gorgui, se quedó con el otro y encendió ambos. Divina no dormía pero se esforzó por aparentar que sí, con los ojos cerrados. "Es para ver lo que harán" pensaba. La mentirosa sabía muy bien que era el pretexto que le serviría para no parecer ofendida si se olvidaban de ella durante el reparto, y que le permitiría conservar su dignidad. Al cumplir los treinta, Divina empezó a sentirse presa de una urgencia de dignidad. Se escandalizaba por cualquier cosa: ella, que de joven había sido lo suficientemente audaz para hacer estremecerse a los barmen, se sonrojaba y se sentía ruborizar por la menor insignificancia que recordara, por la sutileza misma de ese símbolo, estados en los cuales había podido sentirse verdaderamente humillada. Un leve choque —y terrible cuanto más leve resultaba— la devolvía a sus tiempos de miseria. Sorprenderá ver que Divina avanzaba en edad y en sensibilidad, cuando el juicio corriente decide que al pasar por la vida se endurece el cuero. Evidentemente, ya no sentía la menor vergüenza por ser marica de alquiler. En caso de necesidad, habría tenido a mucha honra ser de las que dejan chorrear esperma por sus nueve agujeros. Que hombres

y mujeres le insultaran le era indiferente aún (¿Hasta cuándo?). Pero perdió el control de sí misma, enrojeció hasta el morado y estuvo a punto de no reponerse sin escándalo. Se aferraba a la dignidad. Con los ojos cerrados, imaginaba a Seck y a Nuestra Señora haciéndose caras para excusarse el uno al otro por haber contado sin ella, cuando Nuestra Señora cometió la torpeza de expresar de viva voz esta observación (que desoló a Divina, sumida en su noche de ojos cerrados) que subrayaba y demostraba que acababa de verificarse un intercambio complicado y prolongado de señales dedicadas a ella: "Sólo quedan dos cigarrillos". Bien lo sabía ella; oyó cómo crujía el fósforo. "No iban a cortar uno en dos". Se contestó a sí misma: "Pues sí, debía cortarlo (se refería a Nuestra Señora) o privarse y dejármelo." Entonces, de esta escena data el periodo en que rechazaba todo lo que Seck y Nuestra Señora le ofrecían. Un día subió Nuestra Señora con un paquete de dulces. Esta es la escena. Nuestra Señora a Divina:

—¿Quieres un dulce? (pero Divina observó que ya estaba cerrando el paquete).

Ella contestó:

—No, gracias.

Unos segundos después, Divina agregó:

—No me das nada de buena gana.

—Sí, lo hago de buena gana; si no me agradara dar, no te lo daría. Nunca te digo dos veces cuando dar no me agrada.

Divina pensó, con una vergüenza más: "Nunca me ha ofrecido nada dos veces." Ya sólo quiso salir sola. El único efecto de esa costumbre fue estrechar la intimidad del negro y el asesino. La fase siguiente fue la de los violentos reproches. Divina no podía más de tanto aguantar. El furor, como una velocidad, le proporcionaba una lucidez más aguda. En todas partes veía intenciones. O tal vez Nuestra Señora obedeciera, sin saberlo, al juego

que ella dirigía, que orientaba de modo que la llevara hacia la soledad y aún más, hacia la desesperación. Cubrió de improperios a Nuestra Señora. Como los tontos, que no saben mentir, el muchacho era solapado. Cuando se veía atrapado su rostro se alargaba, literalmente, porque las dos arrugas de cada lado de la boca la tendían, la estiraban hacia abajo; era lastimoso. No sabía qué contestar y sólo sonreía. Aquella sonrisa, aunque algo estreñida, aflojaba sus rasgos y desarrugaba su moral. En cierto modo, podía decirse que había atravesado, desgarrándose como un rayo de sol que atraviesa un zarzal, un matorral de improperios, pero que sin embargo sabía conservarse intacto, sin sangre en los dedos. Entonces Divina, rabiosa, lo acribillaba. Se volvía despiadada, tal como era en sus persecuciones. En definitiva, sus flechas causaban poco daño a Nuestra Señora, ya hemos dicho por qué, y cuando a veces, al hallar un punto más tierno penetraba la punzada, Divina hundía la flecha hasta las plumas que había untado con un bálsamo cicatrizante. Temía al mismo tiempo una violencia de parte de Nuestra Señora herido, y se reprochaba a sí misma el haber mostrado demasiada amargura, porque pensaba, sin razón, que Nuestra Señora se alegraría. A cada una de sus observaciones envenenadas agregaba un cordial lenitivo. Como Nuestra Señora nunca prestaba atención, como no fuera al bien que parecían desearle, se pensaba que era confiado y que carecía de malicia; pero tal vez porque no comprendía el final de las frases, sólo se enteraba de este final y creía que terminaba un largo cumplido. Nuestra Señora embrujaba el cuidado que Divina ponía en maltratarlo, pero sin saberlo era atravesado por flechas malvadas. Nuestra Señora era feliz a pesar de Divina y gracias a ella. Cuando un día hizo aquella confesión que lo humillaba (que había sido robado y abandonado por Marchetti), Divina sostenía las manos de Nuestra Señora de las Flores. Aunque conmovida y con la garganta ce-

rrada, sonreía amablemente para que no se enternecieran ambos hasta una deseseporación que sin duda sólo habría durado unos pocos minutos, pero que los habría marcado a ambos para toda la vida, y para que Nuestra Señora no se disolviera en esa humillación. Era de una tierna dulzura, comparable a la que me hizo deshacerme en llanto cuando:

—¿Cómo te llamas? —me preguntó el maître d'hotel.

—Jean.

Y que la primera vez que me llamó al antecomedor gritó: “¡Jean!” ¡Me fue tan dulce oírme llamar por mi nombre! Me pareció haber reencontrado una familia, gracias a la ternura de los criados y de los amos. Hoy lo confieso: nunca sentí más que la apariencia de las caricias cálidas, algo así como un mirada cargada de ternura profunda que, dirigida a algún ser joven y bello situado tras de mí, me atravesara, trastornándome. Gorgui apenas si pensaba, al menos no demostraba pensar. Se paseaba en medio de los griteríos de Divina, sin ocuparse de nada que no fuera su ropa. Un día, sin embargo, aquella intimidad con Nuestra Señora, nacida de los celos de Divina, incitó al negro a decir:

—Vamos al cine, tengo boletos.

Y de repente, se corrigió:

—Qué carajo, siempre creo que sólo somos dos.

Fue demasiado para Divina: resolvió ponerle fin. ¿Con quién? Sabía que Seck disfrutaba aquella vida feliz; encontraba refugio, alimento, amistad, y la temerosa Divina temía su ira: indudablemente no habría abandonado el granero sin alguna venganza de negro. Finalmente había vuelto —después de cierta pausa— a disfrutar las virilidades exageradas, y a ese respecto Seck la colmaba. ¿Sacrificar a Nuestra Señora? ¿Cómo? ¿Y qué diría Gorgui? La ayudó Mimosa con quien se encontró en la calle. Mimosa, señora mayor:

—¡La he visto! Ba, Be, Bi, Bo, Bu, me encanta tu

Nuestra Señora. Siempre tan fresca, siempre tan divina. Ella es la Divina.

—¿Te gusta? ¿La quieres? (entre ellas, los maricas hablan de sus amigos en femenino).

—Anda, vamos ¿ya no te quiere, mi pobre vieja?

—Nuestra Señora, que se vaya a la mierda. Para empezar es estúpida, y a mí me parece blanda.

—Ya no consigues siquiera que se le empine.

Divina pensó: "Zorra, me las pagarás".

—Entonces ¿de veras me la dejas?

—No tienes más que tomarla. Si puedes.

Al mismo tiempo, esperaba que Nuestra Señora no se dejara atrapar:

—Ya sabes que te odia.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí. Primero me odian y después me adoran. Pero escucha, Divina, podemos ser buenas amigas. Yo quisiera echarme a la Nuestra Señora. Déjamela. Un servicio por otro, mi linda. Puedes estar segura de mí.

—¡Oh, Mímo! Comprenderás que te conozco. Tienes toda mi confianza, mi Toda.

—¿Cómo dices eso! Pero escucha, te aseguro que, en el fondo, soy buena chica. Tráemela una noche.

—¿Y Rogelio, tu hombre?

—Pero si se va de soldado. Comprenderás que allá, con los oficiales, se olvidará de mí. ¡Ay, yo seré la Toda Viuda! Entonces me cojo a la Nuestra Señora y me quedo con ella. Tú, pero si tienes dos. ¡Las tienes a todas!...

—Bueno, entendido, se lo diré. Ve a vernos a eso de las cinco; tomarás el té.

—¡Qué buena chica eres, Divina! Ven que te dé un beso. Es que todavía estás linda ¿sabes? Un poco achuchadita, agradablemente achuchadita, y tan buena.

Era por la tarde. Serían tal vez las dos; al caminar se daban los dedos meñiques como dos colmillitos. Un poco después, Divina encontró juntos a Gorgui y a Nuestra Señora. Tuvo que esperar que el negro, que no se separa-

ba ya de Nuestra Señora, fuera al retrete. Así fue como Divina preparó a éste:

—Oye, Dania, ¿quieres ganarte cien de a uno?

—¿Qué es eso?

—Verás, Mimosa quisiera acostarse contigo una hora o dos. Rogelio se va de soldado, ella se queda sola.

—¡Oh! cien no es bastante, tú. Si has ajustado el precio, no te has quebrado mucho la cabeza.

Río con sorna. Y Divina:

—Yo no he ajustado nada. Escucha, ve con ella y te las arreglarás. No es roñosa la Mimo con los muchachones que le agradan. Tú haces lo que ella te diga, claro está. Yo te digo esto: será como quieras. De todos modos vendrá a la buhardilla a las cinco. Sólo que habría que apartar a Gorgui, comprendes, para que estemos más libres.

—¿Joderemos en la buhardilla contigo?

—¡Oye, no! Irás a su casa. Tendrás tiempo para discutir. Pero no vayas a clavarte nada, por favor; no te claves nada, tendríamos líos.

—¡Ah! ¿hay algo que clavarse? Pero puedes estar tranquila; yo no afo no nada donde los compinches.

—Trata de que dure, hazle de chulillo.

Divina había evocado el robo muy intencionada e inteligentemente. Era un medio seguro para mover a Dania. ¿Y Gorgui? Cuando volvió, Nuestra Señora lo puso al corriente.

—Hay que ir, Dania.

El negro sólo veía los cinco luses. Pero entonces entró en sospechas: hasta ahora había creído que el dinero que sacaba Nuestra Señora se lo debía a sus pichones; el escrúpulo que descubriría hoy en él le hacía sospechar que hubiera algo más. Quiso saber qué, pero el asesino era más flexible que una culebra. Nuestra Señora había reanudado su comercio de cocaína. En un bar chiquito en forma de celda que había en la calle del Elysée-des-

Beaux-Arts, se veía cada cuatro días con Marchetti, que estaba de regreso a París sin un quinto y que se la proporcionaba. Iba contenida en unas bolsitas de papel de seda, gramo por gramo, y esas bolsitas se encontraban juntas dentro de otra, de tela oscura. Esto es lo que había imaginado: conservaba la mano izquierda metida en el bolsillo agujereado del pantalón para poder apaciguar o acariciar su miembro demasiado violento. Con esa mano izquierda sostenía un largo cordel del que pendía, oscilando en el interior de la pata del pantalón, el bolso de tela negra.

—Si llegan los guindillas, suelto el cordel y el paquete cae al suelo sin ruido. Así, todo está limpio.

Un hilo lo vinculaba a una organización secreta. Cada vez que Marchetti le entregaba la nieve, decía: “Todo bien, chiquito”, acompañado de una ojeada que Nuestra Señora reconocía en los corsos que la usaban entre ellos, al rozarse por la acera, murmurándose:

—Ciao, Rico.

Marchetti le pregunta a Nuestra Señora si tiene valor:

—Tengo las olas llenas.

—¡Bah! el desculado —dijo uno.

Aquí no puedo remediarlo, vuelvo sobre esas palabras del caló que salen de los labios de los chulos como sus pedos (perlas) surgen del culo mimoso de Miñón. Es porque una de ellas, que me revuelve tal vez más que ninguna otra —o como dice siempre Miñón, me trabaja, porque es cruel— fue pronunciada en una de las celdas de la Ratonera que llamamos “treinta y seis ladrillos”, celda tan estrecha que es como la crujía de un barco. Oigo que murmuran, hablando de un sólido guardia: “el encaldosado” y después, “el envergado”. Pues bien, resulta que el hombre que nos lo dijo había estado navegando siete años. La magnificencia de una obra semejante —empalado por una verga— me hizo temblar de pies a



cabeza. Y el mismo hombre dijo un poco después: "O si uno es algo pederasta, te bajas el pantalón y el juez te da en el blanco..." Pero esa expresión ya era licenciosa; desgraciada, destruía el encanto de la otra, y volví a pisar tierra firme en esa solidez que es el chiste, mientras que el poema hace siempre que el piso se escape bajo tus pies y te aspire hacia el seno de una noche maravillosa. Dijo también: "Enculmaneduyarés", pero no resultó mejor. A veces, en lo más desolado de mis instantes, fastidiado por los grilleros, me canto para mis adentros este poema: "el envergado" que no aplico a nadie en particular pero que me consuela, seca mis lágrimas que no han salido, y me paseo por mares tranquilos, marinero de esa tripulación que vimos hacia 1700 en la fragata Culafroy.

Miñón vagabundeaba por las grandes almacenes, uno tras otro. Eran el único lujo al que pudiera aproximarse, por el cual pudiera dejarse lamer. Le atraían el ascensor, los espejos, las alfombras, sobre todo las alfombras que ensordecen el trabajo interior de los órganos de su cuerpo; el silencio le entraba por los pies, afieltraba todo el juego de su mecanismo; total: que ya no se sentía; apenas si las vendedoras lo atraían porque por descuido, y bastante mitigados, se le escapaban gestos y mañas de Divina. Al principio se había atrevido a hacer algunos para burlarse, pero ellos, taimados, conquistaban poco a poco la fortaleza, y Miñón no se percataba de su muda. Fue un poco después —y diremos cómo— cuando comprendió que era falso el grito que dio una noche: "Un macho que jode a otro es doblemente macho." Antes de entrar en las Galeries Lafayette, desabrochó la cadenilla de oro que le cruzaba la bragueta. Mientras estaba solo en la acera, la lucha seguía siendo posible, pero entre las mallas de todas las callejuelas que traman en una red moviente los mostradores y las góndolas, estaba perdido. Estaba a la merced de una voluntad "otra", que rellenaba sus bolsi-

llos con objetos que, en su cuarto, al ponerlos sobre la mesa, no reconocía, de tan poco común que era a la Divinidad y a Miñón el signo que los había hecho escoger en el momento del hurto. Al instante de esa toma de posesión, por el Otro, de los ojos, los oídos, la boca algo abierta e inclusive cerrada de Miñón, huían, aleteando, pequeños Mercurios grises o rojos con tobillos alados. Miñón el duro, el frío, el irrefutable, Miñón el chulo se animaba como una roca abrupta de la que sale, por cada hueco húmedo y cubierto de musgo, un gorrioncillo vivo, que revolotea a su alrededor como un vuelo de pijas aladas. Finalmente, tenía que pasar por todo eso, o sea: tenía que robar. En varias ocasiones se había entregado ya a este juego: en una mesa de objetos en venta, entre los que allí había y en el lugar más inasequible dejaba, como por descuido, una cosita que había comprado y pagado como es debido en un mostrador alejado. La dejaba ahí unos cuantos minutos, apartaba la vista y se interesaba por lo que había alrededor. Cuando el objeto se había fundido suficientemente en el resto de los objetos circundantes, lo robaba. Dos veces un inspector lo había atrapado y dos veces había tenido que pedir excusas la dirección, puesto que Miñón tenía el boleto entregado por la cajera.

El robo en mostrador se hace según varios métodos, y cada tipo de mostrador exige quizás que se emplee uno en vez de otro. Por ejemplo, con una sola mano se pueden tomar a la vez dos objetos pequeños (billeteras), sostenerlos como si sólo hubiera uno, examinarlos largamente, deslizar uno en la manga y finalmente dejar el otro en su lugar, como si no conviniera. Ante montones de retales de seda hay que colocar descuidadamente una mano en el bolsillo roto del abrigo; se acerca uno al mostrador hasta tocarlo con el vientre y mientras la mano libre toca la tela y la saca de su sitio, la mano que está en el bolsillo sube hacia la parte de arriba del

mostrador (siempre a nivel del ombligo), tira hacia sí del retal que está más abajo en el montón y se lo lleva de ese modo, gracias a la flexibilidad de la tela, hasta debajo del abrigo que lo oculta. Pero estas recetas que doy se las saben todas las amas de casa y todas las compradoras. Miñón prefería asir el objeto, hacerle describir una rápida parábola entre el mostrador y su bolsillo. Era audaz pero más bello. Como astros que caen, frascos de perfume, pipas y encendedores trazaban una curva pura y breve y le abultaban los muslos. Era un juego peligroso; que valiera o no la pena, sólo Miñón podría decidirlo. Ese juego era una ciencia que exigía entrenamiento y preparación, lo mismo que la ciencia militar. Primeramente era necesario estudiar la disposición de los espejos y sus biseles, y también de los que, oblicuos, colgados del techo, nos muestran dentro de un mundo cabeza abajo que los detectives, mediante el juego de bastidores que funciona en su cerebro, pronto ponen de pie y orientan. Era necesario acechar el instante en que la vendedora tiene la mirada en otra parte y en que los clientes, siempre traidores, no están mirando. Finalmente, habría que hallar, como un objeto perdido —o mejor aún, como uno de esos personajes de adivinanzas cuyas líneas, en los platos de postre, también son árboles y nubes— al detective. Busquen al detective. Es una mujer. El cine —además de otros juegos— enseña la naturalidad, una naturalidad totalmente compuesta de artificios y mil veces más engañosa que la verdadera. A fuerza de lograr parecerse a un congresista o a una partera, el detective de las películas ha dado a los rostros de los verdaderos congresistas y de las verdaderas parteras aspecto de detectives, y los verdaderos detectives, hoscos en medio de ese desorden que embarulla los rostros, agotados, han aceptado tener cara de detectives, lo cual no simplifica nada... “Un espía que pareciera espía sería un mal espía” me ha dicho un día una bailarina.

(Generalmente se dice: "Una bailarina, una noche.") No lo creo.

Miñón iba a salir del almacén. Por no tener nada que hacer, para aparentar naturalidad y también porque resulta difícil salirse de toda esa turbulencia, movimiento browniano tan poblado y moviente, conmovedor, como el aturdimiento de la mañana —se quedaba mirando al pasar los mostradores donde se ven camisas, tarros de pegamento, martillos, corderos y esponjas de hule. Tenía en los bolsillos dos encendedores y una cigarrera. Lo venían siguiendo. Cuando estuvo cerca de la puerta guardada por un coloso cubierto de galones, una ancianita le dijo tranquilamente:

—¿Qué se ha robado usted, jovencito?

Lo de "jovencito" encantó a Miñón; de no ser por eso, se habría abalanzado. Las palabras inocentes son las más perniciosas, hay que cuidarse de ellas. Casi al instante el coloso estuvo junto a él y lo tomó de la muñeca: se lanzó como la ola más formidable contra el bañista dormido en la playa. Las palabras de la anciana y el gesto del hombre abrieron instantáneamente a Miñón un nuevo universo: el universo de lo irremediable. Es el mismo que aquel en que nos encontramos, pero tenía esto de particular: que en vez de acutar y de sabernos actores, nos sabemos actuados. Una mirada —tal vez de nuestros ojos— tiene la agudeza repentina y exacta de lo extralúcido, y el orden de este mundo —visto del revés— aparece tan perfecto en lo ineludible que a este mundo no le queda más que desaparecer. Y es lo que hizo en un abrir y cerrar de ojos. El mundo se vuelve como un guante. Resulta que el guante soy yo y que comprendo por fin que en el día del juicio, habrá de llamarme Dios con mi voz misma: "¡Jean, Jean!"

Miñón, lo mismo que yo, había conocido demasiados de esos fines del mundo para lamentarse, al volver a ponerse en pie después de ésta, sublevado contra ella. Una

rebelión no habría sacado de él más que sobresalto de carpa en una carpeta, y eso lo habría vuelto ridículo. Dócilmente, como atado por una correa o en sueños, se dejó llevar por el portero y el detective-hembra hasta la oficina del comisario especial del almacén, en los sótanos. ¡Estaba fresco, trincado! Aquella misma noche el coche celular lo llevó al depósito donde pasó la noche con más de un vagabundo, mendigo, ladrón, ratero, chulo, falsificador, todo tipo de gente salida de entre las piedras mal unidas de las casas levantadas una junto a otro en los callejones más oscuros. Al día siguiente llevaron a Miñón y sus compañeros hasta la cárcel de Fresnes. Entonces tuvo que dar su apellido, el de su madre, y el nombre de pila, secreto hasta entonces, de su padre (inventó: Romualdo). También le preguntaron su edad y su profesión.

—Su profesión —dijo el escribano.

—¿La mía?

—Pos claro, la suya.

Miñón estuvo a punto de ver salir de entre sus labios floridos: “moza de restaurant”, pero contestó:

—No tengo profesión, yo. No chambeo.

Y sin embargo, para Miñón esas palabras tuvieron el valor y el sentido de “moza de restaurant”.

Finalmente se encontró desnudo y le registraron la ropa hasta los dobladillos. El guardián le mandó abrir la boca, la inspeccionó, le pasó la mano por los tupidos cabellos y furtivamente, después de haberlos separado sobre la frente, le rozó la nuca, hueca aún, vibrante y cálida, sensible y dispuesta a provocar, bajo la caricia más leve, considerables estragos. En su nuca reconocemos que Miñón puede hacer todavía un delicioso tragahombres. Finalmente le dijo:

—Echese usted hacia delante.

Se inclinó. El guardián le miró el ano y vio una mancha negra.

—Expela —le dijo.

Miñón esperó, pero se había equivocado: el guardián dijo expela. La mancha negra era una cazcarria bastante gorda que crecía de día en día y que Miñón había tratado de arrancar ya en varias oportunidades, pero tenía que haberse arrancado los pelos o tomado un baño caliente.

—Tiés cólico —dijo el guardián. (Pues bien, tener cólico significa también tener miedo, y eso no lo sabía el guardián.)

Miñón de porte noble, con las caderas balanceadas y los hombros inmóviles. En la Colonia, el vigilante (tenía veinticinco años, llevaba botas de cuero color canela que le subían hasta los muslos sin duda velludos) había descubierto que la cola de la camisa de los colonos estaba manchada de mierda. Los domingos por la mañana, al cambiar de ropa, nos obligaba, pues, a extender, sosteniéndola por delante con las mangas separadas, nuestra camisa sucia. Azotaba con el extremo de su látigo la cara torturada ya por la humillación del colono cuya cola de camisa estaba manchada, ya no nos atrevíamos a ir al retrete, pero cuando los retortijones nos obligaban a ir, como no había papel, después de que nuestro dedo se había limpiado con la pared blanqueada de cal, amarilla ya por las meadas, teníamos buen cuidado de levantar la cola de nuestra camisa (ahora digo “nosotros”, pero por aquel entonces cada colono creía ser el único en actuar así), y lo que se manchaba era el fondillo del pantalón blanco. Los domingos por la mañana, nos sentíamos con la pureza hipócrita de las doncellas. Larochedieu era el único que hacía fines de semana se enredaba en las colas de su camisa y las manchaba. Sin embargo no era cosa tan grave y se le amargaron los tres años que pasó en el reformatorio por la preocupación de aquellas mañanas de domingo —que contemplo yo ahora, decorados con guirnaldas de

camisitas que adorna un toque leve de su mirada amarilla, antes de la misa— de modo que los sábados por la noche frotaba su camisa contra la cal de la pared para tratar de blanquearla. Al pasar ante él, descuartizado, ya en la picota, con sus quince años en cruz, el vigilante con botas de cuero, el ojo avellanado y brillante, permanecía inmóvil. Sin habilidad premeditada dejaba pasar sobre sus rasgos duros (los sentimientos que diremos que en ellos se pintaban eran como una carga a causa de esa dureza) el asco, el desprecio y el horror. Tieso, escupía en medio del rostro de mármol, que sólo esperaba ese salivazo, de Larochedieu. Pero nosotros que leemos esto, adivinamos que las colas de la camisa del vigilante y el fondillo de su calzón estaban merdosos. Así pues, Miñón-los-pies-chicos sintió lo que puede ser el alma de un Larochedieu vagabundo a quien le escupen el culo. Pero no prestaba mucha atención a esos intercambios momentáneos de ánimo. No sabía nunca por qué, después de ciertos golpes, se asombraba de encontrarse dentro de su pellejo. No dijo palabra. El guardián y él estaban solos en el vestidor. Tenía el pecho desgarrado de furor. Dejó la habitación, llevando tras de sí ese noble posterior... y por ese posterior se reconocía que habría sido un torero brillante. Lo encerraron en una celda. Finalmente encarcelado, se sintió libre y lavado, con sus trozos ensamblados nuevamente, de nuevo Miñón, el dulce Miñón. Su celda podría estar en cualquier parte. Las paredes son blancas, el techo es blanco, pero el piso de mugre negra la pone en el suelo y la sitúa ahí, precisamente, es decir entre mil celdas que son ligeras y sin embargo lo aplastan, en el tercer piso de la cárcel de Fresnes. Aquí estamos. Ahora podría, casi sin fingir, trasponer ni parafrasear, contar mi vida aquí. Mi vida actual.

Delante de todas las celdas corre un balcón interior al

que da cada una de las puertas. Frente a ella esperamos que el guardia abra y adoptamos posturas que nos revelen: por ejemplo, ese panoli indica, con la gorra tendida en la mano, que suele mendigar en los atrios. Cuando vuelven del paseo y esperan al guardián, si se inclina cada detenido no puede evitar oír alguna serenata en guitarra o sentir, junto a ese empalmetado, que el barco cabecea mucho a la luz de la luna, y que se va a pique. Mi celda es una caja perfectamente cúbica. Por la noche, tan pronto como Miñón se tiende en la cama, la ventana se lo lleva hacia el oeste, lo desprende del bloque de mampostería y huye con ella, llevándola a la zaga como una barquilla. Por la mañana, tan pronto como se abre alguna puerta —entonces todas están cerradas y es un misterio profundo, tal como el misterio del número en Mozart o la utilidad del coro en la tragedia— (en la cárcel se cierran más puertas de las que se abren) un resorte la saca del espacio en que se columpiaba y la pone de nuevo en su sitio: entonces es cuando debe levantarse el detenido. Mea, recto, sólido como un olmo, en la fuente de la letrina, sacude un poco su verga reblandecida; el alivio de la orina que sale lo devuelve a la vida activa, lo pone en tierra, pero con delicadeza, flexibilidad; suelta las ataduras de la noche, y el hombre se viste. Con la escobilla, reúne unas cuantas cenizas, algo de polvo. El guardián pasa y deja abierta la puerta durante cinco segundos para que nos dé tiempo a sacar la basura. Luego vuelve a cerrarla. El detenido no se ha deshecho aún por completo de la náusea del despertar sobresaltado. Tiene la boca llena de grava. La cama está caliente aún; pero no vuelve a acostarse. Hay que luchar contra el misterio cotidiano. La cama de hierro fija en la pared, la tablilla fija en la pared, la silla de madera dura fija en la pared por medio de una cadena... esa cadena, remanente de un orden muy antiguo en que las



cárceles se llamaban prisiones o mazmorras, en que los prisioneros, como los marinos, eran condenados a galeas, envuelve la celda moderna en una niebla porteña novelesca, la hace retroceder en el tiempo y causa en Miñón un estremecimiento sutil al sospechar éste que lo han embastillado (la cadena es símbolo de un poderío monstruoso; agregándole una bala de cañón, retenía los pies entumecidos de los galeotes del rey) — el jergón de hierba de mar, seco, estrecho como el estuche funerario de una reina oriental, la bombilla desnuda que cuelga, todo ello tiene la rigidez de un precepto, de huesos y de dientes descarnados. Cuando vuelva a su casa, a la buhardilla, Miñón no podrá ya al acostarse o sentarse o tomar el té, olvidar que reposa o duerme en el esqueleto de un sillón o de un sofá. La mano de hierro bajo el guante de terciopelo lo vuelve a la realidad. Que levanten el velo. Sola en la celda, en un ritmo que es como de seno (palpitante como una boca) la letrina de loza blanca acuerda su hálito consolador. Es humana.

El bloque-Miñón camina dando pasitos contoneados. Está solo en su celda. Con los poros de su nariz arranca pétalos de acacia y violetas; de espaldas a la puerta, donde siempre espía una mirada anónima, se las come y con el pugar vuelto, en el que ha dejado crecer la uña de los letrados, sigue buscando más. Miñón es un falso chulo. Los combinados que prepara casi siempre fracasan en divagaciones poéticas. Casi siempre camina con paso regular e impremeditado; una obsesión lo embebe. Hoy va y viene por su celda. Está desocupado, cosa rara porque casi constantemente labora, en secreto, pero fiel a su padecimiento. Se aproxima al estante y levanta la mano a la misma altura que un mueble de la buhardilla donde tiene el revólver. La puerta se

abre con gran estruendo de cerraduras en la herrería y el guardián grita:

—Pronto, las toallas.

Miñón se queda ahí plantado con las toallas limpias que le dan a cambio de las sucias, entre manos. Luego prosigue, a sacudidas, los gestos del drama que ignora estar representando. Se sienta en la cama; se pasa la mano por la frente; vacila en... Finalmente se levanta, y frente a ese espejito de un franco clavado en la pared, separa sus cabellos rubios y busca en su sien, sin saberlo, un agujero de bala.

La noche libera a Miñón de su dura corteza de chulo voluntario. En sueños se enternece, pero no puede agarrar más que la almohada, agarrarse a ella, colocar suavemente, tiernamente sobre la tela áspera —una mejilla de chiquillo que va a echarse a llorar— a decir “Quédate, por favor, amor, quédate.” Muy dentro del corazón de todos los “hombres” se representa una tragedia de cinco segundos, en verso. Conflictos, gritos, puñales o cárcel que desata, el hombre liberado acaba de ser testigo y materia de una obra poética. Por largo tiempo creí que la obra poética proponía conflictos; no es cierto: los anula.

Al pie de las murallas de la cárcel el viento se arro-dilla. El viento arrastra consigo todas las celdas en que duermen los presos; se aligera y huye. Corred, censores, los ladrones están muy lejos. Sutiles, sutilizan. Los escaladores escalan; por la escalera o el ascensor. En el descansillo, el burgués de medianoche, aplastado por el temor al misterio de un niño que roba, de un adolescente que fractura puertas, el burgués robado no se atreve a gritar: “Ladrones”. Apenas vuelve la cabeza. El ladrón hace girar cabezas, cabecear casas, bailar castillos, volar cárceles.

Miñón duerme al pie del muro. Duerme, Miñón, ladrón de nada, ladrón de libros, de cuerdas de campañas,

de melenas y de colas de caballos, de bicicletas, de perros de lujo. Miñón, taimado Miñón, que sabe robar su polvera a las mujeres; con una varita delgada y un poco de liga, roba a los curas el dinero del cepillo, a las devotas que comulgan en la misa rezada, el bolso que dejaron en el reclinatorio; a los chulos su chamba, a la policía sus guindillas, a las porteras sus hijas o sus hijos; duerme, duerme, que el día apenas luce cuando en tus cabellos rubios, un rayo, del sol que llega te encierra en tu cárcel. Y los días que se siguen hacen que tu vida sea más larga que ancha..

Al despertar, un condenado da la vuelta al balcón, corriendo, y da un puñetazo a cada puerta. Uno tras otro, con los mismos gestos, tres mil presos trastornan la atmósfera pesada de la celda, se levantan y ejecutan los insignificantes servicios de la mañana. Más tarde un guardián abrirá el ventanillo de la puerta de la celda 329, para pasar la sopa. Mira y no dice palabra. En esta historia, los guardianes también tienen empleo. No todos son tontos, pero sienten indiferencia pura hacia el juego que juegan. No comprenden nada de la belleza de sus funciones. Desde hace poco llevan puesto un uniforme azul oscuro que es la copia exacta del uniforme de los aviadores y se me antoja que, de tener el alma noble, les avergonzaría ser caricaturas de héroes. Son aviadores caídos del cielo a la cárcel, reventando la cristalería del techo. Se han evadido a la cárcel. En su cuello todavía cuelgan estrellas que, de cerca, parecen blancas y bordadas, porque de día es cuando podemos verlas. Se adivina que se lanzaron con espanto desde su avión (el niño Guynemer, herido, caía encogido de miedo; caía con el ala quebrada por el aire duro que hay que partir, con una benzina irisada sangrándole del cuerpo, y eso era caer en pleno cielo de gloria); finalmente, se encuentran entre un mundo que no los

sorprende. Pueden, tienen derecho a pasar ante todas las celdas sin abrirlas, mirar a los golfos dulces y humildes de corazón. No. No se les ocurre porque no lo desean. Volaban por los aires; no desean abrir los ventanillos, que se abren como ases de diamante, sorprender los gestos familiares de asesinos y ladrones, sorprenderlos mientras se lavan la ropa, preparan su cama para dormir, calafatean la ventana por economía, con sus gruesos dedos y un alfiler, partiendo los fósforos en dos o en cuatro, y decirles una palabra trivial —y por ende, humana— para ver si al instante no irían a transformarse en zorros o en linceos. Son guardianes de tumbas. Abren las puertas y las vuelven a cerrar sin preocuparse de los tesoros que protegen. Su rostro honrado (cuidado con la palabra “noble” y la palabra “honrado” que acabo de emplear), jalada hacia abajo, alisada por la caída vertical sin paracaídas, no está alterada por el roce con estafadores, ladrones, rufianes, encubridores, falsificadores, matones y monederos falsos. Ninguna flor salpica su uniforme, ni un pliegue de elegancia dudosa, y si he podido decir de uno de ellos que caminaba con pies de terciopelo, es que iba a traicionar unos días después, pasarse al campamento adverso que es el campo volante, subir derecho al cielo con la caja bajo el brazo. Me había fijado en él durante la misa en la capilla. En el momento de la comunión, el capellán bajó del altar y llegó a una de las primeras celdas (porque también la capilla está dividida en quinientas celdas: féretros en pie), llevándole una hostia a un preso que debía estar esperándola de rodillas. Así pues, el vigilante aquel —que se encontraba, con la gorra puesta, a un lado del altar, con las manos en los bolsillos en esa actitud, en fin, que tanto me complacía por recordarme a Alberto— sonrió, pero de un modo dulcemente divertido que jamás habría creído posible en un carcelero. Su sonrisa acompañó

a la Eucaristía y el regreso del copón vacío, y pensé que mientras trituraba sus cojones con la mano izquierda, se burlaba del devoto. Ya me había preguntado yo lo que sería el encuentro del guardián, joven y guapo, con un criminal joven y guapo. Me complacían esas dos imágenes: un choque sangriento y mortal o un abrazo esplendente en una orgía de esperma y de jadeos; pero nunca me había fijado en ningún guardia cuando por fin lo vi. Desde mi celda, que estaba en última fila, distinguí muy poco de sus rasgos como para darle el dibujo del rostro de un mestizo mexicano joven y cobarde que había recortado de la tapa de una novela de aventuras. Pensé: "Canallita, yo sí que te voy a hacer comulgar." Mi odio y mi horror de esa ralea tuvieron que hacerme bandear más fuerte aún, porque sentí que bajo mis dedos mi verga se hinchaba —y la sacudí hasta que por fin... —sin dejar de mirar al guardián que seguía sonriendo con dulzura. Ahora puedo decirme que sonreía a otro guardián o a un asesino, y que como yo me hallaba entre ambos, esa sonrisa luminosa me atravesó, descomponiéndome. Creí poder pensar que el grillero estaba vencido y agradecido.

Frente a los guardianes, Miñón se sentía como un chiquillo. Los odiaba y los respetaba. Se pasa el día fumando, hasta marearse en la cama. En sus náuseas, manchas claras forman islas: es el gesto de una querida, es el rostro barbilampiño y liso como el de un boxeador, de una joven. Tira sus colillas porque le gusta el gesto. (¿Qué no puede esperarse de un chulo que hace sus cigarros porque eso da cierta elegancia a los dedos, que lleva suelas de caucho para sorprender con el silencio de sus pasos a la gente que cruza y que lo mirará con mayor estupor, verá su corbata, envidiará sus caderas, sus hombros y su nuca, sin conocerlo, que le creará, a pesar de su incógnito, de un transeúnte a otro, un séquito florido e ininterrumpido de homenajes concediéndole una especie de soberanía momentánea y discontinuada a ese desconocido, haciéndole re-

correr su vida, a pesar de todo y hasta el último de sus días, como un soberano?) Por la noche recoge el tabaco desperdigado y lo fuma. Tendido de espaldas sobre la cama, las piernas abiertas, sacude con la mano derecha la ceniza del cigarrillo. El brazo izquierdo lo tiene debajo de la cabeza. Es un momento de felicidad, compuesto por la adorable facilidad que tiene Miñón para ser lo que, por su postura, es más profundamente, y que ese esencial le hace revivir ahí su verdadera vida. Tendido en una cama rígida y fumando, ¿qué podría ser? Miñón nunca sufrirá, o sabrá siempre salirse de un mal paso gracias a la facilidad que tiene para ponerse los gestos de un tipo admirado que se encuentre en esa misma situación, y si libros o anécdotas no se los proporcionan, a crearlos —así sus deseos (pero se percató demasiado tarde de ello, cuando no quedaba tiempo para retroceder) no eran el deseo de ser contrabandista, rey, juglar, explorador ni negrero, sino el deseo de ser uno de los contrabandistas, uno de los reyes, juglares, etc... es decir, como... En las posturas más lamentables Miñón sabrá recordar que fue también la de alguno de sus dioses (y si no la tuvieron, los obligará a haberla tenido), y la postura de él será sagrada, y por eso algo mejor que soportable. (Es tan semejante a mí que recreo a esos hombres, Weidmann, Pilorge, Soclay, en mi deseo de ser ellos mismos; pero es muy diferente a mí por su fidelidad a sus personajes, pues hace ya tiempo que yo me he resignado a ser yo mismo. Pero precisamente mi codicia de un destino soñado espléndido, si puede decirse así, ha condensado en una especie de reducción compacta, sólida y extremadamente centelleante, los elementos trágicos, purpurinos, de mi vida vivida, y me sucede que tengo ese rostro complejo de Divina, que es ella misma primero y simultáneamente a veces, en los rasgos de su rostro y sus gestos, los seres de elección e imaginarios y tan reales con los que, en su estricta intimidad, tiene disgustos, que la torturan o la

exaltan, pero que no la dejan tranquila, le dan, gracias a sutiles contracciones de arrugas y estremecimientos de los dedos, ese aspecto inquietante por ser múltiple, pues sé que permanece muda, cerrada como un sepulcro, y como él poblada por lo inmudo.) Tendido en una cama dura y fumando ¿qué podría ser? “El que, por su postura, es eso más profundamente, es decir un chulo encarcelado que fuma un cigarrillo, es decir él mismo.” Se comprenderá pues hasta qué punto la vida interior de Divina difería de la vida interior de Miñón.

Miñón ha escrito a Divina una carta en cuyo sobre no le ha quedado más remedio que escribir: “Monsieur”, y también a Nuestra Señora de las Flores. Divina está en la clínica. Envía un giro de quinientos francos. Más adelante leeremos su carta. Nuestra Señora no ha contestado.

Un celador abre la puerta y empuja a un nuevo dentro de la celda. ¿Quién lo recibirá: Miñón o yo? Trae consigo su gamela, su cantimplora, su cuchara de palo y su historia. Tan pronto como empieza a hablar, lo interrumpo. Sigue hablando, pero ya no estoy ahí.

—¿Cómo te llamas?

—Jean.

Con eso me basta. Igual que yo y que ese niño muerto para quien escribo, se llama Jean. No importaría, de todos modos, si fuera menos guapo. Pero yo ando de malas. Jean allá, Jean acá. Cuando digo a uno que lo amo, pongo en duda si será a mí. Ya no estoy ahí porque de nuevo me esfuerzo por revivir esas cuantas veces en que me permitió acariciarlo. Me atrevía a todo, y para amansarlo acepté que tuviera sobre mí la superioridad del macho; su miembro era tan sólido como el de un hombre, y su rostro de adolescente era la dulzura en persona, de modo que tendido en mi cama, recto, sin movimiento, cuando gozaba dentro de mi boca, no perdía nada de una castidad virginal. Aquí es otro

Jean el que me cuenta su historia. Yo no estoy solo, pero por eso mismo estoy más solo que nunca. Quiero decir que la soledad de la cárcel me proporcionaba esa libertad de estar con los cien Jean Genet entrevistados al pasar en cien transeúntes, porque soy muy semejante a Miñón que se robaba a todos los Miñón que un gesto impensado dejaba escapar de todos los desconocidos a cuyo lado; pero el nuevo Jean hace entrar de nuevo en mí —como un abanico que se cierra, los dibujos de la gasa— hace volver yo no sé qué. Y sin embargo, dista mucho de ser antipático. Inclusive, es lo suficiente tonto como para que yo sienta algo de ternura hacia él. Los ojos estrechos y negros, la tez morena, los cabellos revueltos y ese aire despierto... Algo así como un golfo griego al que se adivina agazapado jugando a la oca al pie de la estatua invisible de Mercurio, pero que espía al dios con la mirada para robarle sus sandalias.

—¿Estás aquí por...?

—Chulo. Me llaman la Garduña de Pigalle.

—No sirve. No tienes la ropa. En Pigalle sólo hay maricones. Anda, cuenta.

El niño griego cuenta que lo han agarrado con las manos en la masa cuando estaba sacando de la caja de una tasca la mano llena de billetes.

—Ya me vengaré. Tan pronto como salga, le romperé todos sus vidrios a pedradas, de noche. Pero me pondré guantes para recoger las piedras: por lo de las huellas. No soy bueno.

Prosigo con la lectura de mis novelas populares. Mi amor se satisface en ellas con los pillos vestidos de gentileshombres. Y también mi afición por la impostura, mi afición por el oropel que me haría escribir en mis tarjetas de visita: "Jean Genet, falso conde de Tillancourt". En medio de las páginas de esos gruesos libros de caracteres aplastados, aparecen maravillas. Como lirios erec-



tos, surgen hombres jóvenes que son, un poco gracias a mí, príncipes y mendigos a la vez. Si de mí hago Divina, de ellos hago sus amantes: Nuestra Señora, Miñón, Gabriel, Alberto, mozos que silban agudamente y sobre cuya cabeza, mirándolo bien, a modo de aureola podría verse una corona real. No podría evitar que tuvieran la nostalgia de las novelas baratas, con páginas grises como los cielos de Venecia y de Londres, atravesadas todas por los dibujos y los signos feroces de los detenidos; ojos de frente en perfiles, corazones sangrantes. Leo esos textos idiotas para la razón, pero mi razón no se ocupa con un libro en que las frases envenenadas, emplumadas, se abalanzan contra mí. La mano que las lanza diseña, clavándolas en alguna parte, la silueta vaga de un Jean que se reconoce y no se atreve a moverse, en espera de que apuntándole bien al corazón, lo deje palpitante. Amo hasta la locura, como amo a la cárcel, esa tipografía apretada, compacta como un montón de inmundicias, atascada de acciones sangrientas como lienzos, fetos de gatos muertos, y no sé si con sexos tiesamente erectos que se transforman en duros caballeros o los caballeros, en sexos verticales.

Además, en el fondo ¿es necesario que hable tan directamente de mí? Me agrada mucho más describirme en las caricias que reservo para mis amantes. Poco faltó para que ese nuevo Jean se convirtiera en Miñón. ¿Qué le faltaba? Cuando tira pedos, con un ruido seco, tiene ese gesto de doblarse sobre los muslos conservando las manos en los bolsillos y haciendo girar un poco el torso, como si lo atornillara. Es el movimiento de un piloto al timón. Rehace a Miñón de quien, entre otras cosas, me agradaba esto: cuando tarareaba música de Java, hacía un pasito de baile y colocaba sus dos manos ante sí, como si sostuvieran la cintura de su pareja (a su capricho, hacía que esa cintura fuera más gruesa o más fina,

separando o juntando sus manos, siempre móviles); así parecía sostener aún el volante sensible de un Delage en un camino casi recto; también parecía ser el boxeador agitado que se protege el hígado con manos planas y ágiles; así pues, el mismo gesto era común a muchos héroes en los que se convertía de repente Miñón, y siempre resultaba que ese gesto era el que con mayor fuerza simbolizara al macho más gracioso. Hacía gestos de éstos, maravillosos, que nos ponen a sus pies. Gestos duros, que nos hacen estremecer como esa ciudad en cuyos flancos vi sangrar el líquido fundido de aquellas estatuas en marcha, avanzando a ritmo de estatuas sublevadas por el sueño. Los batallones avanzan en sus sueños por las calles como un tapete volador o como una llanta que cae y rebota siguiendo una cadencia suave, lenta y pesada. Sus pies tropiezan con nubes; entonces despiertan, pero un oficial dice una palabra: vuelven a dormir y prosiguen su camino entre su sueño, sobre sus botas pesadas como un pedestal, y el polvo es nube. Semejantes a los Miñón que nos han atravesado, lejanos en sus nubes. Lo único que los hace diferentes son sus caderas de acero, que jamás sabrán hacer de ellos chulos tortuosos y flexibles. Me asombra que el rufián Horst Wessel, según dicen, haya dado nacimiento a una leyenda y a una endecha.

Ignorantes, fecundantes, como polvo de oro cayeron sobre París que durante toda la noche comprimió los latidos de su corazón.

Nosotros nos estremecíamos en nuestras celdas que cantan o se quejan de voluptuosidad obligada, porque de sospechar aquel derroche de machos, gozábamos tanto como si pudiéramos ver a un gigante en pie, con las piernas separadas, bandeando.

Haría como tres meses que Miñón estaba en chirona cuando —era cuando me encontraba a los menores cu-

yos rostros me parecían tan voluntarios y tan duros aunque tan jóvenes, que hacían aparecer más blanda mi pobre carne blanca en la que no encuentro ya nada del feroz colono de Mettray, pero en cambio los reconozco bien a ellos, y los temo— bajó para recibir una visita. Allí un jovencuelo le habló de Nuestra Señora de las Flores. Lo único que les contaré de punta a cabo, Miñón lo supo por fragmentos que ensambló, por palabras dichas detrás de la mano abierta, durante muchas visitas. En su asombrosa vida, Miñón, al corriente de todo, nunca sabrá nada. Como siempre ignorará que Nuestra Señora es su hijo, no sabrá, en esa historia que le relata el chiquillo, que Pierrot-el-Corso es Nuestra Señora bajo un apodo que adoptaba para traficar con drogas. Así pues, Nuestra Señora estaba en casa del chiquillo que va a hablar cuando el ascensor del edificio se detuvo en el piso. El ruido de su parada señalaba el instante en que debe asumirse lo inevitable. Un ascensor que se detiene hace palpar el corazón que lo oye, como el ruido lejano de clavos que clavan. Hace que la vida sea quebradiza como un vidrio. Sonó el timbre. El ruido del timbre, como era menos fatal que el del ascensor, trajo algo de certidumbre, de convencionalismo. Si después del ruido del ascensor no hubieran oído nada más, el chiquillo y Nuestra Señora habrían muerto de miedo. El chiquillo fue quien abrió la puerta.

—¡Policía! —dijo uno de los dos hombres, volviendo con ese gesto que ustedes saben la solapa de su chaqueta.

Ahora, la imagen de la fatalidad era, para mí el triángulo que forman tres hombres de aspecto demasiado corriente para no ser peligroso. Imaginemos que subo por una calle. Los tres están en la acera de la izquierda donde yo no los había visto aún. Pero ellos me han visto: uno pasa a la acera de la derecha, el segundo sigue por

la izquierda y el último frena un poco su marcha para formar el vértice del triángulo en que voy a encerrarme: es la Policía.

—Policía.

Avanzó por el vestíbulo. Todo el piso estaba alfombrado. Para aceptar que se mezclen en la vida cotidiana —vida de zapatos que atar, de botones por recoser, de espinillas que sacar de la cara— aventuras de novela policiaca, uno mismo debe tener algo de alma de hada. Los policías avanzaban con la mano puesta en su revólver amartillado, dentro del bolsillo de su chaqueta. En el fondo del estudio del chiquillo, sobre la chimenea, había un inmenso espejo con el marco de rocallas de cristal en complicadas facetas; algunos sillones forrados de seda amarilla estaban dispersos. Las cortinas estaban corridas. La luz artificial procedía de una araña pequeña. Eran las doce del día. Los policías husmeaban crimen y tenían razón, porque el estudio reproducía la atmósfera sofocante del cuarto en que Nuestra Señora, jadeante, con sus gestos atrapados en una forma rígida de cortesía y temor, había estrangulado al viejo. Sobre la repisa de la chimenea frente a ellos había yaros y rosas. Igual que en la casa del viejo, los muebles barnizados sólo presentaban curvas de las que parecía manar luz en vez de posarse, como en los globos de las uvas. Los policías avanzaban y Nuestra Señora los veía avanzar en un silencio espantoso como el eterno silencio de los espacios desconocidos. Avanzaban, como él mismo entonces, por la eternidad.

Llegaban de perillas. En medio del estudio, en una mesa grande, directamente sobre el mantel de terciopelo rojo, había tendido un gran cuerpo desnudo. Nuestra Señora de las Flores, en pie, atento, veía venir a los policías. Al mismo tiempo que a ellos los visitaba la pesada idea de un homicidio, la idea de que ese homicidio era postizo destruía el homicidio; lo fastidioso de semejante

proposición, lo fastidioso de su absurdo y su posible: un homicidio simulado, hacía sentirse incómodos a los policías. Resultaba evidente que no podían estar en presencia de un hombre o mujer asesinados y recortados en pedacitos. Los policías llevaban sortijas de oro de verdad y auténticos nudos de corbata. En cuanto —y aun antes— estuvieron al borde de la mesa comprobaron que el cadáver era un maniquí de cera de los que usan los sastres. Sin embargo, la idea del homicidio enredaba los datos simples del problema. “Tú sí que tienes la cara como para dar buenos golpes.” El mayor de los policías se lo dijo a Nuestra Señora, porque el rostro de Nuestra Señora es un rostro de una pureza tan radiante que al instante, y a cualquiera, se le ocurría la idea de que era falso, de que aquel ángel tenía que ser doble, de humos y llamas, porque cada quien, por lo menos una vez en la vida, ha tenido oportunidad de decir: “Habría puesto mi destino en sus manos” y a toda costa quiere ser más marrojo que el destino.

Nuestro homicidio imaginario dominaba, pues, la escena. Los dos policías sólo andaban en busca de la cocaína que uno de sus soplones había averiguado en casa del chiquillo.

—Pásenme la nieve, y pronto.

—No tenemos nieve, jefe.

—Vamos, pronto, niños; si no, nos los llevamos y procederemos a un registro. Eso no les servirá de nada.

El chico vaciló un segundo, tres segundos. Conocía el método de los policías y sabía que estaba atrapado. Tomó su decisión.

—Tomen. Sólo tenemos esto.

Tendió un paquete muy pequeño, plegadito como los sobres de polvo farmacéuticos, que sacó de la caja de su reloj de pulsera. El policía se lo guardó en el bolisillo del chaleco.

—¿Y él?

—El no tiene. De veras, jefe, puede registrar.

—Y eso ¿de dónde viene?

El maniquí. Tal vez haya que reconocer aquí la influencia de Divina. Está siempre donde surge lo inexplicable. Esa loca siembra tras ella lazos y trampas taimadas, encerronas, arriesgándose a quedar atrapada si da media vuelta, y debido a ella, la mente de Miñón y de Nuestra Señora, sus compinches, está erizada de gestos absurdos. Mirando hacia arriba, dan tumbos que los condenan a los más tristes sinos. El chiquillo amigo de Nuestra Señora también asaltaba casas, y de un coche parado, con Nuestra Señora de las Flores, había robado una caja que, abierta, reveló contener los horribles trozos de un maniquí de cera desarmado.

Los policías se ponían el abrigo. No contestaron. Las rosas de la chimenea eran bellas, pesadas y excesivamente perfumadas. Debido a lo cual los policías tenían menos aplomo. El homicidio era falso o estaba sin terminar. Habían venido a buscar nieve. Nieve... laboratorios instalados en cuartos de criadas... que hacen explosión... daños... Así pues ¿la cocaína es peligrosa? Se llevaron a los dos chicos hasta la brigada y aquella misma noche, con el comisario, volvieron para efectuar un cacheo que les proporcionó trescientos gramos de cocaína. Pero no por eso dejaron en paz a Nuestra Señora ni al chico. Los policías hicieron lo que pudieron para sacar ellos el mayor número de informes posible. Los presionaban, registraban esa noche para desenmarañar algunos hilos que condujeran a otras capturas. Los sometieron a la tortura moderna: patadas en la barriga, tortazos, reglazos en las costillas y otros juegos distintos, de uno a otro.

—¡Confiesa! —gritaban.

Finalmente Nuestra Señora rodó bajo una mesa. Ebrio de furor, un policía se arrojó hacia él pero otro lo retuvo

agarrándolo del brazo y murmurándole algo; después, en alta voz:

—Anda, déjalo, Gaubert. Total, no ha cometido ningún crimen.

—Ese ¿con su carita de muñeca? Sería muy capaz, toma.

Temblando de miedo, Nuestra Señora salió de debajo de la mesa. Hicieron que se sentara en una silla. Al fin y al cabo, sólo se trataba de cocaína y en la sala contigua al otro chico lo maltrataban menos. El brigadier que había interrumpido el juego de pim-pam-pum se quedó solo con Nuestra Señora. Se sentó y le tendió un cigarrillo.

—Dime lo que sepas. La cosa no es muy grave. Un poco de cocaína, no te expone a la guillotina.

Me será muy difícil explicar con exactitud y describir minuciosamente lo que pasó por Nuestra Señora de las Flores. No es posible hablar, a este respecto, de agradecimiento hacia el policía de tono más compasivo. El alivio de Nuestra Señora al oír la frase: no es muy grave, no, no es eso tampoco. El policía dijo:

—Lo que lo ha enfurecido ha sido ese maniquí.

Rio y tragó una bocanada de humo. Hizo gárgaras. Nuestra Señora ¿temería un castigo menor? Primeramente le subió desde el hígado, hasta cerca de los dientes, la confesión del asesinato del anciano. No hizo la confesión. Pero la confesión subía, subía. Si abre la boca lo dirá todo. De repente un vértigo se apodera de él. Se ve sobre el frontón de un templo no muy alto. “Tengo dieciocho años. Me pueden condenar a muerte.” Piensa a toda prisa. Si afloja los dedos, caerá. Vamos, se rehace. No, no dirá nada. Sería magnífico decir, sería glorioso. ¡No, no, no, no! ¡Señor, no!

¡Ah! se ha salvado. La confesión se retira, se retira sin haber salido.

—He matado a un viejo.

Nuestra Señora ha caído del frontón del templo, y al

instante la desesperación tranquila lo deja dormido. Está descansando. El policía apenas se ha movido.

—¿A quién? ¿qué viejo?

Nuestra Señora revive y ríe:

—No, estoy bromeando, era un chiste.

Con una velocidad increíble combina esta coartada: un asesino confiesa espontáneamente y, como un idiota, con detalles imposibles, un asesinato, para que crean que está loco y que aparten de él las sospechas. Todo inútil. Llevan de nuevo a Nuestra Señora a la tortura. Por mucho que grite que intentaba jugar, los policías quieren saber. Nuestra Señora sabe que sabrán, y como es joven, forcejea. Es un ahogado que lucha contra sus gestos y en quien, sin embargo, la paz —ya saben, esa paz de los ahogados— desciende lentamente. Los policías dicen ahora los nombres de todos los asesinados desde hace cinco o diez años, cuyo asesino nunca fue atrapado. La lista se estira; Nuestra Señora tiene una inútil revelación: la extraordinaria ignorancia de la policía. Las muertes violentas desfilan ante sus ojos. Los policías dicen nombres, nombres, y golpean. Finalmente se preparan para decirle a Nuestra Señora: "Tal vez no sepas su nombre." Todavía no. Dicen nombres y miran el rostro enrojecido del niño. Es un juego. El de las adivinanzas. ¿Frí o caliente? ¿Ragon...? El rostro está demasiado perturbado para poder expresar nada que se pueda comprender. Todo es desorden, Nuestra Señora grita:

—Sí, sí, es él. Déjenme.

Tiene los cabellos en los ojos; los aparta moviendo bruscamente la cabeza, y ese simple gesto que era su coquetería menos frecuente le significa la vanidad del mundo. Apenas se seca la baba que le cae de la boca. Todo se vuelve tan tranquilo que nadie sabe ya qué hacer.

De la noche a la mañana, el nombre de Nuestra Se-



ñora de las Flores fue conocido por Francia entera, y Francia está acostumbrada a las confesiones. Los que sólo echan una ojeada a los periódicos no perdieron tiempo con Nuestra Señora de las Flores. Los que van hasta el fondo de los artículos, olfateando que hay algo insólito y descubriéndolo de repente, sacaron a la luz una pesca milagrosa: esos lectores eran los colegiales y los pueblos pequeños que han seguido siendo, en el fondo de sus provincias, semejantes a Ernestina que nació vieja, como los niños judíos que a los cuatro años tienen el mismo rostro y los mismos gestos que tendrán a los cincuenta. Fue para ella, para encantar su crepúsculo, que Nuestra Señora mató a un viejo. Desde siempre hacía cuentos fatales o historias de aspecto plano y trivial, pero en que ciertas palabras explosivas reventaban el lienzo y, por esos jirones mostraban como quien dice algo de entre bastidores, se entendía con pasmo por qué había hablado así. Tenía la boca llena de cuentos, y se pregunta uno cómo podían nacer de ella que cada noche sólo leía un periódico sin gracia: los cuentos nacían del periódico como los míos de las novelas populares. Esperaba al cartero, acechando detrás del vidrio. Un tormento, más conmovedor a medida que pasaba el tiempo, le agitaba al acercarse la hora del correo y cuando por fin tocaba las páginas grises y porosas, chorreando la sangre de los dramas (esa sangre cuyo olor confundía con el de la tinta y el papel), al desplegarlos como una servilleta sobre sus rodillas, se derrumbaba, agotada, reventada, en el fondo del viejo sillón rojo.

El cura de una aldea, al oír flotar a su alrededor el nombre de Nuestra Señora de las Flores, sin haber recibido órdenes de la diócesis ordenó oraciones un domingo, desde el púlpito, y recomendó ese nuevo culto a la devoción particular de los fieles. Los fieles en sus bancos, sobrecogidos, no dijeron palabra ni pensaron un solo pensamiento.

En un villorrio, el nombre de la flor llamada "reina de los prados" hizo preguntar a una niña, que pensaba en Nuestra Señora de las Flores:

—Dime, mami, ¿es una que ha tenido un milagro?

Hubo otros milagros que no tengo tiempo de relatar.

El viajero taciturno y febricitante que llega a un pueblo no deja de ir derecho a las tabernas, barrios reservados y burdeles. Lo guía un sentido misterioso que le indica el llamado del amor oculto, o tal vez por el andar y la dirección que toman ciertos habituados que reconoce gracias a señales simpáticas, algún santo y seña intercambiado por los subconscientes y que él sigue, confiadamente. Así, Ernestina se iba derecha a las breves líneas de las gacetillas que son —asesinatos, robos, violaciones, agresiones a mano armada— "Barrios Chinos" de los periódicos. La hacían soñar. Su violencia concisa y su exactitud no daban al ensueño tiempo ni espacio para infiltrarse: la derribaban. Aparecían llenas de brutalidad, en colores vivos y sonoros: manos rojas puestas en el rostro de una bailarina, caras verdes, párpados azules. Cuando se había apagado esa ola de fondo, leía todos los títulos de los fragmentos musicales de la columna de radio, pero jamás habría tolerado que un aire musical penetrara en su alcoba, porque la más leve melodía corroe la poesía. Así pues, los periódicos fueron inquietantes como si sólo hubieran estado llenos de columnas de crónica roja, columnas sangrientas y mutiladas como postes de tortura. Y aun cuando al porceso que leeremos mañana la prensa sólo haya concedido parcamente diez líneas, suficientemente separadas para que el aire pueda circular entre las palabras demasiado violentas, esas diez líneas —más hipnóticas que la bragueta de un ahorcado, que la palabra "corbata de cáñamo", que la palabra "un alegre"— esas diez líneas hicieron palpar todos los corazones de las ancianas y de

los niños celosos. París no durmió: esperaba que mañana condenaran a muerte a Nuestra Señora; lo deseaba.

Por la mañana los barrenderos, inasequibles a las dulces y tristes ausencias de los condenados a muerte, muertos o no, a quienes presta asilo la Sala de lo Criminal, levantaron un polvo corrosivo, regaron el piso, escupieron, blasfemaron, rieron con los amanuenses que ponían en orden los expedientés. La audiencia comenzaría a las doce y cuarenta y cinco exactamente, y a las doce el portero abrió ya las puertas de par en par.

La sala no es majestuosa pero es muy alta, de modo que dominan las líneas verticales al igual que las líneas de lluvia tranquila. Al entrar se ve en la pared un inmenso cuadro con una justicia que es una mujer, vestida con grandes telas rojas. Con todo su peso se apoya en un sable, que aquí se llama espada y que no se dobla. Más abajo se encuentran el estrado y la mesa a la que los jurados y el Presidente, vestido de toga roja con armiño, vendrán a sentarse para juzgar al niño. El presidente se llama "el señor Presidente Vase de Sainte-Marie". Una vez más, para llegar a sus fines el destino emplea un método ruin. Los doce jurados son doce buenos hombres repentinamente convertidos en jueces soberanos. Así pues, desde las doce la sala estaba llena: una sala de banquete. La mesa está puesta. Quisiera hablar con simpatía de esa multitud que es el público de lo Criminal, no porque no fuera hostil a Nuestra Señora de las Flores —a mí qué me importa— sino porque destella mil gestos poéticos. Se estremece como un tafetán. Nuestra Señora danza, al borde de un abismo erizado de bayonetas, una danza peligrosa. La multitud no está alegre: su alma es triste hasta la muerte. Se amontonó en los bancos, apretó las rodillas, las nalgas, se sonó los mocos, hizo, en fin esas cien necesidades de multitud de la sala de audiencia donde tantas majestades se van a desplomar. El público no viene aquí sino por-

que una sola palabra puede provocar una decapitación y que volverá a su casa, como San Dionisio, con su cabeza cortada entre manos. Se dice a veces que la muerte se cierne sobre un pueblo. ¿Recuerdan ustedes a la italiana flaca y tísica que para Culafroy era la muerte, y que más adelante lo será para Divina? Aquí la muerte es sólo un ala negra sin cuerpo, un ala hecha con varios retazos de etamina negra sostenida por un armazón de varillas de paraguas, un estandarte de piratas, bajo el asta. Esa ala de etamina flotaba sobre el Palacio que no confundirá usted con ningún otro, porque se trata del Palacio de Justicia. Lo envolvía entre sus pliegues, y en la sala había desprendido para representarla una corbata de crespón de china verde. En la mesa del Presidente, la cobrata era la única evidencia. La Muerte, visible aquí, era una corbata, y me agrada que así sea: era una Muerte ligera.

La multitud estaba avergonzada de no ser el asesino. Los abogados negros llevaban expedientes bajo el brazo y se hablaban sonriendo. Se aproximaban a veces muy cerca y muy audazmente a la Pequeña Muerte. Las abogadas eran mujeres. Los periodistas estaban con los abogados. Los delegados de los patronatos de la adolescencia hablaban bajo, entre ellos. Se disputaban un alma. ¿Habría que jugársela a los dados para enviarla a los Vosgos? Los abogados, que a pesar de su toga larga y sedosa, no tienen esa apostura tan dulce y precipitada hacia la muerte de los eclesiásticos, hacían y deshacían grupos. Estaban muy cerca del estrado, y la multitud oía cómo afinaban sus instrumentos para la marcha fúnebre. La multitud estaba avergonzada de no morir. Era la religión de la hora, de esperar y enviar a un joven asesino. El asesino entró. Sólo se vieron macizos guardias republicanos. El niño salió de los flancos de uno de ellos, y el otro le retiró la cadena de las mu-

ñecas. Los periodistas han descrito movimientos de la muchedumbre al entrar un célebre criminal; así pues, diré a los lectores que lean esos artículos, por favor, ya que mi papel y mi arte no consisten en describir grandes movimientos de muchedumbre. Sin embargo, me atreveré a decir que todos los ojos pudieron leer, grabados en el aura de Nuestra Señora de las Flores, estas palabras: "soy la Inmaculada Concepción". La falta de aire y luz, en su celda, no le había hecho ni palidecer ni hincharse demasiado; el diseño de sus labios cerrados era el de una sonrisa grave; sus ojos claros ignoraban al Infierno; todo su rostro (pero tal vez estuviera ante ustedes como la cárcel que, al pasar esa mujer que canta por la noche, ha seguido siendo para ella un muro malvado, a pesar de que todas las celdas en secreto emprendían el vuelo, echaban a volar por las manos que aleteaban como alas, de los detenidos trastornados por ese cantar), su imagen y sus gestos liberaban demonios cautivos o cerraban bajo siete llaves ángeles de luz. Iba vestido con un traje de franela gris muy joven, y llevaba abierto el cuello de la camisa azul. Sus cabellos rubios se empeñaban en caerle sobre los ojos, ya saben ustedes qué sacudida de la cabeza los retiraba. Así pues, cuando tuvo a todo el mundo frente a él, Nuestra Señora, el asesino que dentro de un rato iba a ser asesinado a su vez, dio parpadeando una sacudida de la cabeza que hizo brincar sobre ella el mechón rizado que le recaía cerca de la nariz. Esa simple escena nos transporta, es decir que elevó el instante, como la aniquilación en el mundo levanta al fakir y lo mantiene suspendido. El instante no era ya de la tierra sino del cielo. Todo hacía temer que la audiencia no fuera desmenuzada por esos instantes crueles que levantarían trampas de bajo los pies de los jueces, los abogados, Nuestra Señora y los guardias, dejándolos, durante una eternidad, suspendidos como fakires

hasta el momento en que una respiración exageradamente hinchada devolviera la vida suspendida.

El pelotón de honor (soldados de la colonial) entró con gran ruido de zapatos claveteados y ruido de bayonetas; Nuestra Señora creyó que era el pelotón de ejecución.

¿Lo he dicho ya? El público se componía principalmente de hombres; pero todos aquellos hombres vestidos de oscuro, con paraguas colgados del brazo o periódicos en los bolsillos, estaban más estremecidos que un cenador recubierto de glicinas, más que la cortina de encaje de una cuna. Nuestra Señora de las Flores era la causante de que, invadida por una multitud algo endemoniada y grotesca, la sala de audiencia fuera un seto de mayo. El asesino estaba sentado en el banquillo de los acusados. La liberación de las cadenas le permitía meter las manos hasta el fondo de sus bolsillos; así parecía estar en cualquier parte, es decir más bien en la sala de espera de una oficina de empleos, en el banco de un parque público, mirando de lejos a un polichinela dentro de un quiosco, o tal vez en la iglesia, en el catecismo del jueves. Juro que se esperaba cualquier cosa. En un momento dado sacó una mano del bolsillo y, lo mismo que antes, rechazó, con ella al mismo tiempo que con una sacudida de su linda cabecita, el mechón rubio y rizado. La multitud dejó de respirar. El terminó su gesto alisando los cabellos hacia atrás, hasta la nuca, y gracias a ello revivió esa impresión extraña: cuando, en un personaje que la gloria ha deshumanizado, se descubre un gesto familiar, un rasgo vulgar (esto es: empujar con un gesto brusco un mechón de cabellos), que rompe la corteza petrificada por la rendija tan adorable como una sonrisa o un error, se divisa un rincón de cielo. Ya había observado eso respecto a uno de los mil precursores de Nuestra Señora, ángel anunciador de esa virgen, un muchachito rubio ("Niñas rubias como mu-

chachos...” En verdad, nunca me cansaré de esa frase que tiene la misma seducción que la expresión: “guardia francesa”) que observaba en los conjuntos de gimnasia. Dependía de las figuras que contribuía a trazar, y por eso era sólo un signo. Pero cada vez que tenía que poner rodilla en tierra y, caballero en la consagración, extender el brazo de acuerdo con la orden, sus cabellos caían sobre sus ojos y rompía la armonía de la figura gimnástica al llevarlos hacia atrás, contra sus sienes y después tras de sus orejas, pequeñas, en un gesto que trazaba una curva con sus dos manos las cuales encastraban y apretaban por un instante, como si fuera una diadema, su cráneo oblongo. Habría sido el gesto de una monja al apartar el velo, si no hubiera sacudido al mismo tiempo la cabeza como un pajarillo que se sacude después de beber.

También fue ese descubrimiento del hombre en el dios lo que hizo un día que Culafroy amara a Alberto por su cobardía. A Alberto le arrancaron el ojo izquierdo. En una aldea, semejante acontecimiento no es poca cosa: en fin, después del poema (o fábula) que de él nació (milagro renovado de Ana Bolena: de la sangre humeante nace un matorral de rosas, tal vez blancas pero sin duda perfumadas), se hizo un escrutinio para descubrir la verdad dispersa bajo los mármoles. Entonces se veía que Alberto no había podido evitar una pelea con su rival acerca de su tipa. Había sido cobarde como siempre, como toda la aldea lo conocía, y eso había dado al otro prontitud victoriosa. De una cuchillada, le había reventado el ojo. Todo el amor de Culafroy se hinchó, puede decirse, cuando se enteró del accidente. Se hinchó de dolor, de heroísmo y de ternura maternal. Amó a Alberto por su cobardía. Ante ese vicio monstruoso, los demás eran pálidos e inofensivos y podían ser contrarrestados por cualquier otra virtud, especialmente la más bella. (Empleo la palabra vulgar en el sentido vulgar

que tan bien le sienta, que significa el mayor agradecimiento a las potencias carnales: la bravura.) Se puede decir de un hombre perdido de vicios: No se ha perdido todo mientras no tenga "ése". Pues bien, Alberto tenía ése. Así pues, resultaba indiferente que tuviera todos los demás; la infamia no habría sido mayor. Todo no se ha perdido mientras queda corazón, y corazón era lo que le había faltado a Alberto. Abolir ese vicio— por ejemplo, negándolo pura y simplemente—, no había ni que pensar en ello, pero destruir su efecto empequeñecedor era fácil si se amaba a Alberto por su cobardía. Su decadencia era cierta, y aun cuando embellecía a Alberto, lo poetizaba. Tal vez por ella, Culafroy se acercaba a él. El valor de Alberto no lo habría sorprendido ni dejado indiferente, pero ahí tenía que en vez de aquello descubría otro Alberto, más hombre que dios. Descubría la carne; la estatua lloraba. Aquí, la palabra "cobardía" no puede tener el sentido moral —o inmoral— que se le presta usualmente, y la afición de Culafroy por un joven guapo, fuerte y cobarde no es una anomalía ni una aberración. Culafroy veía ahora a Alberto derrumbado, con un puñal plantado en el ojo. ¿Moriría de eso? Esa idea le hizo pensar en el papel decorativo que tienen las viudas, que llevan tras de ellas largos crespones y que se aprietan contra los ojos pañuelitos blancos hechos bola, apretados y amasados como bolas de nieve. Ya sólo pensó en observar las señales exteriores de su dolor, pero puesto que no podía hacer que la gente se percatara de ello, tuvo que transportala en sí mismo, como Santa Catalina de Siena transportaba su celda. Los campesinos que tuvieron el espectáculo de un niño que llevaba tras de sí un luto ceremonial, no lo reconocieron. No comprendieron el sentido de la lentitud de su andar, de la inclinación de su frente, ni lo vago de su mirada. Para ellos, todo ello no era sino la pose dictada por el orgullo de ser el niño de la casa de lajas.



Llevaron a Alberto al hospital donde murió: la aldea quedó exorcisada.

Nuestra Señora de las Flores. Tenía la boca ligeramente entreabierta. A veces su mirada bajaba hasta los pies que la multitud esperaba tuviera calzados con zapatillas de venado. Por un sí por un no, se esperaba que hiciera un gesto de bailarín. Los amanuenses no terminaban de desordenar los expedientes. En la mesa, la pequeña Muerte flexible yacía inerte y parecía muerta de verdad. Las bayonetas y los tacones lanzaron destellos.

—La corte.

La corte entró por una puerta disimulada, recortada en el papel pintado de la pared, detrás de la mesa de los jurados. Pues bien, Nuestra Señora, que había oído hablar en la cárcel de los fastos de la corte, imaginaba que hoy, por una especie de error grandioso, entraría por la puerta grande del público, abierta de par en par, lo mismo que el día de Ramos el clero que habitualmente sale de la sacristía por una puerta abierta en uno de los lados del coro, sorprende a los fieles apareciendo a sus espaldas. La corte entraba con la majestad familiar de los príncipes, por una puerta de servicio. Nuestra Señora presintió que toda la sesión sería falsificada y que al terminar la tarde le cortarían la cabeza por medio de un juego de espejos. Uno de sus guardias le sacudió el brazo diciéndole:

—¡Levántate!

Había querido decir: “levántese”, pero no se atrevió. La sala estaba en pie, silenciosa. Se sentó ruidosamente. El Sr. Vase de Sainte-Marie llevaba monóculo. Deslizó una mirada astuta hacia la corbata y con las dos manos registró el expediente. El expediente estaba tan atestado de detalles como el gabinete del juez de instrucción de expedientes. Frente a Nuestra Señora el abogado general

no chistaba. Sabía que una palabra de él o un gesto demasiado cotidiano, lo convertirían en abogado del diablo y justificarían la canonización del asesino. Era un instante difícil de sostener; estaba en juego su reputación. Nuestra Señora se había sentado. Un movimiento pequeño de la mano fina del Sr. Vase de Sainte-Marie lo hizo ponerse nuevamente en pie.

Comenzó el interrogatorio:

—¿Usted se llama Adrian Baillon?

—Sí, señor.

—¿Ha nacido el 19 de diciembre de 1920?

—Sí, señor.

—¿En...?

—En París.

—Sí. ¿En qué distrito?

—En el dieciocho, señor.

—Sí. El... Su círculo le había puesto un sobrenombre... (Vaciló, y luego):

—¿Quiere decírselo a la corte?

El asesino no contestó nada pero el nombre, sin ser pronunciado, salió con sus propias alas y por la frente del cerebro de la multitud. Flotó sobre la sala, invisible, perfumado, secreto y misterioso.

El presidente respondió en alta voz:

—Sí, eso es. ¿Y es usted hijo de...?

—Lucía Baillon.

—Y de padre desconocido. Sí. La acusación... (Aquí, los jurados —eran doce— adoptaron una postura cómoda que, aun conviniendo a cada uno de ellos en particular porque favorecía cierta inclinación, permitía a todos conservar su dignidad. Nuestra Señora seguía en pie, con los brazos colgándole a lo largo del cuerpo, como los de ese reyecito aburrido y encantado que, desde los peldaños de la escalinata del palacio real, asiste a un desfile militar.)

El Presidente proseguía:

—... durante la noche del 7 al 8 de julio de 1937, penetrado, sin que aparezcan huellas de fractura, en el departamento situado en el cuarto piso del edificio que ocupa el número 12 de la calle de Vaugirard, y habitado por el señor Ragon Paul, de sesenta y siete años de edad.

Levantó la cabeza y miró a Nuestra Señora:

—¿Reconoce usted los hechos?

—Sí, señor.

—La encuesta explica que el señor Ragon mismo fue quien le abrió la puerta. Por lo menos es lo que ha declarado usted sin poder demostrarlo. ¿Sigue sosteniéndolo?

—Sí, señor.

—Después el señor Ragon, que lo conocía, pareció contento de su visita y le ofreció licores. Después, sin que él se lo esperara, con ayuda... (y vaciló)... de esta corbata, usted lo estranguló.

El Presidente tomó la corbata.

—¿Reconoce esta corbata como de su propiedad y como arma del crimen?

—Sí, señor.

El Presidente tenía entre los dedos aquella blanca corbata, una corbata que era como un ectoplasma, una corbata que había que mirar mientras todavía era tiempo, porque podría desaparecer de un momento a otro o pararse tiesa en la mano seca del Presidente que sintió, que dé verificarse su erección o su desaparición, haría el ridículo. Así pues, apresuradamente entregó el arma del crimen al primer jurado, que se la pasó a su vecino y así seguidamente, sin que nadie se atreviera a tardar en reconocerla, pues parecía arriesgarse al juego de verse, ante sus propios ojos, metamorfoseado en bailarina española. Pero las precauciones de aquellos señores fueron

vanas, y aun cuando no se dieron cuenta, se encontraron cambiados. Los gestos vergonzantes de los jurados parecían estar de connivencia con el destino que presidió al asesinato del anciano, el asesino tan inmóvil como el sujeto espiritista al que se interroga, y gracias a tal inmovilidad, ausente, y el lugar de esa ausencia, entenebrecían la sala en que los ojos de la multitud deseaban ver claro. El Presidente hablaba y hablaba. Había llegado a esto:

—¿Y qué le dio la idea de emplear semejante modo de asesinar?

—El.

El mundo entero comprendió que El era el anciano muerto que ahora volvía a representar un papel; él, enterrado, devorado por larvas y gusanos.

—¡El asesinado!

El Presidente dio un clamor espantoso:

—¿El asesinado mismo fue quien le indicó cómo había que hacer para suprimirlo? Vamos, vamos, explíquese usted.

Nuestra Señora pareció molesto. Un tierno pudor le impedía hablar. Y también la timidez.

—Sí... Es... —dijo—... El señor Ragon tenía una corbata que le apretaba el cuello. Estaba colorado. Entonces la retiró.

Y el asesino, bajito, como si consintiera hacer un trato infame o una acción caritativa, confesó:

—Entonces pensé que si yo apretaba, sería peor.

Y más bajo aún, justo para los guardias y el Presidente (pero la multitud se lo perdió):

—Porque tengo brazos fuertes.

El Presidente, agobiado, bajó la cabeza:

—¡Desgraciado! —dijo—. ¿Y por qué?

—Estaba en la inopia más fabulosa.

Puesto que se emplea la palabra "fabulosa" para cali-

ficar una fortuna, no parecía imposible aplicarla a la miseria. Esa inopia fabulosa hizo a Nuestra Señora un pedestal de nube: así fue tan prodigiosamente glorioso como el cuerpo de Cristo que se eleva, para permanecer solo y fijo, en el cielo lleno de sol del medio día. El Presidente retorció sus bellas manos; la multitud torcía los rostros. Los amanuenses arrugaban hojas de papel carbón. Los abogados tenían de repente la mirada de las putas extra-lúcidas. Los guardias oficiaban. La poesía manipulaba su materia. Sólo Nuestra Señora permanecía solo y conservaba su dignidad, es decir que todavía pertenecía a una mitología primitiva e ignoraba su divinidad y su divinización. El resto del mundo no sabía qué pensar y hacía esfuerzos sobrehumanos para no dejarse arrebatar a la orilla. Las manos de uñas arrancadas se aferraban a cualquier tabla de salvación: cruzar o separar las piernas, mirar una mancha de la chaqueta, pensar en la familia del hombre estrangulado, escarbarse los dientes.

—Entonces, explique usted a la corte cómo procedió.

Fue atroz: era menester que Nuestra Señora explicara. Los policías habían exigido detalles, el juez de instrucción también, ahora le tocaba al tribunal. A Nuestra Señora le dio vergüenza, no su acción (era imposible) sino repetir demasiado la misma historia. Se le ocurrió la idea audaz de proporcionar una nueva versión, de tan cansado que estaba de terminar su relato con estas palabras: "Hasta que no pudo más". Sin embargo, al mismo tiempo narraba esa historia que había dicho con las mismas palabras a los policías, al juez, al abogado, a los psiquiatras. Porque para Nuestra Señora un gesto es un poema y sólo puede expresarse mediante un símbolo que es siempre, siempre el mismo. Y de sus acciones de hacía dos años sólo le quedaba ya la expresión desglosada. Releía su crimen como se relee una crónica, pero no era ya realmente del crimen de lo que estaba hablando. Mientras tanto, el reloj colgado de la pared, frente

a él, actuaba con método pero el tiempo se había desordenado de tal modo que a cada segundo marcaba periodos largos y periodos breves.

Entre los doce honrados ancianos del jurado, cuatro llevaban antiparras. Esos estaban apartados de la comunión con la sala mediante ese cristal, mal conductor, aislante, y seguían aparte otras peripecias. En realidad, ninguno de ellos parecía interesarse por ese asunto de asesinato. Uno de los ancianos se mesaba constantemente las barbas; era el único que parecía atento pero al mirarlo un poco más detenidamente, vemos que tiene los ojos huecos como los de las estatuas. Otro era de tela. Otro dibujaba en el tapete verde de la mesa círculos y estrellas; en la vida cotidiana era pintor, y su capricho lo incitaba en ocasiones hasta iluminar gorriones chocarreros encaramados a un espantajo del jardín. Otro escupía todos sus dientes en su pañuelo azul pálido —azul Francia. Se levantaron y siguieron al Presidente tras la puertecita disimulada. La deliberación es tan secreta como la elección de un jefe de bandoleros enmascarados, como la ejecución de un traidor en el seno de la cofradía. La multitud se desahogó bostezando, estirándose, eructando. El abogado de Nuestra Señora abandonó su banca y se aproximó a su cliente:

—¡Animo, pequeño, ánimo! —dijo, estrechándole las manos—. Ha contestado bien, ha sido usted sincero y creo que el jurado está de nuestra parte.

Al hablar, estrechaba las manos de Nuestra Señora, las sujetaba o se sujetaba a él. Nuestra Señora tuvo una sonrisa como para hacerles perder el tino a sus jueces. Una sonrisa tan azulada que los propios guardias tuvieron la intuición de la existencia de Dios y de los grandes principios de la geometría. Recuerde usted el tintineo claro de luna del sapo; de noche, es tan puro que el vagabundo se detiene en su camino y sólo reanuda su marcha cuando ha vuelto a oírlo.

—¿Sueltan el mirlo? —dijo, guiñando un ojo.

—Sí, sí, todo anda bien —dijo el abogado.

El piquete de honor presentó armas y el tribunal salió del muro y de su misterio. El Sr. Vase de Sainte-Marie se sentó en silencio, y después todo el mundo se sentó haciendo mucho ruido. El Presidente se tomó la cabeza entre sus hermosas y blancas manos y dijo:

—Van a comparecer los testigos. ¡Ah! veamos primero el informe de policía. ¿Están ahí los inspectores?

Resulta extraordinario que un Presidente de lo Criminal esté lo suficientemente distraído como para olvidar cosa tan grave. Su error escandalizó a Nuestra Señora como lo hubiera escandalizado una falta de ortografía (si él hubiera tenido ortografía) en el reglamento de la cárcel. Un ujier hizo pasar a los dos policías que habían detenido a Nuestra Señora. El que hizo la encuesta dos años antes había muerto. Así pues, ambos dieron un informe sucinto de los hechos: historia pasmosa en que un falso homicidio permite descubrir uno verdadero. Ese descubrimiento es imposible, estoy soñando: “¡Por una insignificancia!” Pero en suma, admito un poco mejor ese agradable descubrimiento que conduce a la muerte, desde que un celador me ha quitado el manuscrito que llevaba conmigo a la hora del paseo. Tengo una sensación de catástrofe; luego, no me atrevo a creer que semejante catástrofe pueda ser consecuencia lógica de una tan pequeña imprudencia. Después pienso que los criminales pierden la cabeza debido a tan pequeña imprudencia que debería uno tener derecho a enmendarla retrocediendo, que si se le pidiera al juez aceptaría, de tan benigno que es, y que no se puede. A pesar de su formación que llaman cartesiana, por mucho que hagan los jurados dentro de unas horas, cuando condenen a muerte a Nuestra Señora, seguirán dudando si se debe a que haya estrangulado a una muñeca o cortado un anciano en pedazos. Los policías, fomentadores de anarquismo, se retiraron

haciéndole al Presidente una linda caravana. Fuera estaba nevando; se adivinaba por el movimiento de las manos que en la sala levantaban el cuello de los gabanes. El tiempo estaba cubierto. La muerte avanzaba sin ruido por la nieve. Un ujier llamó a los testigos. Estaban esperando en un cuartucho alargado como entre bastidores, a un lado de la sala, cuya puerta abría frente al cajón del acusado. La puerta se entreabría cada vez sólo un poco, justo para dejar que se deslizaran de perfil, y uno por uno, gota a gota, los soltaban en el proceso. Iban hasta la barra donde lavantaban la mano derecha y contestaban: "Lo juro" a una pregunta que nadie había hecho. Nuestra Señora vio entrar a Mimosa II. Pero el ujier había llamado: "Hirsh René", luego al llamar a "Berthollet Antoine" apareció Primera Comunión, a "Marceau Eugene", Manzanita. Así pues, ante los ojos de Nuestra Señora turulato, los mariconcillos de entre Blanche y Pigalle perdían su más hermoso ornamento: sus nombres, perdían su corola como la flor de papel que el bailarín sostiene entre sus dedos y que, una vez terminado el ballet, sólo es un alambre. ¿No habría sido mejor que bailara toda la danza con un simple alambre? La pregunta merece ser ponderada. Los maricones mostraban esa armazón que Miñón discernió bajo la seda y el terciopelo de cada sillón. Quedaban reducidas a nada, y eso es todavía lo mejor que se ha hecho hasta entonces. Llegaban, provocativas o tímidas, perfumadas, maquilladas, se expresaban con refinamiento. No eran ya el bosquecillo de papel crepé que florece en las terrazas de los cafés; eran una miseria abigarrada. (¿De dónde salen los nombres de guerra de los maricones? Pero para empezar, debemos observar que ninguno de ellos fue escogido por quien lo lleva. Conmigo no pasa lo mismo. No me es muy posible indicar las razones que me han hecho escoger tal o cual nombre: Divina, Primera Comunión, Mimosa, Nues-



tra Señora de las Flores, Príncipe Monseñor no han venido por casualidad. Entre ellos existe un parentesco, un olor a incienso y a cirio que se derrite, y a veces me da la impresión de haberlos recogido entre las flores artificiales o naturales de la capilla de la Virgen María, en el mes de mayo, debajo y alrededor de esa estatua de yeso glotón de la que se enamoró Alberto y tras la cual, de niño, escondía yo el frasco que contenía mi jodedura.) Algunos pronunciaban palabras de una precisión espantosa, por ejemplo: "Vivía en el 8 de la calle Berthe", o "La última vez que lo vi fue el 17 de octubre, donde Graff". Un delito levantado, como si el índice y el pulgar sostuvieran la tacita de té, trastornaba la gravedad de la sesión, y mediante esa paja loca se discernía lo trágico de su masa. El ujier gritó: "El señor Culafroy Luis". Sostenida por Ernestina, muy erguida y vestida de negro, la única mujer de verdad que apareció en el proceso, entró Divina. Lo que le quedaba de su belleza huía en desbandada. Las sombras y líneas desertaban su puesto: era la debacle. Su hermoso rostro lanzaba desgarradoras llamadas, clamores trágicos como el grito de una muerta. Divina llevaba un enorme gabán de pelo de camello, moreno, sedoso. También ella dijo:

—Lo juro.

—¿Qué sabe usted del acusado? —dijo el Presidente.

—Lo he conocido por mucho tiempo, señor Presidente, y sin embargo puedo decir que lo creo muy niño, muy ingenuo. Nunca he podido apreciar nada que no fuera su gentileza. Podría ser hijo mío.

También dijo, con mucho tacto, cómo habían vivido juntos mucho tiempo. No se habló de Miñón. Divina era finalmente la persona adulta que le negaban ser en todas partes. Caramba, ahí está el testigo que por fin ha salido del niño Culafroy que nunca dejó de ser. Si no logra ejecutar nunca algo sencillo, es porque sólo a algunos an-

cianos les es dada la posibilidad de ser sencillo, lo que significa puro, depurado, simplificado como un diagrama, lo que tal vez fuera el estado del que Jesús decía: "... semejantes a niños", pero ningún niño es semejante a eso que no siempre proporciona un trabajo que deseca durante toda una vida. No hizo nada sencillo, ni siquiera una sonrisa, que se divertía dejando salir por la comisura derecha de su boca o extender, a lo ancho, de frente, con los dientes apretados.

La grandeza de un hombre no está únicamente en razón de sus facultades, su inteligencia, sus dotes, sean éstas las que fueren; está hecha también de las circunstancias que lo han elegido para que les sirva de apoyo. Un hombre es grande si tiene un gran destino; pero esa grandeza es del tipo de las magnitudes visibles y mensurables. Es la magnificiencia vista desde fuera. Miserable tal vez cuando se ve desde dentro, entonces es poética, si aceptan ustedes que la poesía sea la ruptura (o mejor dicho el encuentro en el punto de ruptura) de lo visible y lo invisible. Culafrøy tuvo un sino miserable y por eso mismo su vida se compuso de acciones secretas que son, cada una de ellas, un poema en esencia, como el ínfimo movimiento del dedo de la bailarina de Bali es un signo que puede poner a un mundo en movimiento, porque procede de un mundo en que el sentido numeroso es inconfesable. Culafrøy se ha vuelto Divina; así pues, fue un poema escrito únicamente para él, hermético a quien no tuviera la clave. En suma, tal es su gloria secreta, semejante a la que he conseguido que me otorguen para obtener finalmente la paz. Y la tengo, pues la quiromántica de una barraca de feria me ha afirmado que seré célebre algún día. ¿De qué clase de celebridad? Tiemblo al pensarlo. Pero esa profecía sirve para calmar la vieja necesidad que tengo de creer en mi genio. Llevo precisamente en mí la frase del agorero: "Serás célebre un

día." Vivo con ella en el secreto, como las familias por la noche, alrededor de la lámpara, y siempre, si lo tienen, con la sonrisa deslumbrante de su condenado a muerte. Me ilumina y me horroriza. Esa celebridad totalmente virtual me ennoblece como un pergamino que nadie sería capaz de descifrar, un nacimiento ilustre que se conserva en secreto, una barra de bastardía regia, una máscara o tal vez una afiliación divina, quizá algo de lo que había sentido Josefina, que nunca olvidó que había parido a la que iba a ser la mujer más guapa de la aldea, María, madre de Solange — la diosa nacida en la choza y más cargada en su cuerpo de blasones que Mimosa en sus nalgas y sus gestos, de más nobleza que un Chambure. Esa especie de consagración había apartado de Josefina a las demás mujeres (las demás, madres de hombres) de su edad. En la aldea su situación se aproximaba a la de la madre de Jesús entre las mujeres de la aldea de Galilea. La belleza de María ilustraba al pueblo. Ser la madre altanera de una divinidad es un estado más perturbador que el de divinidad. La madre de Jesús hubo de tener emociones incomparables al llevar a su hijo, luego al vivir, al dormir al lado de un hijo que era Dios —o sea todo, y ella además— que podía hacer que el mundo no fuera, que su madre y que él mismo no fueran, un Dios a quien había que prepararle, como Josefina a María, el bodrio de maíz amarillo.

Por cierto, no es que Culafroy, niño y Divina, tuviera una sutileza excepcional; pero circunstancias de una extrañeza excepcional lo habían escogido como lugar de elección sin participárselo, capricho de una rima sin rima ni razón. Más adelante, a la hora de su muerte, de una sola mirada maravillada pudo volver a leer la vida que había escrita en su carne, con los ojos cerrados. Y ahora sale Divina de su drama interior, de ese núcleo de tragedia que lleva en sí y por vez primera en toda su vida

la toman en serio en el desfile de los humanos. El procurador general hizo que cesara el desfile. Los testigos habían vuelto a salir por la puerta entreabierta. Cada uno de ellos sólo había aparecido un segundo, ardían al pasar: lo desconocido los sutilizaba. Los verdaderos centros de vida eran aquella sala de testigos —Corte de los milagros— y la sala de deliberaciones. Es que se reconstruía con todos sus accesorios el cuarto del crimen crapuloso. Algo extraordinario: la corbata seguía ahí, agazapada sobre la mesa verde, más pálida que de costumbre, más blanda pero dispuesta a abalanzarse como lo haría un chiquillo alicaído en la banca de la comisaría. La multitud estaba inquieta como un perro. Se anunciaba que un descarrilamiento había causado retraso a la Muerte. De repente cayó la oscuridad. Finalmente, el Presidente mandó llamar al experto alienista. El fue quien realmente surgió por un trampa invisible de una caja invisible. Estaba sentado entre el público que no lo sospechaba. Se levantó y llegó hasta la barra. Leyó su informe a los jurados. De aquel informe alado caían a tierra palabras como éstas: "Desequilibrio... psicópata... fabulación... sistema espláncnico... esquizofrenia... desequilibrio, desequilibrio, desequilibrio, desequilibrio... equilibrista." No se detuvo: "Desequilibrio... semi responsabilidad... secreción... Freud... Jung... Adler... secreción." Pero la voz páfida acariciaba algunas sílabas y los gestos del hombre luchaban contra enemigos: "Padre, cuidaos a la izquierda, a la derecha"; ciertas palabras rebotaban finalmente en la voz páfida (como esas palabras de jeringonza de las que, en medio de las sílabas, hay que desenmarañar otras palabras ingenuas o viles: Tisi, tino, tiputiertita). Se comprendía esto: "¿Qué es un malhechor? Una corbata que danza a la luz de la luna, un tapete epiléptico, una escalera que sube de panza, un puñal que está en marcha desde el primer día del mundo, un frasco

de veneno enloquecido, manos enguantadas en la noche, el cuello azul de un marinero, una sucesión abierta, una secuencia de gestos sencillos y benignos, un picaporte silencioso." El gran psiquiatra leyó por fin sus conclusiones: "Qué él (Nuestra Señora de las Flores) es un desequilibrado psíquico, inafectuoso, inmoral. Sin embargo, que en todo acto criminal como en todo acto, existe una parte voluntaria y que no se debe a la complicidad irritante de las cosas. Finalmente, Baillon es en parte responsable de su crimen."

Nevaba. Alrededor de la sala, todo era silencio. La Sala de lo Criminal estaba abandonada en el espacio, sola. No obedecía ya a las leyes de la tierra. A través de estrellas y planetas, huía con alas desplegadas. En el aire, era la casa de piedra de la Virgen Santa. Los pasajeros no esperaban ya auxilio alguno de fuera. Se habían cortado los amarres. En aquel momento fue cuando la parte desconcertada de la sala (la multitud, los jurados, los abogados y los guardias) debían ponerse de rodillas y entonar cánticos cuando la otra parte (Nuestra Señora), liberada del peso de las obras carnales (la ejecución es una obra carnal) se hubiera organizado en pareja para cantar: "La vida es un sueño... un sueño encantador." Pero la multitud no tiene sentido de la grandeza. No obedeció a esa orden dramática y no hubo nada menos serio que lo que siguió: Nuestra Señora mismo sintió que su orgullo se ablandaba. Miró por vez primera con ojos de hombre al Presidente Vase de Sainte-Marie. Es tan dulce amar, que no pudo evitar disolverse en una ternura dulce y confiada por el Presidente: "¡Quizá no sea jodón!" pensó. Al instante su dulce insensibilidad se derrumbó y el alivio que le causó fue semejante al de la orina que la verga libera después de una noche de continencia. Recuerde usted que Miñón, al despertar, descubría que estaba sobre la tierra cuando había termi-

nado de mear. Nuestra Señora amó a su verdugo, a su primer verdugo. Era ya una especie de perdón flotante, prematuro, que concedía al mundo helado, a los cabellos de metal, a la boca terrestre, al juicio futuro enunciado de acuerdo con Escrituras espantosas. A todo esto ¿qué es un verdugo? Un niño que se viste de Parca, un inocente que se halla aislado por la magnificencia de sus oropeles de púrpura, un pobre, un humilde. Se encendieron candelas y arañas. El ministerio público tomó la palabra. Contra el adolescente asesino recortado en un bloque de agua clara, sólo dijo cosas muy justas a la medida del Presidente y los jurados. Es decir que se debía proteger a los rentistas que viven a veces muy arriba bajo el tejado, y dar muerte a los niños que los degüellan. Era sensato, se decía en un tono muy fino y a veces muy noble. Y acompañándose con gestos de la cabeza:

—... Es lamentable (en modo menor, y luego modo mayor)... es lamentable...

El brazo que tenía tendido hacia el asesino era obsceno.

—Sean firmes —gritaba—, sean firmes.

Al hablar de él, los detenidos decían: "El cavador". En aquella sesión solemne ilustraba con mucha exactitud un cartel clavado en una puerta maciza. Perdida entre la oscuridad de la multitud, una vieja marquesa pensó: "Ya la República nos ha guillotinado a cinco..." pero su pensamiento no fue más allá. La corbata seguía sobre la mesa. Los jurados no acaban de sobreponerse a su temor. Fue más o menos entonces cuando el reloj dio las cinco. Durante la acusación, Nuestra Señora estaba sentado. El Palacio de Justicia se le antojaba colocado sobre edificios en el fondo de uno de esos patios interiores en forma de pozo a los que dan todas las ventanas de las cocinas y los inodoros, en que criadas despeinadas se inclinan y, con el oído tenso y protegido con la mano, tratan de no perderse una sílaba del debate. Cinco pisos en cuatro

caras. Las criadas están desdentadas y se espían unas a otras; al atravesar la oscuridad de la cocina, se pueden divisar algunas lentejuelas de oro o de peluche en el misterio de los departamentos acomodados, en que ancianos con cabezas de marfil contemplan con ojos tranquilos cómo se acercan asesinos en zapatillas. Para Nuestra Señora, el Palacio de Justicia se encuentra en el fondo de ese pozo. Es pequeño y ligero como el templo griego que la Minerva tiene en su mano abierta. El guardia que tenía a su izquierda le hizo levantarse porque el Presidente estaba preguntándole: “¿Qué alega usted para su defensa?” El viejo vagabundo que era su compañero de celda en la cárcel de la Santé, le había preparado algunas frases convenientes para que pudiera decírselas al tribunal. Trató de recordarlas pero se le habían olvidado. La frase: “Lo hice sin querer” se organizó en sus labios; de haberla dicho, no habría asombrado a nadie. Se esperaba lo peor. Todas las respuestas que se le ocurrían estaban redactadas en argot, y el sentimiento de lo conveniente le insinuaba que hablara francés, pero todo el mundo sabe que en los momentos graves es el idioma materno el que se impone a los demás. Estuvo a punto de ser natural. Pues bien, natural en ese instante significa ser teatral, pero su torpeza lo salvó del ridículo y le costó la cabeza. Fue realmente grande. Dijo:

—El viejo estaba perdido. Ya ni siquiera se le paraba.

La última palabra no salió de los audaces labios; sin embargo, los doce ancianos, muy rápido y todos a una, pusieron las manos ante sus oídos para prohibir que penetrara la expresión, tan gorda como un órgano, que al no encontrar otro orificio penetró, tiesa y caliente, por sus bocas abiertas. La virilidad de los doce ancianos y la del Presidente habían sido ultrajadas por la gloriosa impudicia del adolescente. Todo cambió. Los que eran bailarinas españolas con castañuelas entre los dedos, se volvieron jurados, el pintor delicado volvió a ser jurado,

y lo mismo pasó con el anciano de tela, y el oso, y el papa y el que era Vestris. ¿Qué no me creen? La sala dio un suspiro de rabia. *El Presidente* hizo con sus bellas manos ese gesto que hacen las trágicas con sus bellos brazos. Tres sutiles estremecimientos sacudieron su toga roja, como un telón de teatro, como si en su vuelo, a la altura de la pantorrilla, se hubieran enganchado las garras desesperadas de un gatito agonizante que tuviera los músculos de la pata crispados por tres sacudidas de muerte. Mandó nerviosamente a Nuestra Señora que se sentara y el abogado defensor tomó la palabra. Al dar (los daba, en verdad, como quien se tira peditos) pasitos menudos bajo su toga, llegó hasta la barra y se dirigió al tribunal. El tribunal sonrió. Es decir, con esa sonrisa que da al rostro la elección austera, hacha ya, de lo justo contra lo injusto, el rigor regio de la frente que conoce el límite —que ha visto claro y ha juzgado— y que condena. El tribunal sonreía. Los rostros estaban descansando de la tensión, las carnes recuperaban su blandura; pequeñas muecas se aventuraban pero, asustadas al instante, volvían a su concha. El tribunal estaba cómodo, muy conforme. El abogado se esforzaba. Hablaba abundantemente, sus frases no llegaban a su fin. Se sentía que nacidas en un relámpago, debían diluirse en colas de cometas. Mezclaba lo que decía ser recuerdos de su niñez (de su propia niñez en que él decía haberse sentido tentado por el Diabolo) con nociones de Derecho puro. A pesar de semejante contacto el Derecho permanecía puro y la baba gris conservaba su destello de duro cristal. El abogado decía primero la educación del arroyo, el ejemplo de la calle, el hambre, la sed (Dios mío ¿iría a hacer del niño un Padre de Foucauld, un Michel Vieuchange?), decía también la tentación casi carnal del cuello que está hecho de ese modo para que lo aprieten. En fin, ya se había extraviado. Nuestra Señora apre-



ciaba aquella elocuencia. No creía aún todo lo que el abogado decía, pero estaba dispuesto a emprenderlo todo, a asumirlo todo. Sin embargo, un sentimiento de malestar del que sólo podría haber comprendido el sentido más adelante, le indicaba por medios oscuros que el abogado lo estaba perdiendo. El tribunal maldecía a tan mediocre abogado, que ni siquiera le concedía la satisfacción de sobreponerse a la piedad que debería normalmente sentir al escuchar el alegato de la defensa. ¿A qué estaba, pues, jugando aquel imbécil de abogado? Que dijera al menos una palabra, palabreja o palabrota, para permitir, por lo menos durante el tiempo y el espacio de una mirada asesina, que los jurados se enamoraran de un cadáver adolescente y, vengando así al anciano estrangulado, se sintieran a su vez alma de asesino, tranquilos, sentados, al calor, sin riesgos, con apenas la Pequeña Condención Eterna. Su comodidad desaparecía. ¿Haría, pues, que indultar, sólo porque el abogado fuera un idiota? Pero ¿ha pensado alguien que podría ser la suprema astucia de un abogado poeta? Napoleón perdió Waterloo porque Wellington había metido la pata, según dicen. El tribunal sintió que habría que santificar a aquel joven. El abogado babeaba. En aquel momento estaba hablando de la posibilidad de reeducar — entonces, en su cajón reservado, compartimiento reservado, los cuatro representantes de los patronatos de la Infancia y la Adolescencia se jugaron al póker de dados el destino del alma de Nuestra Señora de las Flores. El abogado pedía el indulto. Imploraba. Ya no se le oía. Finalmente, como con la prontitud de discernir entre mil el instante de decir la palabra capital, Nuestra Señora, en voz baja, como siempre, hizo una mueca de pena y dijo sin pensar:

—¡Ah! la Corrida, no, no vale la pena; prefiero palmarla de una buena vez.

El abogado se quedó como idiotizado, y luego, viva-

mente, con un chasquido de la lengua, reunió sus pensamientos dispersos y tartamudeó:

—¡Hijo mío, vamos, hijo mío! Déjeme defenderlo. Señores —dijo al tribunal—, es un niño.

Al mismo tiempo que el Presidente le preguntaba a Nuestra Señora:

—Vamos, vamos ¿qué está diciendo? No anticipemos nada.

La crueldad de la palabra despojó a los jueces y los dejó sin más ropaje que su propio esplendor. La multitud carraspeó. El Presidente no sabía que en caló la Corrida significa la casa de corrección, el reformatorio. Sentado, asentado macizo e inmóvil en su banca de madera, entre sus guardias con corretajes amarillos, botas y casco, Nuestra Señora de las Flores sentía como si estuviera bailando una jiga ligera. La desesperación lo había cruzado como una flecha, como un payaso rompe el papel de seda de un aro, la desesperación lo había rebasado y ya no le quedaba a él más que aquel desgarramiento que lo dejaba hecho jirones blancos. Aunque no estaba intacto, aguantaba. El mundo no estaba ya en esa sala. Bien hecho. Es menester que todo termine. La corte regresaba. El ruido de las culatas del piquete de honor dio la alarma. En pie, descubierto, el monóculo leyó el veredicto. Pronunció por vez primera, siguiendo el nombre de Baillon: "Llamado Nuestra Señora de las Flores". Nuestra Señora había sido condenado a la pena capital. El jurado estaba en pie. Era la apoteosis. Se acabó. Nuestra Señora de las Flores, cuando fue entregado a manos de los guardianes, les pareció estar revestido de un carácter sagrado, semejante al que tenían antaño las víctimas expiatorias, ya fueran macho cabrío, buey, niño y que tenían todavía hoy los reyes y los judíos. Los guardias le hablaron y le sirvieron como si, al saberlo cargado con todos los pecados del mundo, hubieran querido atraer

hacia sí la bendición del Redentor. Cuarenta días después, por una noche de primavera, levantaron el artefacto en el patio de la cárcel. Al amanecer, ya estaba preparado para cortar. Nuestra Señora de las Flores tuvo la cabeza cortada por un cuchillo de verdad. Y nada sucedió. ¿Para qué? No hace falta que el velo del templo se desgarré de abajo arriba porque un dios entrega el alma. Eso no puede demostrar más que la mala calidad de la tela y su deterioro. Aun cuando la indiferencia fuera obligatoria, yo llegaría a aceptar que un chicuelo travieso le hiciera un agujero de una patada y huyera corriendo y gritando: milagro. Es chillón y puede servir de armazón a la Leyenda.

He vuelto a leer los capítulos anteriores. Ahora están cerrados, rigurosamente, y compruebo que no he prestado ninguna sonrisa de alegría a Culafroy, Divina, Ernestina ni los demás. Un chiquillo entrevistado en la sala de visitas me lo hace recordar y me recuerda mi infancia y los volantes de las enaguas blancas de mi madre. En cada niño que veo —pero veo muy pocos— trato de encontrar al que yo fui, amarlo por lo que yo fui. Pero al venir a ver a los menores de visita he mirado esos dos hociquitos y me he marchado conmovidísimo porque yo no era así, niño demasiado blanco como un pan sin terminar de cocer: si los amo es debido al hombre en que se convertirán. Cuando han pasado delante de mí, meneando las caderas y manteniendo bien rectos los hombros, ya veía en sus omóplatos la joraba de músculos que cubre las raíces de sus alas.

Sin embargo, me agradaría creer que fui semejante a éste. Me vi de nuevo en su cara, sobre todo en su frente y sus ojos, y ya iba a reconocirme del todo cuando de repente ¡zas! sonrió. Dejó de ser yo porque en la infancia, como en ningún otro periodo de mi vida, no he podido

reír ni siquiera sonreír. Por decirlo así, al ver reír al niño caí pulverizado ante mis propios ojos.

Como todos los niños, adolescentes y hombres maduros, he sonreído de buena gana, inclusive he reído a carcajadas, pero a medida que mi vida penetraba en lo terminado, la he dramatizado. Eliminando lo que fue travesura, ligereza, chiquillada, sólo he conservado los elementos que propiamente corresponden al drama: el Temor, la Desesperanza, el Amor triste... y me libero de todos ellos declamando esos poemas convulsos como el rostro de las sibilas. Me dejan el alma clarificada. Pero si el niño en el cual volverme a ver ríe o sonríe, desquicia el drama que se había elaborado y que es mi vida pasada cuando pienso en ella; la destruye y falsea, al menos porque aporta una actitud que el personaje no podía tener; desgarrar el recuerdo de mi vida armoniosa (aunque dolorosa), me obliga a verme transformado en otro y, sobre el primer drama, injerta el segundo.

#### DIVINARIANAS (continuación y fin)

He aquí pues, las últimas Divinarianas. Me apresuro en deshacerme de Divina. Arrojo en montón, en desorden, estos apuntes en que ustedes tratarán de encontrar nuevamente, desenredándolos, la forma esencial de la Santa.

Con el pensamiento, Divina lleva el mimetismo hasta adoptar la posición exacta que tenía Miñón exactamente en ese lugar. Su cabeza se encuentra pues en el lugar de la cabeza de Miñón, su boca en el sitio de su boca, su miembro en el lugar del suyo, etc., y después repite con toda la exactitud posible —vacilando, pues debe de ser una búsqueda (la búsqueda es lo único que da, por su dificultad misma, conciencia del juego)— los gestos que fueron de Miñón. Ocupa sucesivamente todo el espa-

cio que él ocupaba. Lo sigue, llena continuamente todo lo que lo contenía a él.

Divina:

—¿Mi vida? Estoy desolada, soy un valle de la Desolación.

Y es un valle semejante —con sus pies negros bajo la tormenta— a los paisajes que he descubierto durante mis viajes imaginarios bajo las cobijas oscuras y piojosas de las cárceles de todas partes, y que yo llamaba Valle de la Desolación, del Consuelo, Valle de los Angeles.

Ella (Divina) tal vez no actuara de acuerdo con Cristo. Se lo echaban en cara. Pero ella: “¿Acaso entre la Opera y su casa se va bailando Lifar?”

Su desprendimiento del mundo es tal que le incita a decir: “¿Qué me importa lo que X piense de la Divina que fui? Qué me importa a *mí* el recuerdo que de mí conserve. Soy otra. Seré otra cada vez.” Así luchaba contra la vanidad. Así estaba siempre dispuesta a una infamia nueva, sin sentir temor al oprobio.

Se cortó las pestañas para verse más repugnante aún. Creyó que así quemaba sus naves.

Perdió sus movimientos nerviosos. Lograba hacerse notar a fuerza de discreción. Petrificar su rostro. Antiguamente, bajo el insulto tenía que mover sus músculos a toda costa. La angustia la obligaba a hacerlo para dejarse engañar un poco; la crispación del rostro producía una mueca en forma de sonrisa. Petrificado, su rostro.

Divina, de sí misma:

—Dama de Alta Pederastía.

Divina no ha podido soportar el escuchar, por radio,

la *Marcha de la Flauta Mágica*. Se besa los dedos y finalmente, cuando ya no puede más, da vuelta a la perilla del aparato.

Su voz sin matiz (voz que soñaría oír a los actores de películas, voz de imagen, voz plana) y celestial para decirme, mostrándome el oído con el dedo:

—Pero, Jean, si todavía tienes un agujero ahí.

Va por la calle, fantasmal. Pasa un joven ciclista, a pie, sosteniendo su cicle por el manillar.

Muy cerca, Divina esboza un gesto (con el brazo en redondo) como para ceñirle el talle. De repente el ciclista se vuelve hacia Divina, que resulta ceñirlo efectivamente. Turulato, la mira el espacio de un parpadeo, no dice nada, salta sobre su cicle y se escapa.

Divina se encierra en su concha y vuelve a su cielo interior.

Frente a otro guapo joven, un deseo breve:

—Lo que me ha anudado la garganta ha sido el Todavía.

Ya no vivirá más que para apresurarse hacia la Muerte.

El cisne, sostenido por su masa de plumas blancas, *no puede* ir hasta el fondo del agua en busca de cieno, como tampoco Jesús *puede* pecar.

Para Divina, cometer un crimen con el solo fin de liberarse del juego de las potencias morales, es todavía habérselas con la moral. No quiere un hermoso crimen. Canta que si deja que le den por el culo es por afición.

Roba y traiciona a sus amigos.

Todo coincide para establecer a su alrededor —y a pesar de ella— la soledad. Vive sencillamente en la intimidad de su gloria, de esa gloria que ella misma ha hecho pequeñita y valiosa.

—Soy —dice— Bernadette Soubirous en el Convento de la Caridad, mucho después de su visión. Como yo, vivía su vida cotidiana con el recuerdo de haber tuteado a la Virgen.

Sucede que una tropa se desplaza por el desierto y que de ella —debido a la táctica— se desprende una columna reducida de hombres que seguirá una dirección distinta. El fragmento puede caminar así durante algún tiempo cerca de la tropa, una hora o más. Los hombres de los dos tramos podrían hablarse y verse, pero ni se hablan ni se ven: tan pronto como el destacamento ha dado un paso en la nueva dirección, ha sentido que le nacía una personalidad. Ha sabido que estaba solo y que sus actos serían su acción.

Ese pequeño gesto para desprenderse del mundo, Divina lo ha repetido cien veces. Pero por muy lejos que se aparte, el mundo la llama hacia él.

Ha pasado la vida arrojándose desde lo alto de una roca.

Ahora que ya no tiene cuerpo (o que le queda tan poco, un poco blancuzco, pálido, huesudo y a la vez muy blando), se esquivaba hacia el cielo.

De sí misma, Divina:

—La señora, apellido de soltera: Secreto.

La santidad de Divina.

Al revés de la mayoría de los santos, tuvo conocimiento de ella. Eso no sorprende ya que la santidad fue su visión de Dios y, más alto aún, su unión con El. Esa unión no fue indolora para ambas partes. De parte de Divina, el mal procedía de que estaba obligada a abandonar una situación estable, conocida y confortable, a cambio de una gloria demasiado maravillosa. Para conservar su posición, hizo lo que creyó que debía hacer: gestos. Entonces, de todo su cuerpo se apoderó el frenesí de quedarse. Tuvo

gestos de desesperación atroz, otros que fueron intentos tímidos, vacilación para encontrar la juntura, aferrarse a la tierra y no subir al cielo. Esta última frase parece querer dar a entender que Divina ha efectuado una ascensión. No es cierto. Subir al cielo significa, aquí: sin moverse, abandonar a Divina a cambio de la Divinidad. El milagro, de producirse en la intimidad, habría sido de un horror feroz. Había que aguantar a toda costa. Enfrentarse a Dios que la llamaba en silencio. No contestar, sino intentar los gestos que la retendrían a la tierra, que volverían a unirla a la materia. En el espacio, se renovaba con formas nuevas y bárbaras: porque intuitivamente adivinaba que la inmovilidad brinda demasiada facilidad a Dios para que, en una llave de catch bien hecha, nos lleve hacia sí. Entonces bailaba; de paseo; en todas partes; su cuerpo siempre se manifestaba; manifestaba mil cuerpos. Nadie sabía lo que pasaba ni los trágicos instantes de Divina en pugna con Dios. Adoptó posturas tan asombrosas como las que adoptan ciertos acróbatas japoneses. Así, se habría dicho que era una trágica enloquecida que no puede volver a su personalidad y que busca, que busca. . . Finalmente un día, cuando no se lo esperaba, inmóvil en su cama, Dios la tomó por una santa. Recordemos empero un acontecimiento característico. Quiso matarse; matarse; matar mi bondad. Así pues tuvo esa idea centelleante y la llevó a cabo: en otros tiempos, su balcón daba, desde el último piso de un edificio, a un patio pavimentado. La baranda de hierro era de clara-boya, pero protegida por una tela metálica. Una de sus vecinas tenía una nenita de dos años de edad a quien Divina daba dulces y a la que recibía en su cuarto. La niña corría hasta el balcón y miraba la calle através de la tela metálica. Un día Divina tomó su decisión: desprendió la tela metálica dejándola pegada a la baranda de hierro. Cuando la nenita llegó a su casa, la encerró y



bajó la escalera corriendo. Una vez abajo, en el patio, esperó que la niña fuera a jugar al balcón y se apoyara en la tela metálica. El peso de su cuerpecito la hizo caer al vacío. Desde abajo, Divina miró. No perdió ninguna de las piruetas de la cría. Fue sobrehumana, inclusive sin llantos ni gritos ni estremecimientos, recogió lo que quedaba de la niña. Purgó tres meses de cárcel preventiva por homicidio involuntario, pero su bondad quedó muerta. Porque: "Ahora ¿de qué me serviría ser mil veces buena? ¿Por qué medio expiar ese crimen inexpiable? Así pues, seamos mala."

Indiferente, nos parecía, al resto del mundo, Divina estaba muriéndose.

Ernestina ignoró por mucho tiempo qué había sido de su hijo al que perdió de vista cuando su segunda fuga. Cuando finalmente tuvo noticias suyas, era soldado. Recibió una carta algo vergonzosa, pidiéndole algún dinero. Pero no vio a su hijo, convertido en Divina, sino mucho después, en París adonde había venido a hacerse una operación, como lo hacen todas las provincianas. Divina vivía entonces una vida bastante acomodada. Ernestina, que nada sabía de su vicio, lo adivinó casi instantáneamente y pensó de Divina: "Lu tiene una financiadora entre las nalgas." No le hizo la menor observación. Apenas echaba eso a perder la opinión que tenía de sí misma: enterarse de que había parido a un ser monstruoso, ni macho ni hembra, descendiente de los Pucquigny, desenlace ambiguo de una gran familia de la cual era madre y sirena Melusina. Madre e hijo estaban tan alejados como si se encontraran a distancia, aplicándose sobre el vacío: un roce de pieles insensibles. Ernestina nunca se decía: "Es carne de mi carne." Divina nunca se decía: "Y eso que ella es la que me ha cagado." Sólo que Divina era para su madre un pretexto para gestos teatrales, como lo hemos mostrado al principio.

Divina, por odio a aquella puta de Mimosa, que odiaba a su madre, fingía para sí misma amar respetuosamente a la suya. Ese respeto le agradaba a Miñón que, como todo buen chulo y mala persona conservaba en el fondo de su corazón, como suele decirse, “un rinconcito de pureza dedicado a una anciana madre” a la que no conocía. Obedecía a las terminantes órdenes terrestres que dominan a los rufianes. Amaba a su madre del mismo modo que era patriota y católico. Ernestina vino a ver morir a Divina. Trajo algunas golosinas, pero según las señales que reconocen los campesinos —señales que advierten con más seguridad que un crespón negro— había sabido que Divina se iba.

“Parte” se dijo.

El señor Cura —el mismo al que hemos visto officiar tan extrañamente— trajo a Dios. Un cirio ardía en la mesita de té, cerca de un crucifijo negro y de un tazón de agua bendita en el que bañaba una ramita de boj seca y polvorienta.

Habitualmente Ernestina no aceptaba de la religión sino lo más *puramente* maravilloso que ésta brindaba (no ese misterio agregado al misterio, ocultándolo); ese maravilloso que encontraba ahí en ella, era franco como el oro. Puede apreciarse: en días de tormenta, sabedora de que al rayo le suele dar el capricho de entrar por la chimenea y salir por la ventana, ella, desde su sillón, se veía pasar a través de los vidrios conservando —en el busto, el cuello, las piernas y las faldas— esa rigidez, esa tiesura de un vestido almidonado que cae sobre el césped o que sube al cielo juntando los talones, como se ve volar a los ángeles y los santos en los cuadros antiguos, como va al cielo Jesús, con toda sencillez, sin que lo transporten las nubes.

Era su religión. Como otras veces, en días de gran pompa y boato, días de gran desenfreno místico: “¿Y si me divirtiera creyendo en Dios?” se decía. Y lo hacía hasta

quedarse temblando.

A la hora de la muerte de Divina se divirtió creyendo tanto en Dios, que no pudo menos que tener una crisis de enajenación.

Vio a Dios mientras tomaba un huevo: "Ver", aquí, es un modo liviano de hablar. De la revelación no puedo decir gran cosa porque, en fin, sólo sé de ella lo que se me concedió conocer gracias a Dios, en una prisión yugoslava. Me llevaban de ciudad en ciudad, al azar de las etapas del coche celular. En cada una de las cárceles de esas ciudades permanecía un día, dos o más. Llegué, y me encerraron en un cuarto bastante grande, lleno ya con unos veinte detenidos más. Tres zíngaros habían organizado una escuela de rateros. Así se operaba: mientras uno de los presos dormía, tendido en la tabla, se trataba de que uno tras otro retiráramos de sus bolsillos —y volviéramos a meterlos— sin despertarlo, los objetos que en ellos tenía. Aventura delicada, pues a veces había que hacerle cosquillas al durmiente, de cierto modo, para que se volviera entre sueños y liberara el bolsillo en que estaba acostado con todo el peso de sus muslos.

Cuando llegó mi turno de operar, el zíngaro que era el jefe me llamó y me ordenó que trabajara. Bajo la tela de la chaqueta sentí que palpitaba el corazón y me desmayé. Me llevaron a la tabla donde me dejaron hasta que recobrara el conocimiento. He conservado un recuerdo muy preciso de la disposición del teatro. La celda era una especie de estrecho pasadizo que dejaba justo el lugar suficiente para que cupieran, a todo lo largo, tablas de madera inclinadas. En uno de los extremos, frente a la puerta de entrada, desde un tragaluz un poco estrecho y previsto de barrotes, la claridad amarilla procedente de un cielo que nos resultaba invisible caía oblicuamente, tal y como se ve en los grabados y las novelas.

Cuando recobré el conocimiento, me encontraba en la esquina más próxima a la ventana. Me agaché como hacen los bereberes o los niños, con los pies envueltos en una cobija. En el otro extremo, en pie y agrupados, los demás hombres.

Soltaron la carcajada mirándome. Como no entendía su idioma, uno de ellos, señalándome, hizo el siguiente gesto: se rascó la cabeza y, como si hubiera sacado un piojo, hizo como que se lo comía, con esa mímica tan particular de los monos.

En ese momento comprendí el cuarto. Conocí —durante un tiempo inapreciable— su esencia. Siguió siendo cuarto, pero prisión del mundo. Me encontré, monstruosamente horrorizado, desterrado en los confines de lo inmundo (que es el no-mundo) frente a graciosos alumnos del bolseo; vi claramente (“ver”, como tratándose de Ernestina) lo que eran ese cuarto y esos hombres, el papel que *representaban*; pues bien, era un primer papel en la marcha del mundo. Ese papel era el origen del mundo y se hallaba en el origen del mundo. De repente se me antojó, gracias a una especie de lucidez extraordinaria, que comprendía el sistema: el mundo se redujo y también su misterio, tan pronto como me salí de él. Fue un instante verdaderamente sobrenatural semejante, en cuanto a ese desprendimiento de lo humano, al que me causó la actitud del ayudante en jefe Cesari, en la cárcel del Cherche-Midi, cuando tuvo que escribir un informe acerca de mis costumbres. Me dijo: “Esta palabra (no se atrevió a pronunciar “homosexual”) ¿se escribe junto o separado?” Y con la punta del dedo me la mostraba, sobre el papel, con el índice tendido pero sin tocar la palabra.

Me quedé enajenado.

Como yo, Ernestina fue enajenada por los ángeles de Dios que son detalles, encuentros, coincidencias del mismo tipo que ésta: el juego de una punta o tal vez la en-

crucijada de los muslos de la bailarina que hace florecer en lo hondo de mi pecho la sonrisa de un soldado amado. Tuvo el mundo en sus dedos durante un instante, y lo miró con la severidad de una maestra.

Durante los preparativos del último sacramento, Divina salió del coma. Al ver el cirio, farol de su propio fin, se volvió collona. Reconoció que la muerte había estado siempre presente en la vida, pero con el rostro simbólico oculto por una especie de bigotes que ponían a la moda del día la espantosa realidad; esos bigotes francos que (del soldado) caen bajo las tijeras, lo dejaron apenado como un castrado, porque su rostro se volvió al instante dulce y fino, pálido, de barbilla exigua, frente bombeada, semejante a la cara de una santa de ventanal románico o de una emperatriz bizantina, una cara que se tiene costumbre de ver dominada por un tocado en forma de cucurucho con velo. La muerte estaba tan próxima que podía tocar a Divina, golpearla con su seco índice, igual que a una puerta. Crispó sus dedos rígidos, tiró de las sábanas que también se entiesaron, se helaron.

—Pero —le dijo al cura—, todavía no estoy muerta: he oído a los ángeles tirarse pedos en el techo.

“... Todavía muerta” se repitió, y en nubes voluptuosamente balanceadas, nauseosas y, en suma, paradisíacas, Divina vuelve a ver a la muerta —y la muerte de la muerta— aquella vieja Adelina de la aldea que le contaba —y a Solange— cuentos de negros.

Muerta la vieja (su prima) no pudo llorar, y para hacer creer a pesar de todo que sentía pena, se le ocurrió mojar con saliva sus ojos secos. Divina, una bola de humo rueda en el hueco de su vientre. Luego se siente invadida, como por un mareo, por el alma de la vieja Adelina de quien, cuando murió, Ernestina lo obligó a llevar, para ir a la escuela, los botines de botones y tacones altos.

La noche del velatorio, curioso, se levantó. De pun-

tillas abandonó su cuarto, en el que de todos los rincones surgía un pueblo de almas que constituía una barrera que debería franquear. Entraba en medio de ellas, con la fuerza de su delegación hierática, espantado, encantado, más muerto que vivo. Las almas, las sombras, le constituían un séquito inmenso, numeroso, surgían de los comienzos del mundo, arrastraban tras de sí, hasta el lecho mortuario, generaciones de sombras. Era el miedo. Caminaba descalzo, con la menor solemnidad que le era posible.

Tal como se cree que va el ladrón nocturno, avanzaba ahora, tal vez como lo habían hecho más de una noche hasta un armario para robar almendras: almendras de bautizo o de boda regaladas a Ernestina, que él mordía con respeto, no como un dulce cualquiera sino como un alimento sagrado, símbolo de pureza, considerándolas del mismo modo que consideraba las flores de azahar de cera blanca colocadas bajo un globo de vidrio: hedores de incienso, visión de velos blancos. Y esa música: el *Veni Creator*...

—“Y si la veladora de los muertos estuviera en su puesto ¿qué diría?”... Pero estaba en la cocina tomando café.

El cuarto estaba vacío. Vacío. La muerte hace el vacío de otro modo y mucho mejor que una máquina neumática. Las sábanas de la cama esbozaban un relieve de rostro, como un alfar apenas tocado por el estatuario.

Culafroy con la mano tendida y los brazos tiesos, los levanta. La muerta seguía ahí. Se aproximó para tener menos miedo. Se atrevió a tocar el rostro e inclusive a besar los párpados redondos y helados como canicas de ágata. El cuerpo parecía fecundado por la realidad. Pronunciaba la verdad.

En aquel instante el niño se sintió como invadido por un tropel desordenado de recuerdos de lecturas y de historias narradas, o sea: que el cuarto de Bernadette

Soubirous, a la hora de su muerte, estaba lleno del perfume de invisibles violetas. Instintivamente, pues, olisqueó, y no reconoció ese olor al que llaman olor de santidad. Dios olvidaba a su sierva. Y era una dicha. Para empezar, no hay que derrochar perfumes de flores en el lecho de una solterona muerta; y también cuidarse de sembrar el pánico en almas de niños.

Pero de ese instante parece partir el hilo que habría de conducir a Culafroy-Divina, de acuerdo con una fatalidad superiormente organizada, hasta la muerte. El tanteo había comenzado mucho antes. La instrucción —la encuesta— efectuada primeramente bajo el pasmo causado por las primeras respuestas, databa de las épocas lejanas, nebulosas y opacas en que pertenecía al pueblo de los dioses, a semejanza de los primitivos que todavía no están destrabados de las benditas perfumadas con orina y que detentan esa dignidad que comparten con los niños y algunos animales: la gravedad, la nobleza que, con razón, califican de antigua. Ahora —y siempre más, hasta la visión exactamente poética del mundo— con la Ciencia adquirida, se apartan los pañales. Cada interrogatorio, sondeo, al dar cada día más un sonido hueco, le indicaban la muerte que es la única realidad que nos colma.

Frente a las cosas, se acabaron los alegres rebotes. A cada contacto, su meñique escrutador de ciego se sumía en el vacío. Las puertas giraban por sí solas y ya no mostraban nada. Besó a la vieja en los ojos, y el frío de las serpientes le heló. Iba a vacilar, tal vez a caer, cuando el Recuerdo avanzó a propósito para socorrerlo: el recuerdo del pantalón de pana de Alberto; como el hombre de quien dicen que, por privilegio inesperado, ha echado una ojeada sobre el fondo definitivo de los misterios, y se apresuró a apartarse de él para volver a poner pie en la tierra, Culafroy retrocedió espantado, con la cabeza bien

metida en el recuerdo envolvente y cálido del pantalón donde creyó encontrar nidadas consoladoras, apaciguadoras, de aliolines.

Después regresó, transportado por Alberto que había bajado del cielo, hasta su cuarto y su cama, donde lloró. Pero —que esto no nos asombre— lloró de no poder llorar.

Así fue como murió nuestra gran Divina.

Buscando su relojito de oro se lo encontró entre los muslos y en su mano cerrada se lo tendió a Ernestina que estaba sentada a la cabecera. Sus dos manos se juntaron como una concha, con el reloj en medio. Una inmensa paz física dio a Divina un descanso; las basuras, una mierda casi líquida, se extendieron bajo ella en un laguito tibio en el que despacito, muy despacito —como una nave caliente aún de emperador desesperado se sumerge en el agua del lago de Nemi— se abismó, y ese alivio le hizo dar un suspiro que hizo subir sangre a su boca, y después otro suspiro: el último.

Así murió, podríamos decir también: ahogada.

Ernestina esperaba. No sé por qué milagro comprendió de repente que las palpitaciones procedentes de sus dos manos unidas eran el tic tac del reloj.

Como vivía entre signos y presagios, no era supersticiosa. Se ocupó sola, pues, del tocado fúnebre y mandó que le pusieran a Divina un traje muy decente de lana azul y corte inglés.

Ahí está, muerta. La Toda Muerta. Su cuerpo está preso de las sábanas. De pies a cabeza sigue siendo un navío en el deshielo de los témpanos, inmóvil y rígida, bogando hacia el infinito: tú, Jean, corazón amado, inmóvil y rígido como he dicho ya, bogando sobre mi cama hacia una Eternidad feliz.

Muerta Divina ¿qué me queda por hacer? ¿por decir?

Un viento de ira, esta noche, golpea malvadamente uno



contra otro los álamos de los que sólo veo la cima. Mi celda, mecida por esa buena muerta ¡es tan dulce, hoy!

¿Y si quedara libre mañana?

(Mañana: audiencia.)

Libre, o sea desterrado entre los vivos. Me he hecho un alma a la medida de mi morada. Mi celda es tan dulce. Libre: beber vino, fumar, ver burgueses. Entonces, mañana ¿qué será el jurado? He contemplado la condena más fuerte con que puedan alcanzarme. Me he preparado a ella cuidadosamente, porque he escogido mi horóscopo (de acuerdo con lo que puedo leer en los pasados acontecimientos) como rostro de la fatalidad. Ahora que sé obedecerle, mi pena es menos grande. Está aniquilada ante lo irremediable. Es mi desesperanza, y lo que será, será. He renunciado a mis deseos. También yo me encuentro ya "más lejos que todo eso" (Weidmann). Que permanezca pues, entre estos muros, durante toda una vida humana. ¿A quién juzgarán mañana? A algún extraño que lleva un nombre que fue mi nombre. Puedo seguir muriéndome hasta mi muerte en medio de todos esos viudos. Lámpara, palangana, reglamento, escoba. Y el jergón de mi litera, mi esposa.

No tengo ganas de acostarme. Esa audiencia de mañana es una solemnidad para la que conviene velar. Esta noche quisiera llorar —como uno que se queda— a modo de adioses. Pero mi lucidez es como una desnudez. Ahí fuera el viento se vuelve cada vez más feroz, y la lluvia interviene. Así pues, los elementos preludian las ceremonias de mañana. Estamos a 12 ¿verdad? ¿En qué iré a detenerme? Las advertencias, según dicen, proceden de Dios. No me interesan. Ya tengo la sensación de que no pertenezco a la cárcel. Se ha quebrado la fraternidad agotadora que me ligaba a los hombres de la tumba. Tal vez he de vivir...

Por momentos, una carcajada brutal, nacida de no sé qué, me conmueve. Resuena en mí como un grito alegre

entre la niebla, como si quisiera disiparla, pero sin dejar más rastro que una nostalgia de sol y de fiesta.

¿Y si me condenan? Me vestiré de burda tela, y ese ropaje de color de roña me obligará inmediatamente a adoptar el gesto monástico: con las manos ocultas en las mangas, y por consiguiente la actitud espiritual correspondiente: sentiré cómo me vuelvo humilde y glorioso, y después, sumido entre mis cobijas —es en *Don Juan* donde los personajes del drama vuelven a la vida en el escenario y se abrazan— volveré a componer para encantar mi celda adorables vidas nuevas para Miñón, Divina, Nuestra Señora y Gabriel.

He leído cartas conmovedoras, llenas de hallazgos maravillosos, desesperación, esperanza y cantares; y otras más severas. Escojo una, que será la carta que Miñón escribió a Divina desde la cárcel:

“Querida mía:

Te envió esta cartita para darte noticias mías, que no son buenas. Me han detenido por robo. Trata pues, de ver a un abogado para que me defienda. Arréglatelas para pagarle. Y arréglatelas también para enviarme un giro, porque ya sabes aquí cómo la pasamos. Trata también de tener un permiso para venir a verme y traerme ropa interior. Pónme el pijama de seda azul y blanca. Y camisetas. Querida mía, estoy bien fastidiado por lo que me pasa. De veras, que la tengo mala, reconócelo. Por eso cuento contigo para ayudarme. Quisiera poder tenerte entre mis brazos para acariciarte y apretarte muy fuerte. Recuerda el placer que nos dábamos. Trata de reconocer el punteado. Y besarlo. Recibe, querida mía, mil buenos besotes de tu Miñón.”

Ese punteado de que habla Miñón es la silueta de su verga. He visto a un chulo bandear al escribir a su chavala, y poner en el papel, sobre la mesa, su pija pesada,

---

y trazar el contorno. Quiero que este rasgo sirva para bosquejar a Miñón.

Cárcel de Fresnes, 1942



Se terminó el 30 de abril de  
1973 en la Imprenta de Juan  
Pablos, S. A., Mexicali 39,  
México 11, D. F.  
2 000 ejemplares





La diferencia entre los novelistas y Jean Genet radica casi especialmente en que aquéllos escriben en tanto que éste evangeliza. *Nuestra Señora de las Flores* es más que una gran novela: un escrito sagrado de un santo moderno, existencial, profundamente responsable de las devociones inmensas del ser frente al ser.

El mundo de la novela nace fuera de París (aunque en París) y también más allá del mundo (aunque casi siempre detrás del mundo) pese a que la obra no trata elementos fantásticos. Pero lo que escribe Genet tampoco es realista, porque a cada paso en la muerte o en el crimen, en la desviación o el amor que de la desviación brota, existe una semilla como de materia divina que nos obliga a contemplar un paraíso o un infierno.

Genet no es una ascesis; tampoco una concupiscencia gloriosa. Es una gravedad insistente que abre las puertas del mundo alto del espíritu. "Si tengo que representar a un presidiario o un criminal, dice, lo adornaré con tantas flores que al desaparecer bajo ellas se convierta en otra gigantesca, nueva".